GARCÍA DE SAURA

Mi Napoleón y sus buenas partes



MI NAPOLEÓN Y SUS BUENAS PARTES
(Nueva versión de *Aquí le echamos muchos huevos… a la tortilla*).

1ª edición

© García de Saura, 2024
© Imágenes de cubierta: Archivo de la autora.
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Más información: www.garciadesaura.com

Esta es una obra de ficción. Aunque los lugares son reales, los nombres, personajes y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, empresas o similares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Artículo 270 y siguientes del Código Penal español).

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Epílogo

Nota de la Autora

Agradecimientos

Biografía

Puedes localizarme en:

Bibliografía

Citas

Premios, logros y reconocimientos

A mi marido.
Cuento los días para perdernos de nuevo en la ciudad de París.

.

Prólogo

Supuse que ese verano sería como todos los anteriores, y que al acabar el curso nos iríamos dos semanas a visitar cualquier punto de España, algo muy habitual en mi particular familia.

Pero estaba equivocada.

Ese verano no solo iba a ser distinto al de otros años, sino que, contra todo pronóstico, cambiaría mi vida… para siempre.

Capítulo 1

Después de discutir una vez más con Curro, mi pequeño, rubio y revoltoso hermano, por haber entrado a mi cuarto y cogerme mis cosas, me fui al baño para darme un ligero retoque. Apenas solía maquillarme y tampoco podía entretenerme demasiado porque había quedado con Ainhoa, mi mejor amiga, y ya llegaba tarde.

De camino a la cocina para beber un poco de agua antes de marcharme, me encontré a mi padre en el salón, dando vueltas en círculos, mientras mantenía una acalorada conversación con el móvil pegado a la oreja.

—¿Otra vez lo mandan al país vecino? —le pregunté a mi abuela en un susurro, al encontrármela rellenando el frutero con piezas que había sacado de la nevera.

Ella vivía con nosotros desde que una maldita enfermedad nos arrebatara a mi madre, hacía ya más de seis años. ¡Cómo la echaba de menos! Por aquel entonces, Curro apenas tenía dos años, y gracias al cuidado y el cariño de Isabel, nuestra abuela paterna, logramos salir adelante y acercarnos a lo que venía siendo una familia normal.

Pero ni siquiera su amor logró que mi padre, camionero de profesión, lograse perder su indestructible, incalculable e infinito odio a los franceses y a Francia.

—Me temo que sí, y ya sabes lo que eso significa —respondió mi abuela.

—¿Crees que será necesario taparnos los oídos esta vez? —me mofé.

—Espera que lo mire —advirtió asomándose por la ventana que unía ambas estancias—. ¡Oh, oh! —añadió.

Curiosa, me coloqué a su lado para cotillear también.

—¡Podrías mandar a Manuel! —gritaba mi padre, entre otras muchas lindezas.

—Se está poniendo colorado, mal vamos —advertí en voz baja para que solo me oyera mi abuela.

—¡No he dicho que no quiera ir!...

—*Buenooo,* ya se empieza a inflar —cuchicheó mi abuela.

—¡El tres ejes está en la nave muerto de risa!...

—Mira cómo le cae el sudor —me indicó dándome con el codo.

—¡Sí, llevo mercancía para Irún!…

—Va a explotar de un momento a otro.

—¡Está bien, subo ahora a cargar! ¡Adiós! —se despidió mi padre con rabia justo antes de terminar la llamada.

—Corre que no nos vea —me apresuró mi abuela para que nos apartáramos de la ventana—. Comienza el pregón en tres, dos, uno…

—¡¡¡Joder, mierda, capullo…!!!

Mi padre siguió dándolo todo a pleno pulmón, descargando todo lo que le venía a la mente y despotricando acerca de los franceses, mientras mi abuela y yo lo escuchábamos escondidas, muertas de la risa. Al principio, verlo dando aquellos gritos nos asustaba, pero con el paso del tiempo nos habíamos acostumbrado y nos lo tomábamos con humor.

La aversión que los hombres de mi familia paterna tenían hacia los vecinos galos, se remontaba a dos siglos atrás, concretamente, a la guerra de la Independencia española. Torrero, barrio al que perteneció mi familia, fue un punto clave en esa época, destacando por su gran oposición y resistencia contra el ejército de Napoleón. Según nos habían contado un millar de veces, un antepasado nuestro, mi tataratatarabuelo, encabezaba uno de los grupos de resistencia del alto Aragón. La anécdota de su acción heroica pasó de padres a hijos, y con ella el odio hacia los franceses.

Pero la cosa no quedó ahí. Por si no fuera suficiente haber mamado desde pequeño esta «tradición», mi padre, uno de los chóferes más veteranos de Transportes Maños, S. L., no tuvo más remedio que visitar y pisar suelo francés en su primer viaje al extranjero, cuando la empresa comenzó a expandirse, y a exportar e importar mercancía de la Unión Europea. Por aquel entonces los conflictos con los ganaderos galos estaban en su momento más álgido y, pese a la negativa de mi padre por hacer aquel fatídico porte, finalmente no tuvo más remedio que ir. Para su sorpresa y la de todos, nada más cruzar la frontera, los ganaderos lograron paralizar su camión y acabaron volcándolo, derramando así todo lo que cargaba en su interior sobre la carretera. Desde ese día, su odio aumentó, convirtiéndose en desprecio, fobia e incluso inquina hacia los vecinos franceses. El trabajo lo obligaba a tener que visitarlos en más de una ocasión y, a pesar de que los conflictos en la frontera parecían haberse solucionado, él no conseguía disminuir ni un ápice el «cariño» tan especial que les tenía.

—¡¡¡Hostias, joder…!!!

—Eso ya lo has dicho —le reprochó mi abuela, saliendo a su encuentro.

—Y lo repito cada vez que quiera: ¡¡¡Joder!!!

—Paco, para ya de decir tacos y relájate —le pidió.

—¡Estoy en mi casa y digo lo que me sale de los huev…

—¡Paco!

—¿Qué? —se le encaró mi padre.

—¡Vale ya! Te ha mandado tu jefe que vayas, y vas. Supera ya de una vez lo que te pasó en tu primer viaje. Desde entonces has ido varias veces y nunca te ha pasado nada.

—Cómo se nota que tú no estabas allí —defendió él.

—Lo has contado tantas veces que es como si hubiera estado.

—¡No puedo con ellos, mamá!

—No tienes que tomarlos.

—¿Encima cachondeo?

—Paco, por favor. Deja ya el temita, y vete, que llegas tarde.

—Ya me voy, pero antes tengo que cagar.

—¡Maica, tápate los oídos! —me advirtió mi abuela al verme aparecer en el salón.

—¡¡¡Me cago en los putos franchutes!!! —remató mi padre justo antes de salir por la puerta, dando un tremendo portazo.

Así era mi familia.

Tras despedirme de mi abuela, yo también marché. Era el último día de clase y había quedado en la cafetería de la facultad con Ainhoa.

Ella era mi mejor amiga. Nos conocimos en el instituto y desde entonces nos convertimos en inseparables. Tanto, que hasta nos graduamos juntas en Química. Ainhoa y yo éramos como hermanas y coincidíamos en todo, excepto en el físico. Ella era rubia, con los ojos azules, la piel clara y las piernas largas. Yo, en cambio, era todo lo contrario. Había heredado el cuerpo y los genes de mi madre, siendo la única bajita y morena de la familia.

Pero si algo nos caracterizaba a Ainhoa y a mí era nuestra innata capacidad para meternos en líos. En la universidad casi todo el mundo nos conocía, e incluso teníamos un mote que nos pusieron desde el primer año de carrera: *Zipi y Zape*, como los personajes de cómic de José Escobar. Siempre nos las ingeniábamos para crear excusas que nos libraran de las clases, inventarnos eventos u organizar huelgas por cualquier motivo, lo que nos llevó a graduarnos más tarde de lo habitual y a ser «invitadas» al despacho del decano de la facultad con bastante frecuencia.

Ya en la cafetería de la facultad, Ainhoa y yo fuimos saludando y despidiéndonos de los compañeros con los que nos cruzábamos. Incluso del decano, que pasó por nuestra mesa y nos confesó que con nuestras trastadas le habíamos dado *vidilla*, y que en el fondo nos echaría de menos. Nos hizo prometer que mantendríamos en secreto aquella confesión, y nos despedimos de él con cierta nostalgia.

—Tía, aún no me puedo creer que se acabe esta etapa de nuestra vida —comenté girando mi vaso de Coca-Cola mientras lo observaba marcharse.

—Yo tampoco —murmuró Ainhoa.

—No es el final de las clases. ¡Es el final de una era! —apunté.

—Se acabaron las fiestas.

—Se acabaron los desmadres.

—Se acabaron las largas noches en vela estudiando.

—Eh, brindo por eso —la interrumpí alzando mi vaso.

—Joder, y yo también —se unió chocando el suyo con el mío.

A media mañana, y con media universidad saludada, nos pedimos nuestro último refresco y nos marchamos de la cafetería para dirigirnos a uno de nuestros lugares favoritos: el mirador. No es que existiera ninguno en el recinto, pero era como nosotras llamábamos a un trocito de césped, sobre el que nos sentábamos a mirar a los chicos que corrían en la pista de atletismo que hay en la parte trasera del edificio de la Facultad de Ciencias.

—Esto sí que lo voy a echar de menos —comentó Ainhoa nada más dejar caer su pandero sobre el mullido césped.

—Y que lo digas. Con lo que te gusta a ti enamorarte y desenamorarte con facilidad.

—No me lo recuerdes —se quejó inclinando la cabeza mientras arrancaba una hoja de césped —. Para ti es fácil, siempre has pasado de los tíos. Sí, ya sé lo que me vas a decir —añadió cambiando el tono de voz—, que somos fuertes e independientes, y que no los necesitamos para lograr nuestras metas.

—Chica lista —celebré.

—Tía, en serio. Tú eres de otro planeta o los extraterrestres te abdujeron una noche de luna llena, porque no es normal que no te hayas enamorado realmente de ninguno en todos los años que te conozco.

—Ninguno merecía la pena, créeme.

—¿Cómo, que no? Hemos conocido a más de un semental, y lo sabes.

—Tú lo has dicho, sementales. Su capacidad y relevancia se reducen a un mero trámite de intercambio de placeres y fluidos.

—¡Ya salió la química! Maica, hay cosas que la ciencia no puede explicar, ¿lo sabías?

—Tienes razón —admití—. Por más décadas que el ser humano lleve investigando, nadie ha podido averiguar a qué se debe que exista tanto gilipollas.

—Algún día te enamorarás y verás que el amor es algo que escapa a la ciencia —puntualizó.

—¡Ya estuve enamorada! —defendí.

—Sí, de un tubo de ensayo.

—¿A que son guapos? —me mofé alzando las cejas—. Siempre dispuestos, erectos y transparentes. ¿Qué más se puede pedir?

—Tú ríete, pero ese día llegará, te veré poner cara de tonta y no tendrás más remedio que darme la razón.

—Eso pasará el día que mi padre quiera a los franceses, o sea, nunca —aclaré—. Ainhoa, aunque nos gusten las novelas románticas, lo que reflejan es pura ficción. Estoy segura de que más de una ha confundido un rugir de tripas con mariposas en el estómago.

—A veces la realidad supera la ficción —insistió.

—¿De verdad crees que un hombre puede hacerte doblar la rodilla y levantar un pie por un simple beso? ¡No me hagas reír!

—Cuando se hace algo así, no es por un simple beso —justificó.

—Joder, Ainhoa, hablas como si lo hubieses vivido y, hasta donde yo sé, no se ha dado el caso.

—Aún no, pero todo se andará.

—Baja de las nubes, piloto, que el tortazo que te puedes dar no es pequeño —me burlé sabiendo que nada de cuanto dijese me haría cambiar de opinión.

—Tú ríete, pero algún día te comerás tus propias palabras. Y yo seré testigo de ello.

A mediodía, y ya en la puerta del complejo, a Ainhoa y a mí nos invadió la nostalgia. De espaldas a la calle, nos habíamos girado para echar un último vistazo a aquel lugar que tanto nos había dado y del que guardábamos memorables recuerdos. Había aguantado durante toda la mañana, pero en aquel instante sentí el escozor que tenía en los ojos.

—¡Tengo una idea! —gritó de pronto.

—Joder, Ainhoa, avisa —la reñí llevándome la mano al corazón por el micro-infarto que me había provocado.

—Lo siento. Es que me he venido arriba porque es muy buena —aseguró.

—Sea lo que sea, ¡me apunto!

—¿Qué te parece si alargamos aún más esta despedida?

—Tía, no pienso atarme a un árbol —puntualicé.

—¿Tienes prisa por empezar a trabajar o te apetece que convirtamos este verano en el colofón y traca final de esto?

—¡Soy tu chica! ¿A qué playa nos vamos? —celebré.

—¿Qué te parece a una isla? —planteó con sonrisa ladina.

—Te recuerdo que aún somos estudiantes —apostillé reflexionando sobre la cantidad de dinero que nos costaría escaparnos a Ibiza.

—¿Qué parte de muy buena no has entendido? Ven conmigo.

En apenas unos minutos estábamos de vuelta en el complejo, pero esta vez en uno de los lugares que menos habíamos visitado en años: la biblioteca.

—¿Y dices que es gratis? —cuestioné.

—Como el aire que respiras. Mira, aquí lo pone —indicó señalando la pantalla del ordenador —. Es un programa pionero subvencionado por la Unión Europea, un intercambio entre países

miembros, llevado a cabo por los ayuntamientos participantes.

—¿Y desde cuándo sabes tú esto?

—No lo recuerdo muy bien, pero eso ahora no importa —se excusó.

—Según dice aquí, el intercambio es para fomentar la colaboración entre ciudades, aprender el idioma y las costumbres.

—¡Exacto! Una persona vendría a nuestra casa y luego nosotras a la suya. ¡Y gratis!

—No me lo puedo creer. ¡Es un sueño hecho realidad! —celebré sin poder asumir aún que tuviésemos tanta suerte.

—¡Tía, que nos vamos a Londres! —gritó cogiéndome del brazo y balanceándome.

La bibliotecaria nos llamó la atención, pese a que éramos las únicas que estábamos en la sala.

—¡Mierda! —solté.

—Pasa de ella, no le hagas caso.

—No lo digo por ella, sino por esto —advertí señalando al final del artículo que mostraba la pantalla—. El plazo para inscribirse acaba hoy mismo, exactamente dentro de cinco minutos.

—¡No fastidies! Dame el ratón —exigió, arrancándomelo literal de la mano—. Ainhoa García… calle…

—Date prisa, que no llegamos —alenté. Tenía el corazón en un puño.

—¡Calla, que no me concentro! Escalera segunda…

—Para esto dijeron que debíamos aprender a escribir a máquina. ¡La madre que los parió!

—¡Me estás poniendo nerviosa! —me riñó—. Segundo, izquierda…

—Pon un dos, no hace falta que pongas segundo.

—¿Te quieres callar? Puerta B… ¡Listo, te toca!

—Pero, ¡¿qué haces?! ¡¿Para qué cierras la pestaña?! —la increpé.

—Joder, la costumbre —se excusó.

De nuevo la bibliotecaria siseó para que bajásemos la voz. Como si eso fuese posible con lo que nos jugábamos.

—Trae. Me toca —dije quitándole el ratón.

—Corre —me advirtió Ainhoa.

—Habló doña tortuga —defendí sin parar de pinchar para abrir una nueva solicitud.

—Queda un minuto, ¡date prisa! —insistió poniéndome aún más nerviosa.

—Así no me puedo concentrar. Maica Ruíz…

—Ahora sabes lo que es escribir bajo presión —me reprochó—. Cuarenta segundos.

—Tú has tardado cuatro minutos, y me has dejado las sobras. Segundo, izquierda…

—¿Qué haces? Si tú vives en el tercero. La del segundo soy yo.

—¡Joder, ya no sé ni lo que hago! Tercero, derecha…

—Veinte segundos.

—¡Cállate o te callo! —la advertí—. Puerta C… Zaragoza…

—¡Cinco segundos!

«La madre que la parió».

—España… ¡Listo! —celebré alzando los brazos, dejándome caer la espalda en el respaldo de la silla.

Resoplé y quise celebrarlo con ella, cuando me di cuenta de que se había quedado blanca como el papel.

—Tía, ¿qué te pasa? ¿Es que no he llegado a tiempo? —demandé mirando el reloj de la pantalla.

—Sí, pero no —respondió.

—En cristiano, si no te importa —le exigí.

—Has llegado a tiempo de inscribirte, pero no vas a llegar a tiempo de huir del país.

—¿Te has vuelto loca? ¿Por qué tendría que…?

No pude acabar la frase. Al ver a qué se refería me quedé aún más pajiza que ella.

—Maica, respira —me animó—. Toma aire y expúlsalo, es fácil, nos lo enseñan desde que nacemos.

Su voz llegaba hasta mi cerebro, pero mi cuerpo se negaba a obedecer. Me quedé allí plantada, sin moverme, como una estatua, y con la mirada perdida hacia algún punto de la mesa.

—Igual hay algo que podamos hacer —murmuró mientras aporreaba el teclado, y abría y cerraba pestañas sin parar con el ratón.

—Necesito salir de aquí —solté de pronto.

Ainhoa me cogió del brazo y me ayudó a salir de la biblioteca. No sé muy bien cómo llegamos ni cuánto tardamos en llegar a la puerta del complejo, pero una vez allí el sonido de la bocina de un coche me hizo reaccionar y que volviera a la realidad. Solo entonces cogí aire para gritar a pleno pulmón.

Me había inscrito para un intercambio a Francia, y me permití ¡cagarme en Napoleón!

Capítulo 2

Aún no estaba preparada para presentarme en casa con la noticia y le propuse a Ainhoa comer en un restaurante de comida rápida.

—Todavía no me creo lo que he hecho —murmuré una vez sentadas a la mesa.

Sabía que a lo largo de mis veintiséis años no había parado de darle disgustos a mi padre con mis travesuras, pero meterle al enemigo en casa las superaba todas con creces. ¿Y si me echaba de casa y acababa viviendo bajo un puente?

—Ha sido culpa mía —defendió mi mejor amiga—. Tardé demasiado con mi inscripción y cerré la ventana. Lo siento.

—Ha sido mía por no mirar —admití—. ¡Me ha fallado el radar! Ahora sí que puedo confirmar que se ha acabado una era.

—¡No, por favor! Cualquier cosa menos tu radar —manifestó con la comisura manchada de kétchup.

—¡Joder! Ni siquiera sé francés. ¿Cómo voy a comunicarme con ella?

—A ver, no nos aturullemos, que de peores hemos salido.

—Peores que esta nunca, Ainhoa —le recordé.

—Vale, puede que tengas razón. Analicemos la situación. Puede que la chica sepa español.

Durante un rato comentamos las distintas posibilidades que tenía para salir del atolladero. Ninguna de ellas lograba convencerme, y la muy puñetera se ofreció a venir conmigo a casa para no perderse el momento en que le comunicase a mi padre la gran noticia.

Después de rechazar su cotilleada idea, sacamos nuestros móviles y repasamos las instrucciones que debíamos seguir para el intercambio. El primer encuentro se llevaría a cabo en tan solo cinco días en España, concretamente en el Albergue Juvenil de Madrid. La idea era congregarnos a todos allí para conocernos y pasar un día en convivencia, antes de dirigirnos cada pareja a su provincia o ciudad.

—En las bases dice que debemos pasar allí una noche —indicó.

—Ya te estoy viendo venir —apunté.

—Tía, es una oportunidad única. Míralo de este modo: escapada de dos días a Madrid con

tíos de todas partes. Sitúate: tú, yo, Madrid, albergue, dormitorios compartidos… ¿Hace falta que te haga un croquis?

—Parece un buen plan —admití—, aunque yo tengo otro mejor.

—¿Cuál?

—Que nos intercambiemos. Tú a París y yo a Londres.

—De eso no ha dicho nada la radio —se excusó haciendo un gesto con la mano.

—Venga, Zipi; hazlo por mí —le rogué—. Mi vida corre peligro, ¿acaso eso no es importante para ti?

—¡Ah, no! Por ahí no vayas. No puedes pedirme que deje mi sueño por un par de gritos y algún que otro cuadro caído de la pared.

—¡Que te den!

—¡Sí, por favor!

—¡Que no te den, que jode más!

Las dos reímos, a pesar de que yo seguía inquieta por lo que me esperaba al llegar a casa.

Tras sacar los billetes de tren y planear cómo sería nuestro viaje a Madrid, me despedí de ella sobre las siete de la tarde.

Recuerdo sentir el corazón atronándome bajo el pecho cuando abrí la puerta. Debía armarme de valor como nunca antes y estar preparada para lo que me viniera.

Mi padre, al parecer, no había vuelto. Curro estaba en su cuarto y mi abuela estaba en el salón leyendo una novela romántica que yo le había prestado.

—¿Dónde está mi abuela preferida? —solté lanzándome sobre ella para darle uno de mis empalagosos besos.

—Déjate de zalamerías, que soy tu única abuela viva. Que en paz descansen todos los que faltan —añadió santiguándose con la mirada al techo.

Pero tras aquella demostración cristiana, mi abuela Isabel se volvió hacia mí para echarme la bronca por no haberme presentado para comer a mediodía. Solo la había avisado a ella y, al parecer, mi padre no se había tomado muy bien la noticia.

«Definitivamente, hoy es mi día de suerte».

—¿Ha gritado mucho? —quise saber, para indagar cómo estaba el asunto.

—No, pero no ha parado de quejarse hasta que se ha ido. Desde que le han dicho que tiene que irse a Francia está que no hay quien lo aguante. Ganas me han *dao* de darle un pellizco o una buena colleja, como cuando era crío.

—Pues ve preparando la mano, porque me da que muy pronto tendrás que usarla.

—¡Niña, no me asustes! No me digas que después de tantos años, no es cierto que te hayas sacado la carrera.

—Pero, ¿por quién me tomas? —cuestioné ofendida.

—¿Por una sinvergüenza que no ha dejado de repetir cursos porque le gustan mucho las fiestas, por ejemplo?

—Ahí llevas razón —admití—. Aunque no se trata de eso.

—¿Es algo peor? —demandó con los ojos abiertos de par en par.

—Me temo que sí.

—¡Lo sabía! —articuló soltando el libro para que nada la distrajera al echarme la bronca—. ¡Te dije que esos condones del supermercado no eran de fiar!

«No son muy suaves, que digamos, pero no son tan malos».

—Abuela, siento decirte esto, pero me temo que es aún peor.

—Hija, me tienes al borde del infarto y sin ideas. ¿Quieres soltarlo de una vez?

Tras suavizarle el comienzo contándole que nos habíamos apuntado a un intercambio y que Ainhoa se iba a Londres, le informé que debido a un error de cálculo tendría que meter a una francesa en casa.

—¡¡¡¿Qué?!!! ¡Ay, que me da, que me va a dar! —se abanicó con la mano, mientras se removía en el mullido sofá, sin saber muy bien qué hacer.

—Abuela no me asustes, respira —me apresuré soplándole en la cara.

—¡Quita, que hueles a kétchup! —me apartó con el brazo antes de levantarse—. Pero, ¡¿se puede saber cómo has podido equivocarte?! ¡¿En qué demonios estabas pensando?!

Yo la seguí y me aturullé a la hora de responderle.

—Ha sido todo muy rápido, apenas teníamos tiempo para inscribirnos, ella tardó cuatro minutos, yo solo tenía uno, me equivoqué de piso, y entonces tuve que…

—Calla, que me estás mareando —dijo deteniéndose ante mí en mitad el salón—. A ver, que yo me sitúe. ¿Una chica francesa vendrá a casa durante quince días?

—Sí.

—¿Y luego tú te irás a su casa otras dos semanas?

—Sí —repetí.

—Y eso, ¿cuándo va a ser?

—Dentro de cinco días.

—¿Solo? ¡En cinco días no nos da tiempo a quitarle el acento francés!

—Abuela, no creo que lo hagamos ni en diez años.

—¿Y si decimos que es una inglesa muda?

Ambas caminábamos de un lado a otro por el salón, igual que había hecho mi padre por la mañana. Era evidente que venía de familia.

—Esa idea me gusta, pero será difícil que ella lo aguante. Además, está el inconveniente de que yo no tengo ni idea de francés.

—Pues le hablas con señas.

—Tenemos que pensar otra cosa —señalé negando con la cabeza.

—Sí, en comprarnos tapones para los oídos. Tu padre se marcha mañana y no vuelve hasta dentro de seis días. Va a volver de Francia despotricando y se va a encontrar a una francesa en casa. ¡Ay, Dios!

—Antes de que venga, debo ir a Madrid a recogerla.

—¿Qué pasa, a los franceses no les sale Zaragoza en el mapa?

—Dime que no se te ha pegado el odio a los galos, por favor —la reñí.

—¿Y si no le decimos nada a tu padre? —prosiguió mi abuela.

—Eso es imposible. Al final se va a enterar por mucho que queramos disimularlo.

—Me refiero a no decirle nada ahora. Pienso que es mejor que esperemos a que vuelva del viaje. No quiero que tengamos un disgusto. Demasiado cabreo tiene encima como para echar más leña al fuego.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Creo que es mejor que esperemos, así nos da tiempo a pensar posibles soluciones.

—No sé, abuela, no lo veo.

—Maica, que te conozco. ¡No se te ocurra decirle nada antes de irse de viaje! —Se había detenido para señalarme con su dedo amenazador.

—¿No crees que será mucho peor que no le avisemos? Si se encuentra el pastel al llegar, se lo podría tomar como una traición.

—¡Para haber suspendido tanto curso, bien listilla que me has salido, coño! Haré tortilla de patatas para cenar, a ver si con su comida favorita conseguimos relajarlo algo. Pero empieza con lo del viaje a Madrid. Dile que te vas por placer con Ainhoa. Le gustará saber que sales de la ciudad, que demasiado disgusto tiene por haberos dejado este año sin viaje por culpa del trabajo.

—¡Abuela, eres la mejor! —celebré rodeándola con los brazos.

—Deja de hacerme la pelota y avisa a tu hermano de que esta noche habrá tormenta. Señor, dame fuerzas —remató volviendo a santiguarse.

Tras advertirle a Curro de que se preparase para lo peor, y negarme a contarle qué era lo que realmente pasaba, pese a su insistencia, pasé el resto de la tarde ayudando a mi abuela en la cocina hasta que mi padre llegó a casa.

El corazón me bombeaba con fuerza cuando los cuatro nos sentamos a la mesa del salón. Había llegado el momento y mi abuela no dejaba de hacerme señales con la mirada para que comenzase a hablar. No podía hacerlo. Tenía el pulso por las nubes y necesitaba calmarlo un poco. Curro, mientras tanto, nos observaba a las dos como en un partido de tenis.

Mi padre masticaba su segundo trozo de tortilla cuando, de pronto y sin previo aviso, mi abuela me dio una patada por debajo de la mesa. Me revolví del dolor, llamando la atención del español más español de España.

—¿Qué te pasa, Maica?

—Nada, nada —respondí mirando a mi abuela, pidiéndole un poco más de tiempo. Pero ella no estaba muy por la labor y me propinó otra puñetera patada—. ¡*Auuu*!

—¿Seguro que no te pasa nada? —insistió.

«Qué suspicaz».

—Pasarme, lo que se dice pasar… ¡Joder! —solté al recibir una tercera patada, aún más fuerte que las anteriores.

En un acto reflejo, para vengar mi tullida espinilla, levanté la pierna para devolvérsela, con tan mala suerte que acabé dándole de lleno a mi hermano.

—¡Ay! —se quejó el pequeñajo.

A esas alturas mi padre ya tenía un mosqueo de narices. No nos quitaba ojo y comenzaba a enfadarse. Curro estaba aún peor que él y, en un intento de devolverme el golpe, dobló la rodilla para coger impulso y darme con todas sus fuerzas. Pero al igual que me había ocurrido a mí, un error de cálculo quiso que su puntapié fuese a parar a la pierna de mi padre.

—¡Joder! ¿Se puede saber qué coño pasa esta noche?

«¡Pero qué arte tengo!».

Aún no había dicho nada y ya tenía a mi padre cabreado. Mi abuela con los ojos en blanco y resoplando, mi hermano pálido sin quitar ojo a su plato, y yo a punto del infarto.

—Papá, ¿qué me dirías si te dijera que estoy embarazada? —solté de pronto sin pensar.

—¡Maica! —me gritó mi abuela.

—¿Voy a ser tito? —celebró Curro, con una sonrisa que le cruzaba la cara.

Mi padre dejó caer el tenedor sobre el plato y comenzó a ponerse rojo. Lo hacía cada vez que se disgustaba, y yo me apresuré para intervenir.

—Pues tranquilo, que no lo estoy —aseguré para intentar calmarlo.

¿Qué acababa de pasar?

—Pero yo quiero ser tito —se quejó mi hermano—. ¿Por qué no haces eso que hacéis los mayores? —añadió haciendo con las manos el gesto de introducir el dedo en un agujerito.

—¡Curro, cállate! —le pidió mi abuela.

—Pero yo puedo ayudarla a darle el biberón. Eso sí, los pañales que los cambie ella.

—¡Basta ya! —ladró mi padre—. ¡Maica, dime de una vez qué cojones te pasa!

—Que Ainhoa y yo nos vamos a Madrid dentro de cinco días. Solo será una noche.

—¿Y para eso tanto alboroto?

—Díselo ya —me apremió mi abuela.

—Está bien —claudiqué. Había llegado el momento, ya no debía postergarlo más, y me giré hacia él, dispuesta a soltarle todo de carrerilla—. Papá, me he apuntado a un intercambio. Una chica vendrá a casa dos semanas, luego yo iré a la suya el mismo plazo de tiempo, y se acabó.

Será algo rápido, pasajero y lo mejor de todo: ¡gratis! Está subvencionado, así que no debemos preocuparnos por los billetes de avión. Eso sí, tendremos una boca más en casa, pero será una boca vecina, vamos de aquí al lado. Quiero decir que no será muy distinta a nosotros, de hecho, puede que incluso sepa hablar nuestro idioma, o puede que tenga familia española, porque al estar tan cerca, pues todo es posible. Además, si nos fijamos bien, su tortilla y la nuestra tampoco es tan diferente. Bueno, sí, la nuestra lleva patatas, pero, al fin y al cabo, no deja de ser una tortilla. ¡Joder! ¿Es que nadie piensa pararme?

—¿Tortilla? ¿Boca vecina? ¡¿No será lo que me estoy imaginando?!

Mi padre comenzó a inflarse, síntoma inequívoco de la mala leche que estaba cogiendo. Me recordaba a un pez globo y no sabía si partirme de risa o echarme a llorar.

—Siempre has sido muy listo, papá. No vas a cambiar a estas alturas de la película, ¿no?

—¡¡¡¿Una francesa, aquí?!!! ¡¡¡¿Al enemigo en mi santa casa?!!! —gritó levantándose para comenzar a dar vueltas en círculo por el salón—. ¡¡¡¿Se puede saber qué te he hecho yo para que me des estos disgustos?!!! ¡¡¡Me cago en los franchutes a capazos!!!

—Ya se ha abierto la caja de pandora —murmuró mi abuela.

—Papá, lo siento mucho —me disculpé—. Yo quería inscribirme en un intercambio con una chica inglesa, sabes lo mucho que me gustaría ir a Londres.

—¡¡¿Entonces a qué se debe el cambio?!! ¡¡¿Acaso no sabes distinguir un país de otro?!!

Estaba tan fuera de sí que ni la mejor tortilla de patatas del mundo hubiera suavizado el cabreo que tenía.

—Fue un error —me justifiqué—. Apenas teníamos tiempo para apuntarnos, la pestaña se cerró y…

—Pero, ¡¿a quién se le ocurre hacerlo con los ojos cerrados?! ¡¡¿Tú eres tonta o te has *golpeao* la cabeza?!!

—Mi pestaña no, la de la pantalla. Se le llama pestaña a… déjalo.

—Paco, la chiquilla no quería —intervino mi abuela—. Fue un error.

—¡¡¡Un error que debo pagar yo!!! —vociferó señalándose.

—Ha dicho que es gratis —recordó el pequeño Curro.

—¡¡¡Solo faltaba eso, que tuviera que pagar por meter a la chusma en casa!!! ¡¡¡En mi santa casa!!! ¡Si mi padre levantara la cabeza!

—A tu padre déjalo tranquilo —le pidió mi abuela, santiguándose una vez más.

—¡Si estuviera aquí no permitiría que ningún franchute entrara, eso te lo puedo asegurar!

—Los tiempos han cambiado, Paco —insistió ella.

—¡¡Pero no para ellos, que siguen odiándonos como el primer día!! ¡¡Cámbialo!! —me exigió.

—Ya no puedo, papá —justifiqué.

—¡¡Quéjate!!

—No sé cómo.

—¡¡Demándalos!!

—¿De verdad quieres que nos gastemos el dinero en pagarle a un abogado?

—¡¡No, por Dios!! ¡¡¡A los abogados y a los bancos, ni las gracias!!! ¡¡¡Hatajo de ladrones *tos*!!! Pero ¿qué he hecho yo, Dios mío, para que me des estos disgustos? —cuestionó mirando al techo con las palmas de las manos juntas—. Si es porque esta mañana me he cagado en ti de camino al trabajo, compréndelo, es que es el mayor taco que conozco, pero no iba en serio. ¡Si ya me conoces, pierdo la fuerza por la boca! ¡Pero, por favor, arregla esto!

Durante un rato mi abuela, mi hermano y yo fuimos testigos de su trascendental conversación hasta que lo vimos tomar asiento de nuevo. Parecía más calmado, y por suerte no había que lamentar daños.

—¿Y cuándo dices que llega la francesa?

—Dentro de cinco días nos vamos a Madrid, así que supongo que al día siguiente llegaremos aquí. Ainhoa se va a encargar de sacar los billetes del AVE[1].

—¡La *franchute* que se pague el suyo! —ordenó y yo asentí—. Dentro de seis días —añadió dando voz a sus pensamientos—, ya estaré aquí, así por lo menos podré ponerla en su sitio. ¡Y nada de encariñarse con ella! ¡Y esto va por todos! ¡¿Entendido?! —nos gritó a los tres señalándonos con el tenedor.

Asentimos y retomamos la cena en silencio. Curro, mi abuela y yo apenas nos atrevíamos a levantar la cabeza para no despertar de nuevo a la fiera. Sin embargo, debía reconocer que no había sido tanto como me esperaba. Mi abuela tenía razón; mi padre en el fondo era un buenazo y solo perdía la fuerza por la boca.

Todo parecía haber vuelto a la normalidad, hasta que de pronto, en mitad del silencio, Curro decidió intervenir.

—Pues a mí me gustaba más la idea del bebé —dejó caer como si nada.

—A mí también, hijo, a mí también —remató mi padre.

Capítulo 3

La mañana que Ainhoa y yo íbamos a coger un tren en la estación de Zaragoza-Delicias, con destino a Madrid, estábamos muy emocionadas. Era nuestra primera escapada después de mucho tiempo y nos moríamos de ganas por conocer a nuestras chicas de intercambio. Había asumido que nos separaríamos en dos semanas, que ella se iría a Inglaterra y yo a Francia, y por eso acordamos aprovechar la oportunidad al máximo mientras coincidiéramos aquí en España.

Al llegar a Madrid cogimos un taxi que nos llevó hasta la calle Sagasta, donde se encontraba el albergue. Aquel era el lugar que la organización había acordado para que todos los que participábamos en el intercambio nos conociéramos y conviviéramos durante un día, con su respectiva noche. Ainhoa y yo no podíamos ocultar la ilusión que nos hacía estar allí, y al adentrarnos en la sala de ocio nuestras caras lo dijeron todo. Estaba repleta de gente joven que, al igual que nosotras, arrastraban sus maletas observando todo cuanto había a nuestro alrededor. Al cabo de un rato, todos nos preguntábamos quién sería la persona con la que conviviríamos los siguientes treinta días, y nos hacíamos nuestras propias conjeturas mirando a unos y a otros.

Ainhoa, en cambio, prefería fijarse en los chicos y hacer todo tipo de comentarios sobre ellos.

Yo la dejaba que hablase sin darle demasiada importancia, hasta que, de pronto, llamó mi atención dándome un golpe en el brazo.

—¡¡Ay va, pedazo cachondo!!

Curiosa por su reacción, me volví hacia donde ella miraba. Se trataba de un chico alto, de pelo castaño, muy muy corto y ojos verdes pequeños, aunque bastante exóticos. Vestía demasiado impecable para mi gusto, con una bermuda vaquera y una impoluta y entallada camisa blanca con las mangas remangadas, para que todo el mundo viera los frutos de su dedicación en el gimnasio. Un pijo, vamos.

Tardó poco en convertirse en el centro de todas las miradas, sobre todo de las féminas, que lo devoraban con la mirada sin el menor disimulo.

«A ver si vamos a tener que salir en canoa».

Vale, debía reconocer que era el más atractivo de todos, pero de ahí a babear por él, para aumentar aún más su ego, iba un abismo. Algunas incluso parecían estar a punto de lanzarse

sobre él. Aquello me hizo sentir incómoda, y en un momento en que nuestras miradas se cruzaron lo fulminé con la mirada. Apenas duró un instante, el suficiente para cambiarle el gesto con el que había llegado y hacerle ver que los tipos como él no iban conmigo. Debía ser un creído y un chulo de tres pares de narices, de eso estaba segura.

Pasados unos minutos, en los que Ainhoa no dejaba de hablar de él y de algunos más, me ofrecí para ir a por unos refrescos.

—Vale. Yo te espero aquí, que no quiero perderme el espectáculo.

Resoplé al oírla. Cuando se trataba de chicos éramos muy distintas, y su reacción era buena prueba de ello.

Me abrí camino entre la multitud hasta llegar a la zona del bar. Allí había mucha más gente, y aguardé mi turno para apalancarme a la barra y pedir. Mientras esperaba, sentí cómo la nuca se me erizaba, y al instante supe que alguien me observaba. Mi radar se había activado y algo me decía que se trataba de «don Perfecto». No quería mirar, pero lo hice. Y allí estaba, de pie, junto a la puerta del salón, sin quitarme ojo, como un águila en busca de su presa.

«Este es un jodido masoquista que no ha tenido suficiente con lo de antes».

Por fin llega mi turno y puedo olvidarme de él por un momento. Cuando termino de pagar, cojo los vasos y, al girarme, un chico que está detrás de mí me golpea con el codo al ir a echarse mano a su bolsillo trasero del pantalón.

—¡Joder! —solté al ver cómo, por su fatídico golpe, había derramado parte de la bebida sobre mi camiseta de tirantes.

—Vaya —comentó riéndose y mirándome los pechos, antes de girar su *estrangulable* cuello, para seguir hablando con sus dos amigos.

«¿Vaya? ¿Me tiras la bebida, me mojo por tu culpa y solo dices, *vaya*?».

Me puse a hacer recuento de la situación. Tres euros de las bebidas, cinco o más de lavandería, encontrar un sitio donde cambiarme, que se riera de mí y que no se disculpase. Lo último no tenía precio, así que, sin pensármelo dos veces, volqué los vasos y derramé sobre su linda cabeza todo lo que quedaba en ellos.

—¡Vaya! —le solté al terminar.

—¡*Merde*! —se quejó.

—Franchute tenías que ser —murmuré al rebasarlo, de regreso al lugar donde me esperaba Ainhoa.

La escena había llamado la atención de todo el mundo, pero me importaba lo mismo que el tiempo que hiciese en Canadá.

—¿Haciendo amigos, tía? —se burló Ainhoa cuando me vio llegar.

—Me cambio y te cuento —advertí cogiendo mi maleta por el asa.

Siguiendo los indicadores, me adentré por los pasillos hasta llegar al aseo femenino. A esas

alturas tenía un cabreo de narices, y me fastidiaba ver cómo había cambiado todo desde la llegada de don Perfecto, alias Pijo y «águila al acecho».

Pensaba en ello cuando, al salir, me lo encontré de bruces. El muy canalla me había seguido hasta allí y me impedía el paso con las manos apoyadas en el marco de la puerta.

«Definitivamente, este tío es masoquista».

Por un instante se me pasó por la mente apartarlo de un empujón o darle un rodillazo en cierta parte del cuerpo. Pero en lugar de imaginármelo rabiando de dolor, lo hice comiéndome la boca. Algo no iba bien en mi cabeza porque, en lugar de reaccionar, me quedé allí plantada, comprobando que de cerca era mucho más atractivo. El muy canalla tenía unos labios carnosos hasta decir basta, con una marca en el inferior que solo mal pensaba en morder.

No me moví. Su encendida mirada y su indescriptible influjo paralizaron cada uno de los músculos de mi cuerpo. Él sabía lo que provocaba en mí, y quiso demostrármelo al avanzar hacia mí, cerrando la puerta tras de sí.

Asombrada por su descarada osadía, volví a dedicarle una fulminante mirada, que él me devolvió en forma de reto. Acercándose. Despacio. Lenta y condenadamente sexi. Con una seguridad devastadora. Calcinándome con cada gesto, con aquella penetrante mirada que me hizo retroceder hasta empotrarme con la fría pared de azulejos, convirtiéndola de manera inesperada en mi mayor aliada.

Me alcanzó colocándose a escasa distancia de mí, dejando que su olor me penetrara hasta el rincón más íntimo de mi cerebro. No podía creer lo que me estaba pasando, y mi corazón bombeaba rabioso, con fuerza. Molesto porque ejerciera aquello sobre mí, y enojado porque cada uno de mis latidos me golpeasen contra la piel cargados de deseo. No quería ir a ninguna parte. Quería quedarme allí, bajo su influjo, a la espera de que por fin se atreviese a besarme.

De pronto, su mano rozó la mía, y mi cuerpo reaccionó con un electrizante escalofrío que me recorrió la columna, seguido de una tórrida y extraña sensación. El silencio era abrumador, roto tan solo por el sonido de nuestras agitadas respiraciones.

Aguardé con emoción su siguiente movimiento. Y él, como si poseyera el poder de leerme la mente, abandonó mi mano para comenzar a acariciar mi tembloroso brazo con el reverso de su dedo índice. Aquel contacto erizó mi piel, dejando un reguero de deseo a su paso. Con cada roce. Pausado. Y condenadamente sexi.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué me comportaba así, cuando yo jamás había hecho algo remotamente parecido?

No obtenía respuesta, porque lo único en lo que podía pensar era en que no se detuviera, en que continuara aquel recorrido, que tanto placer me estaba provocando, hasta alcanzar mis pechos. Sí. Lo hice. Le permití tocarme porque todo mi ser lo pedía a gritos. Reclamante. Anhelante porque me acariciara y calmase aquella sensación que me abrasaba por dentro, que me

arrancaba insinuantes jadeos que no era capaz de retener.

Pude ver el excitante deseo con el que me miraba, con el que me atrapaban sus ojos y le concedí el permiso para seguir explorando. Mi abdomen. Mi pelvis. Por encima de la ropa continuó acariciándome hasta llegar a aquella zona que tanto reclamaba su atención. Apenas podía soportarlo, y mi boca se entreabrió un poco más para poder tomar aire, para intentar soportar aquel insólito y lascivo deseo que me consumía por dentro.

Sin abandonar mis ojos, oprimió mi sexo con fuerza, con movimientos rudos y certeros que cerraban mis párpados, incapaces de resistir ante tanta excitación. Incluso así podía notar cómo me observaba, cómo me poseía con la mirada sin ocultar el deseo que le provocaba. Abrí los ojos para mirarlo, para comprobar que estaba en lo cierto y que aquel encuentro era cosa de ambos.

Entonces lo vi. Vi cómo acortaba la escasa distancia que nos separaba y cómo se acercaba hasta bañarme la boca con su cálido aliento. Embaucada por el hipnotizante poder que era capaz de ejercer sobre mí, cerré los ojos para recibirlo. Anhelante. Deseosa por descubrir su sabor y sucumbir ante su influjo.

Pero el sonido de su perversa sonrisa me alertó de que algo no iba bien.

Cuando logré reaccionar y darme cuenta de lo que había pasado, me maldije para mis adentros. Había sido una completa y estúpida idiota, porque el muy capullo se había largado y me había dejado tirada, cachonda como una mona y con un cabreo de narices.

Tardé en recomponerme y en atreverme a salir de aquel aseo que había sido testigo de mi error. Necesitaba darle una lección, y solo mi deseo de venganza me empujó a regresar a la sala.

Ainhoa apenas necesitó un segundo para saber que algo me había pasado. Me cosió a preguntas nada más llegar. Pero de nuevo alguien se encargó de interrumpirnos.

Era una mujer que enseguida descubrí que sería la encargada de terminar de amargarme el día.

Capítulo 4

—¡Buenos días a todos! —saludó la mujer desde la puerta, llamando la atención de cuantos estábamos allí.

En la sala enseguida se hizo el silencio y todos nos volvimos hacia ella. Llevaba una carpeta en la mano y la acompañaba un joven de nuestra edad.

—Mi nombre es Adela —prosiguió—, y él es mi compañero Michael —dijo señalando al chico—. Desde la organización, queremos daros la bienvenida y agradeceros que hayáis querido ser parte de este pionero proyecto.

Ainhoa no dejaba de darme golpecitos con el codo. Se la veía entusiasmada, y yo deseaba estar como ella. No había tenido tiempo de contarle mi episodio en el baño con el pijo, al que, por cierto, no había vuelto a ver desde que me dejase tirada. Lo busqué con la mirada un par de ocasiones, pero decidí dejarlo para otro momento y centrarme en lo que aquella mujer tuviera que decirnos.

—Conforme os vayamos nombrando —continuó la tal Adela—, os dirigiréis a recepción, donde se os asignará un cuarto. Dispondréis de diez minutos para dejar vuestras pertenencias, pues debemos reencontrarnos aquí para marcharnos juntos a comer al restaurante donde está hecha la reserva. La tarde se os ha dejado libre para que os podáis conocer mejor y comenzar a estrechar lazos. La cena se servirá en el mismo restaurante a las veintiuna horas, por lo que, igualmente, debemos vernos aquí diez minutos antes. Recordad que debéis abandonar el albergue mañana por la mañana antes de las once. Os deseamos mucha suerte, y que aprovechéis y viváis a tope esta experiencia única. El resto de información la tenéis en la página web, donde disponéis de un correo electrónico y un número de teléfono para cualquier consulta. ¿Alguna pregunta?

Nadie hizo ninguna, por lo que rápidamente su compañero comenzó a traducir lo que ella había dicho, tanto en inglés, como en francés, italiano y portugués.

—¡Llegó el momento de conocer a nuestras chicas! —comentó Ainhoa frotándose las manos.

Quería tener su mismo entusiasmo, pero aún no había logrado deshacerme de aquella auto-culpa que yo misma me había echado encima.

La organizadora comenzó a nombrar parejas de chicas y chicos de diferentes puntos de

Europa. Una de ellas fue la formada por «míster codazos» o «mesié merdé», el franchute que había provocado todo lo que me había pasado, y al que vi marcharse con un chico de Cádiz. Sentí alivio al saber que estaría en la otra punta el país, y solo esperaba que el andaluz lo pusiera en su sitio.

—¡Ainhoa García, Zaragoza! —Mi Zipi era la siguiente.

—Cruza los dedos —me pidió antes de levantarse y colocarse junto a Adela, arrastrando su maleta.

Lo hice, y me azotó un golpe de realidad al ver que solo ella cumpliría nuestro sueño de ir a Inglaterra.

—¡Brittany Ackerman, London!

Entre la multitud apareció una chica pelirroja, de piel albina, y con cara de mojigata. Tras un rápido saludo, como habían hecho todos los que habían sido nombrados, las dos se encaminaron hacia recepción. Pero justo antes de abandonar la sala, Ainhoa se giró hacia mí para dedicarme un teatrero resoplido por la compañera que le había tocado. Sabía que ella esperaba a alguien más afín a nosotras, y su gesto me hace reír.

—¡Maica Ruíz, Zaragoza!

En cuanto oí mi nombre, el corazón me comenzó a latir a toda prisa. Me moría por saber quién me había tocado y, a diferencia de Ainhoa, a mí no me importaba meter a una mojigata en casa, así lo tendría más fácil para poder dominarla de cara a los enfados de mi padre.

—¡Mattew Cuvier, París!

«Perdona. ¿*Matiú*? ¿Esta qué se ha *fumao*?».

De pronto apareció de la nada el *Calientatangas* que me abordó en el baño.

«¡Será una broma!».

Me quedé blanca como el papel. ¿De verdad tenía tan mala suerte para no me tocara una chica, como al resto, y que encima me tocase con él? Me negaba a aceptarlo. Después de lo que me había hecho no quería saber nada de él, y mucho menos presentarme en casa con un tío. A mi padre le iba a dar algo, y yo sería la única culpable.

Me acerqué a la organizadora dispuesta a decirle que no estaba de acuerdo.

—Disculpe —la interrumpí justo cuando él llegó hasta nosotras con cara de bueno y de no haber roto un plato en su puñetera vida. Solo le faltaba la aureola sobre la cabeza para terminar de fingir que era un santo—, pero debe de haber un error. Él no puede ser mi compañero.

—Según pone aquí, sí lo es —aseguró con cierto malestar por mi osadía.

—No puede ser. Mírelo bien —insistí.

—Ya lo he hecho, y te repito que lo es.

—¿No debería ser una chica? Hasta ahora ha ido nombrando parejas del mismo sexo.

—No hay ningún error. Aparte de vosotros, hay más parejas mixtas, que ahora iremos

nombrando.

—Ya, pero, ¿no podría ponerme una chica?

—Las parejas ya están asignadas y no se pueden cambiar —aseguró—. ¿Tienes algún problema al respecto?

«Sí, que me ha puesto cachonda hace un rato y me ha dejado colgada con un palmo de narices, además de que quiero estrangularlo. Aparte de eso, nada más».

—No. Digo sí —corregí nerviosa. Sabía la que se me venía encima y no debía rendirme—. Es un chico, ¿no lo ve?

Había sido la única en cortar el ritmo de las presentaciones y todo el mundo me observaba, sobre todo las féminas, que no entendían mi reacción.

—Como para no verlo —coqueteó la organizadora, mirándolo de arriba abajo sin cortarse un pelo.

«Al final, o salgo en canoa o me estampo con tanta baba».

—¡Exacto! —señalé—. Mire lo… *hombre* que es.

—¿Tienes algún inconveniente con los hombres? —Su tono acusador dejó entrever que yo debía odiarlos o algo parecido.

—No. Pero sí. ¿Dónde va a dormir? —Se me estaban agotando las excusas y ya no sabía por dónde salir—. Verá, es que en mi casa no hay muchos dormitorios.

«Don te dejo caliente y me largo» seguía sin decir nada, impasible, limitándose únicamente a contemplar la escena como si la cosa no fuese con él.

—Pues podría dormir en el sofá. O podrías comprarle un colchón inflable —me rebatió la organizadora—. Con eso será más que suficiente, ¿no crees? —Su tono ahora se había vuelto mucho más serio.

—¿Y si se pincha? —Sabía que le estaba tocando las narices, pero aquella era la única forma que tenía de poder librarme de él.

—¿Perdona?

—Y el sofá no es muy cómodo, que digamos.

—¿Puedo seguir entonces nombrando al resto de chicos, o quieres que continuemos debatiendo acerca de sexos, cuartos, sofás y pinchazos?

«Menuda mala leche lleva la colega».

—Inflable, sofá. Lo capto. Está bien —claudiqué finalmente—, puede continuar.

—*Enchanté* —intervino por primera vez el susodicho con una leve inclinación de cabeza.

«Y encima tiene una voz sexi. ¡Te has lucido, Maica!».

—*Güí* —contesté girándome para dirigirme a recepción, sin tener la menor idea de lo que me había dicho.

Ya en recepción, me coloqué en la cola a esperar mi turno. Él no tardó en alcanzarme y

colocarse a mi lado, logrando que su olor volviese a taladrarme el cerebro.

—Tu sais parler français?

—No, no tengo ni idea de francés. —Esto creía haberlo entendido— ¿Y tú de español?

Él me dio la callada por respuesta arrugando el entrecejo y levantando los hombros.

«Y encima no tiene ni pajolera idea de mi idioma. A ver cómo salimos de esta».

—*Do you speak english?* —pregunté esperanzada en que al menos supiera inglés.

—*Very little*.

—Houston, tenemos un problema —murmuré.

—Quoi?

«¿*Cuá*? ¿Ahora se pone a imitar a un pato? ¡Virgencica del Pilar, échame un cable, anda!».

—Nada, *nothing* —rematé.

En recepción nos informaron de que nuestra habitación era la doce, que estaba situada en la primera planta. Como el ascensor estaba ocupado y había cola, con una seña le pregunté si subíamos por las escaleras, a lo que él asintió.

Al ir a poner un pie en el primer escalón, tiró del asa de mi maleta, ofreciéndose para llevármela.

«¿Ahora me vienes con caballerosidad después de lo que me has hecho en el baño?».

Dispuesta a dejarle bien claro que a mí no me la daba, rehusé su ofrecimiento y, en un rápido movimiento, tiré con fuerza de ella. Por desgracia, él apenas sujetaba el asa, y por el impulso acabé dándome de bruces contra el tercer escalón.

—*Ça va*?

—¿«Sabá»? No, no me voy. ¿Qué coño me voy a ir? ¡Joder, qué daño me he hecho! —solté echándome mano a la espinilla mientras me incorporaba—. Primero las patadas de mi abuela y ahora esto. ¿Es que todos los golpes tienen que ir al mismo sitio? —farfullé.

—*Je ne comprends pas ce que tu dis*.

—*Güí* —contesté sin entender ni una palabra, sin mirarle a la cara y ascendiendo con toda mi mala leche por las escaleras.

Al entrar por la puerta de la habitación comprobé que no la compartiría con Ainhoa. En su lugar, otras dos parejas ya estaban dentro y habían escogido las literas que había junto a la ventana.

«En serio, hoy estoy que me salgo».

El franchute me preguntó con señas qué cama quería, y yo me decanté por la de abajo, colocando mi *trolley* sobre ella. Prefería estar cerca del suelo por si tenía que salir pitando. Además, a él con su altura no le costaría alcanzar la de arriba.

La situación me resultaba exasperante. Por un lado, deseaba marcharme de allí y regresar a mi tierra cuanto antes. Pero por otro, quería alargar la llegada a casa lo máximo posible. La idea

de presentarme con un tío, al que no entendía ni papa y con el que no tenía nada en común, me tiraba para atrás. Bueno, un poco sí teníamos en común, pero eso era algo que a nadie le incumbía; demasiado bochorno para una sola mañana.

Maldije para mis adentros el momento en que accedí a apuntarme a aquella locura, quedarme en casa hubiera sido lo más acertado y le hubiera ahorrado el disgusto a mi padre. Lo que debía ser la traca final a unos años increíbles en la universidad, se estaba convirtiendo en un castigo divino a tanta juerga y desenfreno. ¿Penitencia? Tener que cargar con el franchute durante quince largos días, presentárselo a mi padre y, por último, tener que pasarme otras dos semanas en su país sin entender nada, sin mi familia, sin Ainhoa, y acompañada de un Calientatangas.

Capítulo 5

Al salir de la habitación para reunirnos con el resto de compañeros, Mattew volvió a preguntarme algo que no entendí.

La situación era complicada. Él no entendía español, yo no sabía francés, y el inglés de poco nos iba a servir con lo escaso que andaba él del idioma. La idea de comunicarnos con señas me desesperaba, y saqué mi móvil del bolsillo de mi pantalón para buscar alguna aplicación que me facilite las cosas. Para mi sorpresa, al ver cuál era mi intención, él me tapó la pantalla negando con la cabeza.

«¿No quieres que use traductor? ¡Conque esas tenemos! Vale, si tú no lo necesitas, yo tampoco».

Guardé el móvil y, al llegar a las escaleras, vi que él se apresuraba para colocarse un escalón delante de mí. No entendía a qué venía aquel gesto, pero de lo que sí estaba segura era de que iba a pasarme todo un mes haciendo mímica.

«¡Yupi! Van a ser las mejores vacaciones de mi vida. ¡Yupi! Me pone como una moto. ¡Yup…! Esto no lo celebro. Esto me pone de mala leche».

De vuelta al salón, y con ganas de contarle todo, busqué a Ainhoa entre toda la gente. Estaba junto a la mesa del futbolín, hablando con su compañera. La chica, de nombre Brittany, pelirroja y de piel blanca cubierta de incontables pecas, me ofreció la mano en lugar de aceptar mi intención de saludarla con dos besos a la hora de presentarnos. Estaba claro que era muy distinta a nosotras, aunque al menos Zipi podía comunicarse con ella, no como yo con don Perfecto.

—¿Se puede saber qué haces con el cachondo? —cuchicheó mi fiel amiga—. ¿Dónde está tu compañera?

—Ero, Ainhoa; él es mi compañero, mi *pelirroja particular* —mascullé.

—No jodas.

—No jodo. Estoy jodida, que no es lo mismo. No entiende ni papa de español, y apenas sabe inglés. Me veo a lo Charles Chaplin en una peli de cine mudo.

—Dudo que te sentara bien el bigote —se mofó, ganándose un suave golpe en el brazo.

—Disculpadme —dije dirigiéndome a los tres para presentarlos—, *Mattew, they are Ainhoa*

and Brittany.

—*Enchanté* —respondió él con una amable sonrisa, acompañándolo de dos besos a cada una.

En esta ocasión, la inglesa no solo aceptó su saludo de buen grado, sino que además se colocó a su lado para comenzar a entablar con él una conversación en un perfecto francés.

—Mira la mosquita muerta —susurró Ainhoa.

—O la has espabilado en tiempo récord o esta venía así de fábrica.

—Me da a mí que lo segundo.

—¿La chica sabe español?

—Nada de nada. Tenemos vía libre para criticarla.

—Pues de momento hay que ponerle un mote. Vámonos a comer, que algo se me ocurrirá.

En el restaurante que la organización había reservado para acogernos a todos, compartimos mesa con un chico de Mérida y su compañero, que era de Italia. Resultaron ser muy simpáticos ambos, aunque la primera en darse cuenta fue la pelirroja, que no tardó en rodear la mesa como si nada para sentarse entre el español y Mattew. Este último aguardó a que las tres tomáramos asiento para hacerlo él después.

—Mira la tímida —cuchicheó Zipi—. Fíate de las sosas.

—Tú lleva *cuidao*, que esta te levanta al que le eches el ojo.

—¿Te has fijado lo caballeroso que es el cachondo? Qué suerte has tenido, puñetera.

—¿«Suerte»? Si tú supieras —murmuré por lo bajini. Aquel perfecto caballero poco tenía que ver con el que me había dejado tirada en el baño.

Con la promesa de contarle a Zipi todo en cuanto me fuese posible, el camarero llegó a nosotros para dejarnos tres cartas del menú en la mesa. Mattew, fiel a su nuevo rol de galantería, se encargó de repartirlas entre el chico de Mérida, Ainhoa y yo.

—*Help me?* —me preguntó al entregarme la mía, con cara de niño bueno.

«¡A tomar por saco la galantería francesa! Lo que querías era que te ayudase, ¿eh, colega?

Miré a mi alrededor para que alguien pudiera traducirle, pero la mosquita muerta de la pelirroja andaba demasiado ocupada *conquistando* España. Ainhoa hacía lo mismo con el italiano, por lo que no tenía más remedio que claudicar. ¡Total, me esperaba un mes entero a su lado!

Asentí resignada y comencé a ojear la carta. Se trataba de un menú compuesto por un primer plato, a elegir entre dos posibles opciones; un segundo plato, a escoger entre otras dos; una bebida y un postre. Leer tanta comida me había provocado aún más hambre de la que ya tenía, y me dispuse a cumplir mi cometido de perfecta anfitriona.

De primer plato podíamos elegir entre la ensalada de la casa o un plato de entremeses. Lo de la ensalada lo tenía controlado, pero no recordaba cómo se decía embutido y, con su poco inglés, no sabía cómo narices se lo iba a explicar.

—Un menú, *one menu* —comencé al arrancarme, enseñándole un dedo—. Dos platos, *two plates*. —Le mostré dos dedos, él asintió, lo que me hizo pensar que la cosa iba bien—. Primer plato, *first plate* —continué señalando la carta—: ¿Ensalada o embutido? *Salad or* embutido?

—¿«*Butido*»?

«¡Joder qué tiquismiquis! Si ya sabía yo que aquí la íbamos a liar».

—*Yes.* Embutido, salchichón, chorizo, jamón… —En su cara podía ver que no entendía nada de lo que le decía—. Jamón, cerdo, *pig*… —Yo le iba nombrando, pero era como hablarle a la pared—. Cerdo, orejitas, ¡oinc, oinc!

Mi onomatopeya porcina provocó que todos me mirasen extrañados.

—*Oh, oui!* —respondió al fin.

«¡Bien, vamos avanzando!».

—*Porc*? —me preguntó, cargándose de un plumazo mi escueto triunfo.

—¿«Por»? Porque lo dice aquí —afirmé mostrándole la carta.

—*Porc, pig, segdo* —me aclaró.

—Ah, vale, sí, *yes*, okey, okey. Cerdo, *porc*, *pig*.

«¡Coño, cuánta historia para dos rodajas de salchichón y chorizo!».

—*Oui* —respondió orgulloso con una sonrisa triunfante, que consiguió cabrearme.

—Sí —lo corregí—. Si vamos a aprender idiomas, o los aprendemos todos, o no hay nada que rascar.

—Sí —repitió, provocando que ahora fuese yo la que sonriera.

—*Choose: salad or pig?* ¿Ensalada o embutido? —le di a elegir para ir terminando.

—Salad.

—Okey, ensalada pues. Siguiente paso.

De segundo podíamos elegir entre un asado de pollo al horno con patatas o unos macarrones a la boloñesa.

—Segundo plato —indiqué señalando con dos dedos—, *second plate*: Macarrones boloñesa, *macaroni bolognese*, o pollo asado con patatas, *or roast chicken wiht potatoes.*

—*Je ne comprends pas*.

—¿«Comprar el pan»? No, lo dan gratis; va incluido en el menú.

—*I don´t understand.*

—Ah, ya decía yo que me sonaba la frasecita. A ver cómo te explico. Patatas, *potatoes, chips*.

—*Oui*.

—Bien, veo que lo entiendes. Sigamos. Patatas y pollo, *chips* and *chicken*. Asado, *roast*, en el horno, *in the oven*, cocina, *kitchen*, caliente, *hot.* —Por su cara podía comprobar que seguía sin enterarse—. ¡Joder con el franchute, que no se entera de nada! —mascullé entre dientes—. Chico —dije volviendo a mirarlo—, pollo, *chicken, KFC so good…*, ¡pío, pío, pío! —Con la mano le

hice el gesto del pico. A esas alturas me daba igual que me mirasen. Tenía hambre.

—*Poulet?*

—¿«*Pulé*»? Si fueras chino juraría que acabas de pedir puré. Joder, con los idiomas, ¿no podríamos tener uno solo para toda Europa? ¡Qué pena no seguir en la Universidad; esta reivindicación sería buena para liarla parda y fugarnos las clases!

—*Oui, chicken, poulet* —respondió él, devolviéndome a la realidad.

—Eso es, pollo —recalqué.

—Pollo.

—*Oui*, digo sí. ¡Joder, qué lío!

—*Only?*

—¿Cómo que solo? Con patatas, ya te lo he dicho, al horno, *with potatoes in the oven*; ya sabes, caliente, *hot*, que quema un huevo. ¿Por qué no pides macarrones? *Macaroni is wonderful. Do you want macaroni?*

—Oui.

—Bien, macarrones para los dos.

—*Et le poulet.*

—¡Me cago en *to* lo que se menea! Dios mío, dame fuerzas —imploré—. Mattew, a ver, macarrones o pollo, *macaroni or chicken.* Macarrones y *pulé* no puedes pedir, una cosa o la otra. *Only one*.

—*Poulet.*

—Pollo pues —resoplé lanzando la carta sobre el mantel y apoyando la espalda en el respaldo de la silla, sellando así mi clase intensiva de español y mis patéticas imitaciones zoológicas.

Una vez que el camarero nos sirvió los primeros platos a cada uno, Marcos, el chico de Mérida, nos preguntó a Ainhoa y a mí de dónde éramos. Durante un breve rato comentamos cosas de nuestras respectivas ciudades, hasta que Brittany decidió intervenir.

—*In english, please*. —Su tono sonó más a reproche que a petición.

Mientras el extremeño le presentaba sus disculpas, yo di con el mote que le iba como anillo al dedo a la pelirroja.

—Cherry —le susurré a Ainhoa de repente.

—¿Y eso?

—Fíjate en los tomates de la ensalada. Pequeños, rojos y frescos, como ella.

—Eres mi ídolo —murmuró justo antes de chocar nuestras manos.

El resto de la velada, tras la petición de la recién bautizada Cherry, la pasamos conversando en inglés. Todos participamos de la charla, excepto Mattew, que se mantuvo callado, incluso cuando terminamos y nos dirigimos hacia el albergue.

Ainhoa, deseosa porque la pusiera al día, durante el trayecto se abrazó a mi brazo y me apartó un poco de ellos para sonsacarme lo que me había pasado con Mattew. Lo hice, y la muy puñetera no hizo otra cosa que descojonarse a mi costa. Al final incluso a mí me contagió y las dos acabamos muertas de la risa.

Las horas siguientes hasta llegar el momento de volver al restaurante para cenar, las ocupamos en el salón con nuestros nuevos amigos, y con Brittany y Mattew. Durante todo ese tiempo, disfrutamos de lo lindo jugando al futbolín, bebiendo nuestra bebida favorita hasta hartarnos, y traduciendo y chapurreando palabrotas y expresiones varias en cuatro idiomas.

Por suerte la cena era de un plato único y no tuve que volver a traducirle nada al franchute. Aunque lo que más deseábamos Zipi y yo era retomar el buen rollo que habíamos creado en el albergue. La mayoría de chicos se habían marchado a sus cuartos a dormir, y apenas quedábamos unas diez personas. Pese al cansancio, y al largo e intenso día que nos esperaba al día siguiente, Ainhoa y yo no quisimos dar por finalizada la velada, y conseguimos convencer al resto de nuestro recién estrenado grupo para que se quedaran con nosotras. Solo el italiano rehusó a nuestro ofrecimiento, y se marchó a su habitación a descansar.

En la zona de los sofás, ubicada al fondo del salón, nos contamos multitud anécdotas, mientras Mattew no dejaba de mirar su móvil y de enviar mensajes. No sabía con quién hablaba, pero sus sonrisitas al leerlos, me empezaban a poner de los nervios. Al cabo de un rato, y para mi sorpresa, le pidió a la pelirroja que nos tradujera unas palabras. Al parecer quería invitar a un amigo suyo a venir al albergue y nos preguntó en boca de la Cherry si teníamos algún inconveniente. Todos aceptamos encantados su propuesta, sobre todo después de que Ainhoa le pidiera que trajera algo de alcohol.

Poco antes de que llegase nuestro barman particular, el chico que me volcó la Coca-Cola, alias *míster* Codazos y *mesié Merdé* para mí, se acercó hasta nosotros para hablar con Mattew. No entendía nada de lo que hablaban, pero por si acaso se estaba metiendo conmigo, en un cruce de miradas le dediqué mi mirada asesina-gilipollas, porque sabía que la entendería sin necesidad de traducción.

Tras su marcha, el móvil de mi compañero volvió a sonar, y se levantó para ir a recepción a recibir a su amigo. Cuando los vimos entrar, sentí un fuerte dolor en el brazo.

—¡Au! Tía, ¿qué haces? —le reñí a Ainhoa, cubriéndome la zona donde me había pellizcado.

—¿Has visto cómo está el amigo?

—Gracias a tu sutileza, lo veo y me quedará un recuerdo de ello. Joder, Zipi, es un tío normal y corriente.

—De normal no tiene nada, y corriente es la que me acaba de dar nada más verlo.

—Todo tuyo.

—Gracias, Zape.

Eloy, que así era como se llamaba el chico en cuestión, resultó ser un chico entrañable. Nos contó que era de Madrid, que conoció a Mattew hacía unos años, y que desde entonces mantenían una estrecha amistad. Para mi gusto no era un chico excesivamente guapo, aunque no podía negar que sus rizos morenos algo despeinados le daban cierto atractivo. Sin embargo, lo que más llamó mi atención de él fueron sus paletas separadas. Mi abuela siempre decía que los que las tenían así eran unos bichos de cuidado, y me reí al recordarlo, pues de ser cierto, Eloy sería la pareja perfecta para Ainhoa.

Entre copa y copa, y con la Cherry altamente ocupada con el extremeño, Eloy nos contó que era comercial, que estaba soltero, al igual que Mattew, y que ambos estaban cerca de cumplir los treinta años. Después nos preguntó a nosotras, y le contamos que ambas tenemos veintiséis años, de dónde éramos, que acabábamos de graduarnos en Química, y que también estábamos solteras. Ainhoa, que había hecho buenas migas con él desde que entrase por la puerta, le contó entre risas cómo habíamos ido a parar allí.

—¿Me estás diciendo que no querías ir a Francia? —me preguntó sin ocultar su asombro.

—Así es —aseguré—. No tengo ni idea de francés, y no creo que a estas alturas pueda aprender algo. Me resulta un idioma muy difícil de comprender.

—¿Y cómo piensas apañártelas con Mattew?

—Lo mismo puedo decir yo de él. Si te conoce tanto tiempo, ¿cómo es que no sabe nada de español?

—Siempre ha sido un negado para los idiomas.

—¿Y por qué eligió España?

Eloy decidió traducirle mi pregunta para darle a aquel la opción de responder.

—Dice que le hacía ilusión conocer Zaragoza. Había oído hablar de ella a una compañera de trabajo —nos tradujo a Ainhoa y a mí.

—Así que estamos en la misma situación —puntualicé.

—Me temo que sí —confirmó Eloy.

Después de todo, resultaba curioso que Mattew y yo tuviésemos algo en común. Ambos estábamos en igualdad de condiciones y ninguno de los dos tenía el más mínimo interés en conocer el idioma del otro. Pero, por azar del caprichoso destino, por una cuestión de química, o vete a saber por qué razón más, nuestros caminos se habían cruzado. Y ahora debíamos apechugar con ello.

Capítulo 6

Después de varios cubatas y con ganas de rematar algo que tenía pendiente, le propuse a Ainhoa hacer una de las nuestras.

—¿Qué se te ha ocurrido? —me planteó.

—Un juego viejo, pero efectivo. Mira ese botellín de cerveza, me está mirando —bromeé alzando las cejas.

—Me parece perfecto. Así puedo robarle un beso a Eloy.

—Joder, no había caído. ¿Y a quién le robo yo?

—Está claro. A Mattew. Así rematáis la *escenita* del baño.

—¡Ni loca!

—Tía, menuda suerte has tenido, aunque no quieras verlo.

—¿«Suerte»? Te recuerdo que por un fatídico error no voy a pisar Londres y tengo que cargar con un tío al que no entiendo, y que, estoy segura, no tiene nada que aportarme.

—Ya lo creo que sí, un empotramiento como dios manda —se burló, justo antes de que la mandara a cierto sitio.

Descartado el ilógico comentario de Ainhoa, las dos les propusimos al resto jugar al juego de la botella. Para los pocos que no sabían en qué consistía, les explicamos que se trataba de hacer girar la botella hasta que esta se detuviera apuntando a una persona del círculo. Cada uno de nosotros debía pasar por tres pruebas: «beso», «atrevimiento» o «verdad».

Una vez que todos aceptaron, Zipi fue la encargada de hacerla girar, y el azar quiso que la boca de la botella acabara apuntando hacia la Cherry.

—¿Qué eliges, Brittany? —le demandó Ainhoa, erigiéndose como directora del juego y maestra de ceremonias.

Por suerte la mayoría nos defendíamos con el inglés, y el extremeño no dudó en preguntarle cuando la pelirroja escogió «verdad».

—¿Verdad que me darás tu número de teléfono?

La Cherry tardó menos de dos segundos en sacar su móvil.

Mientras ellos intercambiaban sus números, Ainhoa volvió a girar la botella. En esa ocasión

la boca acabó señalando a Eloy, que no dudó en escoger «atrevimiento».

—¿Quieres que le propongamos algo en especial? —le cuchicheé a Zipi al oído.

—Me muero por verlo desnudo —confesó.

—Cuenta con ello —confirmé justo antes de dirigirme a él—. Tienes que salir a la calle en calzoncillos, parar a la primera persona con la que te cruces, preguntarle en qué año estamos y, cuando te responda, debes de salir corriendo gritando «funcionó, la máquina del tiempo funcionó».

—Solo si grabáis el momento —comentó jocoso para sorpresa de todos.

—¡Eso está hecho! —celebró Ainhoa, sacando también su móvil, con una sonrisa que le cruzaba la cara.

Tras traducirle a su amigo el franchute en qué consistía la prueba, Eloy se quedó en ropa interior, y los cinco lo seguimos hasta la calle. A esas alturas, hasta el recepcionista había optado por pasar de nosotros.

No defraudó. El madrileño lo dio todo añadiendo incluso algo de teatro y dramatismo al momento. Todos acabamos muertos de la risa, incluso Mattew. Era la primera vez que lo veía reír y, mientras algunos grababan la escena, me dediqué un instante a observarlo. Aún seguía molesta con él, pero debía reconocer que su modo de reír era de lo más sexi.

Me gustaba su sonrisa. Solo eso.

De vuelta al salón y con el ron comenzando a hacer mella en cada uno de nosotros, retomamos el juego. La siguiente víctima de la botella fue Ainhoa, que no dudó en elegir «beso». Se moría de ganas por besar al madrileño, y no tardó en levantarse para dirigirse hacia él con su mirada más lasciva. Parecía una gata en celo, y aquel no opuso resistencia alguna. El beso fue tan largo que hasta los vitoreamos.

En la siguiente tirada, la botella señaló a Eloy, y este, con la firme intención de repetir, escogió «beso» mientras se iba directo hacia Ainhoa. Para sorpresa de algunos, y regocijo de ella, lo que debía ser un sencillo junte de labios, acabó en un tórrido beso que la dejó temblando.

Mucho más cautos fueron la Cherry y el extremeño cuando llegaron sus turnos. Después les siguieron varios retos de atrevimiento o preguntas sencillas que se hicieron unos a otros. Empezaba a desesperarme porque la dichosa botella tuviese algún problema conmigo para no apuntarme, cuando vi que se detenía de nuevo en Mattew. Solo le quedaban «atrevimiento» o «beso», y eligió este último.

Mentalmente, me preparé para hacerle la cobra [2]. Había propuesto jugar a aquel juego precisamente para poder vengarme por lo que me había hecho en el baño, y había llegado el momento de devolvérsela.

Él se levantó, y lo vi mirándome del mismo modo en que lo había hecho cuando me tenía allí

atrapada contra la pared de azulejos. El muy canalla tenía la capacidad de cambiar de gesto con la misma rapidez que a mí me bombeaba el corazón bajo el pecho. Me molestaba que fuese capaz de provocarme aquello con tan solo clavar sus ojos en los míos, y aún más la risita emocionada y expectante de Ainhoa, sentada a mi lado. Eloy, a mi izquierda, tampoco se cortó y sonrió con picardía al contemplar la escena.

Una parte de mí quería salir corriendo de allí para evitar que nadie notase lo nerviosa que me encontraba. No resultaba fácil ver cómo Mattew se acercaba de forma lenta, pausada y morbosa hacia mí. Levanté la cabeza para mirarlo y fingir que no me temblaba todo el cuerpo. Era un hombre imponente, debía reconocerlo. Y escandalosa y endiabladamente atractivo y sexi. Su modo de mirarme era penetrante, inquietante incluso. En sus ojos había deseo, el mismo que yo intentaba disimular para no hacerle ver lo mucho que, en el fondo, deseaba probar ese labio imperfectamente perfecto que tanto me atraía de él. Por un instante me hizo olvidar incluso que tenía una deuda pendiente con él. Aunque el propio Mattew se encargó de recordármelo cuando, a escasos centímetros de mí, el muy sinvergüenza me dio un quiebro y se dirigió hacia la Cherry para darle un casto beso en la boca.

«¡Lo mato! ¿Cómo se le ocurre dejarme así? ¡Que ya van dos veces hoy, joder!».

De haber podido escuchar los gritos de mis pensamientos, los hubiera dejado a todos temblando. Deseaba estrangularlo, pero en lugar de eso me limité a apretar el puño con fuerza; tanta, que hasta me hice daño.

Envalentonada y cabreada como un mono por el segundo desplante del cachondo, alias *Águila*, Calientatangas y *Franchute de las narices*, en esa ocasión fui yo la que se apresuró a girar la botella. Por fortuna la boca acabó apuntándome a mí. Me quedaban dos opciones para elegir, y me decanté por «atrevimiento», confiando en que algo de acción me ayudase a calmarme. Con la mirada, le hice saber a Ainhoa lo que quería, y ella, conociéndome a la perfección, no tardó en cuchichearle a Eloy lo que debía hacer. El madrileño, que al principio se sorprendió por lo que mi amiga le había dicho, finalmente accedió y, sin traducirle nada al francés ni a Cherry, soltó delante de todos:

—Tienes que conseguir empalmar al recepcionista. La forma en que lo hagas es cosa tuya.

Su reto no solo me divirtió, sino que me envalentoné y le pedí a Ainhoa que le pusiera música al momento. Mientras ella buscaba una canción en su móvil, yo me levanté y me dirigí hacia recepción para traerme al chico de vuelta en menos de un minuto. Con los primeros acordes y demostrando en todo momento mi ardua seguridad, coloqué una de las sillas bajas en el centro del salón, donde casi le ordené al recepcionista que se sentara. Bajo la atenta mirada de todos, y en particular la de Mattew, comencé a contonearme alrededor del chico. La canción era bastante erótica, por lo que no me costó representar a la perfección el papel de bailarina de club. Mi única intención con todo aquello era fastidiar a mi compañero de intercambio, y ver cómo me miraba y

el modo en que tensaba su mandíbula al hacerlo, me animó a seguir dándolo todo. Me incliné de manera exagerada hacia el recepcionista, de espaldas al resto, dejando que todos vieran mi redondo trasero. Estaba consiguiendo mi objetivo, y quise mejorarlo mordiéndome el labio cuando me giré y me contoneé rozando con el culo el regazo del chico. La nueva postura, al inclinarme hacia adelante, dejaba entrever mi pronunciado y casi infinito escote. Aquello debió superar a Mattew, porque no tardó ni un segundo en levantarse y venir directo hacia mí.

He de confesar que no esperaba su reacción al cogerme del brazo e incorporarme para separarme del recepcionista. Al hacerlo, comprobó que el chico estaba empalmado y le ordenó con firmeza que se marchara. No necesité pedirle a Eloy que me tradujese sus palabras, bastaba con ver su cara.

Molesta por su arrogancia, me solté de un brusco movimiento para regresar a mi asiento, no sin antes fulminarlo una última vez con la mirada.

El recepcionista ya no está en el salón, pero Mattew y yo seguimos sin mirarnos. Estamos tan cabreados que evitamos tener que hacerlo. Ainhoa, al ver la tensión que se había creado en el ambiente, propuso dejar de jugar para apaciguar los ánimos.

—No —me apresuré a responder—. Ahora más que nunca quiero llegar hasta el final.

Aceptando mi deseo, se dirigió al grupo para comunicarles que ya no íbamos a girar la botella. Tan solo quedaban dos opciones para completar el juego: a Mattew el «atrevimiento», y a mí el «beso».

—*Vous commencez* —comentó aquel, señalándome.

—Gracias —contesté de mala gana.

«Para una vez que hay una frase sencilla, no puedo disfrutarla por el cabreo que llevo», pensé harta de su refinada caballerosidad, su intrigante mirada y su afán por dejarme con un palmo de narices.

Había llegado mi turno del «beso». Si hacía recuento confirmaba lo que ya sabía: que todos se habían besado menos yo. Algunos, incluso, habían tenido la oportunidad de repetir, como le había ocurrido a la «modosita» de la Cherry. Pero para mí era mucho más importante fastidiar al franchute.

Imaginé que esperaría que me lanzara sobre él como una gata en celo, o que me rendiría a sus pies como lo haría una princesa ante los besos de su príncipe. ¡Iba listo! Lo último que haría sería agrandar su ego y, al llegar mi turno, le hice ver que Eloy sería el elegido. No negaré que me divertí viendo de soslayo su molestia. Sin embargo, el código que tenía con Ainhoa era mucho más valioso para mí, y, en el último momento, cuando todos creía que me vengaría besando al madrileño, me giré y besé a mi amiga. A diferencia de anteriores ocasiones, no hubo vítores, sino un silencio tan intenso, que hasta me permitió escuchar el rechinar de dientes del francés.

«¡Chúpate esa, mamón!».

La última prueba del juego que quedaba para terminar era «atrevimiento» y le tocaba a él. Yo no había tenido suficiente con todo lo que me había hecho, y le susurré a Zipi que me trajera dos cucharas.

—Ya sabes, una a escondidas para mí —le recordé.

La vi sonreír de camino a la barra. Sabía cuál era mi intención y le divertía tanto como a mí pensar en lo que le esperaba al franchute.

—Eloy, traduce —le pedí al madrileño—. Mattew, debes enfrentarte a Ainhoa en un combate de cucharas.

—«¿Combate de cucharas?» —cuestionó sorprendido.

—Tú traduce —lo apremié cogiendo una de las dos cucharas visibles que Zipi trajo en la mano. —Debéis coger la cuchara por la punta del mango con la boca. Las manos a la espalda, no pueden usarse. El combate consiste en golpear la cabeza del contrincante con la parte cóncava de la cuchara. Cada uno tiene tres intentos. El que golpee más fuerte gana.

—Dice que le hará daño —nos traduce el madrileño lo que su prepotente amigo acababa de decir.

«Eso es lo que tú te crees», pensé reprimiendo la maligna carcajada que retumbaba en mi interior.

—Aunque sea mujer, soy más fuerte de lo que pueda suponer —se defendió Ainhoa.

—Eso no lo dudo —le respondió Eloy con una pícara sonrisa ladina, antes de traducirle de nuevo a su amigo.

Mientras Mattew cogía la cuchara y se la ponía en la boca para probar, Ainhoa me pasó la tercera cuchara a escondidas.

—Colocaros uno enfrente del otro. Eloy y yo nos pondremos detrás y haremos de jueces para asegurarnos de que no hacéis trampa —argumenté levantándome para ocupar mi sitio tras el francés. Su amigo hizo lo mismo y se posicionó a la espalda de Ainhoa, que se había sentado sobre la mesa pequeña de centro. La Cherry y Marcos observan en silencio la escena.

Una vez que los dos contrincantes estaban preparados, situados uno frente al otro, con las manos atrás, y con sendas cucharas en la boca, di por comenzado el combate.

—Ainhoa, agacha la cabeza. Mattew, es tu turno, dale lo más fuerte que puedas.

Eloy tradujo mis palabras y mi compañero, obediente, comenzó a golpear con la cuchara a mi amiga. En este juego, por muy fuerte que uno sea, apenas se logra dañar al contrincante, y Zipi sale completamente ilesa del primer asalto.

—Le toca a Ainhoa —indicó Eloy.

Cuando Mattew agachó la cabeza, mi amiga hizo el ademán de atizarle. Pero en el instante en que debía hacerlo, saqué la cuchara que llevaba oculta y le propiné al franchute un golpe de esos

que pican. Con rapidez, escondí de nuevo la cuchara para que pareciera que había sido Ainhoa quien le había dado.

—*Merde!* —se quejó Mattew llevándose la mano a la cabeza.

—Ya te he dicho que era *fuedte* —se excusó ella con el mango en la boca, provocando las risas de todos. Menos la de él.

—Uno a cero en el primer asalto. Turno para Mattew, el *hombre* —advertí enfatizando la última palabra.

Al igual que la primera vez, míster Calientatangas intentó con todas sus fuerzas golpearla. Su cara de asombro y exasperación, al ver que él no podía hacerlo con la misma contundencia que ella, nos provocó aún más carcajadas.

Cuando volvió a ser el turno de Ainhoa, repetí la sacudida con mi cuchara. Pero, a diferencia de la primera vez, en esta ocasión le di aún con más fuerza.

—Esta por lo del beso —mascullé en voz baja.

—*Peuchère!!!* —se quejó.

—No sé lo que ha dicho, pero haz el favor de decirle que aguante, como un *hombre* —le pedí a Eloy descojonándome. Por suerte el madrileño era un tío enrollado y participó de la broma, a pesar de estar viendo cómo sufría su amigo.

Tras el último intento, y pese a poner todo su empeño por no perder el combate, llegó nuevamente el turno de Ainhoa. Era la última oportunidad de desquitarme, la última ocasión que tenía para devolverle la gran plantada del baño, la cobra y el corte de rollo mientras le bailaba al recepcionista. Había llegado mi momento estelar, me sentía como en una final de España-Francia, y hasta podía escuchar el himno nacional en mi cabeza. Me vine arriba y, armada de valor, en el instante del golpe cogí impulso y le di lo más fuerte que pude.

—*Ce jeu est nul. Pas plus de jeu!!* —bramó lanzando la cuchara que llevaba en la boca sobre el sofá, para después marcharse del salón.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Ainhoa a Eloy.

—Que este juego es una mierda y que ya no juega más —respondió entre risas, para acto seguido salir tras su amigo.

Zipi y yo nos quedamos partiéndonos de la risa. Me había vengado de mi compañero de intercambio y le había dado una buena lección.

«España, 3 – Francia, 2. ¡Chúpate esa, Napoleón!».

Capítulo 7

Apoyada en el respaldo del sofá, y aún muerta de la risa, me despedí de Ainhoa y de la parejita para irme al baño. Llevaba más de dos horas sin ir, y entre la ingesta de alcohol y el festín de carcajadas, ya no podía aguantar ni un segundo más.

El recepcionista me saludó con una risilla cómplice al pasar por su lado y yo le guiñé un ojo en respuesta. La necesidad por llegar al baño apremiaba y tampoco es que tuviera nada que decirle tras el juego vivido en el salón.

Una vez allí, aún mantenía la sonrisa mientras me desvestía. Después de todo, había sido divertido vengarme de Mattew y darle una buena lección como se merecía. Pensaba en ello cuando oí unas voces a través de la rejilla de ventilación, provenientes del baño contiguo. No le presté la menor atención, pues en mi cabeza aún seguía visualizando cucharas, golpes, y al franchute quejándose, hasta que escuché el nombre de Ainhoa.

—Es buena tía.

—Sí que lo es, todo lo contrario que la amiga.

—No sé por qué te empeñas en verla de esa forma. He hecho lo que me has pedido, pero aún no me has dicho por qué la odias tanto.

—¡Ella es la que me odia a mí! Menudo número ha montado cuando le ha dicho a la organizadora que YO era un error.

—¿Cómo?

—Iban nombrándonos por parejas de intercambio. Al comprobar que la suya era yo, le ha dicho que había un error, que su compañera debía ser una chica. Después se ha liado diciendo no sé qué chorradas de sofás y colchones inflables.

Escuché carcajadas.

—No te rías, cabrón.

—Si te parece, me pongo a llorar —respondió volviendo a descojonarse—. A ver, hablando en serio. Por lo poco que he tratado con ella, no me parece una tía de ir echando humo por la boca. ¿Qué le has hecho?

—¿Y por qué he tenido que ser yo?

—Porque no me cuadra.

—Me pone de los nervios, eso es todo.

—Tío, se te olvida que te conozco desde hace años. Puedo asegurarte que pocas veces te he visto así con una tía. Y he visto tu reacción cuando le calentaba al tío de recepción. ¿No será que te gusta?

—Tú eres gilipollas.

—Aquí el único gilipollas eres tú, que ves fantasmas donde no los hay. A mí me parece buena gente.

—Eso lo dices porque no conoces su parte diabólica. Tendrías que haberla visto vengándose de un colega mío de Lyon.

—Algo haría para merecérselo.

—¿Por qué la defiendes?

—Y ¿tú por qué la atacas?

—¡*Putun*, Eloy!

—Joder, no, Mattew. ¿Me lo vas a decir ya, o tengo que sacártelo a golpes?

—Antes de que supiéramos que éramos compañeros de intercambio, casi me enrollo con ella en el baño.

—¡¿Qué?! —De nuevo risas.

—Sabía que no debía contártelo.

—Eres un capullo. ¿Ves cómo te gusta?

—Ya no.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Di lo que quieras, pero ya no pienso ponerle un dedo encima. Tiene demasiado genio para mí.

—Por eso es idónea para ti. Ella es justo lo que necesitas, don Perfecto.

—Estás muy equivocado.

—Me apuesto lo que sea a que, cuando vuelvas a París con ella, ya le has comido el morro.

—Acepto la apuesta.

—Ya sé quién me va a pagar mi próximo viaje a Francia.

—O el mío a Madrid.

Se oyó un choque de manos.

—Así que por eso quieres hacerle entender que no sabes español.

—Ni español ni inglés.

—Serás cabrón.

—Tendrías que haberla visto traduciéndome la carta del restaurante. Para explicarme entremeses acabó imitando a un cerdo, y para un asado de pollo diciendo «pío, pío» —aclaró

seguido de unas buenas risotadas.

—Joder, eso sí que me hubiera gustado verlo —comentó entre risas—. Aun así, sigo pensando que eres un cabrón, que lo sepas.

—No soy yo quien ha dado hostias con la cuchara.

—Eso ha sido buenísimo —celebró partiéndose de risa—. Y ahora, con lo que sé, te lo tenías bien merecido. Por cierto, ¿no piensas decirle la verdad? ¿Hasta cuándo vas a seguir con esto?

—No lo sé.

—Como quieras. Pero a mí no me metas más en tus líos, que a mí las tías me caen bien. Por cierto, me largo en un par de minutos; te quedas solo con este circo. Eso sí, no te equivoques, o te pillará.

—Tranquilo, tendré un bulto en la cabeza que me lo recordará.

—Suerte en tierras mañas, la vas a necesitar —advirtió de nuevo entre risas.

—¡Que te jodan!

—¡Me alegro mucho de verte, tío!

—Y yo a ti.

Desde la cuarta frase me había dejado caer sobre la taza del inodoro, algo que nunca hago en un baño público. Recuerdo que el corazón me latía con tanta fuerza que temí que me diera un soponcio y palmarla en el trono al estilo del padre de los Lannister[3].

«¡¡¡Me cago en los franchutes, en Francia, en Napoleón y en la tortilla francesa!!!», solté para mis adentros llena de rabia.

De buena gana hubiera ido corriendo hacia donde ellos se encontraban, hubiese abierto la puerta de una patada y me hubiera lanzado sobre él para darle un buen puñetazo. Pero en su lugar, me vestí y salí a hurtadillas del baño. Relegué el tema higiene por el tema que realmente me importaba: vengarme.

Napoleón no sabía con quién se la estaba jugando, y con la firme intención de que no ser pillada y, sobre todo, de que no supieran lo que había averiguado, me apresuré por llegar al salón antes que ellos y avisar a Ainhoa.

Sin embargo, una vez más el franchute parecía destinado a fastidiarme, presentándose allí junto a Eloy antes de lo previsto.

Tal y como acababa de escuchar en el baño, el madrileño nos anunció que se marchaba. Ainhoa sabía por mi gesto que algo no iba bien, aunque se centró en Eloy y en darle una cálida despedida.

Tras su marcha, los cinco nos encaminamos hacia nuestros respectivos dormitorios, dando por finalizada la velada.

***

Ya de madrugada, y mientras todos dormían, yo seguía sin pegar ojo de la mala leche que llevaba. Había perdido incluso la cuenta de las vueltas que había dado sobre mi litera, intentando procesar lo que había descubierto y, sobre todo, la forma en que se las iba a hacer pagar. Que el franchute conociera nuestro idioma era algo que me había quedado claro. Pero ahora era yo la que jugaba con ventaja, pues había algo que él aún desconocía: que yo por las buenas soy muy buena, pero que, por las malas, soy aún mejor.

Capítulo 8

Nuestro tren salía a las once, por lo que nos daba tiempo a desayunar en una de las cafeterías de la estación. Me moría por hablar con Ainhoa, pero no pude hacerlo hasta que ya estábamos sentadas en el vagón de nuestro tren, tras la Cherry y Mattew. Ella se me adelantó contándome que había conseguido el teléfono de Eloy, y que habían quedado en volver a verse pronto, pues al parecer vendría a visitarnos pronto. Por mi parte, le conté mi hallazgo y cómo tenía planeado vengarme.

El trayecto se nos pasó en una abrir y cerrar de ojos y, tras despedirnos de las chicas, pues Ainhoa vivía en el distrito de La Almozara y yo en el de Universidad, o *la City*, como aquí la llamamos, me pasé el resto del camino sin hablar con Mattew.

Pese a que la inglesa era una fresca con apariencia de mosquita muerta, no podía evitar pensar que mi amiga era afortunada por tenerla. Yo había tenido mala suerte al inscribirme, y me planteaba por qué demonios había decidido apuntarme a aquella fatídica aventura. Realmente, ahora comenzaba el verdadero intercambio, la auténtica experiencia, y debía cargar con un tío al que detestaba. Aquellas no eran las vacaciones que yo había soñado, aunque debía reconocer que la posibilidad de resarcirme por todo lo que me había hecho aniquilaba buena parte del remordimiento.

—¡Abuela, ya estoy en casa! —anuncié nada más entrar por la puerta, seguida del farsante. Por la hora que era, sabía que en casa solo estaría ella.

—Hola, cari… —Ni siquiera fue capaz de acabar la frase al verlo aparecer en el salón.

Había que reconocer que el tío llamaba la atención por donde quiera que iba.

—Hola, abuela —la saludé con un abrazo.

—¿Me puedes explicar quién es este mozo? —cuchicheó en mi oído—. ¿Dónde está tu compañera?

—Él es mi compañera —aclaré de igual modo.

—Tu padre nos mata —advirtió.

—Abuela —dije al separarme de ella—, te presento a Mattew. *Mattew she is my grandmother, this is Isabel*.

—*Enchanté* —respondió él.

—¿Qué ha dicho, niña?

—Que está encantado de conocerte —le traduje.

—Ah. ¡¡Mucho gusto!! —le gritó mi abuela al oído mientras lo saludaba dándole dos besos.

«¿Qué hago, la corrijo o la dejo a su aire?».

—Abuela, no hace falta que le grites —puntualicé al escoger la primera opción, pues la idea de estar oyendo voces todo el tiempo tampoco me apetecía demasiado.

—Es para que me entienda.

—Es francés, no sordo. Y, tranquila, que no entiende el español —mentí.

«¡Comienza el juego!».

—¿Cómo dices?

—Pues eso, abuela, que no entiende nuestro idioma y apenas sabe inglés.

—¿Y cómo me va a entender?

—Con un poco de aquí y otro poco de allá, ya sabes.

—¿Estás segura de que no entiende nuestro idioma?

—Totalmente —volví a mentir.

—¿Nada de nada? —quiso asegurarse.

—Nada.

En el fondo lo sentía por ella, pero debía hacerlo así para llevar a cabo mi plan. Además, mi abuela era todoterreno, y lo único que estaba haciendo era concederle manga ancha para que dijese lo que quisiera.

—Entonces retiro lo de que nos mata. Puede que después de todo sea lo mejor. Pero, ¡pasa, no te quedes ahí! —le chilló cogiéndolo del brazo, para después apretarlo y comprobar lo duro que lo tenía—. ¡Madre mía, qué bueno está! Quién tuviera veinte años menos.

—¿Veinte solo? —me mofé.

—Vale, cuarenta, pero no soy *delicá*. ¿¡Quieres tomar algo!? —le chilló de nuevo.

«Ponle un vaso de cicuta».

—*Do you want something to drink?* —le pregunté imitando con la mano el gesto de beber.

—*Yes. Water, please*.

—Agua, pues —repetí de camino a la cocina.

De fondo escuchaba a mi abuela cómo disfrutaba, diciéndole todo tipo de comentarios varios acerca de lo bueno que estaba. Nadie en casa debía saber la verdad, y todo lo que le dijeran, estaría bien dicho.

—Madre mía, qué piernas y qué culo tiene. Ven, siéntate a mi lado —lo invitó dando *palmaditas* al asiento del sofá que quedaba junto a ella, mientras tiraba de él con la otra mano—. ¡Virgen del Pilar! ¡Qué bien hecho está el puñetero!

A mi regreso le entregué el vaso de agua a Mattew y seguí hablando con mi abuela como si nada.

—Sí que lo está, aunque es una pena que ese cuerpo esté tan desaprovechado, abuela, porque es gay.

Casi se atragantó al oír mis palabras, y a punto estuvo de bañarnos a las dos. Pero sus dotes interpretativas y su orgullo eran superiores a un ataque de tos y, finalmente, el agua acabó pasando por su resonante garganta.

—Sí que es una pena, hija. Hay que ver la manía que tienen algunos por salir del armario. Por cierto, ¿y tú cómo sabes eso?

—Confía en mí, lo sé —respondí convencida.

—¿Qué has hecho, Maica?

—Mejor dirás qué no he hecho, abuela —puntualicé poniendo los ojos en blanco.

—Ahí tienes razón. Pues es una lástima, porque hacéis buena pareja.

—Olvídalo, eso no pasará nunca. —En esto no tuve que mentir, pues sería lo último que haría en la vida.

—Anda, ven y tradúceme —me pidió—. Vamos a ver si averiguamos algo más. Cuéntame —comenzó dirigiéndose de nuevo a él—, ¿de dónde eres?

Mattew se giró hacia mí, pidiéndome con la mirada que le tradujese lo que le acababa de preguntar mi abuela. Había que reconocer que el tío sabía hacer muy bien el paripé, pero yo tampoco pensaba quedarme atrás.

—*Where are you from?* —le pregunté.

—*Paguí.*

—Qué bonita y romántica es París —comentó mi abuela—. La Torre Eiffel, el río Sena, el Museo del *Lúgubre*…

Se refería al Louvre, pero no la corregí.

—*Oui. Il est une belle ville.*

—¿Qué ha dicho? —volvió a preguntarme.

—Y yo qué sé —respondí alzando los hombros.

—Pues estamos *apañaos*.

—Eres tú la que quiere hacerle el tercer grado.

—Cierto. Pero es lo menos que puedo hacer si va a quedarse bajo este techo.

—También es verdad. Siguiente pregunta.

—¿Cuántos años tienes?

—*Mattew, how old are you?* —traduje.

—*Près de trente ans.*

—¿Me acaba de llamar tonta? —cuestionó sorprendida mi abuela. Por un momento pensé en

decirle que sí, aunque finalmente le dije lo que ya sabía.

—Creo que ha dicho que va a cumplir treinta.

—Ha dicho «*tgonta*», que lo he oído yo —me replicó—. ¡A ver si además de sarasa va a ser un *maleducao*! Niña, que la liamos.

—Si es que el francés tiene una pronunciación muy rara —justifiqué.

—Es un idioma que nunca he entendido, ni creo que entienda a estas alturas. Con lo fácil que es el español, leche. Venga, que se me quema la comida, iré al grano: ¿profesión?

—*What is your job?* —traduje de nuevo.

—*Je travaille dans une banque.*

—¡Ay va! ¿Acaba de decir lo que creo que acaba de decir? ¡Dime que no, por lo que más quieras!

—Espera que lo confirme. *Do you work in a bank?*

—*Oui.*

—Desde luego, hija, ¡vaya ojo tienes! De toda la gente que hay en Europa has tenido que traer a casa a un hombre, francés, mariquita, y encima banquero. ¿Te has propuesto cargarte a tu padre? ¡Ay, Virgencica del Pilar, que de esta no salimos! —se lamentó santiguándose.

—Joder, abuela, yo también me acabo de enterar.

—Chico, ¿tienes seguro de vida? —le preguntó.

Mattew nos miraba de forma alternativa a las dos, simulando no entender nada. Apenas lo conocía, aunque sabía que, a cada segundo que pasaba, se sentía más nervioso. Yo, en cambio, me lo estaba pasando pipa.

—¿Y ahora qué hacemos? —demandé fingiendo preocuparme.

—Buscar tu pasaporte y largarte del país.

—¡Abuela! —la reñí.

—¿Acaso quieres que nos mate a las dos? Si una de las dos puede sobrevivir, que sea yo, que al menos sé hacer de comer.

«Para que luego la gente se pregunte a quién le he salido».

—¡Gracias! Yo también te quiero —me quejé.

—¡Es que siempre tienes que liarla, Maica! —Mientras ella me gritaba, observaba por el rabillo del ojo lo mucho que la situación intranquilizaba al franchute—. Está bien —remató al cabo de un rato—, algo se nos ocurrirá. Eso sí, una cosa te digo —me amenazó con el dedo—: ¡procura al menos ser una buena anfitriona y pórtate estas dos semanas y las siguientes como una señorita, o esto acabará como el rosario de la Aurora!

—¡Por supuesto, abuela! —claudiqué poniendo carita de niña buena, cuando, en realidad, en mi mente solo había hueco para la venganza.

Capítulo 9

Pese a que el curso había finalizado, el centro tenía una escuela de verano durante la última semana de junio, y los meses de julio y agosto, a la que apuntamos a Curro tras el cambio de planes en nuestras vacaciones. Era la hora de recogerlo, y le propuse a Mattew que me acompañara, tras mostrarle la casa y enseñarle la habitación de mi hermano, que ambos debían compartir mientras estuviera en Zaragoza.

Completamente en silencio, por mis pocas ganas de darle conversación y mi firme convicción de hablarle solo para putearle, llegamos a la puerta del colegio. De un modo que me sacaba de mis casillas, Mattew no tardó en convertirse en el centro de todas las miradas y en el protagonista de todos los cuchicheos. El tío tenía esa clase especial que muy pocas personas lograban conseguir. No solo se trataba de su atractivo, sino su porte, su modo de caminar o su erguida postura. Su aspecto era impecable, y destacaba entre el resto de padres o hermanos que había a nuestro alrededor.

«¿Quedará alguien del barrio sin enterarse de que ha llegado un francés de intercambio? Lo dudo».

Por suerte, Curro salió del pabellón para poner fin al espectáculo de las lagartas que había por allí.

—¡Maica! —me saludó al llegar a donde lo esperábamos.

—¡Hola, pequeñín! —respondí revolviéndole su pelo rubio.

—¿Quién es? —demandó sin cortarse, señalándolo con la barbilla.

—Te presento a Mattew. Mattew, *this is Curro, my brother.*

—*Enchanté* —le sonrió tendiéndole la mano.

—Hola —respondió mi hermano, devolviéndole el gesto, aunque con cierto recelo al no entender lo que le había dicho.

—¿Qué tal te ha ido el día, campeón? —le pregunté emprendiendo la marcha de vuelta a casa y, de paso, quitarle algo de protagonismo.

—Regular. La *seño* me tiene manía y me ha castigado.

—¿Qué has hecho?

—Quería que hiciéramos corazones con cartulina, pero yo me he negado. No me gustan esas cosas cursis.

—¡Sí, señor; ese es mi chico! ¡Choca esos cinco! —celebré—. Aunque siento lo del castigo —añadí guiñándole un ojo.

—¿Eres el novio de mi hermana? —le preguntó de pronto a Mattew. Por más que intentara disimular se le notaba que la pregunta lo había dejado en shock.

—Más quisiera él —respondí con sorna.

—¿Por qué no me contestas? —insistió Curro, alzando la cabeza para mirarlo, por lo alto que era.

—No te molestes, Curro —intervine—. No entiende nuestro idioma.

—¿Y qué hace aquí?

—Es mi compañero de intercambio.

—¿No iba a ser una chica?

—Ya ves que no. Se equivocaron y ahora tengo que cargar con el muerto.

«Le estoy empezando a coger el gustillo a esto de que no pueda replicarme».

—¿Y qué vas a intercambiar? —insistió mi hermano.

—Por desgracia, tenemos que aguantarlo en casa unos días, y luego yo me iré a la suya.

—¿Te vas a ir de casa y nos vas a dejar a este tío?

La cara que puso me hizo reír.

—No, campeón. Solo serán dos semanas —aclaré—. Por cierto, él va a dormir contigo en tu cuarto mientras esté con nosotros.

—¡Pues vaya rollo! Para un chico que entra en casa y no voy a poder hablar con él.

Su comentario me mosqueó. No había caído en eso, y me apenaba por él.

—Tranquilo, colega. Te aseguro que no te pierdes nada —especifiqué para no agrandar aún más su molestia.

Creo que ahí fui consciente por primera vez de que mi plan no era perfecto. Por mucho que quisiera a mi hermano no podía desvelarle mi gran secreto, pues era mi única baza para hacérsela pagar al franchute, y me quedaba la esperanza de que, en el futuro, cuando le contase toda la verdad, Curro acabaría entendiéndolo.

La comida del mediodía transcurrió con la normalidad que cabía esperar de una situación así. Entre incesantes preguntas de mi abuela, traducciones, chapurreos varios y demás, averigüé que Mattew llevaba nueve años licenciado en económicas y que, desde entonces, trabajaba en las oficinas principales de uno de los bancos más importantes de Francia, con sede en diferentes países de Europa, incluida España. Él, por su parte, quiso saber un poco más sobre nosotros y, como buenamente pude, y muy a mi pesar, le conté que mi madre había muerto hacía unos años, y que desde entonces vivíamos los cuatro en casa. Logré controlar toda la velada, hasta que mi

abuela, en el momento del postre, nos recordó a todos que mi padre regresaba al día siguiente. La noticia consiguió revolverme el estómago, y no me deshice de esa sensación hasta la tarde, en nuestro encuentro con Ainhoa y la Cherry.

Habíamos quedado en vernos en uno de los locales a los que solíamos ir, cercano a la zona de El Tubo. Al llegar, vi que Zipi y la *Loba con piel de cordero* estaban sentadas a una mesa, junto a Pedro y Julián, dos buenos amigos nuestros con los que solíamos quedar de vez en cuando para ir de cañas o de copas. A la gente que nos conocía le sorprendía que no saliésemos con chicas, pero, lo cierto era que Ainhoa y yo nos aburríamos con sus banales conversaciones. Con los chicos, en cambio, nos identificábamos más, todo era más sencillo, más divertido, y nos permitíamos ser nosotras mismas.

Hechas las debidas presentaciones y tras una primera ronda de botellines de cerveza, Pedro y Julián invitaron a nuestros compañeros de intercambio a echar una partida al billar. Tal y como esperábamos, la pelirroja no le quitaba el ojo a Pedro, y ya se había pegado a él como una lapa. A Julián, en cambio, lo noté algo distante, parecía un tanto incómodo con la presencia de Mattew, pese a que no dejaba de mostrarse condescendiente con él.

—Tengo que reconocer que la *inglesita* tiene arte para meterse a los tíos en el bolsillo. ¡A mi padre le ha faltado ponerle una alfombra por donde la señorita pisaba! —me confesó Zipi nada más quedarnos a solas, mientras las dos mirábamos hacia el fondo del local, a donde los chicos se habían ido.

—Yo al mío le pondría un camino de clavos —mascullé recordando todo lo que me había hecho, sin haberle dado aún un digno escarmiento que estuviese a la altura.

—¿Cómo lo llevas? —quiso saber.

—No me puedo quejar —resoplé—. Aunque mi padre aún no lo sabe.

—No sé si darte el pésame o la enhorabuena.

—Yo tampoco —admití—. Hasta mañana no se desvelará el misterio.

—Si me necesitas, ya sabes.

—Gracias, tía. De momento, debemos seguir actuando como hasta ahora, no vayamos a meter la pata.

—Cuenta con ello.

Mucho más tranquila tras mi charla con Ainhoa, y con el alivio de tener una compinche con la que poder hablar de mi secreto, logré relajarme un poco y disfrutar más del encuentro.

Julián sabía algo de francés, y no tardó en autoproclamarse traductor de Mattew. Una de las conversaciones que más llamó nuestra atención giró en torno a la fiesta de apertura de una nueva discoteca; Pedro conocía a uno de los dueños, y nos habló acerca de ella.

—Quieren hacerla muy sonada. —Por el modo en que hablaba de ella se le veía muy entusiasmado con la inauguración.

—¿Qué tienen pensado? —preguntó Ainhoa.

—No me ha dado detalles, pero mi pajarito informador me ha asegurado que será inolvidable y que más de una pareja saldrá de allí.

—¿Qué quiere decir con eso tu pajarito? —Al darme cuenta de cómo había sonado la frase, los cuatro nos echamos a reír.

—No sé exactamente de qué va —confesó Pedro—. Pero parece ser que quieren formar parejas o algo así.

—¿Una fiesta casamentera? Menudo rollo —solté—. Yo no necesito un tío, y mucho menos que alguien me lo busque.

—Pues yo me muero por saber cómo van a hacerlo —comentó Ainhoa—. ¡No me la pierdo por nada del mundo!

—¿Vendrás, Maica? —me preguntó Julián de forma directa.

—Claro que vendrá —afirmó ella por mí—. ¿Qué va a hacer Zipi sin su Zape?

—¿Y ellos? —insistió nuestro amigo, dirigiendo la vista por un segundo hacia nuestros compañeros de intercambio.

—Van en el lote —resoplé.

—¿No somos famosos los españoles por nuestras fiestas? Pues ¡que vivan una y sepan de qué pasta estamos hechos!

«Ahí la rubia lleva razón».

—¡Esa es mi chica! —rematé chocando la palma de la mano con la de ella.

Por mucho que me molestase tener que cargar con el francés a todos lados, no estaba de más que supiera cómo nos las gastábamos yendo de marcha.

Cerca del ocaso, y tras quedar para vernos al día siguiente, Mattew y yo nos despedimos de los chicos y nos marchamos dirección a casa. En el camino de vuelta, al igual que a la ida, permanecí callada, sin contarle ni explicarle nada acerca de calles, edificios, ni nada por el estilo. Sabía que mi tierra bien se merecía una ruta turística, pero me negaba a regalársela a él.

—*Your friends are friend* —dijo de pronto, rompiendo el silencio que nos acompañaba hasta ese momento.

—*Friendly*, querrás decir —lo corregí.

Si había mentido con lo del español, estaba segura de que también lo había hecho con lo del inglés.

—*Oui. Friendly* —repitió.

—Sí, son simpáticos. *Yes,* digo, *oui*.

«Ya no sé ni lo que digo».

—*Julián are your boyfriend?*

«Ahora me arrepiento de no haberle hablado de la basílica del Pilar, de la Seo o del palacio

de la Aljafería, entre otros».

Desconocía qué le había hecho pensar algo así, aunque no entendía qué interés tenía él en averiguar con quién estaba o debía estar. No era asunto suyo. Punto.

Lo único que tenía claro era que estaba llevando el juego por donde le daba la real gana, sin pasar por la casilla de salida y sin respetar los turnos.

—No, no es mi novio. *He isn't my boyfriend, he's just a friend.*

—*Okey* —respondió de forma tajante.

Creía que lo dejaría así, que sería un dato sin más, pero de soslayo vi que sonreía.

—Aunque igual un día de estos le echo un buen polvo —añadí en un claro español para fastidiarlo.

Había conseguido mi objetivo. Durante el resto del trayecto no abrió la boca, y tampoco ocultó su cara de mala leche. Yo, en cambio, tenía dibujada una sonrisa maléfica en los labios que me acompañó hasta llegar a casa.

Capítulo 10

—¡Ya estamos en casa! —saludé nada más poner un pie en el recibidor—. ¿Quién hay por aquí? ¡¡¡Papá!!! —grité al verlo. Me había pillado tan de sorpresa, que no se me ocurrió otra cosa que empujar a Mattew de vuelta al pasillo y cerrar la puerta tras de mí—. ¡¡Papá, ¿qué… qué haces aquí?!!

—¿Qué voy a hacer? Si es mi casa —respondió acercándose hacia mí para darme dos besos —. ¿Qué tal en Madrid?

—Muy… bien —balbuceé al tiempo que asesinaba a mi abuela con la mirada por no avisarme antes, al verla asomada por la ventana de la cocina como si nada—. ¿No volvías mañana? —le pregunté a mi padre.

—No quería pisar más tiempo suelo francés y le metí caña al camión. Por cierto, ¿dónde está tu compañera?

—Pues…, verás. De eso te quería hablar.

—¿No está contigo?

—Eh… no —acerté a decir, mientras retrocedía un paso de nuevo hacia la puerta—. ¡¡Ha ido al súper a comprar una botella de vino de Rioja!! —grité para que Mattew me oyera—. ¡Por cierto, abuela, ¿sabes cómo se diría eso en inglés? Sería algo así como: «*Go to the supermarket and buy a bottle of Rioja wine!!*».

—¡Ah, claro, claro! —respondió ella, siguiéndome el juego—. De toda la vida, vamos.

—¡Vaya, esto sí que no me lo esperaba! —reconoció mi padre—. Una francesa que sabe reconocer que el producto español es superior. Ya me cae un poco mejor.

—¿De quién habláis? —intervino Curro, apareciendo de pronto por el pasillo.

—De la compañera de intercambio de tu hermana —le contestó papá.

«Ay, Dios… Que me lo veo venir».

—Curro, cariño, ¿no tienes hambre? —le preguntó mi abuela para desviar su atención.

—Sí, mucha. —Suspiré en cuanto lo dijo, aunque de poco me sirvió—. Pero, papá, tienes que ir al médico de la vista, porque no es una chica, es un chico.

«¡Hala, ya ha soltado la bomba! Próxima tarea: buscar en Google cómo cometer fratricidio

sin dejar rastro».

—¿De qué demonios está hablando tu hermano? —me inquirió.

—Verás, papá. Tú sabes que con este tipo de intercambios lo que se pretende es fomentar las relaciones entre los diferentes países de Europa, donde entran España, Inglaterra…

—¡Al grano! —me apremió. Estaba empezando a ponerse colorado, y eso que todavía no lo había visto.

Las piernas me temblaban. Me había hecho a la idea de que aún tenía un día para pensar en el primer encuentro, y todo se había ido al traste.

—A ver, papá, tú ya sabes que en esta vida ni todo es blanco ni todo es negro. La perfección no existe.

—¡¡Pues a mí me está entrando una perfecta mala hostia que ni te cuento!!

—Resumiendo: tengo una noticia buena y otra mala. ¿Cuál eliges primero?

—La mala —optó él.

—Que lo que iba a ser una chica, finalmente es un chico.

—¿Un tío en mi casa? ¿Y encima, francés? —Su color rojizo acababa de evolucionar a morado directamente— ¡¡¡¿Se puede saber qué demonios tienes en esa cabeza?!!! —me gritó enfurecido, para después comenzar a andar en círculos, inflándose a cada paso que daba—. ¡¡¡Pero, ¿qué te he hecho yo para que me odies tanto?!!! —bramó mirando hacia el techo—. ¡¡¡Tuve que ser Judas en otra vida, porque esto no es normal!!!

—Papá, se te olvida que hay una parte buena —le recordé.

—¡¡¡¿Qué puede haber de bueno en que me metas a un franchute en casa?!!! ¡¡¡¿Me lo quieres decir?!!!

—Que no entiende el español.

—¡¡¡Manda cojones!!! ¡¡¡Y encima el señorito ni siquiera se ha dignado a aprender nuestro idioma!!! ¡¡¡Me cago en Napoleón!!!

—¡Paco, deja a los muertos en paz! —le pidió mi abuela.

—¡¡¡En paz estaba yo hasta ahora!!! ¡¡¡Que es un tío, madre!!!

—¡Y alto como tú, papá! —puntualizó mi hermano levantando el brazo, intentando marcar su altura.

—¡Niño calla, que no ayudas! —le riñó la abuela.

—¡¡¿«Como yo»?!! ¡¡¡Esto es el colmo!!!

—¡Estás sacando las cosas de quicio, hijo!

—Papá, míralo de este modo —intervine—: como no sabe español, podrás desquitarte todo lo que quieras, que no se va a enterar.

—Ahí tu hija tiene razón, Paco.

Mi padre siguió dando vueltas en círculo, pero con mi última frase había suavizado su color

morado, que ya comenzaba a tornarse en rojizo.

Por fin veía la luz. El primer trago ya había pasado, aunque desconocía hasta dónde podía llegar con la mentira. El reloj estaba en marcha y ya no había forma de pararlo.

Al cabo de un par de minutos, que para mí fueron eternos, mi padre consiguió calmarse y dejó de dar vueltas. Se había detenido junto a la mesa del salón y, apoyado sobre el respaldo de una de las sillas, me preguntó:

—¿Estás segura de que no sabe nada de español?

—Totalmente —mentí.

—¿Nada de nada? —insistió.

—Nada.

—¿Podré decir lo que me dé la real gana?

—Tienes carta blanca.

—¿Qué hay de cenar? —le preguntó a mi abuela.

—Tortilla de patatas.

—De eso nada —masculló—. Al gabacho le haces una tortilla francesa.

—¡Pero, Paco!

—Ni «peros», ni «Pacos» ni leches. ¡La tortilla española lleva patatas, y es para los españoles! A él le haces una de su tierra.

—Papá, la tortilla francesa no es de Francia —aclaré—. Se le empezó a llamar así con la invasión de Napoleón: cuando a su ejército se le preparaba tortilla, decidieron suprimir la patata para no sobrealimentarlos.

Vi que lo estaba empezando a cabrear de nuevo y decidí dejarlo ahí. Con el pico cerrado estaba más mona.

—¡Pues por eso mismo! —se quejó él—. Esto es una invasión, y no voy a sobrealimentar a nadie. ¡Y no se hable más! —sentenció.

Obedeciendo su orden, mi abuela regresó a la cocina para batir un par de huevos más, y yo me fui tras ella para poner la mesa, a la que Curro ya estaba sentado.

—¿Crees que me perdonará? —le cuchicheé a mi abuela mientras cogía los cubiertos del cajón.

—Ya conoces a tu padre: pierde toda la fuerza por la boca, pero tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Cada día que pasa me recuerda más al abuelo, que en gloria esté.

Confiada en que la cosa no fuese a mayores, seguí con mi faena, hasta que sonó el timbre. Solté los cubiertos sobre la mesa y me apresuré a abrir la puerta. Al hacerlo, me encontré con una estampa digna de recordar durante mucho tiempo. Mattew estaba frente a mí, fulminándome con la mirada, tenso, apretando la mandíbula todo lo que daba de sí, y con una bolsa del supermercado en la mano.

—*Wellcome!* —lo saludé invitándolo a pasar con la mano. Cuanto mayor era su cabreo, más me obligaba a reprimir la risa—. Papá, él es Mattew, mi compañero —lo presenté cuando llegamos al salón—. *Mattew, he is my father, this is Paco.*

Los tres fuimos testigos de cómo mi padre, sin disimular su disgusto, se acercó y se colocó de pie frente a él. Más tieso que un palo, estiró el cuello todo lo que daba de sí, intentando dejar bien claro quién de los dos era el macho alfa. Pero Mattew, lejos de amilanarse, le mantuvo la mirada. El uno al otro se observaron en absoluto silencio, manteniendo el tipo y sin la menor intención de dar su brazo a torcer.

Yo no era capaz de descifrar lo que ellos se comunicaban con solo mirarse, los hombres tienen un lenguaje no verbal distinto al nuestro, pero desde mi posición podía verlos en igualdad de condiciones. Igual de altos. Igual de fuertes. Y con el mismo afán de demostrar cuál de los dos era el más gallito.

—Así que tú eres el francés que tengo que acoger en mi casa —soltó mi padre al cabo de un rato, ofreciéndole la mano y rompiendo el incómodo silencio. Mattew le devolvió el gesto, interpretando a la perfección no entender nada de lo que le decía—. Y según mi hija no entiendes español —continuó con sonrisa ladina—. Así que, si te digo que eres un imbécil, no te enteras de nada. —Mattew no se inmutó. El muy sinvergüenza mantuvo el tipo, mientras que Curro miraba alucinado, mi abuela se frotaba las manos, nerviosa, y yo reprimía la risa—. Interesante —prosiguió—. Pero que sepas que, si estás aquí es por ella, porque de ser por mí te echaba a patadas. Pero para que nadie me reproche nada… te doy la bienvenida. Eso sí, el tiempo que estés aquí te estaré vigilando, y como hagas algo que no debas, yo mismo te subiré al camión y me encargaré de que vuelvas a tu casita.

Mi compañero aún no había abierto la boca, cuando mi abuela, con la firme convicción de convertirse en la viva representación del Tratado de los Pirineos, ocurrida allá por el año 1659, salió de la cocina para mediar entre ellos.

—Gracias, Mattew por traernos esto —aludió arrancándole la bolsa de su mano izquierda—. Paco, ¿has visto qué *detallazo* ha tenido el chico? Ha traído un rioja y una tarta helada para el postre. Maica, cariño, ve abriendo la botella de vino, que yo voy a meter la tarta en la nevera.

—*Enchanté* —le respondió a mi padre, haciendo caso omiso a mi abuela y sin apartar la vista de él.

—*Enchanté* —respondió aquel con una perfecta entonación.

—¡Ay va! ¡Papá sabe hablar francés! —soltó Curro con asombro.

—¿Sabes hablar francés? —le pregunté igual de sorprendida.

—¿Crees que pisaría terreno enemigo sin conocer algo de su idioma? No podía arriesgarme a que me dieran gato por liebre. Aunque no pienso usarlo más de lo necesario en mi propia casa que, os recuerdo, está en terreno *español* —aclaró enfatizando la última palabra, justo antes de

soltarlo e indicarle con un gesto que podía sentarse con él a la mesa.

—Venga, vamos a comer, que la cena se enfría —nos apremió mi abuela a Curro y a mí.

—Thank you very much for welcoming me into your home, sir.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Curro.

—Papá, Mattew te da las gracias por acogerlo en casa —traduje.

—Bien sabe Dios que lo hago por ti, porque si fuese por mí lo tiraba por la ventana. Pero eso no se lo digas, dile que es un placer.

—Tú siempre me dices que no digamos mentiras —le increpó mi hermano—. ¿Por qué tú sí puedes y nosotros no?

—Tienes razón, hijo. Pero esta es mi casa y esto es un caso de fuerza mayor.

—¿Por qué? A mí él me cae bien.

—¿Has hablado con él? —inquirió con un gesto que costaba descifrar.

—No. Por eso me cae bien. No me come el coco como Maica.

—Sabes que no hago eso, renacuajo —me defendí.

—Todas las chicas lo hacéis. ¿A que sí, papá?

—Hijo, vamos a dejarlo, que ya bastante tengo con la que me ha caído.

Aún no habíamos comenzado a probar el primer bocado, cuando mi padre comenzó su interrogatorio.

—¿Y a qué te dedicas?

—Paco, qué más da a qué se dedique el muchacho —intervino mi abuela intentando evitar una hecatombe—. No hay más que verle para saber que viene de buena familia.

—¿Y si es un asesino en serie?

—Sí, claro. Y en caso de serlo nos lo va a confirmar porque le caemos bien, ¡no te fastidia!

—¿Eres un asesino? —le preguntó mi hermano.

—Curro, no te entiende, y haz el favor de no decir tonterías —le reprendió nuestra abuela.

—¿*You* eres un *asesineison*? —insistió en un inglés tan horrible que me arrancó una carcajada.

—¿Os habéis vuelto locos los dos o qué?

—No es eso, abuela —justifiqué—. Pero prefiero decirle eso a que sepa que es banquero.

—¡¡¿«Banquero»?!! —ladró mi padre—. ¡¡Me cago en Napoleón!! Pero, ¡¡¿tú te has propuesto matarme?!!

—Maica, ¿tú también eres asesina?

«Puñetero crío».

—Papá, no lo sabía —me defendí—. Yo lo único que hice fue rellenar un formulario.

—¡Franchute y encima banquero! ¡Ya solo le falta ser de la otra acera!

—¿Se puede saber qué tienes tú contra los gais? —Su comentario homófobo terminó de

rematarla—. ¡No te educamos para que fueses así, Paco! El chico es muy majo y gay, algo que a mí no me importa, y espero que a ti tampoco.

Para sorpresa de todos, mi padre comenzó a reír. Ninguno entendíamos a qué venía aquel cambio, y el hombre nos explicó que su mayor temor era que Mattew y yo nos liáramos o, peor aún, que yo acabase enamorándome de él, algo que, según sus propias palabras, no hubiese permitido bajo ningún concepto.

No podía estar más de acuerdo con él. Lo último que haría sería colarme por un tipo como él, y más sabiendo lo que había dicho de mí en el baño del albergue. «Ya no pienso ponerle un dedo encima», fueron sus palabras.

«¡Y ni falta que hace, Napoleón!».

Capítulo 11

En la soledad de mi habitación, y una vez transcurridas al menos un par de horas, seguía acostada y sin poder reconciliar el sueño. Llevaba dos noches seguidas sin dormir, y la falta de sueño estaba haciendo mella en mi rapidez y agudeza mental. Por un lado, deseaba terminar con el doble juego que mi compañero y yo nos llevábamos entre manos, pues, pese a que era algo habitual en mí, en el fondo detestaba hacer daño a mi familia. Por el otro, en cambio, necesitaba y quería seguir dándole en las narices a don Perfecto, pues el muy sinvergüenza no había hecho otra cosa que reírse de mí desde el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron en aquel salón del albergue.

Cansada de dar vueltas y de no conciliar el sueño, me levanté de la cama y me fui a por un vaso de leche.

La casa estaba en absoluto silencio, a excepción de los inconfundibles ronquidos de mi padre que provenían del fondo del pasillo. A oscuras y sin hacer el menor ruido, llegué a la cocina. Apenas entraba por la ventana un poco de luz de las farolas de la calle, aunque me bastaba para poder servirme aquel vaso que tanto necesitaba para ayudarme a dormir. Cuando me había bebido la mitad de la leche, con la cabeza levemente inclinada hacia atrás, noté su presencia.

—Me has asustado —murmuré al encontrármelo semidesnudo y descalzo ante mí.

Él no respondió. Se limitó a observarme en silencio, bajo el marco de la puerta. La vista se me había acostumbrado a la penumbra y pude ver a la perfección que su cuerpo estaba tenso. Aunque lo que más me inquietó fue su modo de mirarme y el descaro con el que su mirada recorría mi cuerpo. Yo al menos llevaba un pijama de verano de pantalón corto y camiseta de tirantes, y no como él, que iba por ahí con un simple bóxer en color blanco.

Por un momento dejé a un lado nuestras diferencias y me fijé en lo que tenía delante. Tenía un cuerpo mucho más fibroso del que había imaginado. Tragué saliva. Algo así no se veía todos los días, y aún menos en mi cocina.

Me detuve a observar que apenas tenía bello en el pecho, sus pezones eran marcados y sus venas asomaban indulgentes bajo la piel de sus brazos, como lo hacían sus descarados oblicuos, que asomaban por encima de la tela, marcando un pecaminoso camino que, de seguirlo, me

llevaría de seguro a la perdición.

Rechazaba de mi mente toda idea que me llevase a pensar más allá de donde debía, cuando lo vi acercarse hacia mí. El muy cretino lo hizo despacio. Sin dejar de mirarme de un modo aterradoramente sexi y lascivo. Aquello me recordó nuestro primer encuentro en el baño y quise detenerlo en seco.

—¿Qué quieres?

Pero, de nuevo, él no respondió.

Se suponía que debía traducirle mi pregunta, aunque en ese momento no estaba yo para transcribir nada, cuando lo único que deseaba era que se largara y desapareciera de mi vista.

Haciendo oídos sordos a mis palabras, Mattew siguió avanzando hacia mí, acortando la distancia que existía entre ambos hasta casi aniquilarla. Su extremada cercanía, su profunda mirada y su intensa respiración, finalmente lograron inquietarme. ¿Tanto le costaba dar media vuelta y largarse?

Sin apartar sus ojos de los míos, y sin rozarme siquiera, cogió el vaso que aún llevaba en la mano y, tomándose su tiempo, lo dejó sobre la encimera. Yo me quedé inmóvil, aguardando a su siguiente movimiento. Según sus propias palabras, que llevaba a fuego grabadas en la memoria, no iba a tocarme, y quise averiguar hasta dónde sería capaz de llegar.

Su oscura mirada se clavó en mí como un puñal atravesaba una diana de corcho. Firme, sin apenas dificultad y hasta lo más profundo. Era consciente de que debía estar enfadado por todo lo que le había hecho desde que llegamos a Zaragoza, pero también que aquel modo de mirarme encerraba algo más que no lograba descifrar.

Al igual que en nuestro primer encuentro, volví a quedarme acorralada. La encimera acogía mi espalda mientras alzaba, por la diferencia de altura, la cabeza para mirarlo. Lo vi apoyar las manos sobre las puertas del armario superior que tenía tras de mí y el corazón se me desbocó al instante. Me molestaba que tuviese ese efecto en mí sin tan siquiera tocarme. Su cuerpo era la jaula que me apresaba, y sus endurecidos brazos los barrotes de mi peculiar celda.

De nuevo tragué saliva cuando lo vi acercar su boca a la mía, hasta casi rozarla. Su aliento era agradable, fresco y condenadamente seductor. Prisionera de su cuerpo y de su endiablado influjo, mis pechos tomaron vida propia erigiéndose hacia él, empujados y arrastrados por la profundidad de mis aceleradas respiraciones, en contra de lo que yo les ordenaba.

—*Petite* —me susurró con voz sexi.

No podía creer que utilizase aquella entonación para pedirme un maldito yogur de queso para niños. ¿Cómo podía pensar en comida en un momento así?

Molesta por su disparatada e ilógica salida, me quedé allí sin moverme. Si quería algo de comer, que se lo sirviera él mismo, porque yo no iba a hacer de sirvienta, y mucho menos le haría de criada.

Sin previo aviso, y con un desvergonzado descaro, rozó la comisura de mis labios con la punta de su lengua. Era templada, y su suave contacto me erizó la piel al instante. Aquel simple roce me pareció lo más jodidamente erótico que me habían hecho nunca, y acabó nublándome el juicio. Mi mente se quedó en blanco, todo me daba vueltas y por un instante perdí la capacidad de pensar. Busqué en lo más profundo de mí, esperando encontrar la fuerza necesaria para recordar sus palabras, para recordarme a mí misma que no debía estar allí, que debía alejarme de él y no estar allí, inmóvil y notando escalofríos que nunca antes había sentido. Ni siquiera me estaba tocando, en el sentido literal de la palabra, y yo apenas lograba ordenar una frase con concordancia en mi cabeza.

Para mi sorpresa, su inquieta lengua siguió rozando mi piel, hasta acariciarme por encima del labio superior. El corazón me latía desbocado cuando sentí su punta recorriéndome la zona del bigote.

«¿Así es cómo besan los franceses?».

Para ser la primera frase que lograba formar, me había lucido.

Ya nada tenía sentido, salvo aquel roce que por nada quería que se detuviera. Comencé a notar un cambio en la temperatura de su lengua, y al instante supe que no era él, sino yo, la que estaba al borde de la combustión. La piel me ardía sin que pudiese controlarla, y lo jodidamente lascivo era que se debía a su inquietante y sexi caricia.

De mi boca salió un pequeño gemido cuando acabó el recorrido y alcanzó la comisura. Cerré los ojos y entreabrí la boca aguardando a que aquella máquina de tortura terminase al fin con lo que había empezado. Ya todo me daba igual, tan solo deseaba que agasajara y saciara la necesidad que él mismo había creado. Pero, de nuevo, allí estaba el sonido de la perversa sonrisa que reconocí al instante. Una brisa fresca y la sensación de liberación consiguieron sacarme de un plumazo de mi estúpida ensoñación. El muy sinvergüenza acaba de largarse y me había vuelto a dejar colgada, sola, y más caliente que un mono.

«¡¡¡Lo odio!!! ¡¡¡Lo odio con todas mis fuerzas!!! ¡¡¡¿Cómo he podido ser tan estúpida?!!!», pensé pasándome la mano por donde había tenido la osadía de pasar su maldita lengua. Necesitaba borrar su rastro, y en ese momento fui consciente de que lo que había hecho había sido limpiarme la leche que llevaba en el bigote.

«¡Joder!».

Cerré los puños y me maldije por lo estúpida que había sido. Apenas le había costado que cayera de nuevo en sus redes, que me dejara embaucar por su astucia y me comportara como una tonta ante su detestable y mezquino.

Ni siquiera lo vi venir. Como tampoco lo había escuchado al irse. Lo único que lograba oír era la fuerza con la que mi respiración abría mis fosas nasales. Tenía un cabreo monumental. Y si lo que me había arrastrado hasta allí había sido mi incapacidad para conciliar el sueño, ahora,

con toda probabilidad, me esperaba una larga noche en vela.

Capítulo 12

A la mañana siguiente me desperté más tarde de lo habitual. Me di una buena y refrescante ducha, y me dirigí después a la cocina.

—Buenos días, abuela —la saludé al llegar y encontrármela desayunando.

—Buenos días, hija. ¿Qué tal has dormido?

—Poco y mal —respondí abriendo la nevera.

—¡Ay va! ¿Y eso?

—Por nada, supongo que será… el calor. —Al verter la leche dentro de la taza, no pude evitar recordar lo de la noche anterior.

—Pero si la noche ha sido fresquita —defendió ella.

«Será para algunas, porque yo la he pasado en plena combustión».

—Pues habrá sido por el frío —corregí.

—Desde luego, la juventud de hoy en día no se aclara.

—Buenos días —saludaron mi padre y mi hermano al unísono cuando aparecieron por la puerta.

—Buenos días. ¿Vas a llevar tú luego a Curro a la escuela? —le preguntó mi abuela.

—Sí, así a la vuelta me paso por el taller; quiero que les echen un vistazo a los frenos del coche. Por cierto, ¿el franchute aún no se ha levantado? ¿A qué ha venido, a comer y a dormir de gratis?

—¡Paco, haz el favor de no ser tan grosero con el chico! —lo reprendió—. Se ha levantado esta mañana temprano y se ha ido a correr.

—¿«A correr»? —cuestionó con sorpresa.

Yo me quedé igual que él, aunque mi puñetera mente comenzó a recrearme la imagen de él sudando la camiseta, con aquellos brazos que me enjaularon hacía escasas horas, con aquellos pectorales que me acorralaron contra la encimera, y aquel…

«¡Joder, Maica, bebe y deja de pensar!».

—¿Curro, y tú qué tal has dormido? —quiso saber mi abuela.

—Bien, aunque ha sido una noche rara.

Los tres lo miramos con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—Es que Mattew es sonámbulo. Anoche me desperté y vi que no estaba en su cama.

—¿Hablas en serio? ¿Y dónde estaba? —intervino mi padre, clavando su mirada en mí.

—Lo vi aquí apoyado en una postura muy rara.

Casi me atraganté y comencé a toser como una loca.

—¿Estaba solo? —insistió.

«¡Ay, Dios!».

Aunque le preguntaba a mi hermano, el interrogatorio iba dirigido enterito para mí.

—Sí —respondió Curro, para descanso de mi padre, y del mío propio—. Pero me fui a mi cuarto por si me asesinaba —añadió.

—¡Pero qué tonterías estás diciendo! —soltó mi abuela, defensora a ultranza de Mattew—. ¡Que es banquero, puñeta!

—Papá, ¿los banqueros también asesinan de noche?

—No, hijo. Lo hacen de día.

—¡Paco! —lo riñó mi abuela.

—¡Pues vaya suerte que tengo! —se quejó Curro enfurruñado—. Viene un asesino y me lo metéis en mi cuarto. ¿Y vosotros decís que me queréis?

Mi abuela fulminó con la mirada a mi padre, y ambos se acercaron al pequeñajo para consolarlo y hablar con él. Mientras ellos le explicaban que mi compañero de intercambio no era ningún asesino y que podía estar tranquilo, el timbre sonó y fui a abrir.

«¡Hablando del rey de Roma!».

El Calientatangas, don Perfecto, y ahora *Chupabigotes*, apareció al otro lado de la puerta con unos pantalones cortos de punto en color gris, una camiseta blanca de tirantes apenas sudada y de lo más sexi, y con una mochila colgada al hombro.

Confiaba en que entraría sin más, pero se quedó allí parado, repasándome de arriba abajo, para después clavar sus ojos en los míos y mirarme con el mismo descaro de la noche anterior. Era como si de aquel modo, con aquella forma de escrutarme cada vez que nos quedábamos a solas, intentara dejar claro que yo solo era una mera diversión para él y que podía manejarme a su antojo. La sensación era aún peor cuando curvaba sus labios hasta formar una sonrisa ladina, que lograba sacarme de quicio.

Cabreada por su osadía y su inagotable prepotencia, me di media vuelta sin decirle una sola palabra y me dirigí hacia el pasillo donde guardábamos la caja de herramientas. Se me había ocurrido una de las mías, y no me detuve hasta encontrar lo que anduve buscando.

En casa tan solo teníamos un baño, y me apresuré a coger algo de ropa de mi dormitorio para ducharme antes de que él lo ocupase. Apenas me llevó tiempo hacerlo y, una vez terminé y me

vestí, puse en marcha mi plan.

Saqué el destornillador que había cogido momentos antes y, con todo el sigilo que pude, quité el pestillo de la puerta. Después me dirigí al armario donde guardábamos las toallas y me aseguré de cogerlas todas, dejando tan solo una grande, bien doblada, sobre la encimera del lavabo.

Con toda aquella montaña de ropa, los tornillos y demás cosas envueltos en mi albornoz para que nadie me pillase, salí del baño y lo escondí todo en mi habitación. Solo entonces avisé a Mattew de que ya tenía el baño libre.

Él no tardó en aparecer a mi llamada y, en cuanto ambos nos cruzamos en el pasillo, decidí usar otra de mis armas. Me detuve e incliné un poco la cabeza coqueta para hacerle creer que me ruborizaba el mero hecho de cruzarme con él en un espacio reducido como aquel. Aún llevaba el pelo húmedo y, con forzada sensualidad, lo agarré y me lo eché a un lado, dejando uno de mis hombros al descubierto. Para ese día había escogido un top con escote palabra de honor, y mi gesto logró que su vista se desviase hacia el fragmento de piel que había dejado desnuda. Lo tenía donde quería y debía aprovecharme.

—Te he dejado una toalla limpia junto al lavabo —susurré en inglés, cual damisela seduciendo a su caballero de brillante armadura.

Ni siquiera le di la opción de responder, porque me giré y me volví de nuevo hacia mi cuarto, sintiendo cómo su mirada se quedaba clavada en mi trasero.

Mi dormitorio, donde permanecí al acecho, era el más cercano al baño, por lo que no me fue difícil saber cuándo debía continuar con mi plan. El sonido del agua al caer marcó el inicio. Mattew había comenzado a ducharse y era el momento de actuar.

Asegurándome de que nadie me viese llegar hasta allí, giré el pomo de la puerta y me adentré lo más sigilosa que pude. Debía ser rápida y apenas me detuve a mirar de soslayo hacia la tupida mampara que resguardaba su asombrosa silueta.

«No es momento para recrearte la vista», me reñí a mí misma.

Tal y como esperaba, mi compañero de intercambio había dejado su ropa sobre la encimera, junto a la toalla que minutos antes le había dejado, y junto a un neceser que para mí hubiese querido.

«Si es que es pijo hasta para ir al váter».

A hurtadillas y sin hacer el menor ruido, llegué hasta el lavabo, de donde cogí toda su ropa y la famosa toalla. Ahora tocaba regresar, y lo hice del mismo modo sin llamar su atención.

—¡Sí, sí, sí! —comencé a dar gritos ahogados de regreso a mi cuarto, alzando los brazos y danzando en señal de victoria. Sabía que aún quedaba la escena final, pero me había venido arriba y me apetecía celebrarlo.

Terminado mi ritual de regocijo intrínseco, me estiré el pelo, me recoloqué la camiseta hasta dejarla de nuevo en su sitio, y salí al encuentro de mi familia, que aún seguía en la cocina.

—¿Ya te has duchado? —preguntó mi abuela.

—Sí. Tengo hambre —se me ocurrió responder.

—Curro, termina y ve a vestirte, que llegamos tarde —lo apremió mi padre mirando su reloj.

—Me falta media tostada —advirtió aquel.

—Pues mastica rápido.

—Si lo hago engordo.

—Mamá, recuérdame que no le pague los estudios al prenda este, que tiene respuestas para todo —se quejó mi padre en tono sarcástico.

Al acabar su desayuno, Curro obedeció y se dirigió a su habitación. Yo me llevaba algo a la boca mientras fingía enterarme de la conversación que mantenían mi abuela y mi padre. Mis sentidos seguían puestos en el baño. Hacía rato que había dejado de oír el sonido del agua al pasar por la tubería, y Mattew aún seguía sin salir.

—¿Está listo mi bocadillo para el almuerzo? —reclamó Curro a su regreso.

—Sí, toma. ¿Lo llevas todo?

—Papá, es una escuela de verano, no tengo que llevar libros ni nada.

—Tienes razón; disculpe usted, caballero.

—Te perdono si me compras unas chuches de camino al cole.

—¿Además de contestón, negociante? Estoy *apañao* con mis dos hijos.

El tiempo se me agotaba y seguía sin haber ni rastro del franchute. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que tal vez seguía escondido porque esperaba a que mi padre y Curro se marcharan.

«Si crees que eso va a estropear mi plan, la llevas clara».

De entre todas las tonterías tontas del mundo mundial, la que me propuse hacer superaba con creces muchas otras.

—¿Qué haces, Maica? —me interpeló mi padre al ver cómo había abierto y cerrado la puerta de casa sin fuste alguno y dando un sonoro portazo.

—Me ha parecido que habían llamado. ¿No lo habéis oído?

—No.

—Yo tampoco —se sumó el pequeñajo.

Por suerte, mi absurdo plan no cayó en saco roto. De pronto, Mattew salió al pasillo, del que teníamos una buena perspectiva desde nos encontrábamos. Mis ojos se abrieron como platos, la cara del resto fue indescifrable, y la de mi padre se desencajó literalmente al verlo aparecer semidesnudo, con un improvisado y extraño taparrabos, que más bien parecía un pañal, hecho con papel higiénico.

—¡¿Se puede saber qué cojones hace el franchute este?! —soltó mi padre fuera de sí.

Mattew estaba tan sorprendido que ni se inmutó, mientras que yo tenía que esforzarme por no

descojonarme delante de todos.

—¿Te haces pipí *encimeison*? —le preguntó mi hermano, intentando comunicarse con él.

—¡Hijo, no mires! —advirtió alargando el brazo para taparle la visión.

—Ahora quieres, papá —me mofé.

Tras la última palabra tuve que taparme la boca. Me estaba partiendo de risa y no podía reprimirme más.

—¡Ha caído un mito! —comentó mi abuela, con un gesto que aun a día de hoy no logro descifrar.

—¡Maica, dile a este sinvergüenza que en esta casa no voy a consentir estas cosas! ¡Si quiere hacer cosas raras, que se vaya a su maldito país!

Mattew seguía parado en el pasillo colorado como un tomate y sin poder articular palabra. Sabía que estaba a punto de estallar, su mirada asesina así me lo demostraba, pero su ego pudo aún más y aguardó a que le tradujera las palabras de mi padre. Con un escueto «no volverá a ocurrir», que no tardé en traducir a mi familia, dio media vuelta y se dirigió hacia el cuarto de Curro. Cuando desapareció de nuestro campo de visión, no pude aguantarme más y rompí a reír a carcajada limpia. Mi abuela se contagió y se unió a mí al oírme.

—¡Yo no le veo la gracia! —soltó mi padre con toda su mala leche.

—La pena es que no se le haya visto eso mismo: la gracia —comentó mi abuela tronchándose de risa.

—¡Solo faltaba eso! ¡Si llega a salir con la chorra colgando, ese no vuelve a pisar suelo español!

—No te enfades, Paco…, que no es para tanto.

—¡Y que yo tenga que aguantar esto en mi puñetera casa! ¡Curro, vámonos antes de que me cargue a alguien! —remató justo antes de salir por la puerta.

No sé exactamente cuánto tiempo estuvimos mi abuela y yo riendo, pero sé que duró hasta que me empezó a doler la barriga. Aún se nos escapaba alguna risita al recordarlo, cuando Mattew reapareció por el pasillo, esta vez impecablemente vestido. Su semblante era más serio de lo normal. Imaginaba que sabía que había sido yo la causante de aquella emboscada, pero necesitaba hacerle ver que no estaba ante una mera contrincante.

Él me había declarado la guerra, y yo solo me estaba limitando a defenderme y responderle tal y como se merecía. Y si en su momento habíamos sido capaces de impedir la conquista de Napoleón, ¿quién me aseguraba a mí que ahora yo no podía hacerlo también?

Capítulo 13

En toda batalla siempre hay tiempo para el descanso. Yo decidí concedernos una tregua a Mattew y a mí acudiendo a nuestra cita con Ainhoa y la Cherry. Habíamos quedado para mostrarles nuestra hermosa ciudad, y además me moría por contarle a mi mejor amiga el bochornoso episodio del pasillo.

Zipi y yo acabamos convirtiéndonos en perfectas anfitrionas durante el resto de la mañana. Nuestro primer destino fue la conocida Plaza del Pilar o de las Catedrales. La llamamos así porque en ella se encuentran las dos catedrales más importantes de la ciudad, la del Pilar y la Seo. Ambos quedaron impresionados, aunque nos miraron con cierto recelo cuando les explicamos que aquella plaza era la más grande de Europa. ¡Si había que sacar el patriotismo, se sacaba!

Cuando llegamos a la Fuente de la Hispanidad y les contamos que tenía la forma de Latinoamérica volvieron a repetirse las miradas. Ainhoa y yo nos partimos de risa al observarlos buscando la figura del continente, que por más que lo intentaban no lograban verla. Reticentes a creernos, les hicimos subir hasta lo más alto de un edificio contiguo para que pudieran verla desde las alturas. Solo así pudieron apreciar la originalidad de la fuente, y a Zipi y a mí se nos dibujó una sonrisa al comprobar que habíamos logrado impresionarlos.

Orgullosas por lo mucho que les estaba gustando nuestra ciudad, al pasar por la zona de El Tubo nos tomamos unos vinos y un par de pinchos para rematar la visita antes de regresar a casa.

Mattew parecía haber acogido bien la tregua entre ambos, como también mi padre parecía haber aceptado la visita de mi compañero de intercambio. A mediodía, la comida resultó bastante tranquila. Mucho más de lo que esperaba, pese a las preguntas/encuesta/tercer grado al que mi padre decidió someterlo. Él fue respondiendo cada una de ellas conforme yo les traducía a ambos. Debía reconocer la maestría de Mattew para fingir que no conocía nuestro idioma. Se había metido tan de lleno en el papel, que hasta en más de una ocasión yo misma llegué a creérmelo.

Entre todas las respuestas que él fue contestando a mi padre, hubo una que acabó impresionándonos a todos y que nos llegó al corazón. Abriéndose ante nosotros, y mostrando una

faceta que hasta entonces desconocía de él, Mattew nos contó que era hijo único, y que sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico hacía ya más de diez años.

—Mi mamá también murió cuando yo era pequeño —comentó Curro—. Pero yo apenas la recuerdo.

Mi padre acarició con cariño la cabeza de mi hermano y todos enmudecimos ante la enternecedora escena. Con un nudo en la garganta por la añoranza y la tristeza que la ausencia de mi madre me provocaba, le traduje a Mattew sus palabras. Su mirada apenada acompañada de una sincera empatía logró desarmarme. Pese a todo lo que nos habíamos hecho el uno al otro, a pesar de todo lo que habíamos pasado, en aquel instante ninguno de los dos quiso dar cabida a la inquina o al rencor que había entre ambos. Era la primera vez que ocurría, y he de reconocer que sentí alivio y me agradó.

El sonido de mi móvil se encargó de romper el momento. Era Ainhoa.

—Allí estaremos… *Ciao*.

Una vez que le comuniqué a Mattew que habíamos quedado en vernos en la bolera esa tarde, la normalidad regresó a la mesa. No sabía si era por lo que habíamos descubierto de él, o porque el muy puñetero se estaba ganando a mi familia, pero hasta mi padre parecía estar más calmado y se mostraba mucho más amable con él.

Terminada la sobremesa, cada uno regresó a su cuarto a echarse la siesta, o a jugar a la consola en el caso de Curro. Yo fregaba los cacharros, cuando, de pronto, sentí la presencia de Mattew. En silencio, se colocó a mi lado y me quitó el plato que acababa de enjuagar para comenzar a secarlo. Puede que el gesto fuese de lo más sencillo y cotidiano, pero a mí me pareció tierno y me puso nerviosa. O tal vez fue su cercanía, o su olor, lo que provocó que el siguiente plato se me resbalara y chocara con el de más abajo hasta casi romperse.

—Tu familia es un encanto —susurró en un perfecto inglés.

No sé si lo hizo para normalizar la situación, pero reconozco que funcionó.

—Son lo más grande —confesé retomando la tarea.

—Ojalá yo hubiese tenido tanta suerte.

—Si se le puede llamar así —apuntillé al recordar a mi madre—. ¿Cómo sucedió lo de tus padres? —me atreví a preguntar.

Él tomó una bocanada de aire antes de responder.

—Volvían de una cena con unos amigos. Iban detrás de un camión. El semáforo se puso en rojo y ambos frenaron. Pero otro camión que iba detrás de ellos no logró frenar a tiempo y… los embistió.

—¡Dios mío! —dejé escapar con tono atribulado. No podía creer lo que me estaba contando. La sola idea de imaginármelos atrapados entre los dos camiones, me estremeció por completo—. Lo siento mucho, de corazón.

—Gracias. Pero no te preocupes, es algo que tengo asumido —aseguró tomando el plato que le entregaba.

—¿Dónde estabas tú? —quise saber.

No sabía si él se había percatado de que ambos manteníamos una conversación en un perfecto inglés, pero no iba a ser yo quien se lo dijera. En el fondo, agradecía aquella forma de comunicarnos, aunque fuese en ese idioma.

—Por aquel entonces jugaba en un equipo de fútbol regional —respondió—. El entrenador paró el partido para comunicarme la noticia, y desde entonces no he vuelto a pisar el césped.

—¡Vaya!

Me encogí solo de pensarlo. Siempre había tenido mucha imaginación y no me costó visualizar en mi cabeza el momento de aquella llamada. Aunque la muy puñetera me estropeó la escena, recreando la imagen de él sudando la camiseta, corriendo por el campo y marcando cada uno sus músculos que…

«Ya sabemos de dónde viene el cuerpazo que vi anoche», pensé.

De nuevo, el plato que ahora llevaba en las manos se resbaló y chocó contra el que había debajo, provocando un estruendo aún mayor que el anterior.

«¡Haz el favor de centrarte, Maica! Es solo un tubo de ensayo, un tubo de ensayo», me dije a mí misma.

—¿Eras buen jugador? —pregunté para acallar la impúdica voz que no dejaba de recordarme escenas que no debía.

—El mejor.

—Vaya, y modesto también.

—Tú has preguntado. Yo solo me limito a responderte.

«¡Joder con Napoleón!».

—¿Hay algo que no sepas hacer bien? —cuestioné con sorna. Su prepotencia era precisamente lo que más me molestaba de él.

—Entenderte.

Su respuesta hizo que me detuviera y me volviera para mirarlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No tengo muy claro lo que quieres.

—A ti no, desde luego —solté de pronto—. No se me ocurriría tener nada con alguien que no entiende mi idioma.

«Tenía que soltarlo para ponerle el cebo».

—El español es un idioma que me cuesta comprender. Además, me refería en el tema… laboral. Solo sé que has estudiado química, pero no cuáles son tus aspiraciones ni dónde te gustaría trabajar.

«¡Será embustero! ¿A que le estampo un plato en la cabeza?».

—Si querías saberlo solo tenías que preguntarlo —defendí—. Además, lo que yo quiera hacer con mi futuro no es de tu incumbencia —concluí secándome las manos. Estaba claro que tarde o temprano se cargaría la tregua y la camaradería a la que ambos habíamos llegado—. Ve terminando, nos vamos en cinco minutos —rematé justo antes de lanzar el trapo sobre la encimera de mala gana y marcharme hacia mi cuarto.

Por alguna extraña razón Napoleón me tenía declarada la guerra. Cuando empezaba a pensar que existía la posibilidad de llegar a un entendimiento entre ambos, que existía la esperanza de que pudiéramos tratarnos como dos personas normales e incluso de acabar siendo amigos, él siempre terminaba alzando las espadas. Le había concedido una vez más la oportunidad de que dejase de mentirnos a todos, de que dejase de fingir y dijese la verdad, mostrándose tal y como era o, al menos, como el chico que habíamos conocido durante la comida. Pero él no daba su brazo a torcer, prefería seguir con aquella estúpida farsa, mintiéndonos a mí y a toda mi familia, pese a haberle acogido en nuestro hogar, en nuestro más sagrado santuario.

Mi padre tenía razón en una cosa: había metido al enemigo en casa.

***

En apenas veinte minutos, sin dirigirnos la palabra y bajo un sol abrasador, llegamos a la nueva bolera que habían abierto unos días antes. Hacía tanto calor que hasta la ropa que se me había ceñido al cuerpo más de lo que deseaba, algo que noté al ponernos los zapatos reglamentarios del local.

—Hola, chicos —saludé a Ainhoa, la Cherry, Pedro y Julián, al llegar a la pista número dos, donde nos esperaban.

—Hola, preciosa —respondió Julián, cogiéndome por la cintura para darme dos besos.

—*Salut* —me siguió Mattew en su característico tono francés.

—Y fuerza al *canut* —bromeó Julián, provocando las risas de todos, a excepción de la Cherry y el francés.

A juzgar por el modo en que Napoleón lo miró, estaba claro que él y Julián nunca llegarían a ser amigos.

Una vez nos saludamos unos a otros, Pedro nos propuso jugar por parejas. No cabía la menor duda que «doña Tomates» le gustaba, y que aquello formaba parte de su conquista.

—Por mí, perfecto. Maica va conmigo —se apresuró a responder Julián, echándome el brazo sobre los hombros.

—¡Preparaos para perder! —advirtió Zipi, colocándose junto a Mattew, después de traducirle a él y a su compañera de intercambio la forma en la que íbamos a jugar.

Los primeros dos tiros fueron para la *inglesita* que, con la ayuda del bueno de Pedro, y con las paredes de la pista subidas para impedir que las bolas se perdiesen por los lados, logró anotar

en el marcador los primeros seis puntos. Tras ella tiraron Pedro y Ainhoa, sin llegar a derribar todos los bolos. El siguiente en tirar fue Mattew que, para mi particular fastidio, consiguió el primer pleno de la tarde con una fuerza y pericia asombrosas. Mi amiga y él lo celebraron chocando los cinco.

Cuando llegó mi turno noté una corriente eléctrica sacudiéndome por dentro. Me excitaba la idea de fastidiar a Napoleón y por suerte la forma en que la ropa se ceñía a mi cuerpo me ayudaría a ello. Cogí la pesada bola, introduje los dedos en los agujeros y, colocándome en posición frente a la pista, di dos pasos y me agaché para lanzarla. Mi vista seguía el recorrido de la bola, aunque toda mi atención se concentraba en mi trasero, que me encargué de exponer con aquella postura para que cierto francés lo viera. Conseguí derribar siete bolos, los tres restantes en mi segundo tiro, y pillar infraganti a Mattew mirándome el culo.

Él intentaba disimular cuando Julián se acercó a mí para celebrarlo. Yo esperaba que lo hiciese como el resto, chocando las palmas de las manos, pero en su lugar me rodeó con los brazos y me levantó a un par de palmos del suelo. Me extrañó tanta efusividad por su parte, aunque cuando vi por el rabillo del ojo la cara de mala leche que tenía don Perfecto, me dejé hacer.

Aprovechando el turno de mi compañero de juego, me dirigí hacia la barra; tenía mucha sed, y aún quedaba tiempo hasta llegar el mío.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó de pronto Mattew que, sin darme cuenta, había llegado a mi lado.

—Una Coca-Cola con mucho hielo —respondí abanicándome la cara con la mano.

Mientras él pedía su bebida y la mía al camarero, yo tiré de mi camiseta para separarla un poco del cuerpo y que le entrase algo de aire.

—¿No podías haberte traído otra ropa? —inquirió con el ceño fruncido.

No sabía a qué venía aquello. Llevaba lo mismo que me había puesto esa mañana.

—¿Cómo dices? —cuestioné molesta.

—Se te marca todo —gruñó.

—¿Y eso a ti qué más te da?

—No lo digo por mí, sino por tu amigo Julián. Temo que pierda los ojos en uno de tus tiros.

—Él ya ha visto todo lo que hay que ver —mentí con descaro. Sabía que le gustaba a Julián desde hacía tiempo, él mismo me lo había confesado en su día. Pero reconozco que al ver el modo en que se oscureció su mirada al oírlo, y la forma en que tensó la mandíbula, me divirtió sobremanera—. ¿Temes que vaya a verme la marca de las braguitas a través del pantalón? —me mofé.

—Entre otras cosas —ladró.

—Entonces puedes estar tranquilo, porque no llevo —rematé cogiendo mi bebida de la barra

y volverme para regresar a la pista con el resto.

Durante toda la partida me lo pasé de lo lindo, sabedora de que ambos clavaban la mirada en cierta parte de mi anatomía en cada uno de mis tiros. No había prisa, y me tomaba mi tiempo al hacerlo, recreándome más de lo necesario, e incluso manteniendo la postura mientras la bola hacía su recorrido por la pista. De todas las veces que había jugado a los bolos, aquella era sin duda la más divertida de todas, sobre todo al ver cómo el enfado de Mattew iba en aumento conforme avanzaba la partida. No volvió a hacer pleno, pero la fuerza con la que lanzaba cada bola no pasó desapercibida para nadie, ni siquiera para los jugadores de las pistas contiguas, que giraban la mirada cada vez que oían el estruendo que provocaba al chocar contra los bolos.

Gracias o no a mi pandero, el triunfo fue para Julián y para mí, seguidos de Ainhoa y Mattew. Pedro y la Cherry quedaron los últimos, pues habían pasado la mayor parte del tiempo tonteando entre ellos.

El resto de la tarde, hasta llegar la noche, la pasamos jugando y visitando un par de locales más. Julián no me dejaba ni a sol ni a sombra, y estaba más pendiente de mí que nunca. Mattew, en cambio, seguía enfadado y se mantenía distante conmigo.

En cierto modo, la situación era un tanto incómoda.

Tal vez le estuviera permitiendo un acercamiento a Julián que en otra situación no hubiera consentido. Pero debía reconocer que aquello me daba la oportunidad de poder darle a Napoleón donde más le dolía. Había descubierto su punto débil, del mismo modo que había desenmascarado su gran secreto. Ni siquiera con mis amigos, en un ambiente distendido, había caído en un renuncio, y seguía fingiendo ser quien no era en realidad. Él conocía y hablaba a la perfección nuestro idioma, algo que yo sabía y había descubierto en aquel baño del albergue. Además, no era nadie para decirme lo que debía o no hacer, la ropa que debía o no ponerme, y aún menos tratándose de alguien como él, que ni siquiera le importaba a quién podría dañar cuando todos supieran la verdad.

Su capacidad para el engaño resultaba inquietante. Y no dejaba de preguntarme que, si realmente él era así, ¿hasta dónde sería capaz de llegar? Lo único que sabía con certeza, era que, mientras él continuara mintiendo, yo seguiría haciéndole pagar su farsa.

Capítulo 14

Mattew

Seguía sin creer lo que me estaba pasando. Quizás, con el tiempo, acabase riéndome de la situación, pero en aquel momento seguía sin hacerme ni puñetera gracia. Llevaba dos días aquí y ya había vivido varias situaciones que me sacaban de quicio. ¡Ella me sacaba de quicio!

Vale, tenía que reconocer que era preciosa, con esos rasgos tan hispanos y raciales, ese menudito cuerpo y esos labios tan seductores que me moría por probar.

Pero, ¡joder, qué genio tenía!

No había visto nada igual. Si algo tenía claro era que Maica no era como las demás tías, ni como las de mi país, ni como las de ningún otro. Del lugar del que provenía, las mujeres eran menos atrevidas y contestonas. En cambio, ella no se amilanaba ante nada ni nadie, lo que me asombraba, pero también me cabreaba.

La palabra «error» seguía martilleándome la cabeza. Por no hablar del chichón que a *cucharazos* me había dejado la muy condenada, o del robo de mi ropa en el baño. Conseguía llevarme al límite y, no sé si consciente o no, despertaba esa parte de mí que carecía de control. Porque sí, en más de una ocasión la hubiese cogido para domarla, atándola incluso, hasta darle una lección que no olvidara jamás. Aunque al final me obligaba a pensar en otra cosa y a borrar la idea de mi mente, porque siempre que lo hacía, mi imaginación iba más allá y terminaba deseando follarla de un modo salvaje.

—Mattew, *come on!* —me llamó desde el salón.

—*Oui* —respondí antes de salir a su encuentro.

Ese día se había puesto un vestido. Uno que en cualquier otra hubiese pasado desapercibido, pero que en ella entrañaba cierto riesgo por el modo en que se adaptaba a su cuerpo y acentuaba sus curvas.

Isabel estaba con ella. Era una mujer encantadora que me cautivó desde el primer instante en que llegué. Tenía una naturalidad y un desparpajo únicos, que me recordaban a mi abuela materna. Aquella no era tan moderna, aunque sí era igual de generosa y cariñosa. ¡Cómo la

echaba de menos!

Acercarme a Isabel era abrir la puerta al pasado, y al despedirnos de ella me atreví a darle un beso en la mejilla, tal y como había hecho su nieta. Aquella mujer me evocaba buenos recuerdos de infancia y salí de allí con una sonrisa en los labios.

Ya en la calle, Maica me explicó que nos dirigíamos a casa de Ainhoa, y que aprovecharía el trayecto para enseñarme su barrio y contarme cosas acerca de él. Recuerdo escucharla y asentir cada vez que ella me miraba. Resultaba imposible no contagiarse de sus increíbles ganas de vivir, de su frescura y de la pasión que derrochaba al hablar de aquel lugar que, de no ser por ella, nunca hubiese requerido mi interés. ¡Joder, si hasta verla caminar era un espectáculo para mí!

Sabía que no fui del todo sincero con Eloy, pues omití contarle lo que sentí cuando la vi por primera vez. A riesgo de parecer presuntuoso, era consciente el efecto que causaba en las mujeres y, al llegar a aquel salón, esperé encontrarme más de lo mismo. Pero allí estaba ella, con un halo distinto que la diferenció al instante. A diferencia del resto, Maica no coqueteó con la mirada, sus ojos me desafiaron al verme, llamando poderosamente mi atención y mi deseo por conocerla.

La observé dando rienda suelta a todo lo que me pasaba por la mente. No fue difícil imaginarme un encuentro con ella, y aún más cuando la vi defenderse de mi colega de Lyon. El hecho de que no se amilanase, de que se enfrentase a él como lo hizo me la puso dura. Ahí supe que era especial. Y no me lo pensé cuando la vi salir del salón. Saltándome todos los cánones de cualquier protocolo, la perseguí hasta el baño. Necesitaba tocarla, sentirla y comprobar por mí mismo que aquella morena de grandes ojos verdes escondía a una fiera felina. ¡Dios, lo que tuve que reprimirme! La hubiese tomado allí mismo. Su tacto era dulce, su piel suave y su olor insultantemente embriagador. De haber creído en la magia, hubiese afirmado que me hechizó en aquel reducido espacio. Ni siquiera la conocía y, sin embargo, ahí supe que su verdadero poder consistía en hacerme perder la razón.

Era consciente de que, en realidad, cuando le dije a Eloy que no iba a ponerle un dedo encima, estaba sentenciándome mi propia condena, aunque supongo que lo hice para intentar controlarme y para no perder el juicio.

Pero ella no me lo estaba poniendo nada fácil. Sentirla en la habitación contigua y no poder tomarla me provocaba aún más deseo hacia ella, como lo hacía su fuerte carácter o sus ingeniosas artimañas que orquestaba contra mí. Demasiadas imágenes, demasiados momentos en los que debía contenerme, como había ocurrido dos noches atrás, cuando la empotré contra la encimera de la cocina y tuve que conformarme con tan solo olerla.

Mi móvil vibró en el bolsillo del pantalón. Era Eloy, y me excusé para alejarme unos metros de ella para que no me descubriera.

—Dime, tío —respondí al aceptar la llamada.

—*¿Cómo va mi franchute favorito?*

—Déjate de coñas, merengue. ¿Cuándo vas a venir?

—*Si mis cálculos no fallan, en media hora estoy ahí.*

—¿En serio? —celebré—. Eres cojonudo.

—*Lo sé, por eso me he pillado una habitación de hotel para una semana. ¿Qué ibas a hacer tú sin mí?*

—Mejor no te lo digo —respondí mirando en la distancia a Maica.

—*¿Cómo llevas el tema? ¿Le has dicho ya la verdad?*

—Ya lo hablaremos cuando llegues.

—*Joder, eso no suena nada bien. Por cierto, ¿estás con Ainhoa?*

—No, íbamos de camino a su casa. ¿Por?

—*Hazme un favor y no le digas nada. Quiero darle una sorpresa.*

—Tú y tus romanticismos. Te ha dado fuerte, ¿eh?

—*Ya te dije que estas chicas me gustan; tienen algo, Mattew.*

—Tengo que dejarte, ella me está esperando. Iremos a recogerte.

—*No esperaba menos de ti. Hasta ahora, colega.*

—Hasta ahora —me despedí.

Maica se alegró al conocer la noticia de la llegada de mi amigo y no dudó en sumarse a la sorpresa. Su concepto de la amistad y el modo en que quería a Ainhoa lograba que la admirase aún más.

Ya en la puerta de llegadas de la estación, lo vimos aparecer entre el gentío tan sonriente como siempre. Me alegraba tanto que se presentase allí, que me fundí con él en un fuerte abrazo.

—¡Bienvenido a Zaragoza! —lo saludó Maica.

—¡Hola, preciosa! —respondió él con un más que efusivo abrazo. ¡Estos españoles y su manía por la excedencia!

—¿Qué tal te ha ido el viaje? —le preguntó.

—Muy bien.

—¿Y dónde te hospedas?

«Un día de estos me dejan hablar a mí».

—Tengo que mirarlo, solo sé que está cerca de la zona de la tubería o algo así.

Maica rio al escucharlo.

—Es de El Tubo —le aclaró.

—Sí, eso. No iba muy desencaminado —aclaró guiñándole un ojo.

«Eso tampoco era necesario, colega».

—Está bien, te acompañamos a dejar la maleta, ¿te parece? —se ofreció ella.

—Me parece, guapa —respondió él.

«¡A ver si al final tengo que darle dos hostias!».

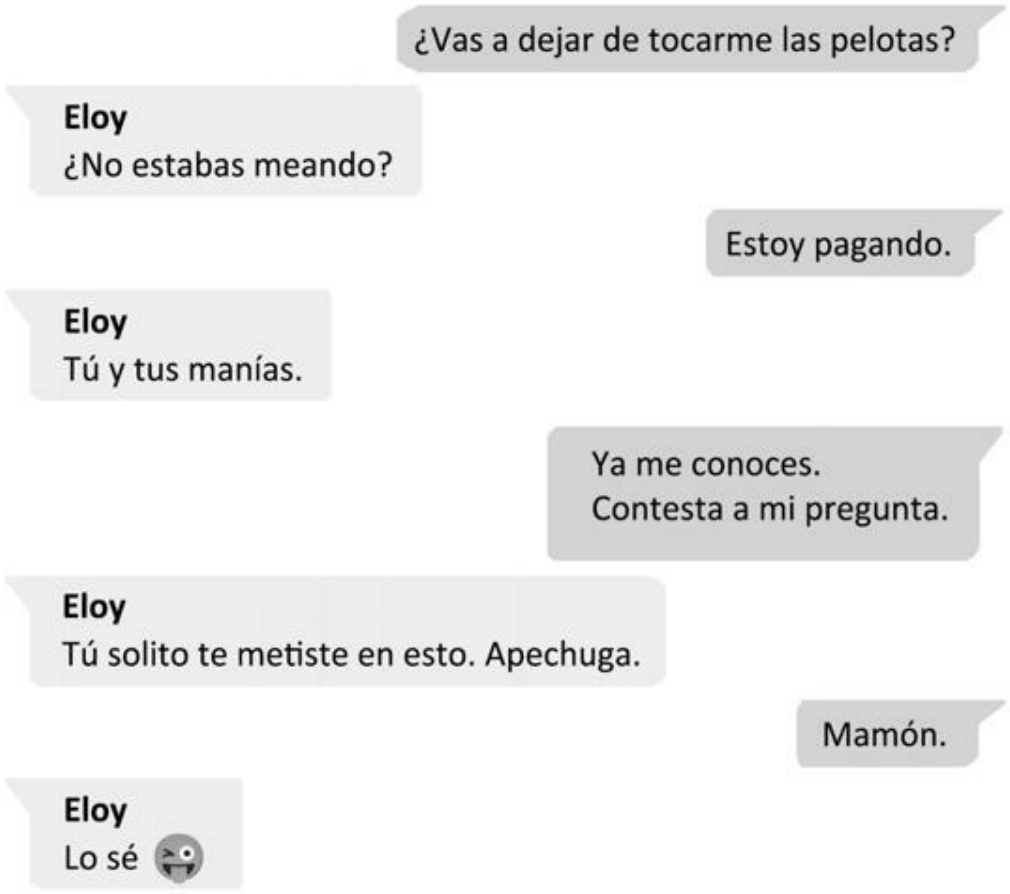
Sobre el mediodía, y tras avisar a Isabel de que no íbamos a ir a comer, y de que Eloy dejase su maleta en la habitación del hotel, Maica nos llevó de nuevo a la famosa zona de El Tubo. Sentados a una mesa alta de fuera de uno de los locales, ella nos explicó de dónde procedía el nombre de aquel lugar tan concurrido. Se trataba de una zona compuesta de callejuelas estrechas repletas de bares, en pleno casco viejo de la ciudad. Estaba tan emocionada hablando sobre su tierra, que no se había percatado de que lo estaba haciendo en español, así que a mí me tocó mirar de un lado a otro para simular que no me enteraba de lo que decía.

Por nuestro lado la gente pasaba y charlaba igual de animada como lo hacía ella. Esa fue una de las primeras cosas que aprendí de este maravilloso país. París era tan distinta. Allí todo era más tranquilo y la gente mucho menos bulliciosa. En España, en cambio, se hablaba habla muy fuerte, aunque con el tiempo averigüé que iba innato en el carácter, algo que me atrapó y me enamoró.

Mientras ellos hablaban y hablaban sin parar, yo me dediqué a probar los pinchos que Maica había pedido al camarero. Entre todos ellos estaba mi favorito, el de tortilla. Al ver que me lo comía, no se lo ocurrió otra cosa que contarle a mi amigo la anécdota de cuando su padre me vetó probarla en su casa. Aquello provocó que los dos se mofaran en mis narices, sin que yo pudiera defenderme, pues se suponía que yo no me enteraba de nada.

Empezaba a cansarme del jueguecito. ¡Y de qué manera!

Para no tener que escuchar más mofas, que ya duraban más de lo que debían, tras tomarnos el café me levanté y adentré en el bar con la excusa de ir al baño. En la barra, mientras esperaba a pagarle la cuenta al camarero, saqué el móvil para enviarle un mensaje a Eloy.



Por fin llegó el momento de marcharnos para ir en busca de Ainhoa y, de paso, de que Eloy pudiera *ocuparse* de sus asuntos.

Ya en su portal, este se escondió para que Maica pudiera llamar al telefonillo.

—Tenemos una sorpresa para ti —le comunicó en cuanto la vio aparecer junto a Brittany.

—¿Para mí? ¿Qué me has comprado? —demandó Ainhoa sin ocultar la emoción.

—Nada. Me ha salido gratis —aclaró alzando las cejas.

—Vaya, te has estirado, maja.

—Esto tiene más valor. Cierra los ojos.

Con una simple señal, avisó a Eloy, que aguardaba al doblar la esquina. A hurtadillas, se acercó y se colocó detrás de Ainhoa para taparle los ojos.

—¡Pide un deseo, Zipi! —le suelta Maica sonriendo emocionada por su amiga.

—¡No fastidies! ¿Eloy?

—El mismo que viste y calza —respondió este.

Ainhoa estaba tan sorprendida y emocionada que no tardó en apartarle las manos para girarse y lanzarse sobre él para besarlo. Todos reímos con la escena, aunque no pude evitar centrarme en Maica. Estaba radiante, llena de luz… y más guapa que nunca.

—Ya solo falta una —me susurró de pronto Brittany en francés.

—¿Qué quieres decir? —interpelé de mala gana al saberme pillado.

—Hay personas que no se bastan por sí solas y necesitan un empujón. Tú ya me entiendes —añadió golpeándome el brazo con el hombro.

—Brittany, hazme un favor, ¿quieres?

—Lo que necesites.

—Métete en tus asuntos.

Capítulo 15

Mattew

De camino al pub donde las chicas habían quedado con Pedro y Julián, logré quedarme a solas con Eloy. Necesitaba hacerle unas cuantas preguntas, y esa vez escogí mi idioma.

—¿Puedo saber desde cuándo tenéis una relación tan íntima?

—Ya me conoces, cuando una chica me entra, no puedo resistirme —respondió—. Aunque debo reconocer que no me esperaba tanta efusividad.

—Está claro que le gustas —puntualicé.

—Te tengo dicho que soy irresistible, hombre de poca fe.

—¿Te gusta o es solo un capricho?

—Tío, solo hace dos días que la conozco, ¿a qué viene esa pregunta?

—Por nada —contesté desviando la vista hacia otro lado.

—Eh, un momento —me detuvo—. ¿Desde cuándo te preocupan las chicas? Creo recordar que quien dijo que merecían la pena fui yo.

—Siempre buscando que te den la razón —me quejé retomando el paseo.

—¿Acaso no la tengo? ¿Me vas a contar qué me he perdido en estos dos días?

—Nada, supongo que estabas en lo cierto —confesé.

—¡Lo sabía! ¿Has perdido la apuesta?

—De eso nada, de momento tendrás que pagarte tú mismo los billetes —defendí recordando nuestro acuerdo.

—¿Me estás diciendo que yo he conseguido un beso de órdago con tan solo intercambiar mensajes y llamadas, y tú no has conseguido nada estando con ella las veinticuatro horas del día y durmiendo en su propia casa? No me lo creo.

—Pues créetelo —bufé. Y el muy cabrón se rio.

—¿De qué te ríes, si puede saberse?

—Una de dos, o pasa de ti, o estás perdiendo facultades.

—¡Déjame en paz!

—Mattew, en serio. —Ni siquiera lo miré—. No soy mejor que tú en conquistas, y los dos lo sabemos. Sé que te gusta, así que, dime qué te pasa con ella.

Necesitaba hablarlo con alguien, y quién mejor que él para hacerlo.

—Desde que llegué aquí no ha parado de putearme —me sinceré—. Le ha dicho a su familia que soy gay y se las ingenió para que todos me pillaran saliendo casi en pelotas del baño.

—¡No jodas! —soltó justo antes de descojonarse ante mis narices. Sus carcajadas eran tan fuertes que hasta podían oírse por encima del tráfico.

—¿Te lo pasas bien, cabrón? —ladré.

—No sabes cuánto. Esa tía me cae cada vez mejor —afirmó fijando la vista en ella, que caminaba unos metros más adelante junto con Ainhoa y Brittany.

—¿Y tú dices ser mi amigo? —me quejé. Estaba molesto. Demasiado, a decir verdad.

—Mattew, no sé qué diablos te pasa, pero no entiendo cómo no puedes verlo.

—¿Qué es lo que te tengo que ver?

—Que le gustas demasiado. La pregunta es: ¿te gusta ella a ti?

No sé si me afectó más que me pillase por sorpresa o que me jodiese que diera en el clavo.

—Paso de decírtelo —gruñí.

—Venga, tío, ya no me río, te doy mi palabra —aseguró, esta vez cogiéndome del brazo para obligarme a para la marcha.

Su promesa me hizo reflexionar durante unos segundos, y finalmente me atreví a abrirme.

—Me tiene loco, Eloy. Sé que apenas la conozco, como tampoco sé por qué la deseo tanto.

—Pero eso es bueno.

—No, no lo es —rebatí reanudando el paso.

—¿Por qué dices eso?

—No quiero hacerle daño. ¿Acaso has olvidado los mil kilómetros que nos separan?

—Las relaciones a distancia funcionan.

—Las relaciones a distancia son una mierda —objeté.

—Sí, pero funcionan. ¿Por qué no te limitas a probar, a ver qué pasa?

—No estoy seguro de que sea lo correcto.

—Ya salió el noble.

Me molestaba que me recordara mi linaje.

—No digas tonterías —bramé.

—¡No las digas tú! —insistió—. No te reconozco, tío. Nunca te había visto dudar así.

—Aparte de ella, está su familia. Su abuela y su hermano pequeño son encantadores, pero el padre…

—¿Qué pasa con él?

—Maica no te lo ha contado todo mientras comíamos. Su padre odia a los franceses.

—¿En serio?

Estaba a punto de descojonarse, pero por suerte logró reprimir la carcajada a tiempo. Empezaba a pensar que me había equivocado al contarle nada.

—Lo siento, tío; es que es de chiste.

—¿Puedes por un momento ponerte en mi situación? —le pedí.

—Tienes razón, disculpa. Tendrás que ganártelo también a él.

—¿Cómo, si me ha visto semidesnudo, piensa que soy gay y soy francés?

—Lo tienes complicado.

—Mucho —reconocí.

—¿Has pensado en dejarte de juegos y decirle la verdad? —Mi mirada fue tan fulminante que se apresuró a justificarse—. Me refiero a lo del idioma.

—¿En qué posición me dejaría eso? Se trata de subir peldaños, no de bajarlos.

—Ya, pero «la verdad nos hará libres», ¿recuerdas?

—Antes debo decírselo a Maica.

—Siento decirte esto, pero te lo advertí.

Me fastidiaba reconocerlo, pero tenía toda la razón.

—Lo sé —admití.

—De todas formas, si puedo ayudarte en algo, dímelo.

—Te lo agradezco, tío. Pero creo que lo mejor es que me olvide de todo, y que cada uno siga su camino.

—¿Estás seguro?

—Me temo que sí. Es lo mejor para todos, y para ella.

—Si es lo que quieres…

—Es lo que debo —rematé para acabar la conversación.

Por suerte, Pedro y Julián acogieron muy bien a Eloy, algo que me alegró sobremanera. La pelirroja no se separaba del zaragozano, y los arrumacos que ambos se profesaban, nos dejaron claro al resto del grupo que entre ellos había algo más que amistad. Ainhoa y mi fiel amigo hacían lo mismo, mientras que Julián, Maica y yo, charlábamos de temas varios.

Me había venido muy bien hablar con Eloy. Ahora sabía que lo mejor para Maica era que yo no me acercase a ella, aunque sabía el sacrificio que eso supondría para mí. No podía dejar de observarla, cualquier gesto suyo despertaba mi interés por mucho que procurase lo contrario. Me encantaba ver cómo se transformaba su cara al sonreír, con qué delicadeza se acariciaba el pelo, o con qué sensualidad posaba sus labios sobre la boca de la botella cuando bebía de ella. Cualquier gesto suyo, lograba convertirlo en algo especial, algo… como ella.

Al igual que Eloy, yo también daba por sentado que Maica sentía atracción por mí. Solo había que ver cómo me miraba o el modo en que su respiración se aceleraba cuando estábamos a

solas. Era pura adrenalina para mí, como lo era recordar las veces que la había arrinconado, por temor a perder el control o a que cierta parte de mi anatomía me delatase al hacerlo. Intuía que bajo aquella fachada de chica alegre y vivaz se escondía una mujer ardiente. No salió huyendo cuando la acaricié. Se quedó allí, inmóvil, confiando en mí sin tan siquiera conocerme. Tal vez se trataba de una utopía que yo mismo había creado, pero desde ese instante supe que estaba destinada para mí.

Sin embargo, las circunstancias me empujaban a renunciar a ella. Por su bien y por el de su familia. Debía agradecerles que me acogieran en su casa, pese a la aversión que su padre sentía hacia mí o hacia mis compatriotas. No debía ser fácil para él, y decidí apartarme del grupo para hacer una llamada. Aquella era mi forma de compensar en cierto modo su esfuerzo, y de paso equilibrar un poco la balanza a mi favor.

A mi vuelta, las dos parejitas se habían ausentado de la mesa para jugar al billar y en ella me encontré a Maica a solas con Julián. No era necesario sacar un máster o ser una lumbrera para saber que estaba colado por ella. El muy capullo aprovechaba la menor ocasión para tocarle el brazo, una mano, o lo que mejor le pillase. En momentos como ese era cuando disentía de la educación que había recibido, porque de buena gana le hubiese dado un escarmiento para que dejase de mirar y tocar lo que no era suyo. Pero la normativa vigente y mi latosa conciencia me impedían llevarlo a cabo. Por mucho que me jodiese, cabía la posibilidad de que Julián fuese lo mejor para ella, y a mí tan solo me quedaba aceptarlo.

Ajeno a mi decisión y renuncia, mi plan siguió adelante. Tenía que seguir fingiendo que no me enteraba de lo que hablaban y aguardar a que alguien me tradujese. Sostener la farsa comenzaba a resultar complicado conforme pasaban los días. De hecho, había cometido el error de hablar demasiado pronto bien en inglés en mis conversaciones con Maica, pero ella no se había percatado, porque de hacerlo estaba seguro de que algo me hubiese dicho.

A pesar de ello, empezaba a cansarme del juego y, por qué no decirlo, a arrepentirme. En más de una ocasión había estado a punto de confesarle la verdad, pero no había encontrado el momento oportuno. Yo mismo había empezado aquella historia, aunque se había enredado, y ahora no sabía cómo acabar con ella sin herir a nadie.

Después de una tarde lenta, en la que había perdido la cuenta de las veces que me había dirigido a la barra a por cervezas, para no tener que pensar y de paso alejarme un poco de las tres parejas, Maica y yo nos despedimos de ellos y nos fuimos a su casa. Isabel salió a recibirnos nada más entrar por la puerta.

—¡A ti te quería yo ver! —me soltó nada más verme, señalándome con el dedo.

Había bebido más de la cuenta, pero se suponía que yo no entendía nada de lo que me decía, y esperé a que Maica intercediese por mí.

—¿Qué ocurre, abuela? —le preguntó.

—Tú calla y traduce —le ordenó.

—¡O me callo o traduzco, las dos a la vez no puedo!

«Por contestaciones como esta, haces que te piense a cada momento».

—¿Se puede saber por qué tengo la cocina llena de bolsas? —me interpeló Isabel con los brazos en jarras.

—Abuela, ¿de qué hablas? —la interrumpió de nuevo.

—¿Qué parte de traducir no has entendido? —la riñó.

Sabía que debía mantenerme callado, pero el alcohol que llevaba en el cuerpo estaba haciendo de las suyas y no pude evitar reírme.

—¡Y tú no te rías, coño! —añadió la anciana dirigiéndose a mí.

—*Don't laugh!* —me tradujo Maica. Había omitido el «coño», aunque se lo pasé por alto.

—Aquí eres un invitado, y no tenías por qué mandar a que trajeran un camión de comida —aclaró Isabel.

—¿Qué ha hecho qué?

—¡Lo que oyes, niña! Aquí el señorito ha encargado que trajeran un montón de comida del supermercado. Han traído de todo: leche, galletas, pescado, carnes, pasta, huevos, vino, y un montón de cosas más. —Maica desvió su mirada hacia mí. Por su gesto supe que la había sorprendido, y eso me gustó. Apenas duró un instante, pero aquel momento en que ambos nos miramos en silencio superó a muchos otros—. ¡Es un invitado y no tenía por qué hacerlo! —prosiguió su abuela—. Además de que no me cabe todo en el frigo. ¿Qué voy a hacer ahora? Niña, ¿traduces o me quedo hablando sola? —Isabel la zarandeó cogiéndola del brazo para captar su atención.

—Esto…, sí. Invitado, comida, frigo, no cabe —repitió girándose hacia ella, para después hacerlo hacia mí y traducirme en perfecto inglés.

Sin dejar de sonreír, le expliqué a Maica que era lo mínimo que debía hacer, y me disculpé por si había podido ofenderla. Mis palabras parecieron convencerla, pero no a Isabel, que siguió riñéndome un poco más hasta quedarse a gusto, para después agradecerme el detalle.

Contento por el buen resultado, y una vez acabada la conversación, me dirigí al baño a hacer mis necesidades, cuando de pronto Maica entró como un relámpago, cerrando la puerta tras de sí. De la impresión que me produjo su asalto, el chorro acabó fuera de la taza del váter.

«Ahora sí que me va a echar la bronca Isabel».

—¿En qué momento has pedido todo ese arsenal de comida, si puede saberse? —me interrogó en un perfecto inglés.

No me habían educado para orinar delante de señoritas, pero mi vejiga iba a explotar si seguía conteniéndola, y dado que ella no había tenido reparos para presentarse de aquel modo, seguí a lo mío sin responder. Podía sentir sus ojos clavados en mí, mientras golpeaba el suelo

con el pie. Se la notaba inquieta, impaciente, pero me provocaba tenerla allí y decidí recrearme un poco. Noté cómo en algún momento había bajado la vista, a pesar de que, desde su posición, era del todo imposible que viese lo que tenía entre mis manos. Aunque no me importaba lo más mínimo.

Cuando di por terminada la faena, sin prisa alguna por mi parte, me subí la cremallera, bajé la tapa y tiré de la cadena. A esas alturas su cara ya no denotaba impaciencia, sino más bien intento de homicidio. Tuve que esforzarme por contener la risa de camino al lavabo, donde me tomé mi tiempo para abrir el grifo y comenzar a lavarme las manos.

—Estoy esperando —me apremió.

«¡Si supieras lo que me gusta ese carácter!».

Provocarla era lo que más me gustaba, y se me ocurrió frotarme aún más las manos con jabón, para después desprenderme de una inexistente roña que llevaba bajo las uñas.

—¿Piensas sacar petróleo? —gruñó.

La podía sentir mirándome a través del espejo y alcé la vista para encontrarme con ella. La estaba llevando al límite y reconozco que me divertía.

A diferencia de sus ojos, que mostraban una clara rabia hacia mí, los míos eran incapaces de ocultar lo mucho que la deseaba. De haber podido, me hubiese girado hacia ella para besarla y cogerla a horcajadas hasta dejarla sobre el mármol. No había nada que deseara más que subirle aquel maldito vestido, para después desprenderme de su ropa interior y follarla con todas mis fuerzas.

Me sequé las manos y me giré para mirarla a los ojos, y no a través de un cristal. Necesitaba acercarme a ella, y di un paso hasta su posición. Maica retrocedió hasta encontrarse con la pared de azulejos, en la que me apoyé por encima de su cabeza. Aquella forma de acorralarla se había convertido en nuestro particular juego. Me gustaba tenerla a corta distancia, sentirla y hacerle ver lo mucho que la deseaba. La vi tragar saliva y me excité al imaginar que era mi líquido el que atravesaba su garganta. Me empalmé solo de pensarlo y me incliné hacia ella para acoger su acelerada respiración. Desde aquella corta distancia podía ver el modo en que sus erizados pezones apuntaban hacia mí.

«No imaginas lo que pagaría por poder probarlos».

Era plenamente consciente del peligro que ambos corríamos si alguien nos pillaba así. Pero apartarme de ella no era una opción, y me atreví a acercarme aún más a su boca. Tuve que morderme la lengua para no dejarme llevar por el deseo que me empujaba a besarla. Su aliento me transportaba a un lugar salvaje; un lugar donde el único aroma que se respiraba era su excitante olor. No quería que acabase, me negaba a poner fin a aquel instante, y me incliné para susurrarle al oído.

—Me gusta tomarme mi tiempo para las cosas que me importan.

El inglés se había convertido en nuestro idioma para comunicarnos, a pesar de que nuestras miradas eran capaces de hacerlo sin necesidad de palabras.

—¿Tus manos o retarme? —me cuestionó.

—Adivínalo —respondí travieso.

—¿Disfrutas con ello?

—Sí, sobre todo con el resultado.

—Todos los excesos son malos, ¿no te lo han enseñado? —me rebatió.

Pese a la ironía y la doble intencionalidad de nuestras palabras, los dos seguimos allí queriendo ser partícipes de nuestro particular juego.

—Hay cosas que uno aprende con el tiempo —reconocí sin apartarme de ella.

—El caso es frotarte, ¿no? —Esto último lo había dicho en español, y de nuevo tuve que esforzarme por no echarme a reír—. Dime —volvió al idioma anglosajón—, ¿cuándo has llamado al supermercado?

—Si no hubieses estado tan ocupada con tu amigo, lo sabrías —defendí.

—Ocupo mi tiempo con quien me da la gana.

—Todos los excesos son malos —repetí sus palabras para hacerla rabiar.

—Mis amigos siempre tienen mi atención, y siempre la tendrán —se excusó ella, escudriñándome con la mirada.

—Quizás esa extremada atención te ha impedido ver lo que pasaba a tu alrededor. ¿No crees?

—Quizás mi atención estaba en lo que más requería mi interés —rebatió.

Sabía que no daría su brazo a torcer. Yo tampoco, y quise ponerla a prueba acercándome un poco más. Ya apenas había distancia entre los dos.

—¿Estás segura de eso? —planteé hasta casi rozar sus labios. Su agitada respiración me confirmaba lo que ya intuía.

—Sí —respondió en un costoso susurro. Estaba tan excitada como yo, y ambos lo sabíamos.

—Ser selectivo tiene sus consecuencias —afirmé bailando la vista sobre cada uno de sus ojos.

La excitaba, y los fuertes latidos que provenían de su pecho era buena prueba de ello.

—Ser selectivo es una consecuencia de la inteligencia —excusó.

Pero para mí no fue una excusa, fue la frase que me devolvió a la realidad y la que me despertó del bonito sueño al que me había dejado arrastrar. Aquellas palabras me recordaron la decisión que había tomado, por su bien y por el de su familia, y debía actuar en consecuencia. Así pues, a pesar del esfuerzo que para mí suponía en un momento como aquel, di un paso hacia atrás y me encaré con ella.

—¿Entonces qué haces aquí?

Ella no reaccionó. Mi actitud la había pillado por sorpresa, pero actuar así era lo mejor para

todos. Debía apartarme de ella, como también debía hacer todo lo posible para alejarla a ella de mí. Aquel juego debía llegar a su fin de una vez por todas, y solo se me ocurría una forma de hacerlo para que no deseara volver a encontrarnos así.

—¡Qué pena que tanta inteligencia no te permita distinguir entre un capricho y el respeto a la intimidad! —le solté justo antes de salir de allí como alma que lleva el diablo.

Ya en la habitación que compartía con Curro, me dejé caer sobre el borde de la cama al darme cuenta de algo. Lo que había entre Maica y yo, o más bien lo que debía evitar que hubiera entre los dos, empezaba a hacerme daño. Convivir con ella y conocerla en tan poco tiempo me había abierto una puerta que debía cerrar, y lo había hecho dando un portazo. No sé cuánto tiempo estuve culpándome por mis malas decisiones, hasta que mi móvil sonó y me obligó a regresar al presente.

—*¿Cómo está mi francés favorito?* —Era Eloy, más contento de lo habitual.

—No tan bien como tú —refunfuñé levantándome—. ¿Qué tal con Ainhoa?

—*Genial. Ha tenido que irse porque tenía cena familiar, pero ya hemos quedado para mañana ir a pasar el día a no sé dónde. ¿No te ha dicho nada Maica?*

—Aún no. ¿Quieres que nos veamos?

—*Mejor no. Voy de camino al hotel, estoy cansado del viaje y no me vendrá mal descansar.*

—Como quieras. Hasta mañana, entonces.

—*Hasta mañana, tío.*

Al terminar la llamada, me di media vuelta y me encontré a Curro, parado ante mí, con la cara desencajada y la boca y los ojos abiertos como platos.

—¡Te lo puedo explicar! —me apresuré a decir.

—¿Sabes… hablar… español? —balbuceó sin dar crédito.

—Me imagino la impresión que ha debido de darte, pero déjame que te lo explique.

—¿Lo sabe Maica? —demandó sentándose en la silla del escritorio. Yo hice lo mismo frente a él, a un lado de la cama.

—No. Tú eres el único que lo sabe. Bueno, tú y mi amigo Eloy, obviamente.

—Sabes que se va a enfadar, ¿verdad?

—No tiene por qué enterarse. Puede ser nuestro secreto —planteé.

—¿Y por qué nos has mentido?

«Vaya con el niño de las narices».

—Sé que ha estado mal —admití—, pero por muy raro que parezca, tenía un motivo.

—Mi hermana.

«Al final el rubiales va a ser más listo de lo que creía».

—Así es —reconocí—. Pasó algo cuando nos conocimos; ella me repudió y…

—No sé lo que es eso —me interrumpió.

—Digamos que habló mal de mí sin conocerme. A mí me sentó mal, una cosa llevó a la otra y...

—Y decidiste engañarnos a todos para vengarte de ella.

«Ahí me ha dado».

—Dicho así suena fatal, pero sí, supongo que sí. La cosa solo iba con ella, y al final he acabado mintiéndoos a todos.

—No quisiera estar en tu pellejo —dejó caer con gesto de advertencia.

—Créeme, a mí tampoco.

No podía pensar con claridad. El subidón por el alcohol se había esfumado, y ahora tan solo notaba la lentitud con la que mi cerebro intentaba procesarlo todo. Con los codos apoyados sobre las piernas, hundí la cabeza entre las manos. ¡Estaba perdido!

—No sabes de lo que es capaz mi hermana. Es peor que mi padre.

—¿De veras? —Empezaba a acojonarme, y Curro acercó su silla hasta mí.

«Debo darle hasta pena».

—Sí, mi padre es como un dragón, que echa fuego por la boca, pero nada más. En cambio, mi hermana…

«Es Khaleesi[4]».

—Maica tiene mucho genio —prosiguió—, aunque a diferencia de papá, ella es capaz de todo con tal de salirse con la suya.

—Creo que sé a qué te refieres —afirmé al recordar los golpes con la cuchara o el robo de mi ropa, la cual, por cierto, aún no había recuperado.

—¡Mujeres! —resopló el pequeñajo, logrando hacerme sonreír.

—¿Me guardarás el secreto, por favor?

—Solo con una condición —planteó poniéndose de pie ante mí.

—La que quieras.

«A estas alturas creo que aceptaría cualquier cosa».

—Que juegues conmigo a la consola. Mi padre nunca está, mi hermana pasa de mí y la abuela casi me rompe el mando la última vez que la dejé jugar.

Su comentario me arrancó una risotada.

—¡Trato hecho, campeón! —acordé incorporándome, como había hecho él, para sellar nuestro pacto entre hombres con un buen apretón de manos.

Sin esperarlo, había encontrado en aquella casa a mi mejor aliado. Era rubio, medía poco más de un metro y mi compañero de consola a partir de ese momento.

Capítulo 16

Mattew

Resulta curioso cómo uno logra adaptarse al lugar donde vive.

Habían pasado casi dos semanas y ya me había adaptado al modo de vida de la familia Ruiz. A su rutina diaria, a sus costumbres, a su modo de expresarse, e incluso a sus comidas, aunque Paco siguiese empeñado en vetarme la tortilla de patatas, mi favorita entre todas.

Mi idea de mentir acerca del idioma me había complicado mi estancia allí, por eso los ratos que pasaba con Curro jugando a la consola en su habitación me ayudaron a sobrellevarlo. Él era el único que conocía la verdad, y fue un alivio tener a alguien con quien poder ser yo mismo, sin necesidad de fingir ni de estar alerta todo tiempo. Aquel cuarto era como un búnker para mí, me sentía a salvo, y confieso que me lo pasaba en grande con el pequeñajo. Curro era muy listo para su edad, era divertido, un poco gamberro y, lo mejor de todo, me trataba como a un hermano. Yo lo compensaba dedicándole todo el tiempo que me era posible. Siempre me había preguntado cómo sería cuidar de un hermano o una hermana pequeña, enseñarle cosas, jugar con ellos o cuidarlos. Lo echaba de menos, como el tener a alguien de mi sangre con la que poder compartir…, no sé…, ¿mi vida, tal vez?

Por suerte, apenas tuve ocasión de reparar en ello gracias a la multitud de planes que Maica y Ainhoa habían preparado para Brittany y para mí. Con ellas, y con el resto del grupo, los días pasaron sin que apenas me diese cuenta. No paramos de hacer cosas y de visitar lugares impresionantes, como el Palacio de la Aljafería o Puerto Venecia, entre otros. La ciudad era preciosa y las chicas no descansaron hasta enseñarnos cada rincón y costumbres de Zaragoza, como el ir de cañas, hacer la ruta del *juepincho* por la zona de El Tubo, o salir de fiesta cada noche por la City, como ellos la llamaban.

Siempre me había llamado la atención lo mucho que les gusta a los españoles salir de fiesta hasta altas horas de la madrugada, y aquella noche no fue una excepción. Sin embargo, yo seguía habituado a mi rutina de París, y al día siguiente me levanté temprano, como cada día.

—*Bonjour* —saludé a Isabel al encontrármela en la cocina.

Ella era la más madrugadora de todos y, junto con Curro, la que mejor había aceptado mi presencia en la casa, pues me trataba como a uno más de la familia.

—¡Hombre! Contigo quería yo hablar. Ven aquí —me apremió con gesto serio, tirando de mi camiseta para llevarme hasta una de las sillas de la cocina y obligarme a sentarme en ella.

«¡No jodas que se ha pasado al bando de Paco!».

—¿Cómo se te ocurre hacer lo que has hecho? —me riñó.

Tuve que fingir que no entendía lo que me decía y confieso que no fue nada sencillo. Hay gestos que no necesitan idioma, y los suyos no dejaban lugar a dudas. Me pilló desprevenido. Ella, que nunca había reparado en muestras de cariño hacia mí, y que ni siquiera se cortaba a la hora de hacer comentarios por lo bajini sobre ciertas partes de mi cuerpo, —comentarios que yo fingía no escuchar ni entender—, ahora me había sentado frente a ella para echarme la bronca.

—No me pongas esa cara de no haber roto un plato, que a mí no me engañas —me regañó—. Ya puedes ir soltando por tu boca, y espero que tengas un motivo más que suficiente para justificar lo que has hecho.

A esas alturas estaba tan perdido que temía haber sido el causante de la segunda guerra mundial y no ser consciente de ello.

—*Je ne comprends pas* —acerté a decirle.

No había vuelto a comprar comida, y se me pasó por la mente que fuera ese el motivo.

—No te hagas el tonto conmigo, jovencito, que sabe más el diablo por viejo que por diablo. —Ya había dejado de señalarme con el dedo para poner los brazos en jarras—. ¿Se puede saber cuándo ibas a decirnos que sabes hablar español?

«Vale, enigma resuelto».

Solté el aire que, sin darme cuenta, llevaba un rato reteniendo, y me descubrí ante ella.

—Lo siento mucho, Isabel —me disculpé—. Nada de esto entraba en mis planes, créeme.

—Espero que no, porque no está bien ir engañando a la gente, ¿sabes?

—Tienes toda la razón. No pensé que la cosa pudiera llegar tan lejos.

—Mattew, te conozco lo suficiente para saber que eres una buena persona, lo vi en tus ojos el primer día que pusiste un pie en esta casa. Eres educado, al extremo incluso, eres correcto, amable…, por eso no logro entender por qué nos has hecho esto. Dame una buena razón, porque se puede liar una bien gorda.

Durante un buen rato nos sinceramos el uno con el otro. Ella me confesó que me había descubierto porque conocía lo suficiente a Curro para saber que escondía algo desde hacía varios días. Y yo, por mi parte, consciente de que merecía una explicación, le conté todo desde el principio, dejando de lado cierta información que no venía a cuento, claro está.

—¡Ay va con la Maica! —soltó nada más escuchar mi relato—. Pero hay algo que no comprendo —añadió tras un breve silencio—. ¿Por qué ese rechazo hacia ti?

—Por Paco, supongo —acerté a responder. Por nada del mundo le contaría lo que ocurrió en el baño del albergue.

—Claro, tiene sentido —admitió—. Aunque ya sabes cómo es mi hijo, ladra más que muerde. Y aunque no lo parezca, te puedo asegurar que, en el fondo, te aprecia.

«Muy en el fondo tiene que ser».

—¿Quién más lo sabe? —me demandó.

—Solo Curro y tú.

—Pues de momento es mejor que sea así —planteó—. No quiero ni imaginar cómo se lo van a tomar mi hijo y mi nieta. Algo se nos ocurrirá.

—En más de una ocasión he estado tentado a decírselo —admití—, pero si te digo la verdad, no he visto el momento.

—Déjame que piense cómo lo podemos hacer. A mi hijo sé cómo manejarlo, pero a mi nieta…, ella es otro cantar.

Pese a que no entendía muy bien aquella última expresión, imaginé lo que quiso decir.

—¿Crees que me perdonará? —indagué.

—Creo que si sales vivo de esta será un milagro. —Lo dijo tan seria que me acojoné—. ¡Es broma, hombre! —aclaró para mi alivio—. Tardará más que su padre —prosiguió—, pero estoy segura de que al final lo hará. Por cierto, no me eches al ver lo que te dije cuando entraste por esa puerta.

—No te preocupes por eso —sonreí al recordar sus comentarios picantes y traviesos.

—Si preocuparme, no me preocupo. Es solo que…, a mi edad…, y viuda… Hijo, compréndelo, no estoy muy acostumbrada a recibir visitas así en casa.

Tuve que reírme ante el gesto que hizo.

—Lo comprendo, y te agradezco el cumplido.

—Lástima que seas gay —murmuró.

—No soy gay —defendí.

—¿Qué? —cuestionó con asombro—. ¿Entonces por qué dijo eso mi nieta?

La lista era bien larga, como el desplante en el baño o la cobra que le hice durante el juego en el salón.

—Supongo que por el mismo motivo que lo del rechazo —mentí.

—Mi Paco —respondió por mí y yo asentí.

—¿Puedo pedirte una cosa? —le planteé confiando en que accedería a mi petición, algo que me confirmó al asentir—. Quiero ser yo quien se lo diga a Maica.

—Me parece bien. Creo que es justo lo que debes hacer.

—Gracias —susurré.

—De nada, hermoso. Ahora termínate el desayuno, que ese cuerpo hay que alimentarlo.

Ambos sonreímos.

Aquella charla me hizo pensar durante el resto del día. Debía decirle la verdad a Maica, eso lo tenía claro. Pero lo difícil fue encontrar el momento adecuado para hacerlo. Apenas lograba quedarme a solas con ella, y cuando lo conseguía, mi mente me jugaba una mala pasada, mostrándome otra clase de pensamientos que me causaban aún más temor.

Ni siquiera enfrentarme a ella me daba más miedo que el modo en que se curvaban sus labios cada vez que sonreía. O la manera en que se tocaba el pelo cuando se lo apartaba de la cara para echárselo tras los hombros. O esa forma tan peculiar que tenía de mirar, atrevida, pícara y granuja en la que me quedaba atrapado cada vez que nuestros ojos se encontraban. Su fuerza era arrolladora. Su ingenio arrebatador. Y su luz inagotable. Cualquier roce o momento que pudiera concederme lo convertía en un regalo, en un obsequio excitante que yo acogía, aun sabiendo lo que ello me provocaba.

No. No me había atrevido a hablar con ella. Y no porque no me sintiera preparado, pues en mi día a día estaba acostumbrado a lidiar con personas influyentes y empresarios de renombre capaces de hacer temblar los cimientos de cualquier edificio. Podía enfrentarme a cualquiera de ellos, como lo haría con ella llegado el momento. No era su reacción lo que temía. Sino a la mía, al tener que enfrentarme al hecho de que, si lo hacía, me arriesgaba a perder lo que había entre ambos.

Capítulo 17

Mattew

La cosa no podía ir mejor con el grupo.

Eloy seguía adelante con su relación con Ainhoa. Yo me alegraba mucho por él, pues ella era un encanto. Creí que sería un simple rollo de verano, pero lo cierto era que ambos parecían estar tomándoselo en serio. Todo lo contrario que Brittany y Pedro, que se desmadraban por cualquier cosa y se enganchaban a la menor oportunidad. Parecían sacados de una película universitaria, aunque acabamos acostumbrándonos y aprendimos a pasar de ellos.

De Julián, en cambio, no podía decir lo mismo. El muy cabrón la tenía tomada conmigo y aprovechaba la menor ocasión para retarme. Un billar, unas canastas o un mayor acercamiento a Maica le bastaban para provocar lo peor de mí. Para mi regocijo, ella lo apartaba cuando se ponía pesado, y en más de una ocasión la había escuchado pedirle algo de espacio, asegurándole que tan solo eran y serían amigos. A mí me tocaba disimular cada vez que intentaba algo con ella, fingir que estaba pendiente del resto del grupo y que no me importaba lo que hubiese entre ellos. Pero lo cierto y verdad, es que me molestaba todo cuanto hacía, y con aquella actitud…, me estaba buscando.

Ese día no fue una excepción.

Recuerdo que ya por la tarde me sentía intranquilo. El calendario del intercambio seguía su curso, en dos días nos marcharíamos, y los chicos habían organizado una cena en casa de Julián para despedirnos, aprovechando la ausencia de sus padres. Mi vida en París era muy distinta a la de ellos, yo vivía solo desde hacía varios años, aunque no era la diferencia que pudiera existir entre ambos lo que me mantenía inquieto, sino el hecho de saber que estaríamos en su territorio.

Terminé de arreglarme y salí al encuentro de Maica para irnos, cuando me encontré a Paco despidiéndose del resto de su familia en el salón. Tenía por delante un viaje de cinco días y, a su vuelta, Maica y yo ya no estaríamos en casa. La escena, que para ellos parecía ser de lo más habitual, para mí tuvo cierto grado de emotividad. No estaba acostumbrado a Paco tan cariñoso, y confieso que logró emocionarme en cierta manera. A mí apenas me dirigió unas pocas

palabras. Pensé que sería igual que la primera vez que nos vimos, que las miradas bastarían para comunicarnos. Pero no fue así.

—Confío en que sabrás cuidar de mi niña durante el tiempo que esté allí —me advirtió con entereza.

Maica, como de costumbre, tradujo sus palabras en inglés e hizo de intérprete de ambos.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que así sea —aseguré con la misma firmeza que él.

—Espero no tener que ir a por ella.

Sonreí para mis adentros sin que él pudiera verlo.

—No será necesario —reafirmé.

—Conozco el camino como la palma de mi mano —insistió.

—¡Papá! —le riñó Maica.

—¡Traduce! —le ordenó.

Ella no lo veía, pero aquella protección no era más que fruto de una sola cosa.

—Tú y toda tu familia seréis bien recibidos siempre —reafirmé con seguridad, acompañada de sincera amabilidad.

—No esperaba menos —respondió con orgullo suavizando el ceño—. Enséñale lo mejor de tu ciudad. Estoy seguro de que le gustará.

—Así lo haré.

—Cuídate, franchute —dijo por última vez, tendiéndome la mano.

—Tú también —respondí con un apretón.

Tras aquella despedida que tanto supuso para mí, Maica y yo nos marchamos para reunirnos con el grupo.

De camino quise hacer una parada para comprar un par de botellas de alcohol y helado para el postre. Maica no estuvo de acuerdo, pero aun así lo hice, pues no concebía presentarme en casa de alguien sin llevar algún detalle, aunque se tratara de la de Julián. Ella no ocultó su malestar, como yo tampoco mi intención de ignorarlo. Seguía sin entender por qué le molestaban tanto mis costumbres, como el cederle el paso, abrirle puertas o dejar que ella fuese la primera en decir lo que quería tomar en algún local. Siempre había pensado que ese tipo de gestos gustaba a las mujeres, pero estaba claro que ella no era como las demás.

El recibimiento de Julián al llegar a su casa fue tal y como esperaba. Frío conmigo y excedido con ella. Tuve que fingir que no me importaba, como también el hecho de que orquestase cómo debíamos sentarnos a la mesa. El anfitrión había escogido a conciencia hacerlo junto a Maica, y yo lo hice entre ella y mi amigo Eloy. Solo había una cosa que me agradara, y era el lugar que había escogido para reunirnos en el porche trasero, junto a la barbacoa que ya tenía encendida, y con vistas a la piscina.

La velada parecía transcurrir sin contratiempos, entre risas y las típicas bromas que ya nos

hacíamos entre nosotros, sobre todo con la cantidad de cerveza y vino que nos bebimos durante la cena. Aquello animó a la siempre ingeniosa Maica que, a altas horas de la madrugada, se le ocurrió hacernos una proposición.

—¡Juguemos a algo! —soltó de pronto.

—¿A qué? —quiso saber Ainhoa, dispuesta a todo cuanto le dijese.

El idioma que solíamos usar para comunicarnos en el grupo era el inglés, pero cuando les interesaba o en ocasiones, como aquella, usaban el español.

—Se aceptan ideas —comentó Maica alzando las cejas.

«Miedo me da».

—Mientras que no sea el de la cuchara —expuso mi fiel amigo, partiéndose de risa.

Por desgracia a mí me tocaba fingir que no me enteraba de nada, cuando de buena gana le hubiese dado un empujón que lo hubiese mandado a la piscina de cabeza. ¿Acaso no sabía que no debía darle ideas?

—Eso se me queda corto —le respondió Maica, retándome con la mirada.

«No, si al final, los tiro a los dos».

—¿Ahora quieres darle con un bote de béisbol? —se burló el muy cabrón.

—No estaría mal —bromeó ella entre carcajadas.

«A estas alturas no sé si reírme o darle un puñetazo al uno y un buen azote a la otra».

—¿Qué tal un *strip poker*[5]? —intervino Julián para llamar la atención.

«Cambio de idea. Mejor le doy la hostia al *pringao* este».

—¡Me encanta! —gritó Ainhoa.

Era la más perjudicada de todos, y sin que nadie la detuviese ya había comenzado a quitar cosas de la mesa para hacer hueco.

—Me parece una buena idea —me provocó Maica con felina mirada. Su voz sonó tan sensual que me obligué a tragar saliva.

Pedro le tradujo a Brittany la proposición, y antes de que nos diésemos cuenta, se había preparado todo y las cartas ya estaban sobre la mesa.

—Contaros cada uno las prendas que lleváis. Debemos empezar con la misma cantidad —explicó Julián.

Eran las reglas del juego y todos nos deshicimos de lo que nos sobraba hasta igualar las condiciones.

La primera en perder parte de la ropa fue la pelirroja. Según ella misma explicó, no sabía jugar, aunque todos sabíamos que aquella derrota más bien formaba parte de una clara demostración de intencionalidad. Pedro no tardó en seguir sus pasos y, al cabo de un rato, los dos estaban en ropa interior. El resto aún seguíamos vestidos y, como mucho, alguno se había

desprendido de algún que otro zapato.

En las siguientes rondas, Eloy y Maica demostraron lo mucho que sabían jugar al *Texas hold'em*. Ellos dos se bastaron para desmantelar no solo a la parejita hispano-inglesa, sino también a Ainhoa, que se tapaba con un brazo los pechos, pues ya le quedaban unas finas braguitas como única prenda.

Brittany es quien repartía y hacía de *dealer* cuando por fin me vino una buena mano. Pareja de ases. Tras el reparto, comenzó a colocar el resto de cartas sobre la mesa. La primera fue un as.

«Ya tengo trío».

La cosa pintaba bien, pero debía ser cauto para no descubrir mi juego.

Las siguientes cartas en sacar fueron dos reyes, un tres y, por último, otro as.

«¡Joder, tengo póker!».

Miré a mis contrincantes con disimulo. Que sobre la mesa hubiera dobles parejas de reyes y ases presagiaba una buena mano, y todos se retiraron al llegar su turno, excepto Maica y Julián. Ella sabía ocultar muy bien sus jugadas, aunque dadas las cartas que habían salido, di por hecho que llevaría algo interesante, como un *full*[6] o, como mucho, un póker de reyes.

Julián, por su parte, que no le había quitado ojo a Maica en toda la noche y no ocultaba las enormes ganas que le tenía, fue el primero en apostar. Contra todo pronóstico, y por primera vez en todo lo que llevamos de partida, apostó dos prendas. Su gesto fanfarrón, su sobrada arrogancia y la lujuria con la que la miró al hacerlo lograron enfurecerme.

Al llegar mi turno, y sin la menor intención de amilanarme lo más mínimo, igualé su apuesta y subí otra prenda más. Pretendía darle en las narices y, de paso, que Maica se retirase para que él no se saliese con la suya.

Ninguna mano había sido tan tensa e interesante como aquella, y el murmullo de la mesa se hizo notorio, sobre todo cuando Maica, llegado su turno, y pese a meditarlo con detenimiento durante un rato, decidió ver mi envite de tres prendas.

«¡Mierda!».

La cosa iba de mal en peor. Mi plan de evitar a toda costa que Julián se saliese con la suya se estaba yendo al traste, y Maica no estaba poniendo nada de su parte. Muy al contrario de lo que había pensado, Julián se regodeaba babeando sin quitarle ojo, sin molestarse lo más mínimo en ocultar que ya en su mente la imaginaba desnuda.

Dispuesto a conseguir su objetivo, el anfitrión, mirándome a mí en una clara intención de desafío, decidió ir a por todas y apostó una prenda más. Ya iban cuatro, las únicas que le quedaban a Maica.

Escuché resoplidos, pero no me molesté en averiguar de dónde precedían. Solo podía observar a Julián y en mi propósito de estropearle su plan. Sabía que aquella mano sería mía,

pero también que haría todo lo posible por eliminar a Maica de la partida.

—Subo a cinco prendas —advertí sin pestañear.

Según mis cálculos, eran las últimas que nos quedaban a él y a mí y, por tanto, el tope del juego. Tan solo podía echarse atrás o igualarme.

—¿Estás seguro de lo que haces? —me susurró Eloy en francés.

—Ese mamón no va a verla desnuda —gruñí entre dientes.

—Entonces, ¡a por él, tigre! —me animó dándome una palmada en la espalda.

Por fortuna, Maica reaccionó y se retiró del juego.

Cogí mi cubata y bebí para ahogar en él el suspiro que dejé salir de mis pulmones.

Julián, pese a que a esas alturas sabía que no conseguiría desnudarla, se negó a ceder. Parecía obsesionado en demostrar su hombría, sobre todo ante Maica, y sin pensárselo dos veces, igualó mi apuesta. Con una sobrada sonrisa y un claro y engreído gesto de prepotencia, mostró sus cartas sobre la mesa, dejando ver que llevaba un póker de reyes.

—Empieza a desnudarte, *franchute* —soltó en español, con tanto desprecio que hasta Eloy decidió intervenir.

—Tío, no te pases.

—Él ha sido quien se ha empeñado en demostrarnos su *hombría.* ¿A qué esperas, parisino? ¿Qué pasa, la tienes tan pequeña que te da vergüenza enseñárnosla? ¿O es que no tienes lo que hay que tener?

—¡Eres un imbécil! —masculló Maica, saliendo en mi defensa. Era la primera vez que lo hacía delante del grupo, y reconozco que me gustó.

—¡Venga, enseña tu polla…, digo, tus cartas! —insistió Julián, pasando por alto la intervención de ambos.

—¡No sabía que eras tan gilipollas, Julián! ¡Ojalá lleve algo más que tú!

—No te pongas así, Maica. Es por el alcohol —lo excusó Pedro. Él era el único que parecía estar de su lado.

—¡Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, ¿recuerdas?! —defendió Maica molesta.

—¡¡¡¿Por qué lo defiendes?!!! —gritó Julián al ver que ella se había cabreado por protegerme a mí.

—¡¡¡Al menos él sabe comportarse, no como tú!!! —justificó ella fuera de sí.

Deseaba con todas mis fuerzas intervenir, pero hablaban en español y mi farsa me lo impedía.

—¡Eh, tíos, haya paz! —intentó mediar Pedro.

No tuvo mucho éxito, porque Julián no tardó en arremeter contra mí.

—¡Venga, *franchute*, quiero ver cómo te quedas en pelotas delante de todos! —me desafió de nuevo.

Apenas podía controlar mi pulso, y aún menos la fuerza con la que apretaba el puño bajo la mesa.

—¡Te estás pasando, tío! —le soltó Ainhoa. Sin darse cuenta, había movido el brazo, dejando sus pechos al descubierto.

Eloy, harto de la escena y dispuesto a que su chica no enseñase más de lo debido, le entregó su ropa para que se vistiera.

—¡Venga, ya! —ladró Julián—. ¡Sois todos unos falsos! ¿Me vais a decir ahora que este tío os cae bien?

—¡¡Pues sí!! ¡¡Y en este momento está demostrando que tiene mucha más clase que tú!! —le volvió a gritar Maica.

—¡No me puedo creer que os haya engañado a todos con su… perfección! —balbuceó haciendo gestos con las manos—. ¡Estoy seguro de que detrás de esa fachada oculta algo!

—¡Basta, Julián!

—*What happen*? —preguntó Brittany. Ella, al igual que Pedro, comenzó también a vestirse.

—La cena ha terminado —sentenció Maica dispuesta a levantarse de la silla.

Pero Julián no parecía dispuesto a dar por finalizada la velada y, adelantándose a su movimiento, la agarró del brazo con fuerza para impedírselo.

—¡¿Qué haces?! ¡Suéltame! —gritó intentando zafarse de él.

—¡¡¡De aquí no se mueve nadie hasta que veamos quién de los dos ha ganado!!! —bramó fuera de sí, incorporándose para así ejercer presión sobre su hombro, forzándola a permanecer sentada.

—Tío, ¡suéltala! —lo increpó Ainhoa.

Pero Julián no lo hizo. Estaba fuera de control, y siguió allí, impidiendo que Maica se moviera, con la mirada llena de rabia.

—Eh, tío, suéltala, venga —se unió Pedro.

—¡No hasta que el *gabacho* haga lo que le estoy diciendo! —amenazó mirándome a mí.

—¡Julián, suéltame! —le suplicó Maica.

El tono de su voz hizo que sobrepasara el límite al que me había sometido durante toda la escena, y me levanté dispuesto a enfrentarme a él, aun a riesgo de tirar por la borda años de extrema educación que había recibido por parte de mi familia.

—¿Crees que me vas a asustar por ponerte de pie o porque seas más alto que yo? Tíos como tú me los meriendo cada vez que quiera —me retó.

Ninguno se atrevía a enfrentarse a él por su estado de ira.

—¡Suéltame! —volvió a gritar Maica.

—¡De aquí no se mueve nadie hasta el *guiri* este enseñe sus cartas!

—¡¡¡Me haces daño!!! —insistió.

—¡¡¡Te ha dicho que la sueltes!!! —ladré justo antes de propinarle un puñetazo con todas mis fuerzas, liberando la rabia que me había obligado a contener desde hacía un buen rato.

Lo vi caer al suelo y, sin pensármelo dos veces, agarré a Maica por la muñeca para levantarla y arroparla bajo mi brazo. Ni siquiera reparé en que me había desenmascarado de la peor forma posible. Lo único en lo que podía pensar era en el modo tan despreciable en que él la había tratado. Y, percatándome de que aún llevaba las dos cartas en la mano, se las lancé furioso.

—¡¡¡Póker de ases, mamón!!!

Capítulo 18

Mattew había desvelado abiertamente su secreto solo por defenderme, y eso me dejó sin aliento. Las piernas me temblaban y el corazón me latía desenfrenado. Ya no sabía si por lo que había hecho o por estar entre sus brazos. Fuera por lo que fuese, no quería que lo notase, y me separé de él sin tan siquiera darle las gracias.

Como era de esperar, mi gesto lo desconcertó.

—Marchaos vosotros, yo me quedo con él —nos indicó Pedro, agachándose para recoger a nuestro amigo del suelo.

Sin embargo, Julián seguía empeñado en comportarse como un auténtico idiota y rehusó su ofrecimiento apartándole el brazo. Había cumplido con su objetivo: quería una fiesta de despedida, y la había tenido.

—¿Estarás bien? —le pregunté a Pedro para asegurarme.

—No será la mejor noche de mi vida, pero sí.

Con una amarga sensación nos despedimos de ambos.

Al salir de la casa de Julián, mi cabeza era un torbellino de pensamientos, imágenes y entremezclados sentimientos que no sabía muy bien cómo encajar.

—¿Te duele? —escuché a Eloy preguntarle a Mattew. Los dos iban unos pasos por delante de nosotras tres.

—No mucho. Aunque necesitaré algo frío para que no se hinche —respondió aquel mirándose la mano, mientras la abría y cerraba de forma repetida para comprobar el daño.

—Le has *dao* con ganas.

—Las mismas que le tenía —aseguró Mattew.

En respuesta, Eloy le dio una palmada en la espalda como muestra de su incondicional apoyo.

La escena, aunque sencilla, me pareció tan bonita, que me pellizcó el corazón. Necesitaba tiempo para procesar todo lo que había ocurrido y, sin entretenerme más de lo debido, me despedí de las chicas y de Eloy antes de subirme en el coche, seguida de Mattew.

Arranqué el motor y con él se activó la radio. Por los altavoces sonaba *I will always love you*[7], de Whitney Houston. La canción me parecía tan antigua, que no tardé en cambiar de

emisora, como lo hice de marcha.

—Déjala, me gusta —me pidió Mattew.

—¡Estás de coña!

—No, no lo estoy —aseguró—. ¿Tan extraño te resulta?

—Lo cierto es que no —admití tras meditarlo un segundo y volver a poner la canción—. Es tan… tú.

—En este momento, sí —susurró con la vista perdida a través del cristal.

Intrigada por sus palabras, guardé silencio para prestar atención a la letra. Conocía la canción de *El guardaespaldas,* una película preciosa de Kevin Costner. Al principio, me costó separar las imágenes de los protagonistas, pero finalmente logré centrarme y pude traducir la letra de camino a casa. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que en verdad decía la canción. Se trataba de una promesa de amor eterno, y de un triste adiós, según la estrofa, por no ser la persona que necesitaba en su vida. Tuve claro en cuál se veía reflejado Mattew.

Una vez en casa, entramos a hurtadillas a la cocina, donde lo invité a sentarse. Había escuchado su conversación con Eloy y saqué del congelador una bolsa de guisantes. Con cuidado de no hacer ruido, saqué una silla de debajo de la mesa y la coloqué frente a la suya.

—Dame la mano —le pedí en un hilo de voz.

Obedeciendo mis palabras, Mattew se acercó un poco más a mí para ofrecerme su perfecta y varonil mano por encima de la mesa. Incluso magullada, su tacto era suave y firme al mismo tiempo.

En un abrumador silencio, trasteé durante un rato con la bolsa congelada para amoldarla sobre la herida. Nunca antes lo había hecho, pero no acertaba con ella por el modo en que él me observaba. Podía sentir la fuerza con la que sus ojos se clavaban en los míos, que yo evitaba para no tener que enfrentarme a lo que mi mente no dejaba de susurrarme. Aquello era nuevo para mí, no sabía lo que me estaba ocurriendo, solo que mi interior se removía inquieto sin que yo pudiese controlarlo.

—¿Qué has querido decir en el coche? —le pregunté sin atreverme a mirarlo.

—Todo… y nada.

Pese a no haber bebido demasiado aquella noche, no conseguí averiguar qué quiso decir. Necesitaba que fuese más concreto y resoplé molesta.

—¿Acaso no lo sabes? —demandó sin dejar de mirarme.

«Lo intuyo, pero no es suficiente».

Seguía sin poder levantar la vista de su mano. Demasiadas incógnitas sin respuesta. Y demasiados enfrentamientos que tenía que batallar conmigo misma, por lo que empezaba a descubrir.

—Sé que tienes muchas cosas que explicarme, y no estaría mal que empezaras por esta —

advertí.

De nuevo el silencio se interpuso entre ambos. Hasta que, al cabo de un rato, me atreví a romperlo, dispuesta a averiguar la verdad.

—¿Piensas que no soy lo que necesitas?

—Maica, es justo al revés.

Su respuesta consiguió que alzase la cabeza para mirarlo. Y por primera vez vi en su mirada algo que no había visto antes en él. Había dolor, y aquello me estremeció. Sabía a qué se refería y no quise rebatirle. Esa vez no. Por mucho que me pesara, estaba en lo cierto. Vivíamos demasiado lejos el uno del otro, y era un completo error comenzar algo que, de seguro, no acabaría bien para ninguno de los dos.

Una fuerte punzada me presionó el pecho, y bajé la vista de nuevo hacia su mano para evitar mirarlo.

—No te veo muy sorprendida con lo que has descubierto esta noche —dejó caer tras otro breve silencio.

Sabía que tarde o temprano sacaría el tema. Lo que había hecho por mí en casa de Julián me había calado hondo, y por un momento medité mi respuesta. Pero mi deseo de acabar con aquel maldito juego que ambos nos llevábamos entre manos era aún mucho más fuerte, y decidí finalmente decirle la verdad.

—Ya lo sabía —confesé.

—¡¿Cómo?!

—Baja la voz —le pedí tras un siseo.

—Disculpa. ¿Lo sabías? —El dolor había dejado paso a la sorpresa más absoluta.

—Tan solo era cuestión de tiempo que lo sacaras a la luz.

—¿Desde cuándo? —me interpeló.

—Desde la noche que pasamos en el albergue.

—¿Lo has sabido todo este tiempo y no has dicho nada? ¡Joder! —Su tono había cambiado a enojo, y aquello me molestó.

—Fuiste tú quien decidió empezar este maldito juego —me defendí—. Y lo justo era que tú le pusieses fin.

—Ahora lo entiendo todo —murmuró—. Por eso Curro y tu abuela me advirtieron.

—¿Perdona? ¿De qué estás hablando? —Ahora era yo la sorprendida, la dolida, la enojada, y la que alzaba un poco la voz.

—Tu hermano me pilló y fue cuestión de tiempo que tu abuela lo hiciera también. No sabían cómo te lo ibas a tomar, y me advirtieron que me preparara para todo. Eres una mujer de armas tomar, y no es aconsejable jugar contigo.

—No, no lo es —aseguré dejando que el orgullo superara a mi enfado—. ¿Y cómo se lo han

tomado? —indagué.

—Mejor de lo que me esperaba, aunque no me libré de la regañina de tu abuela—. Dejó escapar una sonrisa, y yo me uní a él.

—*Made in* mi abuela —bromeé.

—*Made in* familia Ruíz —rebatió divertido.

Por encima de la curva de sus labios vi algo en su mirada que logró asustarme, y volví a centrarme en la puñetera bolsa de guisantes.

—¿Por qué me rehúyes? —susurró.

—Tus ojos —respondí sin pensar.

—Son el reflejo de lo que siento.

—Eso no es del todo cierto —defendí. Yo misma había escucha cómo le habló de mí a Eloy, y a esas alturas ya no sabía qué pensar.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, olvídalo. Por cierto, no le digas a mi familia que lo sé. Quiero hacerlo yo a mi regreso de París.

—¿Por qué? —demandó extrañado.

—Es tarde —anuncié levantándome de la silla.

—¿A dónde vas? Aún tenemos mucho de qué hablar.

—Buenas noches, Mattew.

—¡Espera! —me imploró agarrándome del brazo cuando pasé por su lado para impedir que me marchara.

Recordando el momento vivido en casa de Julián, miré con desdén hacia su mano. Él se percató de lo que había hecho y me soltó con un escueto «Lo siento», justo antes de verme desaparecer por el pasillo.

Ya en mi dormitorio me permití pensar en todo lo que había ocurrido esa noche. Conciliar el sueño era un imposible con un sinfín de imágenes y frases que no dejaban de rondarme en la memoria. Era como ver una película en bucle que no tenía fin, y de la que nunca llegaba a conocer los subtítulos.

Entre todas las cuestiones que me rondaban por la mente había una que me martilleaba sin cesar. ¿Qué había querido decir exactamente con eso de que no era bueno para mí? Nuestras respectivas vidas estaban a miles de kilómetros de distancia, pero había mucho más entre ambos, un planeta quizá, pues parecíamos de mundos distintos. Y no porque fuese cuatro años mayor que yo, sino porque él era como de otra casta, de otro linaje al que yo nunca llegaría. Su extremada educación, su actitud tan correcta y su capacidad para el detalle dificultaban mi plan de venganza que tenía contra él. Por eso los últimos días que habíamos pasado juntos me había limitado a hacer aspavientos o simplemente a poner mala cara. Él no era como los chicos o la

gente de mi alrededor que yo conocía. ¡Joder, si hasta se levantaba de la silla cada vez que yo iba a tomar asiento para hacerlo después de mí! Su galantería era visible incluso con su modo de vestir, por no hablar de su modo de caminar, mostrando con cada paso la elegancia y la seguridad que sentía en sí mismo.

Definitivamente, tenía razón. No podía haber nada entre nosotros. Éramos tan distintos que, irremediablemente, uno de los dos saldría herido. Él era el día, y yo la noche, y solo un eclipse nos hubiera permitido estar juntos, lo cual ocurría cada muy poco tiempo y no era viable de ninguna de las maneras.

El mero hecho de plantearme aquella remota posibilidad me molestaba aún más si cabe. Yo no era así, nunca lo había sido, y debía acabar con aquella situación lo antes posible.

«Debo mantener las distancias», me dije a mí misma, como un mantra con el que autoconvencerme de que aquella era la mejor opción para mí, y para ambos. Por el bien de todos, debía llevar lo mejor que pudiera los días que nos quedaban de estar juntos. Y después, simplemente…, me olvidaría de él.

Capítulo 19

El sábado por la noche era la inauguración de la discoteca del amigo de Pedro. Zipi era a la que más ilusión le hacía acudir, pese a que ahora está con Eloy. A mí, en cambio, la temática casamentera no me convencía, pero necesitaba más que nunca una buena fiesta con la que pasármelo bien.

Al vestirme para la ocasión, supe enseguida el vestido que escogería. Era uno blanco, corto, con falda de vuelo sobre otra de tul, de escote palabra de honor y espalda descubierta. El toque que más me gustaba, además del cinturón negro ancho, era el adorno de encaje, también negro, que llevaba superpuesto a un lado de la falda y que ascendía hasta la parte de arriba, cubriendo un pecho y haciendo de tirante. Me había estirado el pelo, y el resultado sorprendió incluso a mi familia.

—¡Ay, mi niña, pero qué guapa! —soltó mi abuela nada más verme aparecer en el salón.

A su lado estaban Curro y un taciturno Mattew.

Desde nuestro último encuentro en la cocina apenas nos habíamos cruzado un par de frases. Ambos nos sentíamos molestos por todo lo ocurrido y lo lejos que nos había llevado nuestro particular juego. Pero esa noche necesitaba divertirme y escogí pasar de él.

—¡Guau, Maica, nunca te había visto así! —celebró mi hermano.

—Yo tampoco, enano —confesé echando un vistazo a mis tacones negros de diez centímetros.

Mattew, como era de esperar, impecablemente vestido, con un vaquero y una camisa entallada, ambos de color negro, guardó silencio escudriñándome con la mirada. Todos esperábamos que hiciera algún comentario sobre mi vestido, pero para sorpresa de los tres se levantó de malas formas del sillón.

—*Au revoir!* —soltó al pasar por nuestro lado de mala gana.

—¿Qué significa *ojguá*? —me demandó Curro.

—Ha dicho «adiós» —le expliqué. A esas alturas había aprendido las cosas básicas del idioma vecino.

—¿Y qué le pasa? Con nosotros es simpático, ¿a que sí, abuela?

Era mejor no entrar al trapo y me despedí de ellos para evitar responder preguntas embarazosas.

Con el deseo de mi abuela de pasárnoslo bien, Mattew y yo nos dirigimos hacia la discoteca. Ni siquiera durante el trayecto me dirigió la palabra, y lo hicimos en un absoluto e incómodo silencio.

Ya en la puerta nos encontramos con Pedro. El resto aún no habían llegado y quise saber cómo había pasado la noche y cómo estaba Julián. Mi última pregunta molestó a Mattew, pero hice caso omiso y centré mi atención en escuchar a mi amigo. Según nos contó, Julián se sentía avergonzado y muy arrepentido por lo que había hecho, y prefirió no acudir a la fiesta. Conociéndolo, y entendiendo la situación que había vivido, le aseguré que por mi parte estaba perdonado. Sabía que solo era cuestión de tiempo que todo volviese a la normalidad, y así se lo hice saber.

Nada más acabar mi última frase, un enorme rayo nos iluminó.

—Decidme que no va a llover —les pedí a ambos pensando en mi nuevo vestido blanco.

—No va a llover —repitió Pedro guasón, ganándose un codazo de mi parte.

El gesto disgustó de nuevo a Mattew.

«Si ya es un poco soso de por sí, hoy está que se sale».

Cuando las chicas y Eloy aparecieron, los seis nos adentramos a la discoteca. Una vez en el hall, y aprovechando que Ainhoa y yo estábamos al final de la enorme cola tras el resto del grupo, quise ponerla al corriente de lo que me había pasado con Mattew.

—Zape, tú dirás lo que quieras, pero lo de anoche fue una auténtica demostración de amor —me soltó nada más terminar de contarle.

—Yo no lo tengo tan claro —defendí.

—¿No lo ves o no quieres verlo?

—Es mucho más complicado que eso.

—Pues yo lo veo muy sencillo: le gustas, te gusta…, cepíllatelo.

—Siempre pensando en lo mismo —resoplé.

—Por supuesto, y mucho más hoy, que es mi última noche en España. Pienso quemar el colchón del hotel.

—Lo tuyo con Eloy es distinto. Pero entre Mattew y yo no va a haber nada, Zipi.

—¿Desde cuándo el sexo ha dejado de ser solo eso? ¡Espera un momento! —soltó cogiéndome del brazo. ¡Qué manía les había dado a todos últimamente por cogerme, oye!—. ¡Ya sé lo que te pasa! —celebró como si hubiese descubierto la cura contra el cáncer.

—No sé de qué me hablas.

—¡Maica Ruíz, te has enamorado!

—¡No digas tonterías! —farfullé.

—Haz caso a la voz de la experiencia. Estás enamorada del francés.

—Pero si me está volviendo loca; ni come ni deja comer —me quejé.

—Síntoma inequívoco —aseguró.

—Igual demuestra interés por mí que me desprecia —añadí.

—Vamos sumando.

—Unas veces es detallista y otras un ogro —defendí.

—Suma y sigue.

—Me ha mentido, se ha burlado de mí, me ha empotrado…

—¡¿Quieres pulsar ya la tecla del igual?! ¿Acaso no conoces el resultado?

—¡Ay, Dios! —dejé salir llevándome las manos a la boca al darme cuenta de lo que estaba pasando—. ¿Qué voy a hacer ahora? ¡Joder!

—Eso mismo es lo que debes hacer: joder un poco, que buena falta te hace —bromeó partiéndose de risa.

Pero yo no pude reírme con ella. Ni siquiera logré curvar mis labios. Estaba aterrada, y la única idea brillante que tuve fue buscar a Mattew con la mirada. Lo había perdido de vista con tanta charla, y lo encontré a unos metros de distancia. Como si supiera que lo observaba, se giró hacia nosotras y nuestros ojos se encontraron. En contra de cuanto esperaba, mi cuerpo reaccionó al instante. Después de tantos días a su lado, de conocer el hombre que era en realidad, compartiendo con él innumerables momentos, charlas, risas, y encuentros íntimos que guardaría por siempre en la memoria, noté una fuente de calor que invadió cada rincón de mi interior. Era como si algo dentro de mí ardiera, como si algo me quemase sin que yo pudiese hacer nada para evitarlo. El corazón me bombeaba con fuerza, podía sentirlo golpear contra de mi pecho. Impaciente. Aterrado por lo que acababa de descubrir, y por el temor a perderlo.

«Así que era esto».

Nada de cuanto había defendido y dicho con respecto a los sentimientos tenía sentido ahora. En contra de la física y de cualquier ciencia en la que creyera hasta ese instante, dejé de oír el bullicio que nos rodeaba para envolverme en un extraño y seductor silencio en el que solo estaba él. En el que solo me importaba él, y en el que yo sentía que era única y exclusivamente suya.

—Zape…, Zape… ¡Maica!

—¿Qué? —dije al darme cuenta de que Ainhoa intentaba hablarme.

—¿Piensas quedarte aquí toda la noche o podemos seguir avanzando? Tía, pareces un árbol ahí plantada.

—Sí, claro…, vamos —respondí retomando el paso para unirme a ella y al resto en la fila.

Tal y como nos había contado Pedro, la inauguración se basaba en la Fiesta del Candado, título que aparecía en el enorme cartel enrollable que había a la entrada del salón. En él aparecía una imagen con dos collares de cordón de cuero redondo, cada uno de ellos con un colgante en

color plata: uno con un candado y otro con una llave. Dos porteros fueron los encargados de recoger las invitaciones y de ir entregándonos a cada chica un collar con el candado, y a cada chico uno con la llave.

Una vez dentro, Pedro nos reunió para explicarnos qué debíamos hacer con ellos. Cada chico debía ir probando su llave hasta abrir su candado pertinente que, en teoría, era su pareja asignada al azar. Cuando acabó de traducirle a la Cherry, divertidos, todos nos dispusimos a colocarnos los collares. El cordón era demasiado corto para poder meterlo directamente por la cabeza, y tuvimos que abrir el corchete del cierre. La tarea era sencilla, pero el pelo suelo me entorpeció la labor y retrasé más que el resto.

—¿Me permites? —se ofreció Mattew, colocándose a mi lado.

«El detallista de siempre».

—Sí, por favor —respondí, harta de engancharme el pelo en el maldito cierre.

Mattew me cogió el collar de las manos y yo me giré de espaldas a él. Su cercanía me puso nerviosa y, temblorosa, me recogí el pelo, despejando mi hasta entonces oculta nuca. Con delicadeza, pero sin rozarme lo más mínimo, me colocó el collar y, para mi asombro, se alejó sin decir nada.

—¿A dónde va? —le pregunté a Ainhoa.

—Dale un poco de tiempo —me respondió Eloy, que estaba a su lado y consiguió oírme—. Aún tiene que asumir ciertos… hechos.

—No fui yo la que hizo una apuesta —defendí, sabiendo a qué se refería.

—Aunque sí la artífice de otras cosas. Pero, tranquila, no es contigo con quien está enfadado. Primero debe perdonarse a sí mismo.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago. El corazón se me encogió, y por primera vez en mucho tiempo, me sentí culpable y tremendamente triste.

La música que sonaba de fondo era del estilo que a Ainhoa y a mí nos gustaba, pero ni siquiera aquella consiguió animarme. Mi ánimo no estaba para mover el esqueleto en el centro de la pista, sino para desquitarme con algo o con alguien.

—¡Bueno, chicos —nos animó Pedro—, hora de encontrar a nuestra media naranja!

—¡Yo ya la tengo! —aseguró Eloy jocoso, cogiendo a Ainhoa por la cintura y plantándole un señor beso.

Tal vez suene egoísta por mi parte, pero confieso que la imagen de ellos dos me molestó un poco, aunque en el fondo me alegraba mucho por ella.

—¡Pero esto es una fiesta! —defendió Pedro animado—. ¿No te pica la curiosidad de saber quién te ha tocado?

—¡A mí sí! —aseguró Zipi.

—¿Perdona? —la increpó el madrileño.

—Cariño, si yo soy tuya, ya lo sabes.

«¿Le ha llamado cariño? ¡Joder, he estado tan pendiente de lo mío con Mattew que no he sido consciente hasta ahora de que estos dos van en serio! ¡Esta noche me gano el trofeo a la culpabilidad! ¿No querías café? Toma tres tazas, Maica».

—Voy a tener que darte tu merecido antes de irte a Londres —la advirtió Eloy.

—¿Es una amenaza? —cuestionó ella coqueta.

—Más bien una promesa —aseguró él, poniéndole ojitos y volviendo a besarla.

«¡Se acabó! Los tortolitos me están poniendo negra».

Al igual que minutos antes había hecho Mattew, me di media vuelta y me largué sin decir ni media palabra. Necesitaba un trago, o más de uno, porque solo así digeriría todo lo que me estaba pasando.

***

Apoyada con la espalda en la barra, y con mi segunda copa en la mano, observé a la gente que había a mi alrededor. Debía reconocer que la idea de los organizadores había sido buena y, al parecer, muy bien acogida por todo el mundo. Los chicos probaban sin descanso sus respectivas llaves, y las chicas los recibían encantadas. Incluso habían acertado con la longitud del cordón que, al ser tan corto, invitaba a acercarse… más de lo normal. Pese a todo, mi ánimo no estaba siendo el mejor para una fiesta así, y de forma seca y cortante, atendí a cada uno de los chicos que se me fueron acercando. Ninguno llevaba la llave de mi candado, y eso me permitió deshacerme de todos ellos sin necesidad de ofrecerles una charla que no me apetecía concederles.

Zipi no tardó en acompañarme y en ponerme al tanto. Había estado muy ocupada *ofreciendo* su candado, tras comprobar que ni la llave de Eloy ni la de Pedro habían conseguido abrirlo. La inglesita, según me contó, había tenido la misma suerte.

—Tendrías que haber visto la cara que ha puesto la Cherry. ¡Casi le da un soponcio! —bromeó entre risas.

—¿Y qué esperaba? ¿Que entre todas las llaves fuese la de Pedro la que abriera su candado? Esto es como buscar una aguja en un pajar.

Ella me reconocía que estaba en lo cierto cuando Violeta, Úrsula y Ángeles, tres de las pocas compañeras con las que teníamos trato en la facultad, nos saludaron.

—¿Habéis encontrado vuestra llave? —nos preguntó Violeta picarona.

—Aún no —respondió Zipi—. ¿Y vosotras?

—Yo sí —comentó Ángeles—. Pero como si no lo hubiese hecho.

—¿Y eso? —demandé intrigada.

—Porque no le ha gustado —intervino Úrsula—. Era un pesado.

«No sabes cómo te comprendo».

—Ya hay que tener suerte para que te toque un *buen ejemplar*, que por ahí hay alguno que

otro suelto —defendió Ángeles.

—Pues yo no pienso ir detrás de ninguno, como hacen otras —aseguró Violenta, señalando con el mentón hacia un grupo de chicas que rodeaban a… ¡Mattew!

«¡Joder, este tío es como la *San Miguel*: donde va triunfa!».

Al instante sentí que la sangre se me transformaba en lava. Era como un termostato a punto de estallar, pero aun así no dije nada. Tan solo me limité a observar cómo las chicas babeaban a su alrededor, esperando que su llave abriese cualquiera de sus respectivos candados.

—Es Mattew —aclaró Ainhoa—. Es un *amigo* de Maica —añadió enfatizando la palabra que hacía alusión a la relación que me unía a él.

—¿En serio? —preguntó de forma retórica Ángeles, con la mandíbula desencajada.

«Sujétala o acabarás golpeándola contra el suelo».

Aunque en el fondo no podía culparla. Era plenamente consciente del efecto que Mattew causaba en las mujeres, y el ejemplo saltaba a la vista.

—¡Qué callado te lo tenías, tía! —me soltó Violeta, dándome un leve codazo en el brazo.

«Voy a tener que asegurármelos, que a todo el mundo le ha dado por tocármelos últimamente».

Incapaz de responderle, tan solo logré regalarle una forzada sonrisa. No podía dejar de observar la escena de las leonas intentando cazar al león en un claro intento de apareamiento, mientras en mi mente me las imaginaba estrangulándose con el maldito collar de cuero. Mattew, por su parte, agasajado y con un halo de brillo digno del mejor diamante de una selecta joyería, se dejaba hacer, y les sonreía mientras se acercaba una a una para probar la puñetera llave.

«¡Ya no me parece tan buena idea lo del tamaño del cordón; podrían haberlo hecho de un metro de largo!».

Como si supiera que lo observábamos, don Perfecto, ahora bautizado como alias *Cerrajero*, se giró hacia nosotras y clavó sus ojos en mí.

«Encima recochineo».

Estaba tan furiosa que me negué a ocultar lo que sentía, y se lo hice saber fulminándolo con la mirada. El instante me recordó a la primera vez que nos vimos en el albergue, pero con una enorme salvedad: ahora estaba mucho más cabreada y furiosa.

De pronto, y para sorpresa de todas, Mattew se despidió del séquito de voraces leonas y se encaminó hacia nosotras. El corazón me latía con tanta fuerza, que me retumba incluso más que los altavoces de la discoteca.

—Señoritas —saludó cuando llegó a nuestro lado, con una sonrisa capaz de iluminar toda Zaragoza—. ¿Me permiten probar a abrir sus candados?

«¡¡¿Piensa abrirlos todos el *Cerrajero* de las narices?!!».

Como era de esperar, las chicas aceptaron encantadas y no tardaron en ladear la cabeza cada

vez que Mattew se inclinaba hacia ellas para probar su llave. Incluso Ángeles, que a sabiendas de que no lo iba a abrir, insistió en probar suerte.

Recuerdo que golpeaba el suelo con el pie de lo nerviosa que estaba. Eso, y rezar para mis adentros a todos los santos, vírgenes y demás familia para que su llave no abriese ninguno, excepto el mío.

Por suerte, mis plegarias fueron escuchadas y ninguno de los tres candados se abrió. Había llegado mi turno, pero el muy sinvergüenza quiso alargarlo más repitiendo con Zipi.

«Si ya lo ha probado. ¿A qué juega?».

Ainhoa, sabiendo que aquello no era más que una forma para provocarme, aguardó hasta que Mattew se acercara para ladrarle junto al oído. Él se asustó, pero su hazaña logró que ambos acabasen partiéndose de risa ante mis narices. En cualquier otra circunstancia me hubiese reído con ellos, pero en aquel momento no estaba para muchos farolillos.

Cuando por fin llegó mi turno, el corazón por poco no se me sale del pecho. Tenía hasta la lengua seca y el vientre encogido haciendo abdominales por cuenta y voluntad propias. Sobre todo, por la forma en que se acercó a mí. El muy canalla quiso torturarme, tomándose su tiempo para hacerlo, mientras clavaba su mirada de aquel modo que solo él sabía hacer. Me sentía inquieta, impaciente y muerta de miedo. Ni siquiera me planteé el hecho de que su llave no abriese mi candado, porque lo único en lo que podía pensar era en cómo su olor era capaz de penetrarme hasta anularme el cerebro. Pero lo único que anuló fue mi esperanza porque, de nuevo, retomando viejas costumbres, volvió a hacerme la cobra, justo antes de despedirse de las chicas y desaparecer entre la multitud.

«¡¡¡Me cago en la condenada fiesta, en Napoleón y en *La Marsellesa*!!!».

Capítulo 20

Por suerte, las chicas omitieron hacer comentario alguno por lo que acababa de pasar, y se despidieron para seguir con la marcha a otra parte. Ainhoa, en cambio, que me conocía como nadie y sabía que en aquel momento era un volcán en erupción, se quedó a mi lado acariciándome el brazo como muestra de su apoyo.

—¡¡¡Lo odio!!! —bramé con necesidad de soltar toda la rabia que me consumía por dentro.

—Lo sé —admitió ella.

—¡¡¡Odio su prepotencia, su falsa galantería y sus malditos juegos!!!

—Lo sé.

—¿Por qué me hace esto, tía?

—Ya lo sabes; le gustas demasiado.

—¡Basta, Zipi! —la reñí molesta—. ¡Estoy harta de oírte decir eso! ¡No le gusto! ¡Me detesta! ¿Acaso no has visto el desplante que me ha hecho?

—Claro que lo he visto; por eso mismo lo digo.

—Ah, ¿sí? ¿Por eso Eloy te lo hace pasar mal a ti? ¡Venga, tía, no me jodas! Si se supone que siente algo por mí, ¿por qué no es más sencillo? ¿Por qué no es tan fácil como lo vuestro? ¡Se acabó, no puedo más! ¡Me largo, paso de aguantar más tonterías! —mascullé dejando mi copa sobre la barra—. ¡Y hazme un puñetero favor —añadí volviéndome de nuevo hacia ella—: no vuelvas a decirme que le gusto; deja de creer en fantasías y abre los ojos al mundo real! —rematé arrancándome el maldito collar de un fuerte tirón y lanzándolo al suelo de mala gana, justo antes de dirigirme hacia la calle para alejarme lo más posible de allí.

Inmersa en mis pensamientos, no me percaté de que fuera llovía a cántaros, y me empapé nada más poner un pie en la acera. La intensa lluvia caía sobre mí, mojándome por completo en apenas unos segundos.

«¡Conque no iba a llover!».

Con el vestido calado y totalmente pegado al cuerpo, anduve hacia el aparcamiento, donde apenas una hora antes había dejado el coche. Las grandes gotas, al estamparse contra los enormes charcos que se habían creado en el suelo, formaban unas perfectas burbujas, cuya

sincronía interrumpía con el chapoteo de mis zapatos con cada paso que daba. El agua caía con fuerza sobre mi cabeza y apenas veía con claridad. El parking, aunque exterior, estaba muy oscuro, tan solo iluminado por una pequeña farola cegada por la densa agua que caía. Me apresuré en sacar la llave del pequeño bolso cruzado que llevaba para presionar el botón y guiarme con los intermitentes que me llevaran hasta el coche. Iba a mojar la tapicería, pero aquel detalle carecía de importancia, cuando lo único que quería era alejarme lo más posible de allí.

Una vez dentro, y al arrancar, la puerta del copiloto se abrió.

—¡Me has asustado! —lo increpé con el corazón desbocado. Mattew estaba tan empapado como yo.

—¿Pensabas irte sin mí?

—Desgraciadamente, no veo la forma de librarme de ti —murmuré enfadada, conduciendo para salir de allí.

«Por su mutismo, deduzco que mi respuesta le ha debido doler. ¡Que se joda!».

Ambos permanecimos en silencio durante buena parte del trayecto. Tan solo se escuchan el sonido del motor y el de los limpiaparabrisas recorriendo de un lado a otro el cristal delantero del coche. Ni siquiera la música de la radio sonaba; la tormenta debía haber afectado a la antena, o puede que se debiera a que tenía el volumen demasiado bajo. ¡A quién le importaba! Lo único que quería era llegar a casa cuanto antes, ponerme algo seco y regocijarme una vez más entre las sábanas de mi cama.

—¿Es eso lo que quieres? —me demandó al cabo de un rato.

No respondí. No estaba preparada, ni tampoco quería hacerlo.

—Maica, háblame —insistió.

La lluvia era cada vez más intensa y tuve que disminuir la marcha. Aquello retrasaría todavía más mi deseo de acabar el trayecto y de tener que seguir escuchándolo.

—Maica, por favor —repitió.

Continué conduciendo y mordiéndome la lengua hasta tal punto que temía hacerme daño. Llevaba un cabreo de narices, y prefería no contestarle para seguir concentrada en la desolada y vacía carretera.

—Háblame —persistió.

Me estaba poniendo de los nervios a cada segundo que pasaba. Su insistencia no hacía más que aumentar mi enfado, y ya no sabía cómo hacer para que lo dejara estar.

—¡¡Joder, Maica!! —me gritó sin dejar de mirarme; en realidad no había dejado de hacerlo desde que se subiera en el coche—. ¡Qué cabezota eres!

Estaba tan furiosa que hasta me había pasado de largo la puerta del garaje. Tenía que dar la vuelta a la manzana, pero eso supondría tener que seguir escuchándolo y, sin pensármelo dos veces, aparqué en el primer hueco que vi. Paré el motor, me bajé sin decir una sola palabra y

cerré dando un fuerte portazo.

«Por fin un poco de silencio».

—¡Maica, espera! —lo oí gritar tras de mí—.

Aceleré el paso. La lluvia, el frío y, sobre todo él, me tenían al límite.

—¡Grítame, chíllame, pero por el amor de Dios, di algo!

—¡¡¡¿Qué coño quieres que te diga?!!! —bramé volviéndome hacia él.

El agua caía con tanta fuerza que apenas lograba mantener los ojos abiertos, y las gotas frías entraban por mi boca.

—Siento si te ha molestado que…

—¡¿Que pasaras otra vez de mí y me dejaras en evidencia delante de mis amigas?! —lo interrumpí—. ¡¿Hasta cuándo va a durar esto, Mattew?!

Por un instante cometí el error de bajar la vista y comprobar el modo escandaloso en que su camisa se ceñía a su cuerpo bajo la lluvia.

—No quería hacerte daño, pero…

—¡Estoy harta de este juego —volví a frenarlo—; ninguno de los dos va a ganar! ¿O acaso no lo ves? ¡Desde que te he conocido mi vida se ha convertido en una maldita montaña rusa!

—¡¿Crees que está siendo fácil para mí?! —se encaró alzándome también la voz.

—¡Claro, debe de ser duro perder una apuesta! ¡Pero, tranquilo, que tu próximo viaje te lo pagará Eloy! —mascullé justo antes de reanudar la marcha.

—¡¿Aún no sabes por qué lo hice?! —grita a mi espalda sin moverse.

—¡Sí que lo sé! —me giré de nuevo para mirarle directamente a los ojos y soltarle toda la rabia que llevaba dentro—. ¡Me odias tanto como yo a ti!

—¡¡No te odio, maldita sea!! —gruñó dando un paso hasta alcanzarme.

—Si no me odias, ¡¿por qué te has reído de mí y me has utilizado?! ¿Eh? ¡Dime! —le exigí empujándole.

—¿Acaso tú no me has mentido a mí?

—¿Y qué esperabas que hiciera? ¿Que me quedara de brazos cruzados mientras tú me manejabas a tu antojo? ¡Tenías que saber cómo se siente uno cuando le roban la ingenuidad!

Recuerdo que en aquel instante comencé a tiritar. Estaba empapada y sentía el frío calándome hasta los huesos.

—¡Nunca quise hacerlo, pero tú me rechazaste delante de todo el mundo porque no era lo suficientemente bueno para ti!

—¡No podía presentarme en casa con un…! —me reprimí en decirlo.

—¿Francés?

—¡Pues sí! —grité asumiendo lo que me viniera.

—¡Sabías que no iba a ser para tanto!

—¡No lo sabía! —defendí.

—¡¡Mientes!! —me increpó alzándome de nuevo la voz.

—¡Has hecho que me acostumbre a ello! —le solté justo antes de girarme y retomar de nuevo la marcha.

—¿Por qué no me dices de una puta vez la verdad? —interpeló cogiéndome del brazo cabreado, impidiéndome dar un paso más.

—¡Suéltame! —lo amenacé con ira.

—¡No, hasta que seas sincera conmigo! —No estaba dispuesto a ceder. Su mirada era oscura, intensa, autoritaria…, y terriblemente sexi.

—¡¡¡¿Qué más te da?!!! —gruñí sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con salir.

—¡¿De qué tienes miedo?!

—¡¡¡De esto, joder!!! —grité sin preocuparme por primera vez que de ocultar la tristeza y el temor que sentía. Había estado reprimiendo demasiado en mi interior, y no me importó enfrentarme al hecho de que él lo supiera—. ¡¡¡Estoy harta de que primero me des a entender que te importo y de que hay algo entre nosotros, para después ver cómo me ignoras y me desprecias!!!

—¡Lo he hecho por tu bien!

Ni siquiera éramos capaces de hablarnos con calma.

—¡¡¡¿Por mi bien?!! ¡¡¡Y una mierda!!!

—¡¡Maica, temo hacerte daño!!

—¡¡¡No es cierto!!! ¡¡¡Lo has hecho porque me odias, porque de haberte gustado lo más mínimo no hubieras dudado en olvidarte de esa maldita apuesta!!! ¡Yo soy la primera a la que le gusta un buen reto! ¡¡¡Pero lo que más me fastidia de todo no es que no haya sabido pararte los pies a tiempo, sino el no haber sido lo suficientemente fuerte como para no sentir lo que siento por ti!!!

Con los ojos llenos de rabia, Mattew atrapó mi rostro con las manos y se abalanzó para besarme. Su lengua, ávida de mi boca, apresó cada palabra, cada sentimiento, convirtiéndolo en algo suyo, provocando que cada rincón de mi cuerpo ardiera en deseo. Noté cómo la calidez me envolvía cuando sus brazos me rodearon con firmeza abocándome hacia él, como si el temor a perderme impulsara cada uno de sus músculos, cada roce y tacto contra mí. Ninguno de los dos fue capaz de controlar la agitada respiración que, incontrolada, acompasaba a aquel primer beso bajo la lluvia. Ya no sentía frío, solo el deseo que me empujaba a recibirlo, abriendo una y otra vez mis labios para acoger la extraña y agradable sensación que su boca ejercía sobre mí. Cada caricia de su lengua lograba estremecerme, como un regalo, un presente del que no quería desprenderme. No quería despertar de aquel sueño, que hasta entonces creía apartado e inexistente en mi cotidiana vida, y me aferré contra su pecho con todas mis fuerzas.

—Mi pequeña —susurró en mi boca, ladeando la cabeza para apresar de nuevo mis labios con firmeza.

Noté cómo me revoloteaba la boca del estómago, poniendo fin a cada temor, desvaneciendo cada ira o enfado que hubiese tenido con él. Ahora todo parecía haber quedado relegado en el pasado. Un pasado al que no quería volver, porque era allí, bajo su influjo, donde yo más que nada en el mundo quería estar.

El estruendo de un trueno sobre nuestras cabezas nos sobresaltó y nos dio por reír. Me enamoró ver cómo su sonrisa llegaba hasta su mirada, y aún más que me cogiera de la mano para animarme a correr hacia el portal. Libres del asedio de las incesantes gotas de la lluvia, siguió besándome hasta llegar a casa.

Al entrar en casa, empapados hasta los huesos, me guio en silencio hasta el baño. Una vez dentro, y con la única luz que provenía de la ventana que daba al exterior, lo vi cerrar la puerta y coger una toalla del armario para cubrirme.

—¿Mejor? —me preguntó estrechándome contra su pecho.

—Ahora sí —respondí ante la calidez que me aportaba estar de nuevo entre sus brazos.

—No imaginas lo mucho que deseaba esto —susurró abrazándome con más fuerza.

—¿Estrujarme hasta dejarme sin respiración? —bromeé.

—Lo siento —se disculpó al instante soltándome.

—No he dicho que me sueltes —advertí agarrándolo por la camisa para atraerlo de nuevo hacia mí.

Lo escuché reír y curvé mis labios todo lo que daban de sí.

—Siempre supe que contigo sería diferente.

—¿Qué quieres decir? —le demandé inclinando hacia atrás lo suficiente para poder mirarlo.

—Desde la primera vez que te vi, supe que serías especial. Y ahora sé que no me equivoqué.

—¿Por qué yo? —me atreví a preguntarle.

—No sabría explicártelo. Hubo algo en ti que llamó mi atención y… ¡Joder, Maica! Te deseo desde que entré por la puerta de aquel salón —me confesó en un susurro acariciándome el rostro.

—Por eso me perseguiste hasta el baño —hice hincapié, aludiendo a aquel encuentro que jamás olvidaría por mucho que lo intentara.

—Desde entonces no he dejado de pensar en ti —reveló posando su frente contra la mía—. Tu forma de ser me enloquece y saca a la luz una parte de mí que tenía olvidada. Me has hecho perder el control, y te aseguro que muy poca gente lo consigue. Cada desplante, cada gamberrada o putada que me hicieras, solo conseguía que me atrajeras aún más. Ha sido una puta tortura verte cada día y no poder besarte ni tocarte. A veces he odiado tenerte cerca, pero no tanto como me he odiado a mí mismo por haber pretendido alejarte de mí. Por más que lo he intentado, no logro apartarme de ti y siempre he acabado buscándote.

—Pues hazme un favor —le pedí inclinándome de nuevo para poder mirarlo a los ojos.

—El que quieras.

—Nunca dejes de hacerlo —le imploré, rindiéndome ante él.

Mattew volvió a apresar mis labios con fuerza hasta empotrarme contra el mueble del lavabo. Los dos sabíamos que en aquel beso había rabia. Rabia por el tiempo que habíamos perdido. Y anhelo, un deseo que ambos habíamos reprimido y que ahora intentábamos recuperar de un modo feroz, casi salvaje. Su ávida lengua acariciando y lamiendo sin pudor en el interior de mi boca me excitó como nunca antes. Poco a poco el frío comenzó a desvanecerse, dando paso a un excitante calor que guiaba mi cuerpo hacia él, dirigiendo cada caricia y el modo en que me aferraba a su espalda.

Dejé escapar un ronco jadeo y él me subió sobre el mueble. Apresó mi rostro con ambas manos y yo abrí mis piernas para recibirlo. Ni siquiera había sido consciente de lo mucho que yo también lo había deseado. Me había dejado llevar por todo lo que había ocurrido entre nosotros, relegando a un segundo plano lo que me hacía sentir cada vez que estaba a mi lado. Ahora lo sabía, y no iba a permitir que ningún absurdo juego se interpusiera entre ambos.

Lo agarré por la nuca y respondí a su beso, dejándome llevar, concediéndome la licencia de mostrarme lasciva ante él y dando rienda suelta a lo que tanto había deseado. Siempre que hablaba mi vista se centraba en su labio inferior, un labio que en ese momento me atreví a apresar con los míos, absorbiéndolo y tirando de él con firmeza, de un modo lascivo y cargado de morbo al que él sucumbió. Lo escuché jadear en mi boca, como también escuché la puerta del baño al abrirse. Era Curro, somnoliento y descalzo, adentrándose a oscuras.

Petrificados y en absoluto silencio, Mattew y yo aguardamos a que, a tientas, llegase hasta el inodoro. El pequeñajo debía llevar tiempo reteniéndose, porque el tiempo que estuvo allí me pareció eterno. La situación y el largo sonido del chorrillo me obligaron a taparme la boca para que no nos descubriera. Mattew y yo nos mirábamos reprimiéndonos la risa. Con un poco de suerte no se habría dado cuenta de nuestra presencia y se largaría sin más al terminar. Cuando por fin lo hizo, y por supuesto sin bajar la tapa, tiró de la cadena y se subió el pantalón de pijama. Arrastrando los pies, llegó hasta la puerta. Todo había terminado y ya no corríamos peligro.

—¡Ya era hora! Buenas noches, chicos —nos soltó justo antes de salir.

Mattew y yo rompimos a reír en cuanto nos quedamos a solas. Sin embargo, la ocurrencia del enano me hizo darme cuenta de un detalle: que todo el mundo había visto lo que ocurría entre nosotros, menos yo.

Tal y como si hubiese adivinado mis pensamientos, Mattew me colocó con ternura un mechón de pelo tras la oreja para después acariciarme la mejilla.

—¿Dispuesta a vivir esta aventura? —Yo asentí regalándole una amplia sonrisa—. ¿Y dispuesta a conocer mi París? —añadió.

—Dispuesta a conoceros a ambos —afirmé sellando nuestro acuerdo con un nuevo e increíble beso que ninguno de los dos olvidaría.

Capítulo 21

El avión despegó del aeropuerto de Madrid-Barajas Adolfo Suárez a la hora prevista. Era domingo, estábamos a mediados de julio, y el sol brillaba y pegaba con fuerza a mediodía sobre la capital. Por delante, quince días nos aguardaban y, por primera vez desde que me apuntara al intercambio, no quería que acabase. Desde la noche anterior estaba descubriendo a un nuevo Mattew, o más bien al verdadero, pues nuestro juego nos había mantenido tan ocupados a ambos, que no me había dado la oportunidad de hacerlo. Ahora, en cambio, disfrutaba de cada segundo a su lado, permitiéndole que estuviera pendiente de mí a cada momento.

Conforme ascendía el aparato, pensé en todo lo que había pasado en las últimas horas. Tras la pillada de mi hermano en el baño, Mattew y yo nos fuimos a dormir, con la esperanza puesta en París. Curro no había hecho comentario alguno en el momento de la despedida, aunque me daba que mi abuela, alias «doña Me-entero-de-todo», no tardaría en hacerlo. El momento había sido muy entrañable y divertido, todo en español y sin mentiras, aunque sabía que aún le debía una explicación a mi familia a mi regreso.

Con los chicos también fue muy emotivo. Hasta Pedro y Julián fueron a la estación a despedirnos. Ser testigo de cómo Mattew y Julián se perdonaron, sellando un acuerdo entre ambos con un apretón de manos, fue conmovedor. Apenas cruzaron unas pocas palabras, algo que no lograba entender en los hombres y su enorme capacidad para comunicarse, pero esclarecedor para que mi Napoleón, al que había decidido llamar así por su obvio triunfo en mi conquista, le dejase bien claro que para Julián yo debía ser solo lo que era… una amiga.

En Madrid, en cambio, la despedida había sido mucho más dolorosa. La Cherry se marchaba sin aprender nuestro idioma, aunque sí había logrado llevarse consigo unas cuantas palabrotas y, por qué no decirlo, un grato recuerdo. Sabía que nunca seríamos amigas, pero mis últimas palabras hacia ella fueron para pedirle que cuidara de mi Ainhoa. ¡Mi Zipi! ¡Cuánto la echaría de menos! Aún llevaba grabado a fuego el abrazo en el que ambas nos habíamos fundido en el aeropuerto al despedirnos. Ni siquiera fuimos capaces de reprimir el llanto. Separarnos era demasiado duro para ambas, y aún más para ella, que se marchaba sin mí y sin Eloy. Por eso decidí no confesarle lo mío con Mattew. La conocía demasiado, y sabía que, si le daba la noticia,

amargaría su estancia en Londres.

—¿Nerviosa? —me preguntó Mattew cogiéndome de la mano y sacándome de mis pensamientos. Era la primera vez que me tocaba en público y sentí una corriente atravesándome.

—Muchísimo —confesé.

—¿Te cuento un secreto?

—Claro.

—Yo también —susurró, regalándome una cómplice y seductora sonrisa.

Estaba tan emocionada que me pasé las dos horas de vuelo sin moverme del asiento y sin separarme de él. Pero cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Orly y pisamos suelo francés, mi mente solo podía pensar en una cosa: ¡localizar un baño de manera urgente!

Me sorprendió encontrarme una mujer sentada nada más entrar en el primero que encontramos. Una vez terminé, y tras un encuentro de lo más extraño, aprendí la primera lección francesa: allí había que pagar por todo, incluso por mear.

De vuelta con Mattew, que me esperaba paciente en la puerta del aseo de mujeres, nos dispusimos a coger un taxi. Con un sol resplandeciente y tras darle unas largas indicaciones al conductor, que por supuesto no entendí, pusimos rumbo hacia la capital de Francia. Durante el trayecto, Mattew insistió en que mirase por la ventanilla para no perderme nada. Los primeros treinta minutos se me hicieron eternos. No quise decirle nada, pero todo cuanto veía al otro lado no me asombraba lo más mínimo.

—¿Falta mucho para ver la Torre Eiffel? —pregunté ansiosa.

Obviamente, Francia no era santo de mi devoción, pero hasta yo deseaba conocer sus lugares más famosos, y no aquellos edificios que nos encontrábamos al paso y que no me decían nada.

—Aún faltan unos pocos kilómetros para llegar a la ciudad más hermosa del mundo.

—Claro, eso lo dices porque eres de aquí —aseguré alzando una ceja para no tener que explicarle cuatro cosas y ponerme a ensalzar mi Zaragoza.

—¿No te gusta lo que ves? —demandó con asombro.

«¿Estás de coña?».

—Bueno, supongo que…

—¿No te parece romántica? —insistió.

Su interés hizo que me volviese de nuevo para mirar al exterior. Pero por más que lo intentaba, yo solo veía edificios normales y corrientes como podía haber en cualquier otra ciudad.

—A ver, es que…

De pronto lo escuché partiéndose de risa. Al volverme, vi que también el taxista nos miraba a través del espejo retrovisor con una media sonrisa. Dos cosas estaban claras: que el conductor sabía español, y que el cabrón de Mattew se estaba quedando conmigo.

—Esta me la pagas —gruñí en voz baja para que solo él pudiera oírme.

—Mientras pueda decidir la forma de pago —soltó juguetón, abrazándome y acercándome hacia él para besarme.

Lo que pensé que sería un simple beso acabó siendo tan intenso y largo, que me olvidé de la torre, del jorobado y de media Francia.

Todo debía ser parte de un plan, porque de pronto, el taxista quitó la emisora de radio y comenzó a sonar una canción en francés con música de acordeón por los altavoces. Mattew se apartó, me miró a los ojos y me susurró…

—¡Bienvenida a la ciudad de la luz!

Intrigada, me giré para mirar a través del cristal y me quedé sin aliento. Al otro lado había un puente con un muro de piedra, farolas negras, un pilar alto coronado por una estatua de una mujer, y al fondo unos preciosos edificios de piedra con el tejado oscuro. De no ser por los vehículos, hubiese jurado que habíamos dado un salto en el tiempo hasta llegar al siglo XVIII. Asombrada, vi que al otro lado de su ventanilla el reloj también se había detenido en la misma época.

—Este es el *Pont de la Tournelle,* y esa es Santa Genoveva, la patrona de París —me explicó señalando a la escultura que estaba en lo alto del pilar.

No sabía si era por la música, su presencia o lo que alcanzaba a ver, pero el momento me pareció realmente mágico.

Embebiéndome de todo cuanto los frondosos y altos árboles que había al paso me dejaban ver, de pronto un edificio llamó mi atención. Allí estaba, majestuoso y tan solemne como lo recordaba. Notre Dame. Sin pensármelo dos veces, abrí la ventanilla y, apoyándome sobre mis brazos, asomé la cabeza para poder contemplarla y percibir el olor de París. Mattew, abrazándome a mi espalda, apoyó el mentón sobre mi hombro.

—Mi abuela siempre decía que todo reluce más *Bajo el cielo de París*[8]. Es el título de la canción.

—Ha sido cosa tuya, ¿verdad? —le pregunté al caer en la cuenta de la larga explicación que le había dado al taxista nada más subirnos.

—Lo cierto es que es la primera vez que lo he hecho —confesó al detenernos en un semáforo —. Pero no me arrepiento.

—*Merci* —dije en un perfecto francés, o al menos eso creí.

—*Ma petite* —susurró dándome un tierno beso en la curvatura de mi oreja.

—¿Qué significa «ma»?

—Mi.

—¿Soy *tuá petit*? —demandé en tono sensual. Pero algo debí decir, porque el muy descarado

se separó y comenzó a reírse a carcajadas—. ¿Qué? —me defendí volviéndome hacia él.

—No existe esa palabra —aclaró.

—¿Y cómo se dice?

—*Votre petit*.

—Pues me gusta más *tuá petit*, así que… —afirmé alzando los hombros.

—No puedes inventarte palabras —indicó risueño y feliz como nunca antes lo he visto.

—¡Ya lo creo que puedo! Te recuerdo que soy licenciada —rematé con un chasquido.

—Pero en química —me recordó el muy mamón.

—Si supieras lo que me ha costado, no lo desmerecerías.

—No lo hago. Como tampoco te imagino con una bata en un laboratorio.

—¿Quieres hacer de rata, Napoleón?

Lo vi reír y las venas se me derritieron.

—¿Lo harías? —cuestionó sin dejar de curvar aquellos labios que tanto me gustaban.

—Chato, hasta que me has besado, veía a los hombres como meros tubos de ensayo.

—¿Lo dices en serio?

—Dimos por terminado el juego anoche, ¿por qué habría de mentirte? —defendí asegurando que entre nosotros ya todo sería distinto.

—¿Y qué me harías en tu laboratorio?

Me puso una cara tan picarona que me dio por reír.

—¿Y ahora qué te hace tanta gracia? —me demandó.

—Es que me he imaginado cogiéndote del rabo —respondí descojonándome ante sus narices.

Él intentó mantener el rostro serio, pero acabó uniéndose a mí.

—Eres maravillosa —susurró.

—Lo sé —respondí fanfarrona.

—No tanto como crees —aseguró—. Aún debo enseñarte algo.

—¿Crees que no sé coger un rabo?

Hasta el taxista tuvo que reprimirse una risotada al oírme.

—Me refería al idioma. No te iría mal conocer unas cuantas palabras básicas.

Ya le había comentado en el pasado que para mí los franceses hablaban como escupiendo a cada momento, en aquella ocasión la cosa no acabó demasiado bien y preferí dejarlo correr.

—No es necesario, para eso te tengo a ti —aseguré curvando los labios.

El recorrido continuó y yo volví a asomarme por la ventanilla. Con Mattew de nuevo a mi espalda, y con una paciencia infinita por su parte, escuché sus aplicaciones acerca de cada edificio con el que nos cruzábamos.

—Todo esto es la *Île de la Cité*, antiguo centro de la ciudad, convertido hoy en sede administrativa y lugar de turismo.

—¿Tenéis una isla? —pregunté con asombro.

—En realidad, tenemos dos.

—¡Ay va! Más chulos que nadie.

—Por supuesto —celebró con orgullo.

—Bueno, bueno, no te me vengas arriba —advertí para que no se me viniera demasiado arriba.

—¿Sabes qué? En París tenemos un dicho que traducido al español sería algo así como: «La izquierda piensa y la derecha gasta».

—¿Debo entender que este lado del río es la izquierda?

—Así es.

—Apostaría a que vives en el derecho —me la jugué.

—Me tomaré eso como un cumplido.

—¿Sabes qué? Yo lo haría en la isla —afirmé sabiendo que, al estar en el centro, no pertenecería a ninguno de los lados.

Un poco más adelante, Mattew me señaló y me habló del siguiente puente que encontramos a nuestro paso.

—Es el *pont Neuf*, o puente Nuevo, aunque es el más antiguo de los treinta y siete que tiene la ciudad.

—Chulos y contradictorios. Si ya decía yo que la cosa pintaba turbia —me mofé.

—También es el puente más largo —prosiguió ignorando mi comentario—, y al que ahora vienen las parejas a dejar sus candados.

—¿En serio? ¡Qué cursilería! —solté sin pensar.

—En eso estamos de acuerdo. El año pasado tuvieron que retirarlos del *pont des Arts*...

—¿Puente de las Artes? —lo interrumpí.

—Veo que lo vas pillando.

—Tú dame tiempo y verás —anuncié alzando las cejas, mirándolo de soslayo.

—Los candados llegan a pesar varias toneladas y el puente comenzó a resentirse.

—¿Y ahora los han cambiado al Puente Nuevo?

—De momento están al otro lado del río, aunque con tanta controversia no se sabe a ciencia cierta qué pasará con ellos.

Con su rostro pegado al mío continuamos el trayecto admirando y contemplando las vistas, hasta que, de pronto, un imponente edificio llamó poderosamente mi atención.

—¡Dios mío! Dime qué es esa maravilla.

—El museo del *Lúgubre*.

—¿Lo recuerdas? —pregunté con asombro.

—Como para no hacerlo —defendió con una divertida mueca.

Ambos sonreímos y volvimos a centrar la vista en el imponente edificio.

—¡Es espectacular! —dije embobada, intentando retener en la memoria la solemne fachada.

—Sí que lo es —afirmó con orgullo—. En su día fue el Palacio Real, ahora convertido en uno de los museos más importantes del mundo.

—Estoy deseando verlo.

—Lo verás —remató en un tono que me tomé como una promesa.

Al cruzar el puente, que según me indicó era el Puente Real, miré hacia el río y observé que había muchas barcazas, pero me reprimí. Estaba convencida de que nos montaríamos en alguna, algo de lo que yo misma me encargaría de hacer, llegado el momento.

Si el museo era bonito desde el otro lado del río, al cruzar el puente y verlo más de cerca, me dejó sin habla. Su majestuosidad era imponente, y disfrutaba de él, cuando nos adentramos en un túnel que me hizo perder todas las vistas.

«Algo típico en los franceses, dejarte con un palmo de narices cuando menos te lo esperas».

Nada más salir de él, una escultura ecuestre en color oro llamó mi atención, pero Mattew hablaba con el taxista y no me dio tiempo a preguntarle. Mientras tanto, miraba a cada lado intentando no perder detalle. A mi izquierda, una hermosa verja negra con puntas de lanzas doradas, cerca un frondoso y enorme jardín, que no dejamos de ver, ni siquiera incluso cuando el coche se detiene.

—Hemos llegado —me anunció con una sonrisa antes de salir por su puerta para rodear el taxi y abrirme la mía.

«El tío vive en la misma avenida que da al museo y frente al enorme jardín de verja negra. ¡Hay que joderse!».

Mientras el taxista y Mattew sacaban las maletas, yo me quedé embobada mirando cuanto me rodeaba. Los edificios allí eran prácticamente iguales, con soportales repletos de tiendas y multitud de arcos y columnas.

«¡Estoy en París!».

—¿Preparada? —preguntó al llegar hasta mí, arrastrando ambas maletas.

Ni siquiera me había dado cuenta de que el taxista se había marchado.

—Preparada —afirmé tomándole la mía con una amplia sonrisa.

El portal del edificio estaba justo al volver. Mattew marcó unos números y la puerta se abrió.

«¿No usan llave?».

Conforme nos adentramos, me explicó que el edificio era antiguo y que media ciudad tenía el mismo tipo de construcción. Se trataba de una finca cuadrada, con un patio interior de la misma forma.

—¿No hay ascensor? —cuestioné con los ojos abiertos de par en par al ver que se paraba frente a una solemne escalera con forma de caracol. Los peldaños eran anchos, en madera, y

sobre ellos una exquisita alfombra roja nos daba la bienvenida.

—No.

«No usa llave para entrar y ahora resulta que no tiene ascensor. ¡Bienvenida a la ciudad del eclecticismo!».

—Mi apartamento está arriba, en el tercero —me indica.

«¡Genial! ¿Doy saltos de alegría ya o lo dejo para más tarde?».

—No te preocupes, yo me encargo —se ofreció cogiéndome la maleta.

«Esta vez no pienso tirar de ella para no comerme ningún escalón».

Al llegar al rellano del tercer piso, y aunque exhausto por el peso de mi maleta, Mattew abrió la puerta de su casa y me invitó a pasar. Apenas me había adentrado un par de pasos cuando volví a quedarme sin habla.

Sin duda, la vivienda parecía ir acorde con el edificio. Antigua, elegante, pero con una decoración moderna en blanco y negro que contrastaba y conjugaba a la perfección con la solemnidad del resto. Parecía sacada de una revista. Los suelos eran de parqué oscuro, y las paredes de un impoluto blanco, cubiertas de moldura. Al fondo de la estancia había una chimenea, sobre la que reposaba un reloj antiguo. Bordeando el techo una exquisita escayola y en el centro un gran rosetón. Frente a nosotros, unos enormes ventanales que daban al exterior, y por los que entraban una increíble luz.

—Bienvenida a mi apartamento.

—¿Apartamento? ¡Esto parece un palacio! —solté asombrada por cuanto había a mi alrededor.

—Si esto te parece un palacio, espera a ver los lugares a los que pienso llevarte. Ven conmigo —dijo de pronto cogiéndome la mano—. Te enseñaré el resto de la casa antes de mostrarte lo mejor.

—¿Mejor que esto? —cuestioné dejándome guiar por él, con los ojos abiertos como platos.

Durante unos minutos, Mattew me enseñó su moderna cocina de diseño, el comedor, la biblioteca, los tres amplios dormitorios, el baño principal y el baño privado, que más bien parece un spa. Lo había figurado viviendo en un piso moderno, rodeado de lujo, pero moderno, al fin y al cabo, y por supuesto con ascensor. Pero aquella casa tenía personalidad, carácter y rezumaba historia por cada rincón.

—Es preciosa, Mattew —susurré emocionada.

—Era la casa de mi *grand-mère,* mi abuela, donde se puede decir que me crie y donde guardo mis mejores recuerdos—. Pude ver cómo sus ojos se humedecían al recordarla y el corazón se me encogió—. Ella quería que fuera para mí —prosiguió—, y la puso a mi nombre incluso antes de fallecer.

—Las abuelas y su gran corazón —comenté al pensar en la mía y lo mucho que había hecho

por nosotros desde que nos faltaba mi madre.

—Ven, aún falta lo mejor —anunció de pronto, tirando de nuevo de mí.

Si lo que pretendía era acabar con la nostalgia lo había conseguido, porque me hizo correr tras él por los pasillos.

—¿Mejor aún? Imposible. ¡Pero si hasta tienes biblioteca, por el amor de Dios!

—Apuesto lo que quieras a que estoy en lo cierto —comentó guasón.

—Déjate de apuestas, que ya tuve suficiente —defendí con la lengua fuera para seguir su paso.

De regreso al salón, Mattew me soltó junto a una mesita redonda, en cuyo centro había un jarrón con flores blancas frescas, para abrir las puertas del ventanal que teníamos ante nosotros.

—Ven conmigo —me pidió tan feliz como nunca antes lo había visto.

Cogió mi mano y me llevó con él a la balconada. Una vez fuera, abrazándome la cintura con un brazo, me señaló hacia la izquierda. Desde allí se podía ver la fachada del museo del Louvre, la misma que dejé de ver al pasar por el túnel.

En silencio, dejé que me explicara cada monumento, cada edificio o cada lugar destacable hasta donde nos alcanzaba la vista. El instante fue tan mágico que tuve que reprimir las lágrimas para que no me empañaran las vistas. Sentí cómo el corazón me retumbaba con fuerza. Emocionado. Lleno de felicidad por lo que estaba viviendo.

Inhalé aire para llenar mis pulmones, dejando que su voz, varonil y seductora, penetrase de igual modo en mi interior. Tenía ante mí la ciudad de París, la Ciudad de la Luz, y en ese instante comencé a entender por qué.

En un perfecto francés, que acentuaba aún más si cabe la grandiosidad de cada lugar que me indicaba y mencionaba, Mattew me mostró desde allí el *Musée du Louvre*, el *arc de Triomphe du Carrousel*, el *Jardin des Tuileries*, que se encontraba a nuestros pies; la *tour Montparnasse*, situada al fondo; *Jeu de Paume, musée de l'Orangerie, Les Invalides* … Y por fin, cuando nos giramos hacia la derecha, allí plantado, tras una noria, inconfundible y extraordinariamente majestuoso, tenía al monumento más famoso y símbolo de la ciudad. Aquel que representaba todo lo que mi familia había odiado durante generaciones, y por el que yo ahora lloraba al darme cuenta de que lo que estaba viviendo no formaba parte de un sueño. Era real. Y allí estaba… la grandiosa *Tour Eiffel*.

Capítulo 22

Al ver lo mucho que me había impactado ver la Torre Eiffel, Mattew se adentró en el salón y me trajo un pañuelo de tela con las iniciales «VdC» en una de las esquinas.

«¿Quién usa pañuelo de tela hoy día? Vale, él».

Quise devolvérselo cuando terminé de secarme las lágrimas, pero él insistió en que me lo quedara. Sin duda él era distinto a cuantos había conocido, y su caballerosidad y detallismo, de los que días atrás me burlaba, ahora empezaban a gustarme.

—¿Tienes hambre? —preguntó de pronto—. Si no estás muy cansada podemos salir a comer. ¿O prefieres que lo hagamos en casa?

Con esa última pregunta no supe si se refería a la comida o a echarme un polvo, pero yo me sentía preparada para ambas.

—Prefiero quedarnos aquí —respondí coqueta.

Hasta yo me desconocía, pero lo cierto y verdad, era que, desde nuestra llegada, y sobre todo al sentirnos solos en aquella casa, me noté distinta, morbosa incluso. Éramos dos jóvenes, solteros, solos y ¡en París!, ¿qué más podía pedir?

—Como quieras. Vamos a vaciar el equipaje —propuso en dirección hacia la entrada, donde habíamos dejado las maletas.

Me limité a seguirlo por el largo pasillo mirándolo embobada. Llevaba un pantalón bermuda vaquero que le marcaba de forma escandalosa el trasero, que se ceñía a cada glúteo con cada paso que daba, en dirección a la zona íntima de la vivienda.

Todas nuestras rencillas en Zaragoza se habían quedado allí. De camino a Madrid acordamos ponerles fin y, desde entonces, verlo con otros ojos resultaba más que agradable. Y sí, me había dado cuenta de algo innegable. Mattew me gustaba, y estaba dispuesta a vivir las dos semanas que estaría en París de la forma más intensa posible. Visitaríamos lugares, sí, aprendería cosas, también; pero, sobre todo, lo que más deseaba era devorarlo a él, que me hiciera el amor durante toda una noche, o durante todo el día, ¡qué más daba!

«Estamos en la ciudad del amor, pues ¡hagámoslo sin parar! Quiero que me haga de todo, que me bese hasta que me salgan heridas en la barbilla, que me empotre y que…».

—Este es tu cuarto —me anunció junto a la puerta del primer dormitorio—. El armario está al volver a la derecha. Cualquier cosa que necesites, estoy al final del pasillo —remató con toda la tranquilidad del mundo antes de continuar su camino tirando de su maleta.

«¡¿Mi cuarto?! ¿No vamos a dormir juntos? ¡A la mierda mis planes de desenfreno desenfrenado y lujuria lujuriosa!».

Cabreada como un mono, me adentré en la habitación que él había decidido que sería mía y cerré de un portazo. No tenía la menor idea de por qué lo había hecho, pero de la rabieta subí la maleta sin esfuerzo sobre la cama y comencé a sacar ropa para colocarla en el armario. El estómago se me había cerrado de la mala leche que llevaba, y me recreé todo lo que pude en hacerlo.

«No tengo prisa, si me demoro, ¡que se joda!».

Al cabo de un rato, él ya había terminado y se presentó en la habitación para avisarme de que iba a preparar algo para comer.

«¡Un sartenazo te daba yo! No pienso salir a ayudarlo. Que haga él la comida, ¿no estamos en su casa? Pues eso».

Con toda la ropa colocada y la maleta ya vacía, el olor que provino de la cocina me recordó que sí tenía hambre. Pero me negué a salir para hacerlo rabiar.

Sentada a un lado de la cama, saqué el móvil para hacer algo más de tiempo. Vi que tenía wifi sin contraseña y me conecté. La primera a la que llamé a través de la aplicación del WhatsApp fue a mi abuela. Debía informarle de que había llegado bien y, por primera vez, no me molestó responder una a una cada pregunta que me fue haciendo. Necesitaba entretenerme, y hablé hasta con Curro para que me contara por qué nivel iba en su juego de la consola. ¡Como si me importase lo más mínimo! Al acabar, decidí llamar a Zipi, pero no me contestó. Puede que por no haber llegado aún a Londres o por estar sin datos.

Sin nadie más con quien ocupar el tiempo, me dispuse a observar la habitación. Por su tamaño, más bien parecía un apartamento en sí, aunque no tardé demasiado en memorizar cada rincón. Me negaba a salir aún, y se me ocurrió jugarme un par de partidas al *Candy Crush*. Entre el olor que provenía de la cocina y los dichosos caramelos del jueguecito, mi estómago rugió tan fuerte que hasta le hizo sombra al mismísimo león de la *Metro-Goldwyn-Mayer*. Así pues, rendida ante lo evidente, me armé de valor y me reencontré con él en la cocina.

«¡Cojonudo! ¿Tanta casa y no tiene ropa?», gruñí para mis adentros, al ver que se había quitado la camiseta.

El muy canalla iba descalzo, con un escueto delantal a la cintura, cubriendo en parte su bermuda vaquera, y con los pectorales bien al aire, mostrando su perfecto y cuidado torso, para complicarme más la cosa.

—¡Menos mal, ya me veía comiendo solo!

«Camino llevas, guapo. Si no fuese por el hambre que tengo…».

—La maleta, que lleva su tiempo —mentí desviando la vista hacia la mesa, para evitar mirarle los puñeteros oblicuos que le asomaban por encima del dichoso delantal.

—Espero que te guste lo que he preparado —indicó apartándome la silla.

Al ver la cuchara que había sobre el mantel individual, pensé en darle con ella en la cabeza por los viejos tiempos, pero en su lugar le agradecí el gesto y tomé asiento, seguida de él.

Mientras comíamos, y Mattew me explicaba el nombre de cada plato y los ingredientes que llevaba cada uno de ellos, yo intenté centrar mi atención única y exclusivamente en la comida. No era fácil levantar la vista y encontrarme con aquellos pectorales apuntando hacia mí con descaro.

—¿Puedo preguntarte algo? —demandé mirándolo a los ojos.

—Lo que quieras.

—¿Cómo es que tienes flores frescas en el salón?

—No se te escapa una.

—Lo procuro —afirmé bebiendo de mi copa de vino.

—Verás, mi vida es…, digamos, un poco distinta a la tuya.

«¡Ya salió el franchute prepotente! Otro trago de vino».

—No intento hacerte sentir mal —se justificó—, es solo que… Tendría que habértelo explicado antes.

«Esto se pone interesante. Otro trago».

—Pero, verás —continuó—, hay una persona en mi vida…

«¡¡¿A que le vuelco la copa como al del albergue?!!».

—Se trata de una mujer muy importante para mí, y ella…

No lo dejé terminar y acabé lanzándole el resto del vino que me quedaba en la copa sobre la cara.

—¡¡¿Qué haces?!!

—¡Hacerte un *merdé*! —mascullé enfadada.

—¿Un qué?

—¡Qué más da cómo lo llame! ¿Por eso me has metido en otro cuarto? —bramé— ¿No quieres que nos pille?

—¡¿De qué estás hablando?! —cuestionó limpiándose con la servilleta, cómo no, de tela—. ¿Acaso crees que estaría contigo si estuviera con otra?

—¿Tú y yo estamos juntos?

—¡Eso creía hasta este momento!

—¡Pues explícame, porque no entiendo nada! —farfullé.

—¿Qué quieres que te explique?

—Pues mira, ya que estamos… ¡Todo! —defendí harta de tanto misterio—. Quiero saber quién es esa mujer, y por qué te compra y te trae flores. ¿Son suyas las iniciales «VdG»? Es eso, ¿no?

Mattew me miraba de forma extraña, había rabia e incluso pena en sus ojos, pero se negó a responderme.

—Es complicado de explicar —se limitó a decir.

—¿Crees que no pueda entenderlo? —gruñí.

—No he dicho eso.

—¿Entonces?

—Ya te he dicho que es complicado de explicar.

Para mi más absoluto asombro, la rabia que había visto en su mirada dejó paso a lo que parecía auténtico dolor. Lo vi bajar la cabeza y eso me resquebrajó. Me moría por conocer las respuestas a mis preguntas, saber quién diablos era esa mujer y resolver de una vez tanto misterio. Pero, por encima de todo ello, deseaba saber qué le ocurría. Lo último que quería era hacerle daño, y aún menos echar a perder los quince días que teníamos por delante discutiendo como habíamos hecho en Zaragoza.

—¡Vámonos! —solté de pronto, levantándome de la silla.

—¿A dónde? —preguntó extrañado.

—Mattew, no voy a ser yo quien te vuelva a pedir que me cuentes tu pasado y por qué te amarga el presente. Serás tú quien venga a mí a contármelo. Pero, mientras tanto, vuelve a ser mi amigo y perdámonos en París.

Observándonos en silencio, me di cuenta de que con mi proposición estaba dando un paso atrás, que tal vez aquello echaría por la borda todo lo que habíamos conseguido. Sin embargo, necesitaba aferrarme a algo seguro, a vivir la experiencia, y a no desaprovechar la oportunidad que se me brindaba malgastando energía por enfrentarme a él.

Contra todo pronóstico, Mattew, que continuaba mirándome sin decir una sola palabra, se levantó de la mesa. Lo vi quitarse delantal, dejarlo sobre la mesa, y caminar hacia mí, despacio, desafiante.

«¡Joder, reconozco esa mirada! ¿Cómo puede cambiar de un estado a otro en tan poco tiempo? ¿Será como los *Gremlins*[9], que al mojarlo se transforma?».

—¡No, me niego a comenzar de nuevo! —defendí dando un paso hacia atrás al ver que venía directo hacia mí—. Si vamos a ser amigos, mejor guardar las distancias.

Quise demostrarle mi convicción de que mi propuesta era lo correcto, pero él no parecía dispuesto a aceptarlo y siguió avanzando.

—Amigos —insistí para que desistiera.

Cada vez estaba más cerca, y yo acabé topándome con el ventanal, contra el que apoyé la espalda.

—Amigos —repetí en un susurro tan ahogado, que hasta a mí me costó oír.

—Consigues provocarme como nadie ha logrado jamás.

Tragué saliva.

—Los amigos se lo perdonan todo, ¿no? —Apenas me quedaban fuerzas para mantenerme firme ante aquella tortura a la que me estaba sometiendo, sobre todo cuando me acorraló, apoyando las manos sobre el cristal que tenía tras de mí.

—Ella es alguien importante en mi vida —anunció desafiante—. No es una asistenta, porque para mí es mucho más. Y casi la única persona en la que confío.

Quería retirar mi última frase, pero ya era demasiado tarde. Ni siquiera como amiga sería capaz de perdonarle que tuviera a otra. El corazón me latía desbocado, y no precisamente por su cercanía. Aunque también, para qué iba a negarlo.

—Ella me cuida como nadie sabe hacerlo —continuó, sin que yo necesitase tanta información —. Tiene llave de mi apartamento desde hace años y siempre está cuando la necesito.

«¡Me cago en la amistad y en su puñetera raza!».

—Me quiere con locura desde hace años…

«¿A que le doy un rodillazo?

—Y pese a sus sesenta y cinco años, y a tener que cuidar de sus cuatro nietos, se niega a dejarme.

La mandíbula por poco no acabó chocándome contra el suelo.

«¡Lo mato! ¿No podía haber empezado por ahí, coño?».

—No quiero ser solo tu amigo. ¿Tan *tupida* eres que no lo ves?

—¿Y lo del dormitorio? —cuestioné furiosa.

—No sabía hasta dónde estabas dispuesta a llegar —confesó con una sonrisa que acabó desarmándome.

En ese instante se me pasaron mil y una cosas por la mente. Sabía que todavía quedaban muchas preguntas sin respuesta, respuestas que yo misma le había asegurado que esperaría a que él me las diera. Pero también sabía a ciencia cierta que no quería pasar las dos semanas que me quedaría en París discutiendo. Sí, lo deseaba más a que a nada, y quería estar con él.

Napoleón siguió clavando su mirada en mí, acorralándome con su increíble cuerpo contra aquel cristal que ni siquiera fue capaz de bajar la temperatura que solo él conseguía aumentar. Bajé la vista hasta su boca por un momento, para después volver a encontrarme con aquellos ojos en los que tanto ansiaba perderme.

—Hasta donde París nos lleve —susurré justo antes de que sus labios apresaran con urgencia los míos.

Capítulo 23

—¡Rápido, chica, saca la horneada! —me gritaba un hombre al que no lograba verle la cara, vestido de blanco y con un gorro en la cabeza del mismo color.

Miré a mi alrededor y éramos varios los que llevábamos la misma indumentaria. Hacía calor, y aún más cuando me dirigí al horno, del que saqué una bandeja repleta de cruasanes recién hechos. El olor me atravesó las fosas nasales, hasta invadir dulcemente mi cerebro. Con cuidado de no quemarme, intenté coger uno para llevármelo a la boca, pero el hombre que antes me había gritado volvió a hacerlo para prohibírmelo. El aroma era cada vez más intenso, más fuerte, y mi deseo era tal, que noté cómo las babas descendían a un lado de mi barbilla. ¿Solo a un lado?

La risa de Mattew, sentado a mi lado al borde de la cama, me devolvió a la realidad. Todo había sido un sueño, y tenía al muy sinvergüenza pasándome un cruasán por la nariz mientras dormía.

—*Bonjour, ma petite*.

—*Bonyú, ma hombgetón* —respondí aún adormecida, y encandilada por la cantidad de luz que entraba por el ventanal de mi habitación.

—Venga, arriba, dormilona, París nos espera —me reclamó poniéndose en pie.

—Vale, pero antes dame ese cruasán.

—¡De eso nada! En la cama no se come —advirtió marchándose del dormitorio hasta desaparecer por el pasillo.

—¡Aguafiestas! —le grité para que me oyera.

Mientras me lavaba los dientes en el baño, pensé en lo afortunada que era. Estaba de vacaciones, ¡en París! Aunque con una salvedad: que aún no habíamos dado el gran paso y que yo había dormido en la habitación de invitados. La primera tarde la habíamos pasado como dos adolescentes, cuando ninguno de los dos lo era. No entendía a qué venía lo de contenernos e impedirnos dar rienda suelta a lo que sabía que ambos deseábamos, pero esa era mi realidad. Mattew, por alguna razón que desconocía, no parecía dispuesto a ir más allá, y yo no tenía más remedio que conformarme.

Sin babas que me colgasen por la cara, salí a su encuentro embutida en mi pijama de verano.

El reguero del aroma a café me guio hasta la cocina, donde él terminaba de servir el desayuno, semidesnudo.

«¡Venga, encima de todo, tú pónmelo más difícil!».

Si seguía paseándose así por la casa, yo acabaría enferma. Aquel torso había sido esculpido para el pecado, y eso era precisamente lo que yo quería hacer con él, pecar. Pecar hasta que me doliese cada músculo del cuerpo.

—*Bon appétit!* —me deseó tomando asiento después de mí.

«Apetito el que vas provocando, chato. ¿Existe el término *gastrosexual*? Porque si no es así deberían inventarlo. Mattew y comida juntos. ¡Virgen santa, dame fuerzas!».

—*Igualment* —respondí centrando la vista en la mesa.

—*Également* —me corrigió entre risas.

—¿«Égalemon»?

—Más o menos —afirmó, arrancándome una sonrisa triunfal por mi increíble dominio del idioma.

Con el café con leche invadiéndome el paladar, me hice con el responsable de mi dulce sueño y babeante despertar. Estaba tierno y muy crujiente, pero, cuando me lo llevé a la boca, supe que aquel era el mejor cruasán que había probado en toda mi vida.

—¿Te gusta? —me preguntó al escuchar mi sonoro gemido de gastronómica felicidad.

—¿Que si me gusta? ¡Dios, es alucinante! ¡Y yo que flipaba con los cruasanes del *Mercadona*!

Mattew rio a carcajadas.

—¿Cómo has podido hacer esto? Tienes que darme la receta —le imploré con la boca llena, mientras me atrevía a coger un segundo.

—No los he hecho yo.

—¿Cuándo los has comprado?

—Mientras dormías he ido a correr a Tuileries, como todos los días, y a la vuelta me he pasado por mi panadería habitual.

—Prométeme que me traerás más de estos cada día.

También había traído *macarons*, unas galletas de colores muy típicas de allí, aunque nada que ver con los cruasanes.

Cuando acabamos de desayunar, me dirigí al lugar que más me gustaba de la casa, y de nuevo me quedé embelesada mirando la Torre Eiffel. Mattew no tardó en acompañarme en la balconada.

—¿Sabías que se construyó por motivo de una exposición con la idea de derribarla a los veinte años?

—Menos mal que no le hicieron caso al idiota que lo pensó.

Lo escuché sonreír y prosiguió.

—Durante la segunda guerra mundial, Hitler también intentó derribarla cuando los franceses le impidieron subir cortando los cables de acero de los ascensores. Se negó a subir a pie y, como represalia, mandó destruirla. Por suerte, sus hombres desobedecieron sus órdenes.

Nunca me había gustado la historia, odiaba esa asignatura, pero escuchar aquellas anécdotas de él, entre sus brazos y con aquellas vistas, hicieron que quisiera saber de todo de cuanto veía.

—¿Qué hace ahí esa noria? —pregunté señalando una enorme, que se interponía entre la Torre Eiffel y nosotros.

—Llevan tantos años poniéndola, que es ya casi un símbolo más de la ciudad. ¿Ves que está junto a una plaza? —Asentí y él continuó explicándome—. Es la *Place de la Concorde*, o Plaza de la Concordia, desde donde se erige la *Avenue des Champs-Élysées*, o Avenida de…

—¿Los Campos Elíseos?

—Sí.

—¿Dónde el tour?

—Exacto. Es la avenida más famosa de todo París, y allí al fondo es donde está el…

—Arco del Triunfo —lo interrumpí, sorprendiéndolo de nuevo, a juzgar por cómo me miraba —. He hecho los deberes —afirmé guiñándole un ojo.

Tuve que aprobar con buena nota porque me abrazó con más fuerza y me regaló un corto, aunque tierno beso.

—El *arc de Triomphe de l'Étoile*, o de la Estrella, es el arco del triunfo más famoso de los tres que se erigen en París, y representa las victorias del ejército bajo las órdenes de Napoleón.

—El amigo de mi padre —me mofé.

—Ese mismo —reconoció entre risas—. Un dato curioso es que los tres arcos están en línea recta. Mira —dijo señalando hacia la izquierda—, allí está el primero, el *arc de Triomphe du Carrousel*, conocido como el arco del Carrusel; el siguiente es el arco del Triunfo —indicó de nuevo a la derecha—, que está en el centro de los otros dos, y el tercero es el *Grande Arche de la Fraternité*, conocido como el arco de la Defensa o el Gran Arco, que se encuentra en el distrito financiero de la *Défense*, a las afueras de los veinte distritos de la ciudad.

—¿Aquí también tenéis distritos como en Zaragoza?

—Sí. Aunque allí los diferenciáis y los llamáis por su nombre, aquí lo hacemos por números, hasta un total de veinte. Sí, ya sé que no es muy original —se apresuró a justificarse—, pero es lo que hay.

—¿En qué distrito nos encontramos?

—En el uno.

—Eso suena a antiguo…, como tú —añadí divertida, ganándome uno de sus maravillosos bocados en el cuello—. Háblame de la plaza de la noria —le pedí para que dejase de hacerme

cosquillas.

—La plaza de la Concordia es un símbolo inconfundible de nuestra historia. El obelisco que ves en el centro con punta dorada es el obelisco de Luxor, fue un regalo de un virrey de Egipto. Antiguamente, se llamaba plaza de la Revolución, y fue escenario de muertes bajo la guillotina, incluidas la de María Antonieta y Luis XVI.

—¿Quieres decir que en esa plaza murió gente?

—Miles de personas, a decir verdad.

—Ya no me gusta esa plaza.

—Pero si ahora simboliza...

—¿Qué parte de «no me gusta» no entiendes? —defendí—. No quiero que me lleves ahí.

—Una pena, porque pilla de paso para ir a muchos lugares a los que quiero llevarte, como… la *tour Eiffel* —justificó risueño.

—Bueno, si no hay más remedio, puedo hacer una excepción —claudiqué frunciendo el ceño y torciendo el morro.

—Solo por verte esa cara, procuraré pasar por allí cada vez que la ruta me lo permita —dejó caer partiéndose de risa.

Por mucho que el franchute me pusiera, no se libró del codazo que le di en todas las costillas.

***

—¿A dónde vamos? —le pregunté a Mattew al cabo de media hora, al ver que caminábamos calle arriba, en dirección contraria a la Torre Eiffel.

—A por mi moto.

—¿Eres motero? —cuestioné con asombro. Descubrir que tenía un lado macarra me sorprendió y me excitó a partes iguales.

—El tráfico de aquí es superior al de otras ciudades de Europa, así que los transportes que más usamos son el metro, las bicis y, por supuesto, las motos.

—Me gusta tu elección —admití dispuesta a conocer su parte más gamberra.

—Aquí es —anunció al cabo de un rato, frente a un portal azul.

Según me había indicado, aparcar en París era muy complicado, y las plazas de aparcamiento en aquella zona tenían lista de espera de tres años, por eso la suya estaba tan lejos del apartamento.

La mandíbula casi se me desencajó al adentrarnos y ver ante la moto negra ante la que se había detenido.

—¿Una Scooter? —cuestioné borrando de un plumazo la imagen macarra y sexi que me había imaginado.

—Es la más usada aquí. ¿Qué esperabas? —cuestionó abriendo el maletín y entregarme uno de los dos cascos que acababa de sacar.

—Nada. Es solo que…

—¿No te parece lo suficientemente… masculina?

Que me hiciera aquella pregunta mientras se subía a la moto, se colocaba el casco, se ponía las Rayban y me regalaba una endiablada sonrisa, modificó mi respuesta.

—Ahora sí —confesé haciendo lo mismo que acababa de hace él.

Subidos a la moto, y agarrándome a él para no caerme y de paso aprovecharme de lo bueno que estaba, salimos del edificio y nos dirigimos calle abajo, hasta volver a encontrarnos con el Jardín de las Tullerías. Como era obligatorio girar a la derecha, no tardamos en encontrarnos con la noria y la plaza que había bautizado como la de la Discordia. Su fuente era preciosa, pero no podía olvidar el horror que se había vivido allí, y pronto me centré en la avenida de los Campos Elíseos, por la que Mattew condujo hasta llegar al arco del Triunfo.

París fue construida para que sus edificios tuviesen casi el mismo aspecto, con fachadas en color beige y los tejados azules oscuro. Embeberme de aquella arquitectura y pasear por la ciudad de la luz consiguió emocionarme. Aquel lugar desprendía magia, y solo estando allí pude reconocer la majestuosidad y el valor que tenía.

Pero cuando aparcamos y llegamos a los jardines de Trocadero, supe que aquella ciudad me había conquistado para siempre. Las vistas desde allí hacia la Torre Eiffel me dejaron sin aliento. De cerca era aún más grande de lo que esperaba. Aunque fue su solemnidad la que me conmovió.

—¿Preparada para subir? —me preguntó.

Con una sonrisa de oreja a oreja, asentí y me dejé guiar por él hasta los pies de la torre. Tras media hora haciendo cola, mucha menos que la de los miles de personas que debía haber allí, por fin nos adentramos en el ascensor. Sentí la adrenalina que me provocaba estar viviendo aquel momento y me aferré al brazo de Mattew.

Él me guio hasta el primer piso, donde hicimos nuestra primera parada. Después hicimos otra en el segundo, hasta que por fin llegamos al tercero. Desde allí, pude comprobar por mis propios ojos que París era aún más bonita desde las alturas. Mattew me señalaba y me indicaba orgulloso dónde estaba su apartamento y qué era cada edificio. Yo lo escuchaba embobada, sintiendo que aquel era el lugar donde quería estar. Junto a él. Y con la ciudad de París bajo nuestros pies.

Había pasado toda la vida influenciada por lo que opinaba mi padre y sus antepasados de aquel país, pero su capital era lo más hermoso que había visto jamás. Nunca hubiese imaginado vivir lo que sentí en aquel momento, como tampoco que un error me daría la oportunidad de experimentar la experiencia más bonita de mi vida.

Sin darme cuenta, giré la vista hacia él. Había dejado incluso de oír su voz porque, por primera vez, quise escuchar al que bombeaba con fuerza bajo mi pecho. Mattew había conseguido sobrepasar una barrera que hasta entonces mantenía a salvo. Solo él había logrado

atravesar aquella coraza que nunca creí tan débil como en aquel momento. Y fue entonces cuando lo supe. Supe que lo que me unía a él, aunque nuevo para mí, comenzaba a coger fuerza dentro de mí. Era tan bonito como temido. Me asustaba el hecho de no poder controlarlo, algo que ni siquiera la ciencia había logrado. Pero más aún el hecho de separarme de él cuando acabase el intercambio.

—Abrázame —le pedí en un susurro, cortando en seco sus palabras, a las que había dejado de oír desde hacía un buen rato.

—¿Estás bien? —Se preocupó al estrecharme entre sus brazos.

—Sí, tranquilo —mentí.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos allí. Pero sí de refugiarme en su calidez. Sabía que las rencillas ya solo formaban parte el pasado, sin embargo, necesitaba sentirme bajo su cobijo para afrontar la incertidumbre que me provocaba el presente y nuestro más cercano futuro.

Capítulo 24

Habían pasado tres días y aún seguíamos como dos malditos adolescentes. Lo más que habíamos hecho era enrollarnos, porque siempre que llegaba el momento de ir un paso más allá, Mattew se encargaba de poner cualquier excusa para no hacerlo. En más de una ocasión intenté hablarlo con él, aunque también acababa dándome largas. Tanto es así, que se las ingenió para mantenernos ocupados visitando hasta el último rincón de París.

Uno de esos días fuimos a *Disneyland*, donde disfruté como una enana, sobre todo en el Space Mountain, en el laberinto de Alicia, en las cuevas de Piratas del Caribe y con el desfile de las siete de la tarde. Pero llegamos tan cansados al apartamento que nos fuimos directos a dormir. Si su objetivo era agotarme, debía reconocer que el plan le estaba saliendo a las mil maravillas.

Pasear en moto por París era una pasada. Habíamos hecho parada en los lugares más emblemáticos y conocidos de la ciudad, como Notre Dame y su kilómetro cero, o *Shakespeare & Co*, la librería más famosa del mundo, donde compré un par de libros de literatura anglosajona y donde dejamos, en uno de los rincones que tenía para ello, una nota en la que rezaba, que Maica y Mattew han estado allí, todo ello dentro de un corazón. También visitamos el romántico y majestuoso Palacio de la Ópera y Los Inválidos, donde descansaban los restos de Napoleón, según se decía, bajo siente sarcófagos de distintos materiales y tamaños. Yo no sabía si era cierto o no, pero por si acaso le hice una foto para dedicársela y enviársela a mi padre.

En *Montmartre* pasamos una tarde entera visitando la Basílica del *Sacré-Coeur* y nos hicieron un retrato a pastel en la famosa plaza de *Tertre*.

Mattew quiso mostrármelo todo, y me enseñó otros rincones, plazas, jardines y lugares encantadores desconocidos para la mayoría de turistas. Debía admitir que descubrir una ciudad como París, a través de los ojos de un parisino, era todo un privilegio. Viví cada momento al máximo e hice infinidad de fotos, la mayoría divertidas, pero también otras, robadas, en las que solo salía él. Esas las guardaría en un lugar privilegiado.

Mattew estaba consiguiendo que me enamorara de París. Incluso de su idioma, del que empezaba a aprender un poco. Aquella ciudad no era la misma sin su acento, aquella pronunciación tan característica que ahora me parecía la más romántica y sensual del mundo.

Estaba viviendo un auténtico sueño, era consciente y me sentía afortunada por ello. Pero Mattew aún no me había concedido la oportunidad de conocer lo que más ansiaba. A él.

Una noche, después de cenar en un *bistrot*[10] al que él solía ir con sus amigos, y a los que pronto iba a conocer, según me había asegurado, volví a intentar sacar el tema.

—Cuéntame más cosas —le pedí.

París seguía despierta, y los dos paseábamos por sus calles, abrazados de camino a casa.

—¿Sobre qué?

—Sobre curiosidades vuestras —respondí para no ir directamente a donde quería llegar—. Tú ya sabes mucho de las nuestras; además, conoces a Eloy desde hace años.

—Sí, eso es cierto. A ver, déjame pensar…, los miércoles los niños no tienen clase.

—¡Ay va! —solté imaginando a Curro la alegría que eso le daría.

—Los locales de aquí cierran mucho antes que los vuestros.

—Es que somos únicos para la fiesta, ya lo sabes —respondí con orgullo.

—También es cierto. Los días que hace sol —continuó—, que no son muchos, aprovechamos para salir a la calle.

En aquel momento me vino a la mente las numerosas veces que mi padre nos había hablado de ello, asegurándonos que en París llovía incluso más que en Londres. Por no hablar de las que había despotricado acerca de Disneyland, que debió instalarse en España, tal y como quería el propio Walt Disney.

—¿Por qué hay tantas lavanderías? —le demandé recordando que había visto muchas por toda la ciudad.

—Porque la lavadora se considera un lujo por la falta de espacio de los apartamentos.

—No será en el tuyo —murmuré.

—Maica, ya te dije que el mío era de mi abuela. De no haberlo heredado, te aseguro que viviría en uno mucho más pequeño, como la mayoría de jóvenes parisinos.

—Pero tú no eres como los demás —me atreví por fin a confesar.

—No sabes las veces que he deseado que no fuese así.

En su tono había cierta melancolía, y me giré para mirarlo.

—Háblame de ti, Mattew.

—Soy francés, trabajo en uno de los edificios del distrito de la *Défense*…

—Sí, banquero y franchute, justo lo que mi padre quería para su hija.

—Ni a caso hecho me hubiese salido mejor.

Ambos sonreímos.

—A veces creo que no eres como yo —confesé al cabo de un rato.

—¿Qué quieres decir?

«¡Joder! ¿Acaso no lo sabe? ¡Si hasta la escalera de su edificio está cubierta por una alfombra!».

—No sé… Es que eres diferente a todos los que he conocido.

—¿Has conocido a muchos? —inquirió con cierta tensión.

—¿Acaso eso importa?

—A mí sí.

«Sí, claro, y por eso me tienes como una gata en celo».

—Yo nunca te he preguntado con cuántas has estado —defendí.

—Ya.

—Espera —demandé deteniéndome y volviéndome hacia él—. ¿Por eso no quieres acostarte conmigo? Porque ¿crees que he estado con muchos y no te merezco?

—No, por supuesto que no —se apresuró a responder.

—Entonces, dime por qué.

—Es complicado —respondió llevándose una mano a la nuca.

—Tú eres quien lo complica; Mattew. Llevo tres días en París y aquí estoy, a dos velas, sin un motivo que lo justifique.

—¿Acaso crees que está siendo fácil para mí?

—Pues explícamelo. Sé que me deseas y no…

—¿Desearte? —me interrumpió abrazándome el rostro—. Te deseo como no he deseado a nadie en esta jodida vida, Maica. Lo llevo haciendo desde el primer día en que te vi.

El corazón me latía desbocado bajo el pecho. Tal vez mi atrevimiento empeoraría aún más las cosas, pero necesitaba una respuesta y estaba dispuesta a todo para conseguirla.

—¿Y entonces por qué te reprimes? ¿Por qué nos niegas esto?

—No quiero hablar de esto ahora —se negó soltándome y retomando la marcha.

—¡Pero yo sí! —grité para que se detuviera—. ¡Dímelo, maldita sea!

—¡Porque me importas demasiado, joder! —masculló volviéndose hacia mí.

—¿Y por eso nos castigas a ambos?

—Siempre me ha costado confiar en la gente y necesito tiempo para…

—Y no confías en mí —susurré rota en pedazos, alejándome de él.

Pero él me alcanzó, acogiendo de nuevo mi rostro entre sus manos.

—Es en mí en quien no confío —aclaró clavándome su mirada—. Cada día que paso a tu lado me cuesta cada vez más aceptar la idea de que pronto te apartarás de mí. Y temo que al dar ese paso el dolor sea insoportable.

Me quedé sin aliento. Todo cuanto había dicho era como yo me sentía cuando me detenía a pensar en lo que había nacido entre los dos. Apenas tenía experiencia en lo referente a las relaciones de pareja, y mucho menos a los sentimientos. Pero sí, yo compartía sus mismos

temores, porque lo que había entre ambos era más fuerte que nosotros.

—Lo siento, siento habernos hecho daño.

—Yo también —balbuceé al borde del llanto.

Noté sus labios sobre los míos y todos mis temores se esfumaron de repente.

—*Je t'aime, ma petite* —susurró en mi boca.

—¿Eso es lo que creo que es? —demandé con un nudo en la garganta.

—Sí, mi pequeña. Te quiero. No he sido consciente de ello hasta este instante, pero ahora lo sé. Te quiero. Y solo espero que me des la oportunidad de demostrártelo como mereces.

Le hubiese concedido la luna de habérmela pedido.

—Tienes todo el permiso del mundo, Napoleón —musité curvando mis labios todo lo que daban de sí.

Mattew volvió a besarme abrazándome con fuerza. Y cuando me quise dar cuenta, mi rodilla se había doblado y mi pie se elevaba en respuesta a aquel beso en una calle perdida de París.

Capítulo 25

Como una prenda ajustada se ceñía a un cuerpo, mi vista se acostumbró a la penumbra de su apartamento, tan solo interrumpida por la luz que París nos concedía a través de los ventanales del salón. De pie, mientras él buscaba con el mando la música que pondría de fondo, lo aguardé impaciente. Cada célula de mi cuerpo se removía inquieta, reclamante, esperando a que su tacto calmase aquella ansiedad que solo él conseguía provocarme.

Lo vi trastear y después caminar hacia mí. No podía apartar la vista de él, ni de aquel cuerpo de infarto que tanto había deseado y que ahora se acercaba despacio, torturándome a cada paso. Su mirada era oscura, penetrante, y mi cuerpo reaccionó como lo había hecho siempre, retrocediendo ante su arrebatador influjo.

Solo tuve que bajar la vista hasta su pecaminosa boca para encontrarme con su endiablada sonrisa y saber que él disfrutaba con ello, que le gustaba arrinconarme, saberme atrapada entre su cuerpo y sus fuertes brazos contra alguna pared, tal y como había hecho desde que nos conocimos.

Excitada, esperé a que repitiera aquel gesto que habíamos hecho nuestro, que ya formaba parte de nosotros y de nuestra historia, con la salvedad de que ahora no se apartaría.

Cuando por fin me alcanzó y me tuvo a su merced, se inclinó y apresó mis labios de un modo voraz, empotrándome con fuerza contra la pared hasta provocarme un dolor placentero. Incapaz de contenerme, respondí a aquel beso con descaro, avasallando su boca sin el más mínimo pudor. Ni siquiera fuimos capaces de escuchar la música, que nuestros gemidos acallaron.

Mattew me quitó la camiseta por encima de los hombros. Su roce erizó mi piel, y busqué calor en su cálido pecho, dejando que mis irrefrenables manos desabrochasen uno a uno los botones de su camisa, para después adentrarme y acariciar aquel oasis, que él endurecía a mi paso, provocándome una ahogada sonrisa.

Mis dedos se enredaban a través del sendero que formaba el fino bello de su pecho, cuando abandonó mi boca para apresar con fiereza mi cuello, lamiéndolo y besándolo hasta estremecerme. Cerré los ojos dejando que aquella explosión de sensaciones marcara mi erizada y ansiosa piel, estrujando su nuca y sintiendo las caricias que su corto pelo me producían en la

palma de la mano.

Noté sus dientes clavarse en mi cuello y cómo su impúdica lengua se apresuraba a calmar el excitante dolor con tiernas caricias que me arrancaron un grito de placer. Lo que me estaba haciendo sentir era nuevo para mí, y jadeé en su oído cuando sus manos apresaron mis pechos, que él había desnudado sin que me diese cuenta. Ávida de sus caricias, arqueé la espalda para darle más espacio y ofrecerle mis senos de modo incondicional, mientras mi cadera buscaba su miembro, que empujaba con fuerza bajo el pantalón.

Gemí al sentir su ardiente saliva bajar por mi clavícula hasta alcanzar a uno de mis pechos, que besó y mordió como había hecho un instante antes con mi cuello. Noté cómo me ardía la piel, invadida por un excitante calor que me arrancó un sonoro y profundo jadeo.

—Eso es, déjalo ir —murmuró justo antes de apresar mi pezón entre sus dientes.

Por primera vez en mi vida no sentí vergüenza y me permití complacernos a ambos con atrevidos resuellos que liberaban el placer que él me provocaba. Mi clítoris palpitaba con fuerza bajo mi fino tanga de tela de algodón, cuando mi pantalón empujaba y friccionaba contra el suyo con ansia, con codicia, restregándose y masturbándose con su caliente y dura entrepierna.

De pronto vi cómo el techo se aproximaba más a mí cuando me levantó y me llevó a horcajadas hacia su dormitorio, hasta dejarme tumbada sobre la cama. La luz que entraba por la ventana me permitió ver cómo se desnudaba frente a mí, raudo, con la misma urgencia con la que mi cuerpo lo reclamaba mientras me desvestía como él. Se abalanzó sobre mí apresando de nuevo mi boca. Impaciente, acogí sus labios escuchando cómo él trasteaba con una mano en la mesita de noche. Apenas le llevó tiempo protegerse y cubrirme con su descocado cuerpo.

—No sabes lo que te haría —jadeó con voz ronca.

Me abrí de piernas para recibirlo, para concederme el deseo que tantos días había anhelado y que me moría por acoger. Jadeé con solo notar la punta de su miembro abrirse camino en mi interior. Lo sentía húmedo, ansioso como lo estaba cada fibra de mi ser, y abrí los ojos en busca de los suyos. Me aguardaban expectantes, observándome con oscuro deseo, llenos de promesas que no tardó en concederme, penetrándome hasta lo más profundo, embistiéndome con movimientos fuertes, creando un ritmo propio, invadiendo por completo las paredes de mi interior. Nunca había sentido algo así, y me aferré a su espalda, clavando mis dedos como garras a su presa.

—Dame tu placer —me exigió con voz ronca y jadeante.

Lo que sentía era tan intenso, que obedecí al instante su petición, dejándome ir por un devastador orgasmo. Gemí sin pudor, permitiéndome ser libre como nunca antes para hacerlo, y él respondió penetrándome aún con más fuerza. Sentía su miembro dentro de mí, palpitante, anhelante hasta alcanzar también el clímax. Quería todo de él y, sintiendo su bombeo durante la expulsión, contraje mi parte íntima para acoger aquel placer que nos había concedido a ambos y

que él selló apresando de nuevo mi boca.

Cuando nuestras respiraciones lograron calmarse, y nuestros cuerpos empapados en sudor reclamaron nuestra atención, Mattew salió de mí y, tendiéndome la mano, me invitó a darnos una ducha juntos. Acepté al instante y, de un solo tirón, me levantó de la cama hasta colocarme frente a él.

—Quiero que sepas que jamás olvidaré esto —susurró.

—Tranquilo, Napoleón, que ahora que conozco tus buenas partes pienso repetirlo hasta que te lo grabes a fuego —aseguré rebasándolo de camino al baño.

Mattew me alcanzó entre risas y, tras darme un cachete en el culo, me abrazó para arrastrarnos juntos hacia la enorme ducha.

¿Qué más podía pedirle a París?

Capítulo 26

—¿Me vas a decir ya a dónde vamos? —le pregunté aquella tarde desde el dormitorio de invitados, mientras buscaba un vestido blanco que, según él, debía ponerme.

Pese a haberme mudado a su cuarto desde hacía varios días, había dejado mi ropa allí para tener más espacio.

—¡Es una sorpresa! —respondió desde algún lugar de la casa.

—Tú y tus misterios —murmuré entre dientes.

—En el fondo te gustan.

Al sentir su voz detrás de mí, me giré para mirarlo. Estaba apoyado en el marco de la puerta, sonriéndome con cara picarona. ¡Joder, por más que lo mirase, nunca me hartaba de hacerlo! Atraída como un imán, me acerqué a él y lo abracé por la cintura.

—Me gustas más tú —confesé en un susurro.

Había superado el hecho de que me había vuelto adicta a él, y no me corté en ponerme de puntillas para besarlo.

—Démonos prisa o no llegaremos a tiempo —advirtió, apartándose de mí, en dirección al armario.

—No vas a decírmelo, ¿verdad? —cuestioné retomando la búsqueda a su lado.

—Prefiero que lo veas con tus propios ojos.

—Sí, no se lo digas a nadie, pero suelo usarlos cuando quiero ver algo —me mofé, ganándome un cachete en el culo—. ¡*Auuuu*!

—Esos modales, jovencita.

—¿Los míos? —cuestioné, revolviéndome hacia él.

—Un palo de vez en cuando no viene mal; a los niños hay que enseñarles desde bien pequeños.

—Así que soy una niña para ti —recalqué provocándolo. Si quería juego lo iba a tener—. Eso no es lo que decías anoche —le recordé.

Desde que Mattew y yo diésemos ese paso, apenas lográbamos levantarnos de la cama. Habíamos abierto la caja de Pandora y, junto con las visitas que hacíamos a los puntos más

relevantes de la ciudad, me sentía agotada. Aunque más feliz de lo que me había sentido jamás.

—¿Qué pasó anoche? Refréscame la memoria, que ando escaso —bromeó.

Conocía aquella media sonrisa, y sabía lo que presagiaba.

—Claro, suele pasar. A ciertas edades los lapsus son algo habitual. Si quieres, puedo recetarte algo.

—¿Ahora eres doctora?

—Soy química, pero ya veo que lo has olvidado. ¡Dios mío, dos lapsus seguidos! Estás peor de lo que creía —me burlé tocándole la frente haciendo ver que tenía fiebre.

Sabía que me estaba ganando otro cachete, aunque tenerlo como amante y compañero de juegos merecía la pena arriesgarse.

—Tú me pones malo —gruñó devorándome con la mirada.

—Perdona, bonito, pero que seas un viejo franchute no es mi culpa —dije justo antes de salir corriendo hacia el pasillo.

Lo escuché salir tras de mí y aceleré el paso, corriendo de un lado a otro. Nuestros pies descalzos golpeaban contra la madera del suelo, retumbando por todo el apartamento. Al llegar a la zona de la cocina lo sentí aún más cerca y supe que no tardaría en pillarme.

«¡Coño, tanto apartamento y no tengo donde esconderme!».

Al salir por la otra puerta, me fui en dirección hacia el baño principal, pero en mitad del pasillo, Mattew logró alcanzarme.

—¡Suéltame, vejestorio! —grité partiéndome de la risa cuando cargó conmigo sobre su hombro.

—Este vejestorio te ha pillado, jovencita —celebró llevándome hacia su dormitorio.

—Solo porque llevas ventaja al conocer la casa más que yo.

Al llegar a la habitación, me dejó caer de forma literal sobre la cama, para después tumbarse sobre mí. Su mirada pecaminosa no ocultaba sus ojos llenos de deseo.

—¿No decías que llegábamos tarde?

—Pediré que nos guarden el sitio —argumentó atrapándome el cuello.

—¡Caballero, por favor, compórtese! Una bella dama como yo no debe consentir este tipo de acoso —fingí escandalizarme, mientras intentaba en vano apartarlo.

—Cuanto más te resistes, menos pienso en hacerlo —jadeó con voz ronca.

«Ya verás, si al final no vamos a ningún sitio».

—Estás enfermo, ¿lo sabías? —advertí con un gemido, al sentir su mano abriéndose paso en mi entrepierna.

—Tú eres mi enfermedad —defendió sin intención alguna de detenerse.

—Pero también soy tu cura —rematé rindiéndome una vez más a un nuevo y excitante encuentro.

***

Cuando por fin pude retomar mi búsqueda frente al armario y vestirme de blanco, tal y como él me había pedido, volví a sentirlo detrás de mí.

—Pocas vistas son mejores que esta.

Sonreí al escucharlo, y me volví al terminar de calzarme.

—¡Ay va! —solté al verlo.

De entre todas las vistas que había visto de París, aquella era sin duda la que más me gustaba. Mattew iba impecable, vestido de un blanco impoluto, con bambas a juego y un sombrero Panamá.

—Estás preciosa —me dijo él a mí, mirándome de arriba abajo.

—Le dijo el bello a la bestia —ironicé al sentir que proponerme alcanzar su perfecta elegancia era un imposible.

—¿Es así como te ves? —cuestionó divertido.

—Es difícil no verse así a tu lado.

—Creo que tienes razón. —Torcí el morro al momento porque una cosa era que lo pensara yo y otra muy distinta que lo confirmase él—. Y deja de pensar lo que no es —añadió como si me leyera el pensamiento—. Lo digo porque te falta algo.

—Sí, un hada madrina con una varita mágica.

—Lo segundo lo tengo.

«¡Será vanidoso!».

—Date la vuelta —me pidió.

Intrigada, me giré sin saber qué me esperaba. Fueron varias cosas las que se me pasaron por la mente cuando lo sentí recogerme el pelo, pero todas ellas se disiparon al notar que me colocaba un collar, del que colgaba algo frío.

—Ahora estás perfecta —susurró dejando caer el pelo sobre mi espalda.

Sorprendida y sin dejar de tocar aquello que enfriaba mi piel, me volví hacia él con el corazón retumbándome bajo el pecho.

—¿Cómo es… posible? —balbuceé.

Era el candado de la fiesta, de nuestra última noche en Zaragoza.

—Te vi tirarlo al suelo, y lo cogí antes de salir tras de ti. Al llegar aquí, mandé que lo arreglaran.

Me quedé sin aliento. Era el detalle más bonito que nadie hubiera tenido conmigo, y no supe qué decir.

—Yo… yo…

—Lo sé. No necesito que lo digas.

Por alguna extraña razón, aún no había sido capaz de expresarle lo que realmente sentía por

él. Mattew se había abierto conmigo, me había confesado que me quería, incluso en ambos idiomas. Sin embargo, yo todavía no lograba que aquellas palabras saliesen de mi boca. Y no porque no lo sintiera, pues todo mi ser reaccionaba cuando él estaba cerca.

Los días que llevaba en París estaban siendo los más felices de mi existencia, y todo se lo debía a él. Toda mi vida había tenido la falsa creencia de que nada me uniría a aquel lugar, a aquella ciudad que acogía a millones de turistas cada año y que era testigo de innumerables declaraciones de amor.

París era la Ciudad de la Luz, la manifiesta representación de lo antiguo conviviendo con lo moderno en perfecta armonía. Era el dorado ensalzando lo oscuro y puentes de piedra acogiendo coches de lujo. Era historia del pasado donde las parejas sellaban su futuro. Era el sonido de un acordeón, el olor a baguette o a cruasán recién hecho. Era un sorbo de vino y un trozo de queso junto al río.

París era Mattew. Y Mattew era París.

—Gracias —susurré agradecida por el regalo y por no presionarme.

—Ha sido un placer —respondió con orgullo, dándome un corto beso.

—¿Puedo preguntarte por la llave?

—No lo abre, pero la guardo en un cajón de mi dormitorio.

—Hubiese sido demasiada casualidad, ¿verdad?

—Lo cierto es que sí. Aunque lo importante no es lo que abre, sino lo que no abre.

—¿Qué quieres decir?

—Maica —susurró abrazándome por la cintura y atrayéndome hacia él—. No quiero que nadie pueda abrir ese candado. Y sí, a riesgo de que creas que soy un anticuado, un vejestorio e incluso algo machista, debes saber que te siento mía, y que no pienso compartirte con nadie. Mientras esté cerrado, sabré que es así y que tú piensas lo mismo.

El corazón me dio un vuelco. Nunca había creído en el amor, y a su lado estaba descubriendo lo engañada y equivocada que había estado hasta entonces. Quería confesarle lo que sentía, atreverme a decirle que aquella estúpida fiesta se había convertido en un referente para mí, que aquel candado lo llevaría siempre conmigo y que lo mantendría cerrado por los dos.

Sin embargo, no me atreví a nada de eso, y solo pude abrazarme a él con todas mis fuerzas.

—Me estás estrujando, y vamos a llegar tarde —me apremió.

—Me da igual —ronroneé frente a su pecho.

Lo escuché sonreír y una corriente cargada de felicidad me recorrió todo el cuerpo.

Capítulo 27

Ya en la calle, con una cesta de mimbre y dos sillas plegables en las manos, supe cuál era el plan. La mayor afición de un parisino era el pícnic, o *pique-nique*, como ellos lo llamaban. Habíamos hecho uno el día que fuimos a la playa —un lugar destinado a orillas del Sena durante el verano —, aunque me sorprendía que hubiese escogido hacerlo de noche.

—Pensaba que en el puente de las Artes se sentaban en el suelo —comenté al recordar que era allí donde se reunían los jóvenes. Aunque íbamos de blanco y con sillas, y algo no encajaba.

—No es allí donde vamos, sino al mejor pícnic que se ha hecho jamás. Y mi favorito.

Al instante provocó mi curiosidad.

—¿Cuál es?

—*Le Dîner en Blanc*.

—¿La cena en blanco?

Había oído hablar de ella, en Zaragoza llevaban unos años haciéndola, aunque Zipi y yo nunca nos habíamos decidido a ir.

—Exacto —aclaró—. El evento se suele celebrar un jueves de junio, pero este año, por motivos de seguridad, lo han atrasado. Y será esta noche.

—Háblame de ella —le pedí curiosa.

—Verás, se trata de un pícnic clandestino, el más masivo al que he asistido, que reúne a miles de personas, y al que llevo años teniendo el honor de ser invitado. —El hecho de que fuese algo secreto me atrajo aún más—. Los organizadores informan a los inscritos de la fecha y la hora, pero no el sitio —continuó—. Cada año se celebra en un lugar distinto y abierto de la ciudad, para así no darle tiempo a las autoridades de impedirla, pues está prohibido celebrar una cena multitudinaria, pero no un día de campo improvisado.

—¿Y cómo sabéis a dónde hay que ir?

—Cinco minutos antes de la hora prevista, todos los que estamos inscritos recibimos un *email* indicándonos el lugar exacto.

—Doy por hecho que ya lo has recibido.

—Justo antes de salir —aclaró—. Los chicos también vienen.

«¡Ahí está la sorpresa!».

Pese a que sabía lo importante que era para él, y que por mi parte deseara que llegase aquel momento, me sentí algo inquieta.

—No te mentiré diciéndote que es algo que no me intriga —confesé.

—Te caerán bien.

—Si es que los entiendo —apunté.

—¿Aún no sabes que tienes un traductor personal? —cuestionó alzando las cejas.

«¡Dios, incluso disfrazado de orangután, me pondría!».

—Bueno, estudiaré entonces la forma de pagarte —bromeé siguiéndole el juego, ganándome su increíble sonrisa.

Por el camino nos cruzamos con más gente vestida también de blanco que caminaba en la misma dirección. Todos iban muy bien arreglados, y me alegró saber que la flor que había cogido del apartamento de Mattew para adornarme el pelo no desentonaría.

Cuando por fin llegamos al destino, comprendí por qué había insistido en ir. Cientos, miles de personas vestidas de blanco y guiadas por los organizadores, se colocaban y llenaban la plaza Vendôme, un lugar exponente del lujo que acogía las joyerías y tiendas de moda más prestigiosas de París, y el hotel Ritz, entre otros.

Los amigos de Mattew nos aguardaban en la puerta de la Boutique Chanel Joaillerie. Eran dos chicos y dos chicas, todos ellos de pelo oscuro, excepto una rubia que, al instante, me hizo saltar las alarmas. Su forma de saludarlo despertó mi hasta entonces dormido radar, y supe que entre ellos había habido algo.

Dominique, el más alto de los cuatro, estaba casado con Carine. Gaspard, el más bajito de los tres, estaba soltero. Mattew me había hablado mucho de ellos, aunque no tanto de Daniéle, la rubia, y ahora intuía por qué.

Durante la cena me convertí en el centro de atención. Todos querían saber acerca de mí, de dónde era, a qué me dedicaba y un sinfín de cosas más, que Mattew se encargó de traducir. Eran muy simpáticos y me acogieron como a una más del grupo, excepto Daniéle. Como había predicho, apenas entabló conversación conmigo, pues andaba demasiado ocupada en ponerle ojitos a Napoleón, insinuándose a la menor ocasión, con cada sorbo que daba a su perfecta copa de vino.

«Si por mí fuera, te tragabas esa copa, cristal incluido».

Mattew no parecía darse cuenta de nada, y eso me enfurecía aún más. Montar un espectáculo el primer día de conocer a sus amigos no entraba en mis planes, pero el descaro de la pija rubia me estaba llevando al límite.

De pronto, un grupo de música que había al otro lado de la plaza comenzó a cantar, y todo el mundo enloqueció, librando a la rubia de mis sádicos planes.

—Hora del baile, *ma petite* —me anunció Mattew, entregándome una de las dos bengalas que llevaba en la mano.

Sus palabras me devolvieron la sonrisa y aún más cuando, bajo miles de bengalas chispeantes que todo el mundo alzaba y movía al ritmo de la música, Napoleón, mi Napoleón, me agarró por la cintura y me acercó a él para besarme de forma apasionada ante la sorprendente mirada de sus amigos, y la de estupor de la rubia.

Radiante de felicidad, me contagié de su entusiasmo hasta el momento del baile. Muchas de las canciones que el grupo interpretaba eran desconocidas para mí, aunque no me impidió disfrutar del momento, y mucho menos de Mattew. Su firmeza y seguridad a la hora de guiarme en cada paso me resultaban de lo más sexi y excitante. Sin apartar la vista de mis ojos, tras cada giro o vuelta que me hacía dar, aferraba la parte baja de mi espalda para tirar de mí y hacerme sentir su entrepierna, dominante, atrevido.

—Por fin puedo bailar contigo —susurró a escasos centímetros de mi boca.

—No sé por qué no lo hemos hecho antes —confesé.

Te fuiste de la fiesta, ¿recuerdas? —Me separó para hacerme dar un nuevo giro.

—Si la memoria no me falla, alguien pasó de mí y me ignoró esa noche —defendí al encontrarme de nuevo frente a él.

—Tampoco hubiera permitido que nadie ocupara mi lugar.

—Menos lobos, Caperucita. ¿Acaso te hubieses peleado con media discoteca?

Otra vuelta.

—Te hubiese secuestrado sin dudarlo.

—Eres un prepotente, ¿lo sabías?

Para mi sorpresa, Mattew se detuvo en seco.

—Por ti sería capaz de cualquier cosa, Maica. Puede que sea una locura. ¡Qué demonios! ¡Es una locura! Pero no importa, porque te quiero como jamás he querido a nadie.

Sentí un deseo indescriptible de confesarle que yo también sentía lo mismo, y separé mis labios, dispuesta a pronunciar por primera vez aquellas dos palabras que tanto me costaban decir. Necesitaba declararle mi amor y asegurarle que estaría ahí para siempre. Pero finalmente no pude. Mi voz se negó a salir, pese a lo mucho que lo deseaba. Pude ver en sus ojos que él lo anhelaba tanto como yo, y ante mi insólita negativa a expresarle mis sentimientos de hacerlo de forma verbal, decidí declarárselo a mi manera. Atrapé su mano con las mías y, sin dejar de mirarlo, me la llevé al pecho para que mi agitado corazón le dijese lo que yo no era capaz.

—Lo sé, *ma petite*, yo también te amo —susurró sellando aquella confesión, atrapando de nuevo mis labios.

Me aferré a su cuerpo respondiendo a aquel ardiente beso que jamás olvidaría. Sobre todo, porque, en el momento más álgido y tórrido incluso, su móvil sonó. Era una videollamada de

Londres.

—¡Hola, Zipi! —dije a través de la micro-cámara del teléfono.

Mattew me abrazaba por detrás y ambos la saludamos con la mano.

—*¡Ey, holaaaaaaaaaaa! ¿Dónde estáis, que hay tanto ruido?*

La Cherry apareció a su lado y también nos saludó.

—¡En la cena en blanco! —le grité para que pudiera oírme—. ¡Tía, tenemos que ir, es una pasada!

—*¡Es precioso!*

—¡No tanto como París! —defendí girando la cara hacia él para darle un pico.

—*¡¡Por fin!!* —celebró Zipi—. *¡Mira, Brittany!*

La pelirroja nos dio la enhorabuena, pero el ruido allí era cada vez mayor y apenas lográbamos escucharla. Y Napoleón, que estaba en todo, me animó a alejarme para poder hablar con ellas, no sin antes darme uno de sus cachetes en el culo.

Mostrándoles a las chicas una panorámica de cómo estaba la plaza, me alejé de ella, explicándoles el buen ambiente que había. Ya en un lugar más tranquilo, seguimos charlando y poniéndonos al día. Habíamos hablado en varias ocasiones, y aunque nunca les había confesado lo nuestro, me alegró poder hacerlo. Ahora me sentía mucho más segura de mi relación con Mattew y podía hablar de ello abiertamente.

Al cabo de un rato, me despedí de ellas, cuando escuché una voz que me era familiar a mi lado. Inquieta, me giré y allí estaba ella, Daniéle, enfadada y escudriñándome con la mirada. Asegurándose de que ninguno del grupo pudiese oírla, comenzó a soltar por su boca cosas ininteligibles para mí, alzándome la voz. Nunca antes había deseado tanto conocer el maldito idioma francés. No entendía nada de lo que me decía, pero era obvio por su cara y sus gestos que estaba molesta conmigo.

«Manda narices».

Intenté detenerla para que no me hablase así, asegurándole que no la comprendía, aunque de poco sirvió. Aquello pareció cabrearla aún más y, solo cuando se dio por servida, se marchó dejándome con la boca abierta. No tenía la menor idea de lo que me había dicho, y tampoco es que me importase mucho viniendo de ella.

—*¡Maica! ¡Maica!*

—¡Ostras! ¿Qué? —solté desbloqueando el teléfono al darme cuenta de que no había colgado la llamada y que era Ainhoa quien me hablaba.

—*¿Quién era esa hija de puta?*

—Una amiga de Mattew. ¿Por qué?

—*Tía, asegúrate de que nadie nos oye.*

—Me estás asustando. ¿Qué pasa? —inquirí mirando a mi alrededor para asegurarme.

—Maica, Brittany ha escuchado la conversación, bueno, yo también, pero solo ella la ha entendido. Esa tía te ha llamado de todo menos bonita, y te ha acusado de algo muy feo.

El estómago me dio un vuelco, y noté el corazón retumbándome con fuerza bajo el pecho, hasta casi hacerme daño.

—¿Qué ha dicho? —demandé, sintiendo cómo la rabia me quemaba por dentro.

—Tía, no sé hasta dónde conoces a Mattew, pero sé que, de haberlo sabido, no me hubieras ocultado algo así.

—¡Dime ya de qué coño hablas! —le exigí levantándole la voz, dejando que el miedo hablase por mí.

—Maica, esa tía ha dicho que lo único que quieres de él es su fortuna y su título nobiliario.

—¿Su qué?

La cabeza me daba vueltas, y no era fruto del champagne. Aquella sensación provenía de mucho más adentro, oprimiéndome el pecho y provocándome unas tremendas ganas de echarme a llorar.

—¡Joder! No sabes lo que siento no estar ahí contigo. ¡Tía, dime que podrás con esto!

Me quedé sin habla. Mi mente era un hervidero de imágenes, frases, escenas y episodios vividos con Mattew que intentaba asimilar y procesar para atar cabos. Su saber estar, su educación, su casa… y su indiscutible misterio que, hasta entonces, me había parecido sexi y arrebatador, ahora cobraban sentido. Me cuestioné por qué, siendo noble, se había apuntado a un intercambio de jóvenes. Él no era como nosotras, de eso no me cabía la menor duda. Pero, ¿a qué venía ocultar la verdad? ¿Era por el dinero?

—Maica, tranquilízate —me pidió Ainhoa—. *He visto cómo te mira, y estoy segura de que todo debe tener una explicación. Habla con él. Y, por favor, no hagas ninguna tontería, prométemelo. ¡Maica, prométemelo!* —insistió.

Lo hice. Le prometí antes de despedirme de ellas que lo aclararía todo. Pero no sería esa noche. No iba a darle el gusto a la rubia despechada. Como tampoco estropearía la cena en blanco o lo que Mattew y yo habíamos creado. Por algún motivo, que aún desconocía, él había decidido ocultarme muchas cosas, información que él debía contarme abiertamente sin que yo se lo pidiera. Así lo había acordado con él en su momento, y así lo cumpliría. Descifrar sus secretos no era una tarea que me competía a mí, aunque en mi mano sí estaba la de ingeniármelas para que tarde o temprano fuese él mismo quien lo hiciera.

Capítulo 28

París era Mattew, y ahora cobraba más sentido que nunca. Mientras que, en su exterior, la ciudad era pura luz, llena de magia y momentos inolvidables, bajo ella se encontraban las catacumbas, inmersas en una profunda y enigmática oscuridad de la que muy poca gente conocía sus rincones y pasadizos ocultos.

Mattew también ocultaba sus tinieblas como la ciudad, unas tinieblas que, lejos de ahuyentarme, me acercaron aún más a él. Lo conocía lo suficiente para saber que fuera lo que fuese, le hacía daño, y solo podía anhelar en lamer sus heridas, en hacerle saber que podía confiar en mí y que me tendría para lo que necesitara. Aunque debía ser él quien abriese esa puerta, pues solo así me aseguraría de que sería bien recibida y de que no me echaría de su vida para siempre.

No me lo puso fácil.

Al día siguiente, como si el destino se hubiese empeñado en hacerme la puñeta y en confabularse con los astros para fastidiarme, Mattew organizó una visita al palacio de Versalles. Estar en un lugar así, donde la ostentación con los dorados y los rojos predominaban por encima de cualquier otro color existente, con tanta historia, y habiendo sido sede de la corte de tres antiguos reyes de Francia, no fue tarea fácil. Como tampoco lo fue visitar el dormitorio de María Antonieta, asesinada en la plaza que más detestaba de París.

Fue duro no poder hablarlo abiertamente con él, confesarle todo lo que había descubierto y brindarle la oportunidad de contármelo. Me contuve muchísimo y resultó una visita extraña. Hice todo lo posible por disimular que todo estaba bien, pero algo me decía que él sabía que algo no iba bien. Mattew tenía la innata capacidad de leerme el pensamiento y de sorprenderme en más de una ocasión, y que me pillara solo era cuestión de tiempo.

Paseábamos por los enormes jardines del palacio cuando recibió una llamada. Creí que sería algo relacionado con el trabajo al alejarse para atenderla, pero al ver que su rostro y sus gestos cambiaban por momentos, supe que algo no iba bien. Ya no quedaba ni un atisbo del Mattew sonriente que me cogía de la mano mientras paseábamos y me contaba historias sobre aquel hermoso lugar, y en cuanto terminó, me acerqué inquieta hasta él.

—¿Qué ocurre?

—Nada, no tiene importancia.

Su cara decía todo lo contrario y temí lo peor.

—¿Le ha pasado algo a mi abuela? ¿Están todos bien?

Su silencio me atormentaba, estaba como ido y acabó asustándome de verdad.

—¡Mattew, por Dios, dime algo! —insistí.

—No, tranquila. No se trata de ellos. Todo está bien —argumentó volviendo en sí.

—No, no lo está. Dime qué ocurre —le imploré llevándolo a un lado para que nadie pudiera oírme.

—Era mi abogado. Debo arreglar un asunto mañana.

Ya más calmada, supe que aquella era mi oportunidad.

—¿Tu abogado? ¿Tan importante es que no puede esperar a que… me marche?

Era la primera vez que hablábamos del tema desde nuestra visita a la Torre Eiffel.

—Desgraciadamente no. Debo ir el día de mi trigésimo cumpleaños.

—Espera. ¿Mañana es tu cumpleaños? —cuestioné con asombro.

«Esto también me lo había ocultado».

—Y ¿por qué tienes que ir en el trige…, ¡coño!, en tu treinta cumpleaños?

Estaba nerviosa y no atinaba con la dichosa palabrita.

—No quiero hablar de eso ahora. ¿Te importa si lo dejamos para otro momento?

—Sí me importa —afirmé rotunda. Aunque al ver su cara, me apresuré a continuar—. Pero también sé lo que dije. No voy a insistirte ni a ponerte entre la espada y la pared, Mattew. Quiero que seas tú quien decida cuándo y cómo contarme lo que tanto te atormenta.

—Gracias —murmuró.

Había pena en su rostro y verlo me desgarró. Aún no estaba preparado, de eso no cabía la menor duda. Y si aquel no era lugar ni momento para hacerlo, pues que no lo fuera, pero no iba a permitir que aquella maldita llamada empañara el resto del día.

—¿Qué quieres para tu cumpleaños? —le pregunté retomando el paseo, como si nada hubiese pasado.

—No quiero nada —aseguró alcanzándome.

—¡De eso nada, monada! Ya se me ocurrirá algo; tú déjalo en las manos de Zape —advertí alzando las cejas y mirada picarona. Por un instante me pareció ver un amago de sonrisa en su rostro, aunque no fue suficiente—. ¡Volvamos a París y vámonos de compras! —le propuse tirando de su mano.

—Ahora mismo no me apetece mucho.

—¡A mí me apetece estamparte una de esas esculturas en la cabeza, pero no lo hago! En esta vida uno no siempre hace lo que quiere, ¿lo sabías?

—No podrías, aunque quisieras.

Al fin su semblante comenzaba a cambiar. ¡No había nada como un poco de pique para reavivarlo!

—No me pongas a prueba, franchute —advertí caminando de espaldas hacia la figura de piedra.

—¿Provocándome, *españolita*?

—Siempre, *parisinito*. Si tienes queja, el libro de reclamaciones lo tiene el Paco —solté divertida, echando a correr entre los caminos que dibujaban los diferentes setos y flores de los jardines, seguida de él.

***

El resto de la tarde la pasamos metidos en la cama hasta alcanzar la noche. Ya había visto suficiente de París y casi la conocía como la palma de mi mano. La ciudad era hermosa, hechizante, cautivadora. Pero el reloj avanzaba demasiado deprisa, y el poco tiempo que me quedaba de estar allí decidí disfrutarlo junto a él, junto a mi Napoleón.

Capítulo 29

Mattew

Como cada mañana, me levanté temprano para ir a correr. Su imagen era lo último que veía antes de salir. Me gustaba mirarla mientras dormía. Joder, era preciosa.

Mientras atravesaba Tullerías en mi recorrido habitual, solo pensaba en una cosa: ella. Maica dominaba y ocupaba la mayor parte de mis pensamientos como un maldito chip. Ella era la primera persona en la que pensaba al levantarme, y la última que quería ver al acostarme. La pequeña, mi pequeña, había sabido ganarme y robarme el corazón. El mismo que se me encogía al recordar que muy pronto dejaría de tenerla entre mis sábanas, y que ya no sería su imagen la que vería al despertar.

Tenía tanto miedo de perderla. Y sabía que ella compartía conmigo el mismo temor. No había sido capaz de expresar sus sentimientos hacia mí con palabras, pero no me importaba. Eran sus actos lo que hablaban por ella. Su mirada, su espontaneidad, su incondicional apoyo eran más que suficientes para hacerme saber que ambos sentíamos lo mismo. Todas las barreras que levanté al principio para alejarla de mí las fue derribando poco a poco, y ahora no podía concebir la vida sin ella.

Precisamente por eso, más que nunca, merecía conocer la verdad. Llevaba días meditándolo, pero nunca había encontrado el momento idóneo para hacerlo. No era su reacción lo que más temía, sino al maldito recuerdo. Habían pasado muchos años y aún seguía doliendo.

A pesar de lo que suponía para mí remover el pasado, esa mañana me decidí a dar el gran paso. En tan solo dos días se marcharía, y merecía que fuese honesto con ella.

Con la convicción de que hacía lo correcto, terminé mi recorrido antes de lo habitual. Ella seguía dormida a mi regreso al apartamento y aproveché para darme una rápida ducha. Al salir del baño, cogí el móvil para escribirle al abogado, exigiéndole reunirnos a primera hora. Cuanto antes lo hiciéramos, antes volvería a casa para estar con ella. Envié el mensaje y me quedé mirándola de nuevo. Llevaba el teléfono aún en la mano y me atreví a fotografiarla. Nos habíamos hecho cientos de fotos, miles tal vez, pero estas formarían parte de mi colección

particular y siempre las llevaría conmigo.

Mi cita con el abogado fue exactamente como las anteriores. Él me soltaba el mismo rollo de todos los años y yo le respondía con escuetos «necesito tiempo», «no es lo que quiero» y alguna que otra variante más que no había cambiado desde el fallecimiento de mis padres.

Una vez cumplida mi obligación, y con la firme convicción de contarle todo a Maica y abrirme ante ella, pasé por la panadería para comprar unos cruasanes. Me encantaba despertarla y ver la cara que ponía cuando los probaba. Habíamos convertido aquello en una rutina, y me adentré en el dormitorio decidido a ofrecerle su habitual ración de azúcar diaria. Pero para mi sorpresa, la cama estaba vacía.

—¡Maica! ¿Maica? —La llamé a voz en grito al ver que tampoco estaba en el baño.

La busqué en el cuarto de invitados, convertido en vestidor, y tampoco había rastro de ella. Miré hacia el armario y, con el corazón en un puño, lo abrí para comprobar que todo estuviera en su sitio. Dejé salir el aire en forma de suspiro al comprobar que todo estaba en su sitio.

Seguí recorriendo el resto del apartamento hasta que, casi sin aliento, la llamé al móvil.

—¿Dónde estás? —Estaba tan nervioso que ni siquiera le di tiempo a responder.

—*En París.*

En otro momento su respuesta me hubiera hecho gracia, pero aún necesitaba reponerme del susto de no encontrarla en casa.

—Maica, en serio, ¿dónde estás?

—*Te lo acabo de decir* —defendió.

—¡Dime dónde demonios estás! —le exigí.

¡Joder, ni siquiera me reconocía!

—*¡Te iba a cantar el cumpleaños feliz, pero te aseguro que ahora me lo estoy pensando!*

Su respuesta me hizo darme cuenta de que me estaba comportando como un completo idiota.

—Tienes razón, disculpa —dije soltando el aire de nuevo, llevándome la mano a la nuca—. Es que al ver que no estabas, yo…

—*Tenía que ir de compras sin ti. Aproveché que no estabas, y me he venido hasta aquí.*

—Vale, y ¿dónde es «aquí»?

—*Pues aquí, en una plaza.*

—¿Puedes ser más concreta?

—*Es que no sé cómo se llama.*

—Dime al menos qué ves.

—*Yo qué sé, pues tiendas, gente…*

—¡Maica, hablo en serio!

—*¡Ahora mismo el culo del caballo! ¿Estás contento?*

—¿Qué culo? ¿De qué demonios hablas?

—*¡Si no te gusta mi respuesta, no haber preguntado! ¡Quien dice lo que no debe, oye lo que no quiere!*

—Tienes razón. Es que he llegado del abogado y… ¿Maica? ¡Maica!

«¡Joder, me ha colgado!».

Tras los diez minutos más angustiosos de toda mi vida, en los que me rompí pensando que podría dejarme por mi estúpida actitud, apareció sonriente por la puerta cargada de bolsas. No sabía qué me pasaba, y corrí a su encuentro para abrazarla con todas mis fuerzas.

—Me vas a… romper en dos —balbuceó contra mi pecho.

—Perdona —me disculpé al soltarla, para después tomarle lo que llevaba en las manos y dejar todo sobre uno de los sillones.

—¿Qué ocurre, Mattew? Esta mañana estás muy raro.

—Tengo que llevarte a un sitio.

—No quiero ir a ninguna parte, quiero que me digas qué te pasa.

—Y te lo contaré todo, pero debemos irnos.

—Pues no pienso ir —aseguró cruzándose de brazos.

Aquella batalla la tenía perdida, pues ya había vivido en mis propias carnes que a cabezota no había quien le ganase.

—Está bien, hagamos una cosa —propuse mucho más calmado—. ¿Te parece si desayunamos juntos y después vamos a donde quiero llevarte?

—¿Y por qué no me lo puedes contar aquí? ¿Qué hay en ese lugar?

—Créeme, a nadie le cuesta más que a mí ir allí —confesé inclinando la cabeza, cerrando los ojos con fuerza.

Hacía años que no pisaba aquel lugar, pero estaba decidido a abrirme ante ella y enfrentarme a mi pasado.

—Está bien. Iremos a ese misterioso sitio…, después de desayunar.

—Gracias —susurré.

—No me las des; es el premio a la paciencia que he tenido. Te dije que tú solito vendrías a mí —dejó caer con un chasquido de lengua, que me hizo sonreír por primera vez desde que me levanté.

«Por esto y por un millón de cosas más sé que hago lo correcto y que no me equivoqué al elegirla».

Disipados todos mis absurdos temores, durante el desayuno me contó que había comprado cosas para toda la familia y para Ainhoa; desde llaveros con la Tour Eiffel hasta un delantal y no sé cuántas cosas más. Me imaginé la cara de Paco al recibir el suyo, y no pude evitar sonreír.

Cuando terminamos, y una vez aclarado que el culo del caballo que había visto era la estatua ecuestre de Juana de Arco, que según ella me confesó llamó su atención a su llegada a la ciudad,

nos marchamos del apartamento.

Conforme nos adentrábamos en el distrito VI y nos acercábamos a la mansión que era de mis padres, el corazón me latía desbocado. Apenas la había pisado desde que ellos fallecieran, pero estaba allí por una razón, y estaba dispuesto a seguir adelante.

Una vez allí, tras abrir la verja, nos adentramos en el frondoso jardín que precedía a la majestuosa fachada.

—¿Es la casa de tus padres? —Contrario a lo que pensaba, no parecía muy sorprendida.

Asentí y la cogí de la mano.

—Ven.

Nada más abrir la puerta, miles de recuerdos me bombardearon la cabeza. La escalera de mármol semicircular que había en la entrada ya no me parecía tan majestuosa ni tan grande como cuando vivía allí. Todo estaba pulcro y ordenado, aunque ni siquiera la limpieza evitó que una sensación fría me pusiera el vello de punta.

De forma paciente, Maica se dejó guiar para mostrarle la casa. Desde la piscina cubierta del sótano hasta el gran salón y las estancias de la planta superior. Estar allí me resultaba demasiado incómodo, y solo al llegar a la biblioteca me encontré con la fuerza necesaria para poder confesarme ante ella.

—No he sido del todo sincero contigo, Maica —comencé con la vista en el parqué colocado en punta Hungría, sobre el que recreaba extraños circuitos con mis coches de carreras cuando era pequeño.

Ella guardó silencio, y me animé a continuar.

—Apenas he estado aquí unas pocas veces desde que murieron mis padres. Y no porque los echara de menos, que un poco sí, sino más bien porque nunca me sentí cómodo aquí. Verás, mi familia era una de las más importantes y reconocidas de París. No había fiesta que se celebrase a la que no estuviesen invitados, ni inauguraciones a las que no agasajaran con su presencia. Tantos eran los eventos a los que asistían y a los que no podían faltar, que casi siempre me dejaban en casa de mi abuela, la *grand-mère*. Ella me crio, y es a la que le debo todo lo que soy.

Encontré comprensión en los ojos de Maica, y proseguí mi relato.

—Mis padres no eran lo que se podría decir… convencionales. Ellos eran diferentes, y ponían gran empeño en demostrarlo. Mi padre siempre hablaba del linaje familiar, de lo importante que era ocupar una buena posición en la alta sociedad y todo ese tipo de cosas. Mi madre, por su parte, era la reina de las apariencias, la que me exigía cómo debía comportarme, impidiéndome ser lo que era: un niño.

»Con el paso de los años aprendí todo lo que había que saber sobre protocolo, etiqueta y formulismos, todo ello acompañado de un exigente saber estar al que debía someterme. Mi abuela, en cambio, era la única que me permitía ser yo mismo. Ella me dejaba corretear por el

que ahora es mi apartamento sin exigencias solemnes ni ceremoniales. No quiero que pienses que fui un niño infeliz o, al menos, no del todo. Sé que a los tres les debo mucho, pero…

El nudo que se me había formado en la garganta me impidió seguir.

—Nos falta la cocina…, ¿qué tal si bebemos algo? Tengo sed —me soltó de pronto, poniéndose en pie y ofreciéndome la mano, con su inconfundible sonrisa iluminando su rostro.

Detalles como aquel eran los causantes de que me desviviera por ella. Maica siempre sabía cuándo intervenir y de qué modo hacerlo. Un gesto de cariño en el momento adecuado, una sonrisa a destiempo y una locura divertida, todo ello bañado de una incalculable generosidad, habían logrado que lo que sentía hacia ella me atravesara hasta lo más hondo.

Ni siquiera bebió del vaso que le ofrecí al llegar a la cocina. Aquella había sido una de sus ingeniosas artimañas para concederme lo que necesitaba.

Ya un poco más repuesto, y tras beberme el mío de un solo trago, retomé con mi explicación, que tanto se merecía y que me moría por contarle.

—Mi padre descendía de un largo linaje que se remontaba siglos atrás, del que no quiso desprenderse, y del que mi madre no le hubiese permitido jamás hacerlo. Él era el Vizconde Cuvier, título que ha ido pasando generación tras generación y que, pese a no significar nada ni tener valor alguno a día de hoy, siempre lucharon por preservar y no perder jamás. Para ellos era lo único que parecía importarles, hasta tal punto que quisieron dejarlo, de un modo conciso y claro, reflejado por escrito. Ellos sabían cómo era yo y, por más que lo intenté y les expliqué que todo aquello de ser noble no iba conmigo, se negaron a escucharme. Así pues, me dejaron una condición en el testamento: si quería heredar su inmensa fortuna, debía continuar con el linaje y aceptar el dichoso título de Vizconde.

»Desde entonces, cada año por mi cumpleaños, el abogado me cita para recordarme la dichosa cláusula y para que asista a la reunión anual de la ANF, la Asociación para el Bienestar de la nobleza francesa, a la que, por supuesto, me niego a acudir.

Maica continuaba en absoluto silencio. Había aguardado paciente a que le soltara toda mi retahíla, pero necesitaba que dijese algo. Lo que antes me había parecido considerado por su parte, ahora, en cambio, me estaba matando.

—Di algo, por favor —le supliqué.

—Antes me gustaría que me respondieras a unas cuantas preguntas.

—Las que quieras —me apresuré a afirmar.

—¿Cuánta gente sabe esto?

—Lo de la herencia es algo que solo saben mis amigos. Lo que siento, en cambio, solo lo sabe Eloy. Y ahora tú.

—¿Qué hubo entre Daniéle y tú?

Su pregunta me asombró tanto, que tuve que rellenar mi vaso para bebérmelo de nuevo de un

solo trago.

—Nos enrollamos hace mucho tiempo, nada serio por mi parte.

—¿La quieres?

—¡No! ¿Cómo puedes pensar eso?

—Pues ella no piensa lo mismo.

No sabía de qué iba todo aquello y necesitaba respuestas.

—¿Qué quieres decir?

—Mattew, ya sabía lo de tu título, ella misma se encargó de echármelo en cara.

Me dejó tan desconcertado que no supe por dónde empezar. Se suponía que yo iba a sorprenderla a ella, y no al revés.

—¿Qué te dijo? Quiero decir…, ¿cómo la entendiste? ¿Te hizo daño? ¡Joder!

—¿Recuerdas la llamada a las chicas en la cena en blanco? —Asentí y ella continuó—. Creí que había colgado, pero antes de hacerlo, Daniéle vino hasta donde yo estaba y me soltó todo lo que le vino en gana. Por supuesto, yo no entendí nada de lo que me dijo, pero Brittany estaba al otro lado del teléfono y nos tradujo a Ainhoa y a mí todas las lindezas que me escupió.

Podía agradecer que yo no estuviera allí delante, porque no sabía de qué hubiera sido capaz.

—¿Qué te dijo? —le pregunté cogiéndola por la cintura.

La sola idea de que alguien le hiciese daño me revolvía el estómago.

—Literalmente, que era una golfa que iba detrás de tu fortuna y de ser la nueva Vizcondesa de Cuvier.

«¡Maldita hija de puta!».

—Es estúpido pensar eso, básicamente porque no lo sabías —argumenté sin dejar de pensar que tenía una conversación más que pendiente con la que creía mi amiga.

—Pero ahora sí —aclaró Maica.

—Perdóname. Siento lo que ha pasado y el no habértelo dicho antes. Sé que no es excusa, pero ni siquiera yo quiero ese maldito título. Y antes de que me preguntes, la herencia tampoco me importa.

—Pues a mí sí me importaría —aseguró alzando las cejas, mirando cuanto nos rodeaba.

Su gesto, divertido como siempre, me hizo sonreír por primera vez desde que entramos por la puerta.

—Mejor no me digas de cuánto hablamos —bromeó.

«Solo por eso, y porque mereces saberlo, voy a hacer todo lo contrario».

—Todo el patrimonio en su totalidad asciende a casi sesenta millones de euros, incluyendo las obras de arte.

—¡Joder!

—Sí, lo sé; es demasiado.

—Pues sí, mucho, la verdad. No me extraña que no quisiera compartirte con nadie.

—Maica, ella no tiene nada que ver en esto —confesé tomándole el rostro con las manos—. Solo me importas tú y lo que pienses de todo esto.

—Pienso demasiadas cosas, y aún me pregunto por qué no me lo has dicho antes.

—Temía que esto te alejara de mí —me sinceré.

—¿Tan superficial me ves?

—¡No! No se trata de eso. No es algo de lo que me sienta orgulloso, ni de lo que me guste alardear. Además, suma: francés, banquero y encima de la nobleza. ¡Tu padre me mata!

—Ahí tienes razón.

Ambos sonreímos.

—¿Qué más dudas tienes? —quise saber, para dejar todos los miedos atrás.

—Si tienes tanto dinero…

—Lo he rechazado, ¿recuerdas?

—Cierto. Pero, estando en tu posición, con tu tipo de vida…, ¿por qué te apuntaste al intercambio?

Siempre supe que aquella pregunta llegaría tarde o temprano. Maica era muy inteligente, otra cualidad que admiraba de ella, y sabía que solo era cuestión de tiempo que la hiciera. Pero la respuesta era otro de los motivos por los que no me había sincerado con ella. No estaba preparado. Aún dolía demasiado.

—Intento ser una persona normal de mi edad, Maica. Necesitaba salir de mi ambiente y probar algo nuevo. ¿Tan extraño resulta?

—Un poco sí. Aunque supongo que, de haber estado en tu lugar, quizás yo hubiese hecho lo mismo.

—¿Estás molesta conmigo?

—En verdad no.

Su respuesta me liberó del peso que llevaba sobre mis hombros.

—¿Podemos irnos ya de aquí? —le planteé.

—Claro.

Agradecido, cogí su mano y salimos sin mirar atrás. Ardía en deseos de regresar al mundo real, a la vida que siempre había querido llevar. Junto a ella.

Me subí a la moto y esperé a que ella hiciera lo mismo, cuando la vi pararse a mi lado. Llevaba el casco puesto, pero no mostró intención de subirse. La miré extrañado, y fue entonces cuando noté su mano junto a la mía sobre el puño.

—Prométeme que ninguna otra mujer subirá aquí.

—Te doy mi palabra —afirmé con absoluta rotundidad.

La vi sonreír y sacó su móvil del bolsillo para hacer una foto a nuestras manos.

—Llevaré siempre esta imagen conmigo, como prueba de tu promesa y de lo que eso significa para los dos.

Orgulloso como nunca antes, giré el puño para dar un acelerón.

—Vámonos de aquí. Necesito hacerte mía.

Capítulo 30

Mattew

El tráfico me pareció más denso a cada metro que recorríamos. No veía la hora de llegar al apartamento y demostrarle lo agradecido que estaba por tenerla a mi lado. Una vez más había logrado sorprenderme, mostrándome que lo nuestro era real, que lo que nos unía era más fuerte, incluso que nosotros mismos.

Tenía tantas ganas de llegar, que aparqué en la misma puerta de casa y tiré de su mano para subir las escaleras de dos en dos.

—Vas a conseguir que me agote antes de empezar —se quejó al llegar al tercer piso casi sin aliento.

—Es que me muero por cumplir mi palabra —reconocí al recordar mi deseo de hacerla mía.

—Pues me temo que vas a tener que esperar.

—¿Esperar? ¿Por qué?

Mi cara tuvo que reflejar mi desesperación por el modo en que se rio.

—Es tu cumpleaños, y aún tengo que envolver tu regalo.

—¿Me has comprado algo?

—No creas que no me ha costado dar con el regalo adecuado. Pero ahora sé que he acertado.

—Si lo que pretendías era intrigarme, ¡enhorabuena! Lo has conseguido.

—Necesitaré unos minutos. ¿Serás capaz de entretenerte tú solo mientras tanto?

—Se me ocurren unas cuantas ideas —murmuré juguetón, cogiéndola por la cintura para besarla. Pero ella me lo impidió empujándome con la mano—. La tortura no es una de ellas, te advierto —me quejé al ver que se alejaba de mí.

—Me largo con esto al cuarto —anunció cogiendo las bolsas que había dejado en el sillón—. Mientras, tú ve poniéndote cómodo. ¡Y no se te ocurra venir, o estropearás la sorpresa! ¿Entendido? —advirtió señalándome con el dedo a modo de amenaza.

«Demasiado tentador para no acercarme y lamerlo».

Sin embargo, de nuevo y para mi desazón, se encargó de impedírmelo.

—No, no, *mesié*. Aún no —remató antes de desaparecer por el pasillo.

«¡Imposible no enamorarse de esta mujer!».

No sé cuánto tiempo estuve esperándola, pero puse un lavavajillas, ordené la cocina, preparé un aperitivo y aún seguía sin saber nada de ella. Debía estar empaquetando los regalos de medio París para tardar tanto, cuando a mí me bastaba cualquier cosa. Un reloj, una camisa, unos guantes para la moto…

Cuando por fin me llamó, salí corriendo a su encuentro. Tanto misterio me tenía intrigado. ¡Aunque ni en mil vidas que viviese, jamás hubiese acertado cuál sería mi regalo!

Incapaz de reprimirme, comencé a reír a carcajadas al verla plantada en medio de la habitación, desnuda, en tacones, y con una especie de pompón grande y horrible encima de su cabeza.

—¡Feliz cumpleaños!

Intenté hablar, pero era imposible. No podía dejar de reír, y cuanto más la miraba, más me descojonaba.

—Pese a que París está lleno de tiendas, el mejor regalo viene de España. Y puedes hacer con él lo que te plazca —aseguró coqueta, con los brazos en jarras.

—¿Lo que me plazca?

—Además de Vizconde, ¿ahora también eres eco? —replicó con un soplido.

«¿Cómo en algo tan pequeño puede haber una mente y un corazón tan inmensos?».

Orgulloso y colado hasta la última médula de aquella morena que tenía ante mí con un ridículo lazo en la cabeza, me acerqué hasta ella para estrecharla entre mis brazos y apresar su boca con fuerza.

Si algo supe en aquel momento, era que estaba a su merced y que era plenamente suyo.

—No tengo palabras para agradecerte el mejor regalo que jamás he recibido —confesé, perdiéndome en el verde de sus ojos.

—No necesito palabras, ya sabes que prefiero los hechos.

Con la firme promesa de cumplir hasta el último de sus deseos, me deshice del horroroso pompón y la tomé en brazos. Quería que aquel encuentro fuese especial, y la llevé hasta el salón para que pudiese ver la torre Eiffel, mientras le demostraba qué tenía pensado hacer con mi regalo.

—Deseé hacer esto desde el primer día que entraste por esa puerta —murmuré con voz ronca, dejándola de pie frente al ventanal.

La vi tragar saliva y supe que lo deseaba tanto como yo.

Sin dejar de mirarla, encendí el reproductor de música con canciones francesas que le había preparado en un *pen drive* para cuando volviera a España. Recordarlo me encogió el corazón, pero no me dejé vencer y seguí adelante con mi propósito de concederle el mejor momento de

cuantos hubiésemos vivido en París.

La abracé, la besé y agasajé con la ciudad y la torre como testigo. Amaba a aquella mujer por encima de cualquier otra cosa, y se lo demostré en cada caricia, en cada roce, y en el modo en que me fundí con ella. La penetré de pie por detrás abrazado a ella, colmándola de besos, estrujando piel con piel, saboreando la sal que emanaba de cada poro, acogiendo cada uno de sus gemidos como si fuesen míos, desechando cualquier absurdo miedo y rindiéndome ante su influjo como lo que era, un simple hombre cuyo corazón… latía solo por y para ella.

Capítulo 31

Tumbados sobre la cama, con la cabeza sobre su pecho, me aferré a él mientras pensaba en nosotros. No quería que aquello acabase nunca, despertarme y ver que todo había sido un sueño. Deseaba poder detener el tiempo y quedarnos allí para siempre, acurrucados, exhaustos tras hacer el amor, mientras el mundo seguía girando sin nosotros.

Pero la realidad era bien distinta. Aquella era mi penúltima noche en París, y saber que me alejaría de él me desgarraba por dentro. ¿Cómo podía sentirme la mujer más feliz del mundo y al mismo tiempo la más desdichada?

—¿Qué va a pasar? —susurré con un hilo de voz, con la mirada perdida en algún punto de la blanca pared de su dormitorio.

—No lo sé —respondió, sabiendo sin dudarlo a qué me refería.

—Pero ya no estarás a mi lado —confirmé aterrada—, ya no dormiremos juntos, y ya no…

—¿Crees que no lo he pensado? —me interrumpió, creando un breve silencio entre nosotros.

—Tengo miedo —confesé.

—Yo también, *ma petite* —aseguró abrazándome con fuerza para besar mi frente con la mayor de las ternuras—. No quiero imaginarme la vida sin ti.

Cerré los ojos, rota de dolor.

En momentos como aquel, hubiera dado cuanto tenía para ser tan expresiva como él, para poder decirle lo que sentía o incluso atreverme a salir a la balconada para gritarle a la ciudad entera lo mucho que lo quería. Pero pronunciar aquellas palabras era como admitir que una parte de mí se quedaría allí para siempre, que lo echaría de menos más que a nada en el mundo al volver a Zaragoza, y que me rompería en pedazos por no tenerlo a mi lado.

Eché la cabeza hacia atrás para mirarlo y, cuando sus ojos se encontraron con los míos, me llevé la mano al corazón para declararle mi amor. Mattew, en respuesta, hizo lo mismo con el suyo. Aquel gesto se había convertido en algo nuestro, en un símbolo de nuestros sentimientos. Pero en aquella ocasión fue distinto. Su mirada no ocultó el temor que sentía, como tampoco yo pude hacerlo. Tenía un nudo enorme en la garganta, y bajé de nuevo la mirada para que no me viese llorar.

Sin embargo, mis lágrimas resbalaron sobre su pecho.

—Maica, mírame.

Me negué a hacerle caso a pesar de su insistencia, hasta que llevó su mano a mi pecho.

—*Ma petite*, siempre estaré aquí. No importa donde estemos, porque siempre estaré aquí, contigo, latiendo a tu lado.

No era suficiente. No quería sus latidos. Lo quería a él.

—¿Dejarías esto por mí? —me atreví a preguntarle cuando cesaron los sollozos.

Había temido aquella conversación tanto como lanzarme al vacío sin paracaídas, pero ya me encontraba mejor y creí que era el momento de abordarla.

—Es una decisión difícil, Maica. ¿Lo harías tú?

—No podría dejar a mi familia. Dependen de mí, y la idea es trabajar cuanto antes.

—Lo entiendo. Y espero que entiendas que todavía no pueda darte una respuesta.

Claro que lo entendía. Era demasiado pronto para decidir cuál sería nuestro futuro. Pero si de algo estábamos seguros, era de que ambos queríamos seguir adelante, dejarnos arrastrar hasta donde nos llevara la corriente. Siempre juntos. Incluso a pesar de la perversa y depravada distancia.

Mattew miró el reloj, y al instante recordé que teníamos una cita.

—Voy a llamar a los chicos para cancelar la cena de esta noche.

—¿Por qué? —demandé.

—No quiero hacerte pasar un mal rato con Daniéle.

Su gesto me enorgulleció, pero quedarnos en casa lamentándonos no solucionaba nada, y tampoco quería que se perdiese algo así por mí. Además, volver a quedar con la pija rubia me daba la oportunidad de resarcirme y devolvérsela antes de irme de París.

—Lo de esa cena, ¿es algo habitual en tu cumpleaños? —Él asintió—. Pues entonces, venga, Napoleón, mueve esas buenas partes que tienes y vamos a la ducha —lo animé mientras me levantaba de la cama.

—Maica, no quiero que te sientas incómoda —advirtió sin moverse.

—No te negaré que la chica no es «santo de mi devoción», pero de ahí a que canceles la celebración de tu cumpleaños, va un abismo.

—No puedo decirle que no venga.

—Ni yo te lo pediría —defendí—. Aunque me sorprende que a estas alturas no sepas de qué soy capaz —advertí achinando la mirada.

Él se levantó y rodeó la cama hasta llegar a mi posición.

—Créeme, lo sé, por eso lo digo —se mofó con una maliciosa sonrisa.

—¡Serás…! —Dejé la frase en el aire para darle un golpe en el brazo.

—¿Qué se te está pasando por esa cabecita? —demandó cogiéndome por la cintura.

—Eso es parte de la sorpresa. Tan solo necesito tres cosas: saber si ella también tiene algún título, tu ordenador y que me des tu palabra.

—Hasta donde yo sé no; el ordenador puedes cogerlo cuando quieras; y en cuanto a la promesa…, dime de qué se trata.

—Durante la cena, cuando te lo pida, le traducirás cada una de las palabras que yo le diga.

—Maica, ¿qué vas a hacer?

—Prométemelo —insistí.

—Está bien, te lo prometo —claudicó al fin, justo antes de meternos juntos a la ducha.

***

Tras rechazar a Mattew por segunda vez desde que me viera salir arreglada con mi vestido negro de infarto y unos tacones altos, llegamos al restaurante. Como era de esperar, el restaurante escogido era uno muy reconocido y lujoso del centro de París, donde sus amigos, excepto la pija rubia, nos esperaban en la barra.

Todo iba bien, charlando entre los cinco con una copa de vino en la mano, hasta que apareció Daniéle. Su mal gesto al vernos a Mattew y a mí abrazados junto al resto fue lo único que me animó de su llegada.

«Un poco más y me la veo dando saltos de alegría por todo el local del gusto que le ha dado».

Con la imagen en mi cabeza y con una sonrisa en la cara al imaginármela, la saludamos y seguimos al maître hasta la mesa.

Antes de comenzar la cena, los chicos quisieron entregarle a Mattew el regalo que le habían comprado entre todos. Como no podía ser de otro modo, la pija fue la encargada de hacerlo, poniendo todo su empeño para rozarlo/tocarlo/sobarlo en el momento de ofrecérselo. Lejos de demostrarle que en mi mente le arrancaba hasta el último pelo de su rubia melena, le dediqué mi mejor y falsa sonrisa.

Mattew se mostró relajado ante mi respuesta, y se dispuso a abrir el regalo. Era un reloj precioso y caro, envuelto en un elegante estuche forrado de terciopelo. Agradecido, se levantó y los abrazó uno a uno por el detalle. Al llegar el turno de mi «amiga», esta no dudó en esmerarse, acercándose más de lo habitual, rozándole la espalda de arriba abajo y susurrándole a saber qué en el oído. Los músculos faciales apenas lograban mantenerme la sonrisa de la mala leche que llevaba, y mi Napoleón, percatándose de las intenciones de la puñetera rubia, la apartó de la forma más educada posible con un desganado «*merci*».

Había llegado mi momento.

—¿Tienes tu móvil a mano? —le pregunté a Mattew sin que nadie nos oyera. Yo había dejado el mío en el apartamento.

—Sí, ¿por qué?

—Ahora lo sabrás.

Bajo su expectante mirada, me dirigí a la pija «toca novios de otras» delante de todos.

—Daniéle, tengo que pedirte disculpas —fingí con la mejor de mis sonrisas.

No sé cuál de los dos se asombró más, si ella, que no entendía nada, o mi francesito favorito, que me miraba literalmente con la boca abierta.

—¿Qué estás haciendo? —cuchicheó.

—Traduce, coño —le pedí entre dientes, los mismos que le seguía mostrando a la pija de las narices.

—No eres tú quien debe disculparse.

—Confía en mí. Sé lo que hago.

Cuando por fin claudicó, Mattew le tradujo mis palabras delante del resto. Ninguno esperaba una disculpa de mi parte, y menos después de haber visto lo que estaba pasando, pero la pija se infló como un pavo, con altanería y sobrada soberbia.

—Siento de veras no haberte entendido anoche tras la cena —proseguí dispuesta a borrarle su maldita sonrisa de su estúpida cara—. Sé que debí aprender vuestro idioma hace muchos años, es algo en lo que mi padre siempre ha insistido desde que era pequeña.

A Mattew se le quedó la cara blanca, y tuve que darle un apretón por debajo de la mesa para que reaccionara. Para lo mucho que sabía disimular, algo que me constaba y que había vivido en mis propias carnes, aquella noche el *jodío* no atinaba.

Cuando por fin le tradujo la última frase, continué dirigiéndome a la pija.

—Ahora sé que debí hacerle caso —proseguí—, porque para mi padre el francés es muy importante; él siempre ha amado este país y a sus habitantes con locura. —En esa ocasión Mattew no pudo reprimirse y se le escapó una tos—. ¡Me lo prometiste! —mascullé volviéndome hacia él con disimulo. Él asintió y, tras dar un sorbo a su copa para aclararse la garganta, reanudé mi conversación con Daniéle—. Como te decía, el amor de mi padre hacia este país es tal, que siempre ha estado viajando aquí por placer. ¡Ya sabes cómo son los condes cuando se les mete algo en la cabeza! —solté haciendo ver que le restaba importancia a lo que decía—. Y para que veas cuánto lo siento —añadí—, quiero invitarte personalmente a que vengas a visitarnos a nuestra casa. Ya verás, lo vamos a pasar genial. Te alojaremos en la habitación contigua a la nuestra para que no te sientas sola, aunque te aconsejo que lleves tapones, porque somos un poco escandalosos y las construcciones antiguas, ya se sabe. —Mi pobre Napoleón siguió traduciéndome a pesar del esfuerzo que le suponía reprimirse. Yo, en cambio, me lo estaba pasando pipa—. ¿Quieres verla? —le pregunté a la pija—. Me hace ilusión que sepas dónde vivo. Mattew, cariño, déjame tu móvil, por favor.

Bajo la atenta mirada del resto del grupo, que no había abierto la boca para no perderse nada, cogí su teléfono, abrí la aplicación de YouTube y busqué el vídeo que había subido esa misma tarde desde su portátil. Con una sonrisa que sabía que me provocaría agujetas al día siguiente, le

entregué el móvil a la rubia para que lo viera. Había hecho un montaje con fotos mías en el Palacio de Larrinaga, un precioso edificio, convertido en restaurante, que había visitado en varias ocasiones. No era una experta, aunque tenía que reconocer que el vídeo me había quedado la mar de mono y realista.

Daniéle, perpleja por lo que veía en la pantalla, al cabo de un rato me preguntó algo, que Mattew no tardó en traducirme.

—Quiere saber cuál es tu título nobiliario.

—Ah, Condesa de Zape —respondí con naturalidad—. Es un condado muy conocido y considerado en España. —Mi Napoleón estaba a punto de descojonarse y de echarlo todo a perder, y me apresuré a darle un pisotón—. Proviene de un linaje muy antiguo —continué hablándole a Daniéle—, tanto, que ni tú, pese a lo mayor que eres, aún habías nacido. Pero, por favor, no quiero que te dejes impresionar ni por él ni por el tamaño de nuestra *sencilla* casa. Aunque seamos de alta cuna, en el fondo los que tenemos título somos personas normales y corrientes. ¿A qué sí, cariño? —cuestioné volviéndome hacia Mattew.

—*Oui* —contestó cuando acabó de traducirme.

Daniéle, descompuesta e incapaz de soportar aquella información ni un segundo más, me entregó el móvil y se levantó con la excusa de ir al baño.

—¿Es cierto todo lo que le has dicho? —me preguntó Carine en inglés en cuanto aquella se marchó.

—Ni una sola palabra —confesé, provocando las risas de los tres hombres a la mesa y la cara de sorpresa de ella.

—Daniéle se pasó con ella en un momento de la cena en blanco —les explicó Mattew.

—Entonces, has hecho bien —celebró Carine.

Orgullosa, le agradecí el gesto.

—¡Me cae bien esta chica! —remató Gaspard, alzando su copa a modo de brindis, que todos respondimos entre risas.

Con una Daniéle completamente desarmada por mi nobiliaria revelación, el beneplácito del resto, y con un enamorado Mattew que no paraba de hacerme manitas por debajo de la mesa, terminamos la velada. Los chicos nos propusieron continuar la marcha en casa de Dominique y Carine, pero aquella era nuestra penúltima noche y mi Napoleón rehusó su invitación. Consciente de que aquella podía ser la última vez que los viera a todos, me despedí de ellos con un «hasta siempre».

Capítulo 32

El sol entraba con timidez a través de los ventanales. Esa mañana las nubes llenaban el cielo restándole su luz, tal y como el dolor me acompañaba a mí a cada paso, recordándome de forma lacerante que aquel era mi último amanecer en París.

Aún en pijama y descalza, salí a la balconada para despedirme de aquellas vistas que tanto significaban para mí y que me llevaría conmigo para siempre de vuelta a España. Hacía algo de frío, y me abracé para darme algo de calor, mientras escuchaba el sonido de las calles entremezclarse con la música francesa proveniente del salón, que Mattew solía ponerme cada día.

Nada de cuanto había vivido allí hubiera sido lo mismo sin él. Mi Napoleón me había regalado París y su corazón, y ahora debía alejarme de ambos. Sabíamos que aquel momento llegaría, aunque ni siquiera el hecho de haberlo hablado le restaba fuerza al dolor que sentía bajo el pecho. Una parte de mí se quedaría allí para siempre, cobijada entre sus brazos, acompañada de su irresistible sonrisa, su generosidad y galantería, y agasajada de sus innumerables y certeras caricias que, aun sin irme, ya echaba de menos.

Recordando la cena en el crucero por el Sena que Mattew había planeado para nuestra última noche en París, lo sentí a mi espalda y acogerme entre sus brazos.

—¿Cómo puedo hacer tu día más feliz? —preguntó en un susurro, con la barbilla sobre mi hombro.

—Quedémonos aquí.

—Te ataría si fuera necesario, pero sé de cierto camionero que no me lo perdonaría.

Solté una risotada.

Así era él. Capaz de arrancarme una sonrisa en el momento correcto.

—Ven conmigo —soltó de pronto, tirando de mí para llevarme de vuelta al salón—. Quiero bailar esta canción contigo.

Con su mano en mi espalda y sin dejar de mirarme, Mattew guio mis pasos al ritmo de la voz de una mujer acompañada al piano. Aquellos acordes eran desconocidos para mí, y aunque no entendí la letra, su melodía logró ponerme el vello de punta.

—Todo lo que siento por ti es esta canción —susurró sin apartar sus ojos de los míos—. *Je vais t'aimer*[11], siempre te voy a amar —aclaró haciéndome saber su título—. Pase lo que pase, Maica.

Su infinito amor me atravesó hasta el último rincón de mi alma.

—El tiempo que he pasado a tu lado —prosiguió— ha sido el mejor de mi existencia. Y por eso sé que el camino que nos espera merecerá la pena. Por mucho que nos cueste. Mirar hacia adelante es lo único que puedo hacer, Maica. Por ti. Por nosotros.

Cada una de sus palabras las hice mías, y el nudo que llevaba tiempo aprisionando mi garganta se desató en un desconsolado llanto que fui incapaz de esconder.

—Lamento profundamente que tenga que ser así, que tengamos que separarnos —me alentó acariciándome el rostro—. Como también lamento no haber estado a tu altura, Maica. Eres la persona más valiente que jamás he conocido. Me diste mi espacio sin juzgarme y confiaste en mí como nunca nadie lo había hecho. Y lo siento. Siento no haber sido sincero contigo desde el principio, no estar preparado para contarte lo que…

—Da igual —lo interrumpí el daño que se estaba infligiendo sin merecerlo. Lo único que me importaba era él y solo él—. No necesito saber más de tu pasado, Mattew.

—Si no quieres escucharlo, al menos déjame que me disculpe ante ti.

—No; no eres tú el que debe disculparse…, soy yo —confesé aferrándome a su mirada, la única que podía concederme lo que necesitaba para liberarme—. Siento haber dejado que el miedo actuara por mí y no haber sabido expresarte lo que he sentido durante todo este tiempo. Jamás había creído en el amor; pensaba que era algo que solo unos pocos afortunados podían llegar a sentir, y que yo nunca sería uno de ellos. Pero me equivoqué. Ahora sé que no puedo concebir la vida sin ti, que no puedo imaginarme sin estar a tu lado, sin despertarme cada mañana entre tus brazos y sin un croissant pegado a la nariz. —Sus labios se curvaron por un instante—. Te quiero, Mattew —confesé con la mano sobre el centro de su pecho—. Te quiero como jamás pensé que la vida me daría la oportunidad de sentir. Te amo con todo mi ser, y lo hago tanto… que me aterra y me asusta.

—*Ma petite* —susurró, secando con dulzura mis lágrimas, para después atrapar mis labios y besarme como solo él sabía hacer.

Me aferré a su pecho con todas mis fuerzas, necesitando sentirlo cerca de mí, rindiéndome y entregándome a él, sabiéndolo el único ser que quería a mi lado, el artífice de que me atreviera a abrirle mi corazón y desnudar mi alma.

—Te quiero —jadeé en su boca, sintiéndome libre por primera vez en mucho tiempo.

—Repítelo —me pidió apartándome para mirarme. Sus ojos irradiaban la alegría y el júbilo de un niño.

—Te quiero.

—Dilo otra vez —insistió.

—¡Te quiero, joder! —grité abriendo los brazos—. ¿Te vale así?

Con una sonrisa que le achicaba la mirada, Mattew me abrazó de nuevo para acercarme hacia él.

—No imaginas lo feliz que me acabas de hacer.

—Y tú a mí —murmuré sabiendo que aquel sería uno de los momentos más dulces y amargos al mismo tiempo que me llevaría de París.

***

El aeropuerto era un ir y venir de gente. Todavía teníamos por delante unos minutos antes de que saliera mi vuelo, y aguardábamos de pie, abrazados y en silencio junto a la puerta de embarque. Con la cabeza hundida en su pecho, una imagen llamó mi atención. A unos metros de nosotros había un hombre mayor, de pelo blanco y ligeramente encorvado, con un ramo de flores en la mano. Apenas tuve ocasión de preguntarme a quién esperaba cuando, de pronto, lo vi caminar con pasitos cortos, arrastrando los pies hacia una señora de su misma edad, con la que se reencontró fundiéndose en un tierno abrazo. La imagen, aunque enternecedora, me encogió el corazón y me provocó un nuevo llanto al imaginarnos a los dos reflejados en aquella pareja. ¿Ese era el futuro que nos esperaba Mattew y a mí? ¿Pasarnos el resto de nuestra relación reencontrándonos en aeropuertos?

Ya habíamos hablado de ello. Me había prometido que estaríamos juntos, pero ambos sabíamos que eso aún no era posible. Ahora lo único a lo que podíamos aferrarnos era a nuestras citas diarias mediante videollamada que habíamos acordado a las diez de cada noche.

Por los altavoces anunciaron mi vuelo y el corazón se me rompió en dos. Por más que me había mentalizado para aquel momento, nada fue tan doloroso y triste como despedirme de él.

—Te quiero, mi Napoleón —murmuré con la barbilla temblorosa, impregnándome de su olor por última vez.

—*Je t'aime, ma petite* —susurró con los ojos anegados en lágrimas, justo antes de darme un último beso cargado de rabia y dolor.

Solo cuando tuve la fuerza de separarme de él, me encaminé hacia el túnel de abordaje. No quería irme de allí; deseaba no subir a aquel avión para conocer hasta el último rincón de París, porque eso significaría quedarme a su lado. Pero solo me atreví a girarme para mirarlo una última vez. Mattew seguía allí, de pie en la distancia, tan guapo, alto y arrebatadoramente sexy como siempre. Lo vi llevarse la mano al corazón, un gesto que habíamos convertido en algo que ya formaba parte de lo nuestro, y al que respondí de igual modo, antes de desaparecer al fin por el túnel rumbo a casa.

Capítulo 33

A mi regreso todo me parecía distinto, las calles, los coches, los edificios… Aunque en realidad no eran ellos los que habían cambiado, sino yo. Allá donde fuera, allá donde mirase, todo me recordaba a él. Incluso en casa, donde ni siquiera me libraba de su imagen, semidesnudo, con un pañal improvisado de papel higiénico, cada vez que recorría el pasillo. O en la cocina, donde me arrinconó y donde cuidé de su mano tras el incidente con Julián. Sin Mattew me sentía incompleta. Él me había abierto un camino hasta entonces desconocido para mí. Y ahora, tras conocer las mieles que solo él me había dado, comenzaba lo más duro: encontrar un trabajo, retomar mi vida y, sobre todo, aprender a vivirla… sin él a mi lado.

Las siguientes semanas fueron un auténtico infierno. Ainhoa se había marchado a Salou, como cada verano, y yo lo pasé dejando mi currículum en todas las empresas que tuvieran laboratorio. Pedro y Julián también se habían ido de vacaciones, por lo que las veces que salía de casa, además de para buscar trabajo, lo hacía con mi hermano Curro para acompañarlo a alguno de sus lugares favoritos. Mi padre, por su parte, siguió haciendo portes con el camión y apenas lo veíamos. Sabía por mi abuela que estaba al tanto de lo mío con Mattew, pero aún no había tenido oportunidad de poder hablarlo con él. Ambos merecíamos una charla, muy al contrario que mi abuela, que se las ingeniaba para sonsacarme información cada vez que podía. Muy pícara ella, disfrutaba con todo lo que le contaba y me apoyaba como nadie.

Tal y como habíamos acordado, mi Napoleón me llamaba cada noche a las diez en punto. Poder verlo a través de la pantalla a diario aliviaba en cierta medida lo mucho que lo echaba en falta. Hablar con él era lo más cercano a tenerlo conmigo, y acudía fiel a nuestra cita diaria, pese a la sombra de añoranza que me acompañaba en cada videollamada.

Esa maldita sombra me acompañó durante semanas, hasta que por fin me contrataron en una fábrica de churros y crepes. Nadie me había advertido que pensar tanto en alguien agotase tanto, y agradecí que el trabajo me ayudase a mantener ocupada mi mente, además de permitirme ayudar a mi familia.

Mi jefe de laboratorio era un tipo demasiado estricto, todo lo contrario que las compañeras de fábrica, con las que congenié desde el primer momento. La mayoría tenían pareja e hijos, una

gran experiencia a sus espaldas, y se permitían desinhibirse contando anécdotas sin tabúes.

Empezaba a acostumbrarme a mi nueva vida al llegar septiembre. Los chicos habían vuelto de sus vacaciones y nos veíamos a menudo. Todo volvía a la normalidad, hasta el punto en que una noche olvidé mi cita con Mattew.

Mi abuela Isabel y yo estábamos en el salón viendo una de esas películas que tanto nos gustaban, cuando recibí un mensaje de mi Napoleón. Al darme cuenta de que lo había dejado colgado, salí corriendo hacia mi cuarto. Mi móvil estaba con poca batería y le propuse llamarnos por Skype con el portátil.

—¿Dónde estabas, *ma petite*?

Esa noche llevaba una sudadera azul marino que le marcaba los brazos. Le expliqué lo que había pasado, con la respiración acelerada por la carrera, y por ver lo guapo que estaba.

—No jadees así o corro el riesgo de perder la cabeza —me soltó juguetón.

Apenas le bastaron esas pocas palabras para lograr encenderme en segundos.

—¿Tienes miedo de no encontrarla? —Mi tono y mi voz fueron tan sensuales como su provocación.

—Joder, Maica. Para o no respondo —exhaló con un profundo suspiro.

Con ganas de continuar con su juego, me incorporé de la silla que tenía frente al escritorio y me incliné para enseñarle el escote a través de la micro cámara.

—¿Te ocurre algo, chato? —pregunté alargando cada palabra, coqueteando todo lo que pude con él.

Mattew se mordió parte del labio, ese que tanto me ponía y me moría por saborear de nuevo.

—No sabes lo que te haría ahora mismo —jadeó.

Su voz grave activó al instante mi parte íntima.

—Dímelo —le pedí en un susurro.

Habíamos hecho esto unas pocas veces antes, pero por alguna razón, tal vez por estar ante el ordenador y no tener que sujetar el móvil con la mano, esa noche me provocó especialmente.

—Primero te desnudaría, para después lamerte… toda.

Gemí al imaginarlo haciéndolo.

—¿«Toda»? —demandé deshonesta, estrujando mis pechos hasta juntarlos para aumentar aún más el escote.

—¡Joder, Maica!

—¿No te gusta lo que hago? Si quieres paro —murmuré simulando una falsa y lasciva inocencia.

—Te los mordería ahora mismo si pudiera —aseguró con la mirada perdida en ellos.

—¿Te refieres a estos? —demandé liberándolos de forma agonizante y lenta por encima del sujetador y la camiseta—. Enséñamela —le pedí con lascivia.

Cumpliendo mi deseo, mi Napoleón se incorporó mostrándome su abultado pantalón. Conocía lo que había bajo aquella tela, y me obligué a tragar saliva cuando, de forma pausada y casi agonizante, se bajó el pantalón y el bóxer hasta liberar su enorme polla. Gemí agarrándome los pezones como él solía hacerme, contoneándome, imaginándolo dentro de mí, mientras él comenzaba a masturbarse.

—Eso es, apriétate —susurró tocándose con movimientos más intensos, más rápidos y duros.

Excitada, jadeé sin apartar la vista de su miembro, pellizcándome cada pezón, erguidos ambos hacia él, ardientes, reclamantes de un deseo que abrasaba cada poro de mi piel.

—Maica, ¿me llevas un momento a la nave que tengo que…? ¡¡¡Hostias!!!

—¡¡¡Papá!!! —grité, cubriéndome los pechos con los brazos. Lo vi cerrar los ojos y girar la cabeza—. ¡¡¡¿Qué haces aquí?!!!

—¡¡¡Estoy en mi casa!!! —respondió volviéndose hacia mí.

Con los nervios había olvidado cerrar la pantalla y él no pudo evitar mirar hacia ella.

—¡¡¡Mattew, tápate, por Dios!!! —le soltó alargando el brazo, interponiendo la mano entre la pantalla y él, apartando de nuevo la vista.

—¡Pero, ¿cuándo has llegado?! —le pregunté, muerta de vergüenza, apresurándome por vestirme.

—¡¡¡Cuando me ha salido de los… huevos!!! —vociferó volviendo la cabeza, hacia las partes nobles de mi Napoleón—. ¡¡¡Ay, que me da!!!

—¡Papá, lo siento!

Todo estaba sucediendo tan rápido, que apenas me dio tiempo a reaccionar.

—¡¡Yo sí que lo siento!! ¡¡Menuda verga, digo…, menuda mierda!! —chilló colorado, ya no sabía si por la rabia o por la bochornosa situación.

Al fin atiné a cerrar el portátil de un golpe.

—Papá, yo…

—¡¡¡Tú bien contenta!!! Digo… ¡¡¡Contento me tienes!!! ¡¡¡Joder!!! ¡¡¡Ya hablaremos, jovencita!!! —soltó justo antes de largarse.

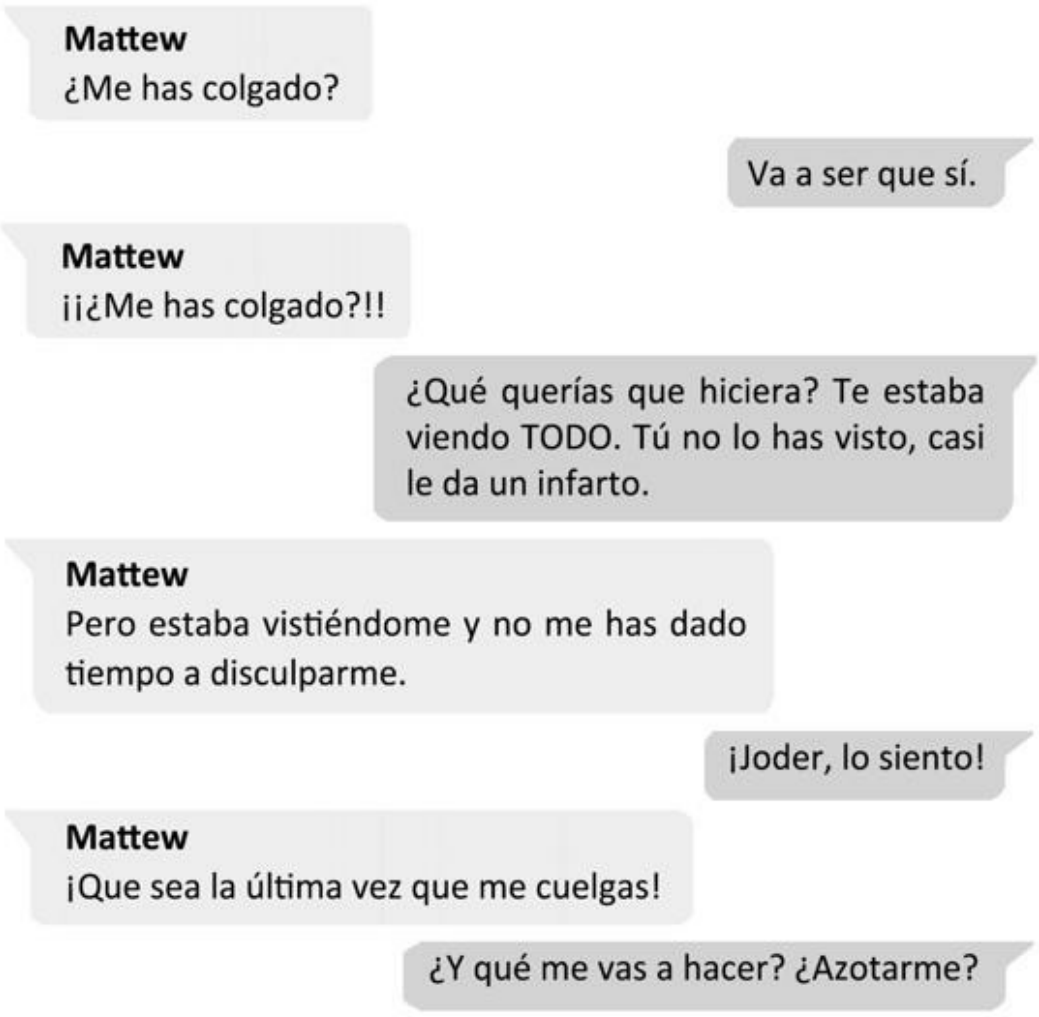
Estaba tan nerviosa que comencé a dar vueltas sin rumbo por la habitación. Era la primera vez que había ocurrido algo así, básicamente porque Mattew era el primero con el que lo había hecho. Había sido una estúpida al olvidar cerrar con pestillo, y ahora debía encontrar el modo de poder salir del embrollo.

«Le faltaba al hombre ver sus partes para odiar aún más a los franceses».

Me eché las manos a la cabeza sin dejar de caminar de un lado a otro. Debía encontrar el modo de solucionarlo. Necesitaba hablar con él, hacerle entender que Mattew formaba parte de mi vida.

«Y claro, en mi vida debe haber sexo. ¡Ay, Dios! ¡Que cuando lo vea lo mata!».

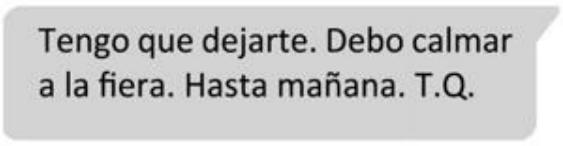
De pronto mi móvil sonó. Era un mensaje de WhatsApp.



«No estaría mal».

Sonreí al pensarlo. Pero para evitar que el asunto volviera a convertirse en algo «peligroso», decidí acabar la conversación. Con él ya habría tiempo de solucionarlo, pero antes debía hablar con mi padre y suavizar lo que acababa de ocurrir.

Estaba que me salía; había conseguido cabrear de un plumazo a los dos hombres más importantes de mi vida, y solo había tenido que sacarme las tetas.



Al cabo de un rato, me dirigí al salón dispuesta a enfrentarme a mi padre. Sabía que no debía ser fácil para él, pero necesitaba hacerle entender que lo mío con Mattew iba en serio, explicarle lo importante que era para mí y, sobre todo, hacerle ver que lo que más ansiaba en aquel

momento era su apoyo.

No lo encontré. Se había marchado hecho un basilisco, y lo único que me quedaba era esperar a que volviera.

Capítulo 34

Había postergado aquel momento desde que volviera de París, y por fin llegó una hora después. En casa ya todos dormían cuando escuché la cerradura de la puerta. Al verlo, pude comprobar que ya no estaba tan enfadado, y eso me animó.

—Te estaba esperando —dije con firmeza desde el sofá del salón, dispuesta a acabar de una vez por todas con el muro que nos separaba.

—¿Los demás? —demandó mirando hacia el pasillo.

—Acostados.

Tras mi respuesta, se dirigió a la cocina para coger un vaso de agua, para después regresar y sentarse a mi lado en el sillón.

—Empieza tú —le pedí.

Pese al temor que me había dado enfrentarme a él, sabía cómo era y cómo debía encarar la situación, y me sentí serena y decidida a que todo quedara solucionado aquella noche.

Lo vi tomar aire, llenar sus pulmones y dejarlo ir en un largo y profundo suspiro antes de empezar.

—¿Va en serio lo vuestro?

—Sí —afirmé rotunda.

—¿Qué pasa? ¿No hay suficientes españoles?

—Más de 48 millones, para ser exactos.

—¿Entonces? ¿Ninguno te vale?

—Si quitamos a los niños, los ancianos, las mujeres, los tontos, los sinvergüenzas y a todos los que no me gustan…, solo queda Mattew.

—¡Joder, Maica!

—Papá, uno no decide de quién se enamora.

—Uno debe saber cuándo parar.

—Díselo a los embarazos no deseados —murmuré haciendo una mueca.

—¡¡¿Estás embarazada?!! ¡¿Yo, un nieto franchute?! ¡¡Ahora sí que me da!! —bramó llevándose la mano al pecho.

Cuando se ponía melodramático, no tenía rival.

—¡Que no, papá! —aclaré.

Aunque la idea me dibujó una leve sonrisa que, por suerte, pasó desapercibida para él.

—Papá —proseguí—, no se puede ir contra los sentimientos.

—Sí, cuando no llevan a ninguna parte.

Sus palabras me hirieron.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

—Cuando te enamoraste de mamá, ¿pudiste controlarlo? —me atreví a preguntarle.

—¡No metas a tu madre en esto!

Era consciente de que nombrarla nos provocaba daño a ambos, pero pensé que aquella era la única manera de que pudiera ponerse en mi situación, aunque fuese por un solo segundo.

—No lo hago por ella, sino por ti —aclaré—. Contéstame, ¿pudiste controlarlo?

—Eran otros tiempos, otras circunstancias, y es…, era española.

—Respóndeme, por favor —insistí.

—¡No, no pude controlarlo! ¿Estás contenta?

—¿Entonces por qué debo hacerlo yo? —rebatí.

—¡Porque es francés, coño! ¿Por qué va a ser? En esta familia siempre se ha odiado a los gabachos. Sabes perfectamente el daño que nos hicieron.

—No te lo hicieron a ti, ni a mí tampoco. Y eso forma parte del pasado.

—¡El pasado marca nuestro presente y nuestro futuro, Maica!

—Pues espero que comprendas que mi presente y mi futuro es él.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Sí —respondí rotunda.

—¿Tanto te gusta? —cuestionó.

—Es mucho más que eso.

—¡Joder, si solo tienes veintiséis años, por el amor de Dios!

—¡Ya no soy una niña, papá!

—No, si ya —reconoció apartando la vista hacia algún punto del suelo.

Sabía a qué se refería, y de forma instintiva me crucé los brazos.

Sin embargo, su semblante se había suavizado, y ahí supe que me mostraría a mi verdadero padre.

—No puedes pedirme que lo acepte, hija —murmuró en un tono mucho más conciliador.

—Con que lo respetes me es más que suficiente —defendí.

—Ni tampoco prometerte nada —aseguró, echándose las manos a la cara, con los codos apoyados sobre sus piernas.

—Déjame hacer esto, papá —le rogué acercándome hacia él para tocarle el antebrazo—. Si me equivoco, deja que sea yo quien cometa el error.

—Que lo cometerás —puntualizó alzando de nuevo la vista hacia mí.

—Pero si funciona, y creo con firmeza que así será, déjame al menos que lo viva.

—¿En qué momento te has hecho mayor? —demandó de pronto, asomándose tras sus manos.

—Papá, lo quiero como jamás pensé que se podía querer a nadie.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Si apenas os conocéis! —argumentó, estirándose de nuevo hasta quedar con la espalda erguida.

—Nos conocemos mucho más de lo que crees —aseguré.

—¡Ya, no hace falta que lo jures! —apuntilló con una mueca de asco, dejando ver que se refería al bochornoso momento que habíamos vivido en mi cuarto.

La situación me divertía y me avergonzaba al mismo tiempo. Tuve que esforzarme por retener a mis rebeldes labios, que empujaban con fuerza para curvarse.

—Papá, hasta que no le he conocido, no he sabido lo que es enamorarse de alguien. Él me ha enseñado tanto…

—De más, diría yo —me cortó repitiendo el mismo gesto.

En esa ocasión no me reprimí y acabé dibujando una amplia sonrisa.

—Quizás deberías aprender a llamar antes de entrar; tú mismo me lo enseñaste, ¿recuerdas?

Él asintió y guardó silencio un instante.

—Vale, suponiendo que lo acepte…, ¿se puede saber cómo pensáis llevarlo a cabo? —Pero antes de que respondiera, él se apresuró a hacerlo por mí—. ¡Calla, no me lo digas! Es que creo que voy a tardar un tiempo en borrar la dichosa imagen de la mente.

Esta vez solté una carcajada.

—Siento que hayas tenido que verlo —me sinceré.

—Créeme, hija, yo más.

***

Solucionado el problema con mi padre, al día siguiente tocó abordar lo ocurrido con Mattew. De vez en cuando solía enviarme alguna imagen, darme los buenos días o cualquier chorrada, previa a nuestra cita diaria. Pero tras mi último mensaje de la noche anterior no había dado señales de vida.

A media mañana, en el trabajo, mis pensamientos sobre mi Napoleón se esfumaron en cuanto el químico descubrió que algo no iba bien. En pleno examen rutinario, comprobó que la masa de la segunda partida de churros no había salido como era de esperar. Por alguna cuestión que aún desconocíamos, el análisis había dado un nivel alto de contaminación. Me puse nerviosa cuando me pidió que lo acompañara a la oficina para darle la mala noticia al jefazo. Este no tardó en poner el grito en el cielo y en exigirnos que diésemos con la solución, justo antes de ordenar a los

encargados de fábrica que paralizasen las máquinas mientras tanto.

La fabricación, y con ella el personal, se detuvo durante horas. Ese día ni siquiera me permití ir a casa a comer y me apañé con lo que pude pillar en la empresa. Todo el mundo estaba nervioso, y aún más el jefazo, que bajó un par de veces a meternos prisa, dándonos a entender que la culpa era nuestra. La situación me tensó muchísimo, sobre todo porque todas las pruebas que habíamos realizado en el laboratorio descartaban la mala calidad de las materias primas. Por fortuna, a última hora de la tarde conseguimos dar con el problema. Al parecer, la máquina encargada de amasar estaba estropeada y soltaba pequeñas gotas de aceite industrial, suficientes para echar a perder toda una línea de fabricación.

Al acabar la jornada, no hubo otro tema de conversación con las chicas, en nuestro corro habitual que formábamos a un lado de la fachada de la nave antes de marcharnos a casa.

—Ha sido un día agotador —comentó la más veterana del grupo.

—Ya lo creo. Menos mal que habéis dado con la rata —celebró otra compañera, dirigiéndose a mí.

—El químico es muy profesional —afirmé.

—Tú también habrás tenido algo que ver.

—Aún me queda mucho que aprender de él —aseguré.

—Pues espero que no se te pegue su cara seria —manifestó la más atrevida de todas.

Sabía por qué lo decían. Incluso a mí me costó adaptarme a él cuando llegué allí.

—Me pregunto cómo será fuera de aquí —dejó caer la divorciada del grupo, una alocada a la que le gustaba divertirse como a la que más, y con la que me encariñé nada más llegar.

—Tú, como siempre, pensando en lo mismo —le riñó la más veterana.

—Claro, como tú tienes marido y tienes quien te arrope.

—¡Si quieres, te lo presto! —bromeó.

—No, gracias. Prefiero al químico. Tiene un morbo —admitió poniendo los ojos en blanco, haciéndonos reír a todas.

—Pues yo no se lo veo —afirmé.

—¡Chica, tú tienes que estar ciega o algo! Mira que no fijarte en ningún chico de la fábrica.

Aún no les había hablado de Mattew y no hice comentario al respecto.

—Tendrá novio, porque con esa cara y ese cuerpo… —expuso la más joven del grupo.

No era la primera vez que lo comentaban delante de mí, y bajé la vista al suelo para restarle importancia.

—¡Con esa cara y ese cuerpo ya puedo yo morirme! —soltó la veterana.

«Menuda exagerada».

—¡Joder, cómo está! —volvió a la carga la divorciada.

«Bueno, yo no creo que sea para tanto», pensé mirándome.

—¿Cómo se puede tener ese porte?

—¡Dios, qué *estilazo* tiene!

Por más que insistieran seguía sin ver nada de lo que decían. Solía vestir normal para trabajar y no había nada del otro mundo en lo que llevaba.

—¿«*Estilazo*»? ¡Un *polvazo* es lo que tiene!

«A estas se les ha ido la pinza».

—¿Pero se puede saber qué os pasa? —les pregunté sorprendida al levantar la vista y comprobar que cuchicheaban entre ellas sin que apenas pudiese enterarme de nada.

—Calla que viene —me ordenó la divorciada después de sisearme para que no dijese nada—. ¡Y no te gires o sabrá que hablamos de él! Disimula.

—¿Pero de quién habláis? —murmuré.

—Señoras…, con permiso.

«¡Esa voz!».

Noté cómo me cogía de la mano, tiraba de mí y me chocaba contra su pecho.

—¡Que sea la última vez que me cuelgas!

Capítulo 35

Mis compañeras nos miraban alucinadas cuando Mattew me sacó de allí a pasos agigantados. Tuve que correr para seguirle el ritmo, como lo hacía mi corazón, que latía desbocado e incrédulo, como lo estaba yo en aquel momento.

—¡Sube al coche! —me ordenó abriéndome la puerta. Era un vehículo pequeño, en cuyo parabrisas llevaba la pegatina de una empresa de alquiler.

—¿Qué… haces… aquí? —pregunté al cabo de un rato, cuando pude recobrar el aliento.

Me sentía tan feliz que me faltaba hasta el aire.

—Ya te lo he dicho, no me gusta que me cuelguen —respondió sin apartar la vista de la carretera.

—¡Coño, si lo sé, lo hago antes!

No podía dejar de mirarlo, como tampoco dejar de sonreír. Me sentía la mujer más afortunada del mundo y no me importaba que el planeta entero fuera testigo.

Pero mi Napoleón, muy en su línea y como respuesta a mis palabras, dio un volantazo y sacó el coche de la carretera del polígono.

—¡Esa boca! —gruñó, fingiendo estar enfadado conmigo, abalanzándose sobre mí para atraparme el rostro con las manos.

El ardor de aquel beso consiguió que me temblara todo el cuerpo. Había olvidado lo bien que sabían sus carnosos labios. Mattew apresó mi boca con fuerza, incluso con rabia, una rabia contenida por haber dejado que la distancia se interpusiera entre nosotros durante tanto tiempo. Embaucada por su influjo, respondí a su anhelante lengua, reclamando lo que durante semanas se nos había negado. Intenté aferrarme más a él, tocarlo, sentirlo más cerca de mí, pero el coche era tan pequeño, que acabé clavándome el freno de mano en el muslo. Mi quejido de dolor logró, para mi desazón, separarnos.

—¡Cuánto te he echado de menos, *ma petite*!

—Y yo a ti, mi Napoleón. No puedo creer que estés aquí —añadí, negándome a soltarlo.

—Quise decírtelo anoche, pero las circunstancias me han… ayudado a darte una sorpresa.

—¡Vivan las circunstancias! —solté antes de volver a besarlo en un vano intento de saciarme

de él.

Cuando conseguimos separarnos, Mattew cogió el volante y retomó la marcha.

—¿Sabes a dónde vas? —cuestioné al ver que nos estábamos saliendo de la ciudad.

—Encontré por internet un precioso hotel y no me lo pensé dos veces.

—¿Me llevas a un hotel? ¡Mmm! —celebré con un cosquilleo recorriéndome la columna.

—No se me ocurre mejor forma para recuperar el tiempo contigo.

Me sentí tentada de decirle algo grosero, algo de alto voltaje erótico, pero finalmente decidí reservarme para cuando no tuviera un puñetero freno de mano por en medio.

El hotel resultó ser de lo más encantador. Era nuevo y desconocía su existencia.

—¿Te gusta? —quiso saber al bajarnos del coche y llegar hasta mí para abrazarme.

—¿Estás de broma? ¡Es precioso! —afirmé embobada cuanto había a nuestro alrededor.

Era como si hubiésemos viajado a Haití. Había todo tipo de plantas y arbustos por todas partes, convirtiéndolo en un lugar asombroso, acogedor e íntimo.

Guiada por él, nos adentramos hasta la zona de recepción. Era un espacio enorme, de estilo sobrio y elegante, con detalles claramente caribeños. Al fondo, unos grandes ventanales daban a una terraza y a un jardín, que me moría por visitar. Aquel hotel era el más bonito que había visto jamás, irradiaba energía zen e invitaba a la relajación.

Con su mano en mi espalda y sin soltarme en ningún momento, Mattew y yo nos encaminamos hacia el fondo donde, según me indicó, se accedía a las suites. Si la entrada era bonita, el jardín trasero era sencillamente encantador. Antes de adentrarnos en el ascensor, me detuve para contemplarlo. Por un momento me quedé embobada viendo cómo la luz del atardecer reposaba sobre las tranquilas aguas del lago, rodeado de una extensa vegetación. Todo cuanto me alcanzaba la vista me parecía fascinante y mágico, hasta que algo llamó mi atención. Junto a la orilla, una pareja, de espaldas a nosotros, paseaba abrazada de forma melosa. Él la tenía cogida de la cintura, hasta que su mano bajó para darle un cachete en el culo.

—¿Por dónde se sale ahí fuera? —inquirí soltándome de un rápido movimiento de él, mientras probaba a abrir cada uno de los ventanales que tenía ante mí. El corazón me bombeaba con tanta fuerza que apenas lograba concentrarme.

—Pensaba que deseabas llegar a la habitación cuanto antes —comentó extrañado.

—¡Mattew, por favor, dime cómo se sale! —le exigí nerviosa.

La pareja se estaba alejando y no quería perderlos de vista.

—Ven, es por aquí —señaló cogiéndome de la mano para guiarme hasta una enorme puerta que, de forma cortés, me abrió—. ¿Qué ocurre, Maica?

Sabía que lo estaba preocupando, pero no me importó.

—Eso es lo que quiero averiguar —respondí sin detenerme para alcanzar lo antes posible a la pareja.

En esa ocasión fue Mattew el que tuvo que aligerar el paso para pillarme.

Al llegar a la altura de ellos y colocarme justo detrás, vi cómo el hombre le estrujaba el culo con fuerza, provocando la fina risilla de ella. Temí que el corazón se me saliera del pecho, y me esforcé por tomar aire para intentar calmarlo. Cuando me armé de valor, le di con dos dedos al hombre en el hombro. Él se giró, pero en lugar de detenerse, al verme, se volvió y tiró de ella acelerando el paso.

—¿Quién es? —la escuché preguntarle.

—No lo sé —contestó él.

Sentí tanta furia dentro de mí, que apenas me costó alcanzarlos.

Volví a repetir la operación, aunque en esta ocasión el hombre ni siquiera se molestó en girarse. De hecho, para mi sorpresa, tiró de ella y la obligó a correr.

Cabreada como nunca antes en mi vida, hasta el punto de olvidarme del pobre Mattew, los alcancé hecha una furia.

—¡¡¡Papá!!! —grité desesperada, harta de aquel estúpido juego.

—¡Hola, Maica, no te había visto! —me soltó tras detenerse y girarse hacia nosotros.

«¿Qué coño le pasa?».

Mi cerebro iba a mil por hora intentando procesar todo lo que estaba ocurriendo y lo que tenía ante mí.

—¡No es cierto! —defendí.

Mattew se colocó a mi lado, agarrándome por la cintura.

—Hola, Paco —lo saludó ofreciéndole la mano.

Lo vi dudar si responder o no a su gesto y eso me enfureció aún más.

—Hola, Mattew.

Había tanta tensión en el ambiente que se podría haber cortado con un cuchillo.

—Bueno, nosotros nos vamos —soltó mi padre de golpe, con la intención de escaparse de nuevo.

—¡Un momento! —alcé la voz cruzándome de brazos—. ¿No nos vas a presentar?

—Esto…, sí, claro. Maica, Mattew, una amiga —dijo señalándonos a los tres.

«Una amiga, dice el puñetero. ¡Si lo acabo de ver tocándole el culo!».

—Mucho gusto en *conocegos* —intervino ella, alargando también la mano—. Yo soy Françoise.

«Espera. ¿Ha dicho *Fronsuás*? ¡¡¡No puede ser verdad!!! ¡¡¡Que alguien me pellizque para saber que estoy despierta!!! O mejor aún, ¡¡¡que alguien me sujete, porque de las dos hostias que le voy a dar me lo cargo!!!».

A mi lado, Mattew estaba tan atónito como yo, pero vi que dejaba escapar una risilla, y eso me encendió aún más.

Mientras respondía a su saludo, todos mis sentidos seguían fijos en mi padre. Lo fulminé con la mirada sin miedo a que se pusiera colorado. Por mí como si se convertía en un tomate o en un pimiento, porque si decía lo más mínimo, era capaz de convertirlo en un gazpacho.

La mujer, que parecía de trato agradable, se acercó hasta mí para darme dos besos. Debió pensar que era una grosera, porque yo aún seguía en shock y fui incapaz de moverme.

Muy al contrario, Mattew se mostró divertido con la situación y no dudó en entablar conversación con la mujer en un perfecto francés, algo que ella acogió de buen grado al encontrarse con alguien de su tierra. Mientras, mi padre y yo mantuvimos nuestro particular duelo de miradas. Desconocía lo que se le pasaba por la mente, y tampoco necesitaba saberlo, porque andaba demasiado ocupada fraguando cómo iba a cantarle las cuarenta a don «odio-a-los franceses-por-eso-les-toco-el-culo».

—¡Enhorabuena, Paco! —le dijo Mattew con una sonrisa, cogiéndolo por el hombro—. Me alegro mucho por ti, Françoise es encantadora. ¿Qué casualidad que también sea *francesa* como yo, no? —añadió haciendo énfasis en la palabrita de marras, apretándole con más fuerza—. ¡Hay que ver, qué pequeño es el mundo! Claro, si es que el amor no tiene fronteras. ¿Verdad, Paco?

Por primera vez me estaba divirtiendo, sobre todo al ver la cara de mala leche que se le estaba poniendo a mi padre.

—Claro que sí, cariño —intervine aferrándome a Mattew, sin apartar la vista de mi querido progenitor—. Uno no puede controlar de quién se enamora. ¿Verdad, papá? —recalqué, llamando de nuevo su atención.

El hombre ya no sabía dónde meterse.

—*Pog* supuesto —respondió ella toda contenta, sin tener la menor idea de lo que estaba pasando.

—Maica, cariño —me habló mi Napoleón—, ¿sabías que Françoise lleva dos años viviendo aquí en Zaragoza, y seis meses saliendo con tu padre?

«Si me muerdo más la lengua, fijo que me la parto».

—¿Qué me dices? —Fingí enseñando dientes, cuando en realidad estaba conteniéndome para no lanzarme a su cuello.

—Bueno, os dejamos que tendréis muchas cosas que hablar y que hacer. Un placer conocerte, Françoise. Espero poder verte antes de mi vuelta a París.

—Estará muy ocupada —bramó mi padre de mala gana.

Ella lo miró incrédula sin saber muy bien qué decir.

—¡Ah, no, no, de eso nada! —solté en un tono un poco más alto de lo normal—. Tenemos que conocerla. ¡Y se me acaba de ocurrir una idea! ¿Por qué no vienes mañana a casa a cenar? —le propuse directamente a ella.

—Mañana no puede —ladró mi padre.

«Está empecinado en darse a la fuga, y no se lo voy a permitir».

—¿*Pog* qué no, *caguiño*? —Ella lo mira atónita sin entender nada.

La idea de presentarla en casa me divertía, aunque debía reconocer que aquella última palabra fue como un puñetazo en el estómago. Todo estaba sucediendo demasiado deprisa, y necesitaba más tiempo para asimilarlo.

—Eso, ¿por qué no? —repetí, decidida a enfrentarlo.

—Porque tenía pensado llevarte a un sitio —argumentó él sin demasiado convencimiento.

Lo conocía lo suficiente para saber que no era cierto.

—Pero seguro que puede esperar —insistí—. Así podrás conocer al resto de la familia. Serás bien acogida. Y mucho más siendo *francesa*, como lo es mi Mattew.

La última frase se la dediqué a mi padre, que empezaba a quedarse sin recursos.

—*Segá* un *plaseg* —agradeció ella.

—Perfecto —respondí—. ¿Mañana a eso de las nueve?

Ella miró a mi padre a modo de consulta, y Mattew y yo también lo hicimos para acorralarlo.

—De acuerdo. Mañana a las nueve —gruñó al fin.

—¡Genial! Bueno, hasta mañana, entonces. Nosotros nos marchamos, Mattew ha reservado una suite para los dos.

Sabía que aquello lo reventaba, como también que no podría poner reparo alguno.

—Hasta mañana, pareja —se despidió mi Napoleón.

Françoise también hizo lo propio.

—¡Adiós! —remató de mala gana mi padre, justo antes de dar media vuelta y continuar con su parti-*cular* caminata.

Capítulo 36

—¡¿Cómo puedes pedirme que me calme?! —grité dando vueltas de un lado a otro por la suite.

Verlo tan tranquilo, tumbado de lado sobre la cama, me cabreaba aún más.

—Porque no quiero verte así.

—Tú, más que nadie, deberías apoyarme; has vivido en carne y hueso el odio que os tiene.

—Por supuesto que te apoyo y te entiendo. Pero solo voy a estar aquí dos días, y no me gustaría perder el tiempo precisamente hablando de él.

Sus ojos recorrieron de arriba abajo mi cuerpo.

—¡Mattew, concéntrate! —le exigí señalándome a los ojos para que dejase de mirarme las tetas y todo lo demás—. ¿Darme consuelo es perder el tiempo?

—¡Eh, eh! —articuló levantándose para alcanzarme y abrazarme—. Estoy contigo, ahora y siempre; ya lo sabes.

Su mero contacto logró calmarme un poco.

—Ya, pero es que… siento tanta rabia. ¡Nos ha engañado, Mattew! ¡Mi padre nos ha estado mintiendo todo este tiempo!

—Tu padre ha hecho teatro como hiciste tú conmigo. De tal palo, tal astilla.

—Tú tampoco te quedaste corto —defendí.

—Me estoy planteando lo de formar una compañía de teatro —se burló.

—Tonto —lo reñí, dándole un suave golpe en el pecho.

—Hagamos una cosa. Preparemos una cena *especial* —me planteó alzando las cejas y enfatizando la última palabra.

«¿Cómo no se me había ocurrido a mí antes?».

—Eres un genio, ¿lo sabías? —formulé coqueta, colgándome de su cuello.

—Por eso las chicas se vuelven locas por mí, porque cumplo sus deseos.

La mirada que le eché lo hizo reír a carcajadas.

—Mira qué te digo, franchute —lo amenacé con el dedo—. Voy a hacer una llamada imprescindible, pero cuando acabe, me vas a explicar a quién puñetas le das tú la lamparita para que frote.

Mattew siguió riéndose y yo me giré para no hacerlo también. Saqué el móvil del bolso y busqué el contacto en la agenda.

—¡Abuela! Soy Maica.

—*Ya lo sé, lo dice la pantalla.*

Me sentí tentada de responderle algo, pero andaba demasiado centrada en apartarle las manos a mi Napoleón, que se me había pegado en plan pulpo.

—Escucha, esta noche no iré a dormir, ha venido Mattew.

—*¡Ay, qué alegría más grande!* —la escuché celebrarlo al otro lado.

—Sí, mucha —reconocí, esforzándome por no cambiar mi tono de voz.

El muy canalla se estaba restregando en mi culo, sobándome los pechos y besándome el cuello al mismo tiempo.

—*¿Y por qué no ha venido a vernos?*

Estaba por contarle todo lo que había pasado, pero me negaba a perderme su cara cuando se lo dijera en persona.

—Ha llegado tarde y han surgido un par de… imprevistos.

«¡La madre que lo parió! ¡Pues no que le ha dado por desnudarme mientras hablo con mi abuela!».

—*¿Ocurre algo, hija?* —me preguntó con aquel tono maternal que la caracterizaba.

—No…, abuela. —Entre una palabra y otra se me escapó un pequeño gemido al notar los tocamientos sin pudor de mi Napoleón sobre mi parte íntima—. Todo está bien —le aclaré como pude—. Mañana te cuento…, ¿vale?

—*Vale.*

—Recuerdos de Ma… ttew.

«Sé que tiene prisa por estar conmigo, pero no dejarme ni hablar con mi abuela es para ahogarlo».

—*Igualmente. Que disfrutéis.*

—Gracias.

—*¡Ah! Y dile a tu novio que se corte un poco la próxima vez que me llames, que una es vieja, pero no tonta* —defendió antes de soltar una risotada picarona y colgar.

—¡Nos ha oído! —recalqué girándome hacia él.

—Lo sé —aseguró sin dejar de besarme el cuello, el hombro, la clavícula…

—¿Y no… te… importa? —jadeé dejándome hacer.

—No —remató con voz ronca y cortante, excitándome hasta erizarme el vello.

Miré a mi alrededor buscando algún lugar donde dejar el móvil para poder concentrarme en exclusiva a él. Lo más cercano era un sillón que estaba a un par de metros de nosotros y me estiré para acortar la distancia y acertar en mi lanzamiento. Mattew aprovechó mi postura para

morderme la cintura.

—¡¡¡Au!!! ¡Me has hecho daño!

—Es que estás tan rica —se justificó cogiéndome en brazos para llevarme hacia la cama y lanzarme literalmente sobre ella.

«¡Joder, incluso su lado salvaje me pone!».

Tumbada boca arriba lo observé desnudarse, mientras me dedicaba aquella mirada oscura que tanto había echado en falta. Tenía ante mí al hombre más sexi del mundo, y la gran suerte de que fuese mío; única y exclusivamente mío.

Con una corriente de felicidad recorriendo mi cuerpo y erizando cada poro de mi piel a su paso, me deshice de la ropa sin dejar de mirarlo. Mis piernas se abrieron indulgentes para él, reclamando lo que la distancia me había negado. A su lado, todo volvía a ser mágico como lo había sido dos meses atrás. ¡Dos meses! ¿Cómo habíamos podido resistir tanto tiempo sin vernos?

—Te voy a comer entera —amenazó llegando hasta mí, desafiante, cual tigre ante su presa.

Jadeé en su boca acogiendo sus labios de un modo ardiente, desesperado, sin temor a rozar lo obsceno.

«¡Dios, qué bien sabe!».

Nuestros cuerpos se encontraron, y aquel encuentro se llevó consigo los temores del pasado y el tiempo que permanecimos separados. Mattew volvía a estar conmigo, a mi lado, cumpliendo cada uno de mis deseos como solo él sabía hacer.

***

Al día siguiente, y tras pasar toda noche recuperando el tiempo perdido, nos fuimos a casa. Habíamos urdido un plan para darle una lección a mi padre, y me moría por llevarlo a cabo.

—¿Quién hay por aquí? —pregunté al abrir la puerta.

Mi abuela, que salió a nuestro encuentro, no se cortó en ignorarme cuando lo vio.

—¡Mattew, hermoso, cuánto tiempo sin verte! ¡Ven a mis brazos! —lo saludó la mujer, abrazándolo como si no hubiese un mañana.

—¡Hola, Isabel! ¿Cómo estás?

—No tan bien como tú —afirmó tocándole y sobándole los brazos todo cuanto podía—. ¿Qué tal tu viaje? ¡Ay, pero no te quedes aquí! Pasa, hombre, pasa.

Arrastrado por mi incansable abuela, Mattew giró un instante el cuello para guiñarme un ojo y dedicarme una de sus maravillosas sonrisas.

En mitad del tercer grado, dio un grito para llamar a Curro. Mi hermano no tardó en aparecer, como lo hizo una enorme sonrisa que le cruzó media cara.

—¡¡Mattew!! —celebró tirándose a sus brazos.

—¡Hola, campeón! ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Sabes qué? ¡He superado el nivel y ya tengo poderes!

—¿Subiste al castillo y conseguiste la pócima?

—¡Por supuesto que sí! ¿Con quién te crees que estás hablando? —vaciló el pequeñajo.

Mientras ellos continuaban con su particular conversación acerca de sus cosas, mi abuela me miraba sin entender nada. No se lo aclaré, porque lo único que podía hacer era sonreír. Ver lo mucho que apreciaban a mi Napoleón y cómo lo habían recibido me ensanchó el corazón y logró conmoverme.

Al cabo de un rato, cuando los dos hombretones se pusieron al día y Curro volvió a su cuarto, Mattew y yo nos dispusimos a hablar con mi abuela.

—Bueno, Isabel, Maica y yo queremos contarte algo.

Ella nos miró con cierto grado de temor.

—No me digas que…

—Abuela, no te adelantes —intervine.

—Ya, pero es que, con esa cara, me da que no me va a ser bueno.

—Si me dejaras que te lo diga.

—¡Ay, madre mía! Si ya sabía yo… ¡A ver con qué me vienes ahora!

—¡Calla y escucha! —la reñí—. Verás, abuela, anoche, cuando Mattew y yo llegamos al hotel…

—Hija, no necesito que me des los detalles —apostilló.

«Me tiene harta».

—Como veo que no me dejas hablar, te lo soltaré de carrerilla: papá tiene novia.

—¡No me digas que lo has *pillao*! —enfatizó llevándose la mano al pecho.

«Ahora sí que me he perdido».

—¿Lo sabías? —inquirí sin dar crédito.

La vi relajarse y en cierto modo me tranquilizó.

—¡Ay, cariño, cuánto te queda por aprender! Ya serás madre y lo entenderás. Aunque no hay prisa —añadió dirigiéndose a Mattew.

Él no pudo evitar sonreír.

—¿Qué sabes de ella? —le demandé a mi abuela.

—Nada en realidad —aclaró—. Tu padre lo guarda en secreto, aunque yo lo sé desde hace tiempo.

—Entonces, ¿no sabes de dónde es?

—A tanto no llega mi información. ¿Por qué lo dices?

Había llegado el momento de soltarle la bomba.

—Abuela —me dirigí a ella posando mi mano sobre su antebrazo—, la novia de papá es francesa.

—¡¡¡¿Qué?!!! —La mujer se levantó de un salto del sillón y comenzó a dar vueltas por el salón, un sello de familia—. ¡¡¡¿Me estás diciendo que después de tanto despotricar, de tanto atacar, de tanto maldecir, cagar y aguantar portazos… tu padre está con una francesa?!!! No va por ti, hijo —se excusó con Mattew, y él asintió.

—Sí, abuela, ¡es francesa!

—Me vais a perdonar, pero ahora soy yo la que tengo que ir a cagar.

—Tápate los oídos —le advertí a mi Napoleón, cosa que no hizo, por supuesto.

—¡¡¡Me cago en mi hijo!!! —gritó mi abuela con todas sus fuerzas.

—Eso es, suéltalo todo —la animé porque, por suerte o por desgracia, yo no había tenido oportunidad de hacerlo.

—¡¡¡Si es que quien más habla es quien más tiene que callar!!! —continuó despotricando—. ¡Si no falla!

—Amén a eso —murmuré.

—¡Con las veces que le he tenido que reñir! ¡¡¡Yo lo mato!!! ¡¡¡Lo mato!!!

—Nosotros tenemos un plan mejor —anuncié.

—No, hija; tú eres muy joven para ir a la cárcel, y con lo bonita que eres, serías carne de cañón.

No sabía si reír o llorar.

—Abuela, siéntate y haz el favor de escucharme —le pedí, obviando el hecho de que Mattew estuviera reprimiéndose por no descojonarse.

Cuando por fin logró calmarse, entre los dos le contamos lo de la invitación a cenar y nuestro plan. Ella se mostró encantada con la idea, y esa misma tarde nos pusimos manos a la obra.

A la hora prevista, la cena ya estaba lista y la pareja hizo acto de presencia. Françoise era una mujer bastante atractiva. Tenía un cuerpo delgado, el pelo rubio y un corte a la altura de los hombros que la rejuvenecía. Su gesto desde que entrara por la puerta era alegre, al contrario que mi padre, que se le veía acojonado.

Una vez hechas las presentaciones, mi abuela se llevó a Françoise al salón cogiéndola del brazo, mientras la cosía a preguntas.

—Papá, espero que te guste lo que Mattew ha preparado —anuncié cuando los tres nos quedamos a solas en el recibidor.

—¿Has hecho tú la cena? —le preguntó extrañado.

—Me temo que sí, Paco. Aunque tu hija me ha ayudado, he de reconocerlo.

Cuando llegamos a la zona de comedor, a mi padre por poco no se le desencajó la mandíbula. Esa tarde Mattew y yo habíamos ido de compras y, sobre la mesa, cubierta por un mantel con imágenes de los lugares más emblemáticos de París, había una gran variedad de comida típica francesa. Una quiche Lorraine que ya no humeaba, una bandeja de quesos variados, foie,

ensalada y, como colofón, una jugosa y redonda tortilla de patatas en homenaje a mi padre.

Mientras mi abuela, como buena anfitriona, le indicaba a cada uno dónde debía sentarse, yo encendí el equipo de música del salón con las canciones francesas que Mattew me había regalado. El cabreo de mi padre por la encerrona iba en aumento, pero no me importó lo más mínimo y seguí el plan con una enorme sonrisa.

Tras avisar a Curro y presentarle a Françoise, mi abuela lo colocó en un extremo de la mesa, frente a ella, entre Mattew y la invitada.

—¿Voy a dirigir la mesa? —cuestionó extrañado.

Aquel lugar siempre lo había ocupado mi padre.

—Eso parece. Esta noche tú y yo vamos a dirigir el cotarro —estableció mi abuela orgullosa.

—Al final le voy a coger el tranquillo a esto de mandar y dirigir —celebró mi hermano.

Los tres sonreímos con la caída del pequeñajo, excepto mi padre, que cada vez se mostraba más perdido.

Sentados todos a la mesa, mi padre se dispuso a dar comienzo a la cena, lanzándose a por su plato favorito, cuando mi abuela lo interrumpió.

—¡Ay, qué cabeza tengo! ¡Esperad, que falta un plato! —anunció de pronto, levantándose y yéndose hacia la cocina.

A su regreso, situándose en medio de la nueva pareja, le colocó a mi padre un plato con una mísera tortilla francesa.

—Toma, hijo, que te la he hecho con mucho cariño.

—¿Tortilla fran… sin patatas? —inquirió molesto.

Empezaba a ponerse colorado y sabíamos que no tardaría en explotar de un momento a otro.

—¡Claro que sí, hijo! Sé cuánto te gusta todo lo *francés* —se justificó mi abuela, alargando la última palabra al tiempo que le dio una sonora colleja.

—¡Ay va! —soltó Curro, tapándose la boca con las manos.

Mattew y yo hicimos lo mismo, pero para ocultar nuestra risa.

Mi padre estaba a punto de decirle algo, cuando mi abuela se lo impidió.

—Françoise, tú no te asustes que esto es una tradición en la familia. Es una forma cariñosa que tenemos de comunicarnos en *España*, ¿verdad, Paco? —declaró volviendo a enfatizar en el nombre del país, dándole otra colleja, esta vez algo más fuerte, antes de sentarse de nuevo a la mesa.

—¿Eres francesa? —demandó Curro con la cara desencajada.

El pobre se estaba enterando de todo en ese momento.

—Claro, cariño, igual que él —respondí señalando a mi Napoleón.

—Pero si papá odia a los…

—Y cuéntanos, Françoise —lo interrumpió mi abuela—, ¿cómo conociste a mi hijo?

—Somos *compañegos* de *tgabajo*.

—¡No me digas! ¡Ay, hijo, qué callado te lo tenías! —dijo cogiéndolo por el moflete, apretándoselo con todas sus ganas.

Mi padre estaba a punto de decir algo, cuando ella volvió a adelantarse.

—¡Si es que a mi Paco todo lo que venga del país vecino le encanta! ¿A qué sí, hijo?

—¡Claro, mamá! —masculló entre dientes, limpiándose la frente con la servilleta.

El pobre estaba empezando a sudar de la mala leche que estaba cogiendo.

Mattew y yo contuvimos la risa, Curro estaba cada vez más alucinado, y mi abuela decidió volver a la carga.

—¿Y cuánto tiempo llevas viviendo en Zaragoza? —le preguntó a la invitada.

—Siete meses.

—¡Así que fue amor a primera vista! Si es que no me extraña, con el amor que os tiene mi Paco de toda la vida. ¡Hijo, cuéntale a Françoise lo emocionado y feliz que te sientes cada vez que tu jefe te manda a hacer un porte a Francia!

—¿No tienes hambre, *mamá*? —gruñó mi padre.

—No mucha, hijo. Pero tú cuéntale, cuéntale —lo apremió.

—No creo que quiera escuchar eso.

—No me *impogtaguía* —intervino aquella.

—¿Ves, hijo? Si a ella no le importa, a ti tampoco, ¿a que no? ¡Ay, si es que estoy emocionada en este momento! —anunció levantándose y colocándose de nuevo entre ellos dos —. Por fin mi hijo está haciendo realidad su sueño: tener, no a uno, sino ¡a dos galos en casa! ¿Verdad que es emocionante, cariño? —añadió dándole otra colleja.

—¡¡¡Bueno, basta ya!!!

Por fin había explotado.

Mi abuela sonrió orgullosa y regresó a su asiento.

—¡¡¡Vale, lo siento!!! ¡¡¡¿Estás contenta?!!!

—Yo sí. ¿Y tú? —le cuestionó mi abuela.

Ver el duelo de ambos en directo era algo por lo que incluso hubiese pagado.

—¿Qué *ocuge*, *Paquito*? —quiso saber su pareja, que lo miraba atónita, a la espera de una explicación.

«¿Le acaba de llamar Paquito, como el chocolatero?».

Ya no podía reprimirme más y comencé a descojonarme delante de todos. Mi padre, pese a lo molesto que estaba, quiso aclararlo todo.

—Cariño, tengo que contarte algo…

—¿Sois novios? —lo interrumpió Curro, con la boca y los ojos tan abiertos que ni parecía él.

Los cinco miramos a mi padre a la espera de su respuesta.

—Hijo, somos amigos…, digamos que… especiales.

—¿Y eso no es lo mismo que ser novios?

La cara de «me cargo al pequeñajo» que puso mi padre no pasó desapercibida para nadie.

—Podría llamarse así, sí.

—¿Es tu novia… y es francesa?

—¡Sí, coño, sí! —reconoció de mala gana.

—¿Entonces también quieres a Mattew? —le preguntó emocionado.

«¡Joder, con el pequeñajo!».

—Estábamos hablando de nosotros —se justificó mi padre revolviéndose en la silla.

—Contesta a su pregunta —le exigí.

—Puede que sí. Yo qué sé.

—No entiendo nada —intervino Françoise.

—Cariño, verás…, en mi familia desde hace casi dos siglos hemos odiado…

—Habla por ti —lo interrumpió mi abuela.

Mi padre tomó aire antes de continuar.

—Los hombres de mi familia, y en concreto yo, hemos *odiado* —concretó dibujando unas comillas en el aire con los dedos— a los franceses.

—¡¿Me odias?!!

—¡No, a ti no! —aseguró cogiéndola de la mano—. Es más bien una herencia.

—¿Aquí no *heguedáis dinego*?

—Sí, eso también. Me refiero a que es algo que me han enseñado desde pequeño.

—*Pego*, ¿*pog* qué?

—¡Porque a Napoleón le salió de los huevos invadirnos y conquistar nuestro país!

—*Pego* eso pasó *hase* mucho tiempo.

—Lo sé —admitió mi padre.

—¿Y sigues pensando igual?

—No, ya no.

—¿Desde cuándo?

—Desde que te conocí.

—*Entonses* todo esto ha sido *paga*… —Él asintió—. Vale, *ahoga* lo entiendo. Pues pide disculpas y *podgemos senag*.

—Lo siento, cariño.

—¡A mí no…, a él! —esclareció señalando a Mattew.

«Esta mujer acaba de conquistarme, y desde ya me autoproclamo su fan número uno».

—¡Está bien! —carraspeó mi padre, girándose de nuevo para mirarlo cara a cara—. Mattew, aunque sigue sin hacerme gracia lo vuestro, quiero decirte que lo siento. Lamento haber sido tan

necio y cabezota. Y te pido disculpas si te he ofendido en alguna ocasión.

—Gracias, Paco. Te las acepto —respondió mi Napoleón, justo antes de que ambos se diesen la mano por encima de la mesa.

—¡Coño, ya estaba bien, con el hambre que tengo! —celebró mi abuela, pinchando un trozo de tortilla, haciéndonos reír a todos y dando por comenzada, al fin, la gran cena.

Capítulo 37

Despedirme de nuevo de Mattew fue casi tan doloroso como la primera vez. Nuestros planes de futuro volvían a quedar ensombrecidos con la distancia, con separarnos el uno del otro sin una fecha fija para reencontrarnos.

De modo agonizante, los largos y tediosos días se convirtieron en semanas. Semanas en las que me vi obligada a retomar mi antigua vida y a centrarme en el trabajo para sobrellevar lo mejor posible el no tenerlo a mi lado.

En casa habíamos acogido a Françoise como se merecía, como a una más de la familia. Me alegraba por ella, y por mi padre, al que hacía mucho tiempo que no veía tan feliz. En el fondo, sabíamos que liberarse de aquella losa que pesaba sobre su conciencia jugó un papel importante en su enorme cambio. Todo estaba mucho más relajado, aunque no podía evitar sentir envidia por ellos. La presencia de Françoise en casa, con su indiscutible acento francés, me recordaba aún más la ausencia de Mattew.

Me ocurría lo mismo cuando veía a Ainhoa con Eloy. Ellos seguían manteniendo su relación, pero yo procuraba inventarme cualquier excusa para no quedar con ellos cuando él venía a Zaragoza a visitarla.

Una noche, a principios de noviembre, mientras aguardaba en mi cuarto para hablar con Mattew, escuché que tocaban a la puerta.

—¿Se puede?

—Claro, papá, pasa.

—¿No interrumpo nada? —preguntó mirando hacia la pantalla de mi portátil.

—Aún no —me mofé.

—Mejor, hija, mejor.

Sonreí al tiempo que lo vi adentrarse en la habitación.

—Tú dirás —señalé, sabiendo que debía ser algo importante para que se sentara frente a mí, a los pies de la cama.

—Maica, sé que he tardado mucho en hacer esto, y que debería haberlo hecho antes, pero… —Me estaba empezando a asustar; su semblante era un poco más serio de lo normal y no supe

qué pensar—. Hija —prosiguió—, quiero decirte que siento mucho todo lo que te dije sobre Mattew y sobre los franceses.

—Lo sé, papá —admití con cierto alivio.

—No me interrumpas —me pidió. Al instante levanté las manos y le mostré las palmas en señal de rendición—. Desde pequeño —continuó—, escuché de tu abuelo las historias de nuestros antepasados y, sin que pudiese evitarlo, me inculcó el odio hacia ellos. Yo nunca había conocido a ninguno y tampoco tuve la oportunidad de comprobar si era o no cierto todo lo que hablaba y despotricaba de ellos, hasta que la empresa me envió, como tú bien sabes, a hacer mi primer porte a Francia. Yo iba con miedo, me metía en terreno enemigo y no sabía lo que me podía encontrar. Por caprichos del destino o por una mala coincidencia, el único porte que pararon en la frontera, de todos los españoles que en aquel momento estábamos allí, fue el mío. Nunca antes lo he dicho, pero lo cierto es que, debido a mi *herencia*, yo ya iba predispuesto a que algo sucediese, estaba nervioso, tenso y quizás eso no ayudó demasiado en mi favor. Mi actitud caldeó los ánimos y supongo que, por ello, acabó la cosa como acabó. —Estaba tan alucinada con lo que me estaba contando, que no me atreví a interrumpirle—. A mi vuelta —continuó—, intenté evadir cualquier viaje allí, y por supuesto evité contar esta parte de la historia, pero el trabajo es sagrado, y no tuve más remedio que tragarme mi orgullo y regresar. Eso sí, procuré por todos los medios no volver a mostrarme tan hosco para evitar que volvieran a volcarme el camión, y así fue. Con el tiempo, tuve que tratar con muchos de ellos, conocer algunas de sus costumbres, descubrir su maravillosa gastronomía e incluso aprender algo de su idioma, aunque sin llegar a apreciarlos lo más mínimo.

Lo vi tomar aire y soltarlo en un suspiro

»Cuando me dijiste que ibas a traer a una francesa a casa, mi primera reacción fue asustarme. —Al instante fruncí el ceño y él se apresuró a aclarármelo—. Sí, hija, me asusté porque pensaba que mi coartada que durante tantos años había levantado y preservado, se me iría al traste —reconoció—. Me sentía responsable de dejaros sin vacaciones y, cuando dijiste que te habías apuntado al intercambio, en realidad me alegré mucho por ti; me pareció una preciosa forma de acabar y celebrar tu graduación. Aunque cuando vi que se trataba de Mattew, ahí supe que esto no sería un mero intercambio. Soy hombre, pero no estoy ciego, y sabía que tarde o temprano acabaríais juntos. No hacía falta más que veros para saber que entre vosotros había algo, llámalo química o instinto paterno, me da igual. El caso es que no me equivoqué. No quería que te fueras, sopesé mil maneras de impedirte el viaje, pero no lo hice.

—Pero tú ya estabas con Françoise —defendí.

—Sí. Pero ella no vive a mil kilómetros de mí, ni yo de ella.

—¿Es solo por eso?

—Tu abuela me echó la charla el primer día que Mattew vino a casa. —Sonreí al

imaginármela—. Entre ella y Françoise intentaron hacerme razonar y finalmente lo consiguieron, como también lograron que te impidiera marcharte a París con él.

Escuchar el nombre de la ciudad que tanto significaba para mí me sacudió el corazón. Tal y como lo había hecho la confesión de mi padre, al que respetaba aún más si cabe desde aquel momento.

—Papá, ¿crees que funcionará? —cuestioné con apenas un hilo de voz, sin ocultar el temor que escondían mis palabras.

Mi padre se adelantó hacia mí y me cogió de la mano.

—Hija, estoy seguro de que sí. Supongo que, con los años, esas cosas se saben.

—¿Tenéis una bola de cristal o algo así?

Una vez más recurrí al humor para sentirme mejor.

—No, tenemos edad y experiencia, algo mucho más valioso que cualquier dichosa bola. Maica, la forma en que Mattew te trata solo es síntoma de lo mucho que te quiere y te respeta.

El corazón se me encogió.

—Pero él vive allí y…

No pude seguir. El dolor era más fuerte que yo y acabó inclinando mi cabeza.

—En eso no tengo más remedio que darte la razón —afirmó apartándome un mechón de la cara para pasármelo por detrás de la oreja—. Pero no puedes tener todo el día esa cara de acelga.

—¡Papá! —me quejé casi sin fuerzas.

Esperaba que entendiera que estaba haciendo un esfuerzo tremendo por no romper a llorar, en lugar de atacarme.

—Ponte como quieras, pero es cierto —sostuvo como si nada—. Ya no sonríes como antes, y echo de menos a la gamberra de mi hija.

Me sentí tentada de decirle algo. ¡Cómo había cambiado el cuento!

—Así que —prosiguió—, como quiero volver a ver esa risa a la que nos tienes acostumbrados, aquí tienes mi regalo de graduación. —Lo vi echarse mano al bolsillo trasero del pantalón, del que sacó un sobre que no tardó en entregarme—. Sé que llego un poco tarde, pero…

—¡Gracias, papá! —susurré mostrándole una tímida y falsa sonrisa.

Aunque no estábamos para grandes lujos, agradecía su esfuerzo, pese a no saber cuánto dinero habría dentro.

—Ábrelo, anda —me apremió—. ¡A ver si eres capaz de darme una verdadera sonrisa y no esa mierda que me has *dao*!

—¡Tonto! —le solté al verme descubierta, mientras abría el sobre ante su atenta mirada. Al ver lo que contenía, mi cara y mi lenguaje corporal se transformaron al instante—. ¡¡¿En serio?!! ¡¡¿Esto es lo que creo que es?!! —demandé enloquecida.

—¡Coño, hija! ¿Te has *graduao* y no sabes leer? Voy a tener que quejarme al Ministerio de Educación —se mofó.

—¡Te quiero, papá! —grité abalanzándome sobre él para abrazarlo.

—Y yo a ti, cielo, y yo a ti —susurró acogiéndome entre sus brazos.

Cuando acabé de llenarlo de incesantes y sonoros besos, quise salir corriendo en busca de mi abuela para darle la noticia. Pero una vez más ella me sorprendió, al encontrármela al otro lado de la puerta con la oreja pegada.

—Hola, ¿qué tal? Pasaba por aquí y no he oído nada —intentó justificarse de un modo tan patético que, por primera vez en mucho tiempo, acabé riendo a carcajadas.

—¡Joder, mamá, lo tuyo es de traca! —la riñó mi padre, fingiendo estar enfadado.

—Vale, soy la única de la familia que no valgo para actriz, dejémoslo ahí —se defendió ella con enternecedora sonrisa.

Tras abrazarla con todas mis fuerzas hasta casi espachurrarla, salí pitando hacia la habitación de Curro para darle la buena noticia, y de paso, preguntarle si quería que le trajese algo de… París.

Capítulo 38

El avión estaba a punto de despegar y yo me agarré fuerte a los apoyabrazos del asiento. No es que me diera miedo volar, pero estaba tan nerviosa por ver a Mattew, que sentía la necesidad de aferrarme a algo. Por fin, después de más de dos meses, volvería a estar con él.

Mi Napoleón no sabía nada. Habían pasado cinco días desde que mi padre me regalase los billetes, y reprimirme las ganas de contárselo cada noche no fue sencillo. Quería darle una sorpresa, como él había hecho conmigo. Últimamente, estaba un poco raro, y sabía que lo animaría presentándome allí, en la ciudad de la Luz, la que tanto nos dio y en la que tantas cosas vivimos juntos.

Nada más poner un pie en París, me quedé petrificada. ¡Joder, qué frío hacía! Ahí entendí lo que Mattew me había querido decir cuando me contó lo de la ley que prohibía desalojar a los inquilinos en aquellas fechas.

El paisaje, como la temperatura, también era diferente. En el taxi, de camino a su distrito, vi que no parecía la misma ciudad. Los árboles, que en verano estaban rebosantes y llenos de vida, ahora estaban desnudos, sin hojas que los cubrieran. Rincones que recordaba verdes y con esplendor, habían tornado a un color marrón, oscurecido por la cantidad de nubes negras que encapotaban y eclipsaban su brillo. Sin embargo, pese a que sus tonos ya no eran los mismos, la ciudad seguía sin perder su belleza.

—Déjeme aquí —le pedí al taxista en francés al ver la estatua dorada que tanto me gustaba, la del «culo del caballo».

Había aprendido bastante del idioma y me desenvolví bien, incluso a la hora de pedir algo para comer en uno de los restaurantes cercanos al Louvre. Debía hacer tiempo hasta las cuatro de la tarde, la hora en la que Mattew salía del trabajo.

A pocos minutos de la hora, salí del local y me encaminé hacia su apartamento. Conforme caminaba por la extensa rue de Rivoli, mi nerviosismo aumentó. ¡No podía creer que estuviera en París y que hubiese llegado el momento de verlo! Estaba tan emocionada que aligeré un poco el paso para llegar cuanto antes.

Al llegar a la esquina de su calle, me detuve un instante para tomar un poco de aire. Las

piernas me temblaban y aguardé a calmarme un poco antes llamar al interfono de su portal. Sabía que era demasiado pronto y no me equivoqué al presagiar que aún no había llegado del trabajo. Nadie contestó al otro lado, por lo que volví a cruzar la calle y plantarme en la acera de enfrente, para tener una mejor perspectiva.

Mientras aguardaba junto a mi pequeña maleta de cuatro ruedas, miraba a derecha e izquierda sin parar. Estaba segura de que aparecería en cualquier momento, y no quería perderme su cara al verme por nada del mundo. Estaba tan nerviosa que no paré de golpear el suelo con el pie, hasta que escuché el sonido de una moto venir calle abajo.

Reconocí su casco al instante.

El corazón me retumbaba desbocado bajo el pecho y mis labios se curvaron en cuanto lo vi. Separé la espalda de la fría pared para comenzar a caminar hacia él cuando, de pronto, me detuve en seco al comprobar que no iba solo.

No podía moverme, mi cuerpo no lograba reaccionar al verlo llegar al portal, detener la moto, bajarse y quitarse el casco. Sin saberse observado, se abalanzó sobre ella, le levantó la visera un instante, del que en su día fue mi casco, y la besó, justo antes de girarse y adentrarse en el edificio. Ella se quedó allí, subida en el asiento, imaginé que esperando a que él regresara. No pude verle la cara, pero su pelo rubio liso asomando por debajo del armazón no dejaba lugar a dudas. Era Daniéle.

Sentí ganas de vomitar. Por un momento me sentí tentada de cruzar, de arrancarle hasta el último pelo de su rubia y pija cabeza. Pero no lo hice. De nuevo, y de forma autómata, me cubrí todavía más con el gorro de mi abrigo, y saqué mi móvil para recabar pruebas.

Las manos me temblaban cuando Mattew apareció de nuevo, en esa ocasión con un bolso mochila que le entregó a ella. Con un acto reflejo, comencé a echarles fotos con el teléfono. Ninguno de los dos se había percatado de mi presencia, y dando rienda suelta su confundida libertad, volvieron a besarse, antes de retomar su marcha y desaparecer en dirección a la plaza de la Concordia.

No sé cuánto tiempo me quedé allí sin hacer nada, intentando recobrar la cordura que había perdido tras haber sido testigo de la mayor de las traiciones. Me sentía rota, con un dolor tan agudo e intenso que apenas me dejaba respirar. Ni siquiera fui consciente cuando mis pies comenzaron a andar, arrastrándose por el suelo, como lo hacía mi alma.

Con la cabeza agachada y la mirada perdida, caminé hasta rendirme a la presión que me oprimía el pecho, dejando que las lágrimas descendieran por mi frío rostro sin que yo se lo impidiera. Ya nada era igual que en verano. Ya nada era igual en París. Ya nada era igual con Mattew.

¿Cómo había podido hacerme algo así? Hubiese preferido que rompiera conmigo mil veces antes que destrozarme de aquella manera. No necesitaba hacerme pasar por todo aquello si

consideraba que lo que había entre nosotros ya no era suficiente para él.

Comenzó a llover y ni siquiera me importó que el frío y la humedad me traspasaran la ropa hasta recalarme en los huesos. Me sentía como un juguete roto, y me flagelé arrastrando mi maleta, maldiciéndome por lo idiota, mísera e imbécil que había sido al dejarme embaucar por él, por un hombre que lo único que había hecho había sido utilizarme y engañarme desde el primer momento. No hice caso a mi instinto, y ahora debía pagar las consecuencias de mis actos.

Seguí caminando sin darme cuenta de que atravesaba Tullerías, dejando que la tristeza me bañara, como lo hacían las gotas que empañaban mi abrigo y ensuciaba mis botas, sintiéndome maldecida y abandonada en una ciudad que me hizo olvidarme de que siempre me había negado a enamorarme. Ahora sabía por qué. Ningún sufrimiento era comparable con lo que me desgarraba por dentro.

La lluvia arreció con intensidad, con más fuerza, contraria a mí, que notaba cómo a cada segundo, a cada paso que daba, me debilitaba hasta despedazarme por dentro. Comencé a temblar. Tanto que pude escuchar el rechinar de mis dientes. La poca gente con la que me cruzaba evitaba decirme una sola palabra. Pero yo ni siquiera podía mirarlos a la cara. Mi vista seguía anclada sobre el suelo, permitiéndome ver apenas unos centímetros delante de mí, los suficientes para que mi subconsciente supiera por dónde debía pisar. Sin embargo, apenas podía sostenerme, y caí de rodillas contra la tierra mojada que había bajo mis pies.

Temblaba como una hoja en medio de una ventisca. No sabía qué hacer. La pena me invadía y no lograba pensar con claridad. Perdí la noción del tiempo, hasta que mi cuerpo llegó a su límite. Lo había machacado hasta el extremo, y fue precisamente él quien resistió por mí, quien decidió salvarme y darme la fuerza que necesitaba para llevarme de vuelta a casa.

***

Fue entonces cuando comenzó mi auténtico calvario, cuando me convertí en la persona que nunca antes había sido, y cuando me rompí por completo.

Mi familia y Ainhoa me mostraron su infinito amor, apoyándome y acompañándome en cada bajón que, para mi desgracia, solía ser a menudo.

Una a una, rechacé las insistentes llamadas de Mattew, hasta que lo bloqueé. Desinstalé incluso la aplicación de Skype de mi portátil para no recibir ningún tipo de aviso. Aunque lo más duro vino después. Decidida a terminar con lo nuestro para siempre, le escribí una carta en la que abrí mi alma, en la que le contaba lo que había visto, el dolor que me había causado y lo mucho que lamentaba que lo nuestro acabase de aquel modo. Uno a uno le dediqué toda clase de improperios, pero también cuáles eran mis verdaderos sentimientos. Había escuchado en alguna parte que no había odio sin amor, como tampoco había reproche sin sentimiento, y le confesé lo mucho que le había amado. Acabé aquella declaración con un «hasta siempre». Y la acompañé en el sobre junto con el collar y el candado, que conseguí romper para enviárselo abierto.

No quería saber nada de él. Recordarlo me hacía daño. Pero aún más el no poder olvidarlo.

Los días pasaban y, conforme lo hacían, yo me iba hundiendo en un pozo del que no sabía salir. A veces, era yo misma la que me lanzaba con el fin de bajar a lo más profundo, esperando ocultarme y desaparecer en aquella oscuridad para no tener que hablar con nadie, para evitar dar explicaciones, que lo único que conseguían eran desgarrarme con mayor fuerza. Apenas quedaba nada de la persona que todos conocían, y era consciente del daño que les causaba, pero ni su cariño ni sus palabras lograban arrancarme aquel dolor que había desfigurado mi rostro, cambiado mi aspecto y borrado mi sonrisa.

Una mañana de sábado, con los ojos aún pegados, me levanté y me dirigí a la cocina a hacerme un café. En casa todo estaba en silencio y supuse que habrían salido a hacer algún recado.

—Maica, ven, tenemos que hablar —escuché a mi abuela llamarme desde el salón.

—Abuela, no creo que este sea el mejor momento para hablar —me quejé mientras sacaba del cajón de los cubiertos una cucharilla.

—Hija, haz el favor de venir —me exigió mi padre, con un punto de severidad.

Confusa porque los dos quisieran hablar conmigo y por su extraño tono de voz, me inquieté por si le había pasado algo a Curro. No sabía qué me esperaba y, nerviosa, me volví y me dirigí hacia ellos. La excesiva luz que había allí me cegó por un instante la vista, hasta que todo se desdibujó al encontrarme a Mattew frente a mí, de pie junto a ellos.

Capítulo 39

—¿Qué coño hace él aquí? —les pregunté, deteniéndome en cada sílaba para enfatizar aún más mi demanda, negándome a mirarlo.

—Maica —se adelantó mi padre—, Mattew nos ha contado lo que ha pasado y…

—No quiero saber nada de este tío —lo interrumpí.

—Hija, haz el favor de escuchar lo que…

—¡Abuela, creía que tú me apoyabas! —mascullé.

—Sí, cariño. Pero créeme que tienes que escucharle.

—Maica, por favor —intervino la sabandija.

Era la primera vez que abría la boca, la misma con la que lo había visto besando a la arpía de Daniéle.

—¡Habrás conseguido engañarlos a ellos, pero te aseguro que conmigo no lo vas a conseguir! ¡Lárgate de mi casa! —ordené, alargando el brazo en dirección a la puerta.

—Maica, escúchame.

—¡¡¡Fuera!!! —le grité llena de ira.

Estaba tan nerviosa y cabreada que temí que el corazón me estallara. Hasta mi abuela y mi padre se quedaron mudos al verme. Había dejado a Mattew sin posibles aliados, y sentí cierto alivio al ver que se mostraba dispuesto a acatar mi orden. La situación era tensa, como lo seguía estando mi brazo, a la espera de hacerlo desaparecer de mi vista.

Enmudecido, avanzó de modo lento, como tantas veces había hecho conmigo en el pasado. Pero al pasar por mi lado se detuvo. Su inconfundible olor penetró en mis fosas nasales arrollándome, provocando que miles de recuerdos me invadieran el cerebro, entonces castigado por el inmenso dolor de su presencia. Me volví hacia él y, por un instante, temí perderme. Mirarlo a los ojos no hizo más que confirmarme que todavía lo amaba, pese a lo mucho que también lo detestaba por el daño que me había hecho. Demasiados sentimientos encontrados, demasiados recuerdos amontonándose y luchando entre ellos hasta agotar mis fuerzas, las mismas que me impidieron mantener el brazo erguido y desplomarlo hasta caer junto a mi tembloroso cuerpo.

—Maica, tienes que escucharme —susurró con aquella mirada que tanto me había concedido.

Estaba tan guapo como siempre. Impecable. Elegante. Todo en él era perfecto, como la bofetada que le solté con todas mis fuerzas.

De fondo, escuché a mi padre y a mi abuela coger aire asombrados. Mattew, sin embargo, permaneció allí, parado ante mí, sin inmutarse. Merecía aquello y más, aunque me di por satisfecha al sentir el picor en mi palma de la mano. Levanté el brazo de nuevo, señalando hacia la puerta. Todo estaba dicho, y la única opción que le quedaba era desaparecer por ella. Al fin, tras comprender que allí no era bienvenido y que jamás perdonaría su traición, Mattew se giró y salió de casa.

Cuando la puerta se cerró, me permití soltar el aire, dejando caer los hombros.

—Ya he sacado la basura, voy a desayunar —rematé antes de volverme para regresar de nuevo a la cocina.

***

A mediodía, la comida se convirtió en un infierno con la pesada insistencia de mi padre y mi abuela. Curro y Françoise, por fortuna, se mantuvieron al margen.

—No quiero que sigáis insistiendo, no tengo nada que hablar con él —advertí, harta de tanto machaque.

—Hija, te aseguro que todo tiene una explicación —reiteró mi abuela por enésima vez.

—Sí, que Daniéle es una golfa y él un cabrón —afirmé de mala gana.

—¿Puedes pensar por un segundo lo que tu padre y yo intentamos decirte?

—¡Aún no puedo creerme que estés de su parte, abuela!

—No se trata de estar de parte de nadie, sino de que él no…

—¡Mamá! —la interrumpió mi padre, saltándome todas las alarmas.

—¿«Él no» qué, abuela? —le demandé.

—Maica, no debemos ser nosotros quienes te lo digamos.

Me estaban dando a entender que había gato encerrado, cuando la única verdad era que él me había engañado y convertido en un juguete roto.

—¡No pienso quedar con él! ¡No quiero volver a verlo! ¿Por qué os cuesta tanto asimilar eso?

—¡Siempre tan cabezota! —escupió mi padre.

—¡Mira, igual me parezco a alguien! —bramé mirándolo con furia—. ¡No tengo hambre! —añadí al levantarme de la mesa, lanzando de mala gana mi servilleta sobre el mantel.

Me fui a mi cuarto con la amarga sensación de sentirme traicionada por mi propia familia. No hallaba un motivo para entender por qué ni siquiera las fotos que le había enseñado eran insuficientes para que estuvieran de mi lado. ¿Una sola visita le había bastado a Mattew para engañarlos y conseguir que se comportaran así conmigo? Me sentí vendida, sola, y llamé a Ainhoa para quedar con ella. Zipi era la única que estaba de mi parte, la única que parecía

entender la verdad y quién era el verdadero verdugo de la ya inexistente relación.

Quedé con ella y desaparecí durante el resto de la tarde. Necesitaba desahogarme, soltar todo el dolor que me había provocado aquel encuentro y el modo en que había terminado.

Solo al caer la noche, me sentí preparada para regresar a casa.

Estando en mi cuarto, Curro se presentó en él antes de irse a dormir.

—Maica, ¿puedo hablar contigo?

—Claro, pequeñajo, pasa.

Lo vi adentrarse y sentarse frente a mí, a los pies de la cama, tal y como había hecho mi padre semanas atrás, justo antes de que aquella tortura se desatase.

—¿Me prometes que no te vas a enfadar? —me demandó.

Si la cosa empezaba así, no presagiaba nada bueno.

—Depende de lo que hayas hecho.

Viniendo de él, me podía esperar cualquier cosa.

—No he sido yo…, sino tú.

Su frase me dejó boquiabierta.

—¿Qué he hecho yo, si puede saberse? —planteé cruzándome de brazos, dispuesta a rebatirle lo que fuese necesario.

—¿Por qué ya no quieres a Mattew? —me soltó de pronto.

«¿Mi hermano también? ¡Esto es el colmo!».

Dejé caer los brazos al sentir que debía ser cauta con él. Curro tan solo era un niño, y por encima de todo debía protegerlo e intentar no hacerle daño, aunque ello me obligara a medir bien mis respuestas.

—¿Y quién ha dicho que yo no lo quiera? —le planteé.

—Oí cómo lo echaste de casa —confesó.

—Tuve que hacerlo, Curro.

—Pero él es mi amigo —defendió al borde del llanto, con la mirada cargada de tristeza.

Las tripas se me revolvieron al verlo, y me obligué a respirar hondo para no acabar soltando todo tipo de lindezas hacia el francés de las narices, por ser el único y verdadero responsable de mi pena, y ahora también de la de mi dulce hermano.

—Cielo, vosotros podéis seguir siendo amigos —aclaré en cuanto hallé las palabras adecuadas para dirigirme a él sin hacerle más daño del que ya tenía.

—¿Y cómo vamos a serlo, si lo echas?

«¡Joder, con el pequeñajo! No me lo está poniendo fácil, que digamos».

—Eso fue porque… se lo merecía.

—¿Qué ha hecho?

Su inocencia por poco no acabó partiéndome en dos, pero no podía contarle la verdad para no

acabar contestando preguntas y aclarando ciertos detalles de adultos, que a mí no me correspondía enseñarle.

—Digamos que fue malo conmigo.

—¿Te gritó? —demandó.

—No.

—¿Te pegó?

—*¡Nooooo!* —respondí alarmada.

—¿Entonces?

«¡A ver cómo salgo de esta!».

—Curro, Mattew y yo nos peleamos y ya no somos novios; no le des más vueltas.

—Pero, ¿por qué os peleasteis?

—¿No tienes que irte a matar marcianitos?

—No, ya he llegado al final del juego.

«Si no fuese tan tarde, yo misma iría corriendo ahora mismo a comprarte uno».

—¡Me alegro mucho, campeón! —celebré chocándole la palma de la mano.

—¿Me vas a decir ya por qué no sois novios?

«¡La leche que le dieron!».

—Pues porque nos peleamos —contesté, harta de que siguiera acorralándome—. Curro, cariño, eso son cosas de mayores, déjalo estar.

—¿Y por qué no le perdonas como tú me obligas a hacer con mis amigos?

«Estoy por echarlo de mi habitación de una patada o comérmelo a besos. No sé muy bien por cuál decantarme».

—Porque de niños todo es más fácil —respondí.

—¿Y por qué lo complicáis los mayores?

«Definitivamente, me inclino por la patada en el culo».

—Pues porque somos así de gilipollas —me justifiqué.

—¡Pues vaya un rollo! ¡Yo no quiero hacerme mayor si me voy a volver gili…!

—¡Eh, la boca! —le reñí.

—¿Ves? —cuestionó incorporándose—. ¡Ser mayor no mola!

—Ahí tengo que darte la razón —claudiqué, regalándole una sonrisa.

De pie frente a mí, y a la misma altura, lo observé con la certeza de que tenía el mejor hermano del mundo.

—Maica.

—Dime.

—Cuando estabas con él estabas más guapa y eras más guay.

«Bueno, igual me he pasado, y solo es el mejor a nivel local».

—Sí, supongo que es el efecto que él causa en cada uno de nosotros —admití al ser consciente de que yo también me echaba de menos.

—Y no llorabas —añadió.

«Pues ahora estoy a punto de hacerlo».

—Ya —susurré en un hilo de voz.

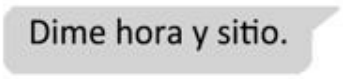
—¿Y por qué no haces algo para volver a ser guay?

Su simple y llana pregunta logró desarmarme. Por primera vez en semanas, sentí algo dentro de mí, algo que había anhelado y que no había hallado, pese a mi vano empeño en hacerlo. Su naturalidad, su candidez e inocencia eran cuanto había necesitado para recordarme quién era, para darme la fuerza necesaria de seguir adelante, dejando atrás el pasado. Él era pura luz, y consiguió mostrarme su rastro para que la siguiera.

Haciendo acopio de la fortaleza que había sabido transmitirme, alargué los brazos y lo aboqué hacia mí para darle un abrazo.

—Lo haré, te doy mi palabra —le confirmé en un susurro.

Al cabo de un rato, con sus palabras todavía resonando en mi cabeza, cogí el móvil que tenía sobre la mesa. El único modo de volver a ser la persona que había sido en el pasado era dándome la oportunidad de cerrar un capítulo que me permitiera seguir avanzando y mirar hacia el futuro. Nada volvería a ser lo mismo si no terminaba de una vez por todas con Mattew, y lo desbloqueé en el teléfono para poder enviarle un mensaje.



Capítulo 40

Mattew

Por fin había accedido a quedar conmigo y tendría la oportunidad de contarle toda la verdad. Sabía que no me lo pondría fácil, y me hubiese defraudado que lo hiciera. Estar separado de ella había sido duro, aunque nada comparado con lo que sentí cuando recibí aquella carta. Tuve que leerla al menos diez veces para asegurarme de que no era una visión lo que tenía ante mí. Saber que ella estuvo en París, me revolvía el estómago. Y aún más lo que vio.

Apenas faltaban cinco minutos para la hora acordada, lo tenía todo preparado y temblaba como un niño. Aquella era mi última carta, mi última oportunidad de explicarme y de volver a recuperarla. Ella lo era todo para mí, y ese día, más que nunca, necesitaba demostrárselo.

Suena el timbre del portal y me apresuré a abrir. Era un segundo piso, por lo que ella no tardó en llegar a la puerta, donde la esperaba en el rellano. ¡Joder, qué guapa estaba! Aunque yo siempre la veía así, llevara lo que llevase puesto.

—Gracias por venir —murmuré inquieto, reprimiéndome las ganas de abalanzarme sobre ella, estrecharla entre mis brazos y confesarle lo mucho que la amaba y la había echado de menos.

—Dáselas a Curro —respondió de mala gana.

«¡Bendito críO!».

Le cedí el paso y la invité a pasar. Seguí sus pasos hasta el salón, donde ella se detuvo y se quedó observando cuanto la rodeaba. Yo hice lo mismo, pero con ella.

—¿Quieres tomar algo? —le ofrecí.

—Una Coca-Cola —respondió sin mirarme a la cara.

Tampoco lo hizo cuando regresé de la cocina. Maica estaba poniendo todo de su parte para evitar cualquier contacto visual conmigo, y se mostró distante, hasta el punto de alejarse de mí cuando le entregué su vaso.

«¡Joder, esto va a ser más difícil de lo que creía!», pensé mientras le daba un sorbo al mío.

—¿Temes por tu seguridad? —cuestioné molesto por su reacción.

—No, en realidad lo hago por la tuya.

«Buena respuesta, aunque inquietante».

—¿De quién es esta casa? —añadió—. ¿Puedo verla?

—¡No! —respondí sin pensar. Me había pillado por sorpresa y había cometido el error de alzar un poco el tono de voz—. Será mejor que hablemos antes, ¿te parece?

—De acuerdo, las tiritas, mejor arrancarlas de golpe.

Aquel piso era muy parecido a mi apartamento de París, demasiado incluso, y, salvando las distancias, la invité de nuevo a tomar asiento, esperando que se sintiera cómoda. Sin embargo, ella volvió a declinar mi ofrecimiento.

—Dime lo que me tengas que decir; tengo muchas cosas que hacer —me apremió.

Supe que estaba tan nerviosa como lo estaba yo por su lenguaje corporal.

—Prométeme que no me interrumpirás y me dejarás que te lo cuente todo.

—Imposible.

—¡Joder, Maica, no me lo estás poniendo nada fácil!

—¿Acaso debería?

—Sí, cuando sepas la verdad —defendí.

—¡Te vi con mis propios ojos, Mattew! No hay nada que me puedas explicar.

—Créeme que sí —insistí.

—¿Y qué vas a decirme? ¿Que te pillé en un día flojo? ¿Que estabas con la regla?

—Maica, aunque te cueste creerlo, ese día no era yo.

—¡No, claro, ahora me dirás que estabas ebrio y no controlabas! Aunque sí lo suficiente para conducir, incumplir una promesa y ponerle los cuernos a tu novia con la pija de Daniéle.

—Todavía me cuesta creer que puedas pensar que yo tendría algo con ella.

—¡Ni yo que seas tan cínico! —bramó—. ¡Sabes perfectamente que ella se muere por cazarte!

—Ella puede querer lo que quiera; se trata de lo que queramos nosotros.

—Pues si se trata de eso, ve tomando nota: ¡no quiero que te acerques a mi familia, ni que la utilices, ni que te acerques a mí!

—¡Yo no he utilizado a nadie! —mascullé.

—Lo hiciste en el momento en que entraste por la puerta para metértelos en el bolsillo y ponerlos de tu parte. No sé qué diablos les dijiste, Mattew, pero a mí no vas a engañarme tan fácilmente.

—Necesito que me dejes explicarte.

—¡Y yo necesito que dejes de hacerme daño y que desaparezcas de mi vida! —gritó.

Por un instante creí que el suelo se abría bajo mis pies.

—¿Es eso lo que quieres? —cuestioné con un sabor amargo en la garganta.

—¡Sí! —respondió rotunda.

—¡Pues siento decirte que no voy a hacerlo hasta que escuches de una puta vez lo que tengo que decir! —aseguré con rabia.

—¡Vaya, hasta don perfecto dice palabrotas! —se mofó.

—No soy perfecto y nunca lo he sido. ¿Vas a darme ya la oportunidad de poder explicarme?

—Me lo estoy pasando bomba echándote las cosas en cara, ¿por qué habría de parar?

—¿Has venido a reprocharme cosas o a escuchar la verdad?

—Las dos cosas. Me gusta aprovechar el tiempo, así mato dos pájaros de un tiro.

Volví a beber para ocultar la ligera curva de mis labios. La muy puñetera siempre había tenido el don de cabrearme y de hacerme reír al mismo tiempo.

—Engañaste a mi familia, pero conmigo no lo vas a conseguir —advirtió.

—Yo no he engañado a nadie, simplemente les conté la verdad porque tú te negaste a escucharme.

—¿Me tomas por imbécil? Vi cómo la besabas, Mattew. No sé qué les dijiste, pero a mí no me la das.

—¡Si me dejases explicarte ese «qué» lo entenderías!

—Tienes razón —claudicó al fin—. He venido para eso. Ya me callo. ¿Estás contento?

No era ese precisamente el estado en el que me encontraba, pero era un comienzo.

—Sé que desde tu punto de vista soy el malo de la película.

—El monstruo, más bien —apuntilló.

Pero la miré con reproche y al momento alzó la palma de su mano en señal de rendición.

—Una vez me dijiste que vendría a ti cuando estuviese preparado —le recordé—. Y ahora lo estoy, Maica.

—A buenas horas mangas verdes —la escuché murmurar, aunque decidí obviar su comentario y proseguir.

—Ya sabes que entre mis padres y yo nunca hubo una buena relación, siempre me sentí mejor con mi abuela. Cuando ella se fue, creí que el mundo se me venía encima; sin ella, me quedaba completa y absolutamente solo.

—No me vendas la imagen de hombre traumatizado, no te pega nada.

Pese a desear decirle algo, decidí continuar.

—Tardé varios días en poder superar su ausencia y en poder recoger todas sus cosas del apartamento. Me negué a ver a nadie, salir a la calle o a tener cualquier tipo de vida social. Fueron días muy duros, pero nada comparado con el día en que encontré este documento.

Del bolsillo trasero del pantalón saqué un papel arrugado, desgastado por el paso de los años, que no dudé en entregarle. Ella al principio se mostró reticente a cogerlo, pero tras dejar su vaso sobre la mesita de centro, optó por hacerlo. Comenzó a leerlo y pude ver cómo su rostro reflejaba

asombro.

—Así me quedé yo cuando lo encontré —aseguré—. Al principio creí que no tenía nada que ver conmigo, que sería un papel más de los muchos que mi abuela guardaba en su caja fuerte. Aún recuerdo caerme de rodillas cuando supe que todo cuanto había escrito ahí era por mí. Fue una etapa dura, en la que creí volverme loco. Desmantelé el apartamento en busca de respuestas, pero no encontré nada más y lo único que conseguí fue destrozarlo. Viví entre escombros una temporada, hasta que encontré la fuerza para seguir adelante, gracias a la tenacidad de Véronique, mi asistenta. Ella no sabía nada de lo que dice ese papel, pero no se dio por vencida y no paró hasta que me convenció para reformar el piso y volver a ser el que era.

»Desde entonces, no he parado de buscar una respuesta a ese documento, alguien que pudiera aportarme alguna pista. Así fue como vine a España y conocí a Eloy. Él me ayudó desde el primer momento, fue mi ángel de la guarda y quien me enseñó a hablar español.

—¿Él lo… sabe?

—Sí, aparte de Véronique, él era el único que lo sabía. Tardé un tiempo en confesárselo. Al principio me avergonzaba hacerlo, pero cuando me atreví, se convirtió en mi mayor apoyo. Él fue quien me habló del intercambio…

—Pero él es de Madrid y…

—Allí fue donde empezó todo. Recorrimos media España hasta que supimos que debía venir aquí, a Zaragoza.

—Ahora todo cuadra —murmuró.

—No quise preocuparte. Quería contártelo cuando recabara toda la información. Las dos semanas que estuve aquí las pasé investigando, yendo de un lado a otro.

—¿Por eso salías todas las mañanas a correr con una mochila?

—Sí. Eso era lo que os decía a tu familia y a ti. Pero al salir me cambiaba de ropa en cualquier lugar que pillara. Siento haberos mentido, te juro que iba a…

—¿Lo conseguiste? —me interrumpió.

En su mirada ya no había odio, aunque todavía quedaba algo de rencor.

—No. Pero conseguí algo que jamás pensé que encontraría.

—¿El qué?

—A ti.

—¡Basta, Mattew! —me soltó de pronto, devolviéndome el papel—. No he venido hasta aquí para compadecerme de ti.

—Lo sé, eso es lo último que quiero.

—Pues no juegues sucio. Volvamos al tema que nos atañe.

¿Estaba loco si confesaba que adoraba aquel carácter?

—Ya conoces la primera parte de la historia. Pero quiero que conozcas a alguien para

conocer la segunda.

—Tú y tus partes —subrayó.

—¿Puedes prometerme algo? —Ella guardó un silencio, que yo me tomé como un «sí»—. ¿Podrías abrir tu mente? —le demandé.

—¿«Abrir mi mente»? Mattew me considero muy moderna, pero si me has traído aquí para conocer a alguna chica, créeme que te lo voy a hacer pagar caro.

—Necesito que estés receptiva a lo que te voy a desvelar.

—Me estás poniendo nerviosa. ¿Por eso no querías que viera el piso? ¿Quién coño hay ahí, Mattew?

—¿Me lo prometes? —insistí.

—Si con eso terminamos antes… —claudicó al fin.

—Aguarda un momento, por favor.

Con premura, me acerqué al dormitorio para avisarles de que ya podían salir. Y cuando los tres reaparecimos en el salón, Maica palideció. Había perdido incluso el color de sus mejillas, y se dejó caer sobre uno de los sillones de piel. Observé en su mirada un desconcierto que no había visto antes, y me esforcé por hacerlo lo mejor posible. Ellos dos aguardaban pacientes a mi izquierda, de pie y en silencio.

—Maica, te presento a Rubén y a su novia, Laura.

—Encantado de conocerte —la saludó él.

Pero ella no respondió. Seguía en shock sin ser capaz de moverse.

—Mucho gusto, Maica —la saludó Laura, sentándose a su lado.

El impacto había sido demasiado fuerte, como lo fue el mío en su día, y me senté sobre la mesita de centro frente a ella para mostrarle mi apoyo. Tomé su mano y me la llevé a la boca para darle un tierno beso.

—Maica, cariño, Laura es funcionaria en la Diputación Provincial de Zaragoza. —Ella no deja de mirarlos, sobre todo a Rubén, y yo continué—. Después de mover cielo y tierra, ella fue la única que se puso en contacto conmigo. La casualidad, o tal vez el destino, quiso que ella fuera la novia de Rubén, y que lo descubriéramos todo, unos días antes de que tú vinieras por sorpresa a París. Yo estaba tan asustado, que fui incapaz de coger un avión para venir a conocerlo, y los invité a que pasaran unos días allí conmigo en mi apartamento.

—Por eso estabas tan raro esa semana —murmuró. Apenas le salía la voz.

—Sí. No fue fácil de asimilar. De la noche a la mañana había descubierto que no estaba solo, que tenía una familia… y un hermano gemelo.

—Fue a vosotros a quienes vi ese día —observó mirando el pelo rubio de Laura.

—Sí —respondió ella—. Me moría por ver París, y Mattew nos dejó la moto para poder visitar cada uno de sus maravillosos rincones. Fue entonces cuando tú nos vistes. Había olvidado

mi mochila y Rubén subió a por ella.

—Sois como dos gotas de agua —afirmó observándonos a ambos.

—Él nació primero, y minutos después lo hice yo.

—A mis padres les dijeron que había muerto —intervino Rubén.

Maica acabó derrumbándose y comenzó a llorar. Verla así me destrozaba, y la consolé acariciando y besando su mano.

—¿Fuiste un niño… robado? —Oírlo de su boca, me desgarró el alma.

—Así es —admití con el dolor que aquello me provocaba—. Mis padres…, bueno, los Vizcondes de Gagnier —aclaré sin ocultar el desprecio que sentía por ellos—, no podían tener hijos. Ya te hablé de mi padre y de lo importante que era para él la estirpe. Ansiaba asegurar su continuación, proteger a cualquier precio el apellido y el título nobiliario de la familia, sin importarle el daño que pudiera causar. En aquel entonces, la adopción era complicada, casi imposible, y a los dos se les ocurrió la *genial* idea de venir a España a tomar lo que no era suyo. Eran gente pudiente, sin escrúpulos, que creían que todo se podía comprar con dinero.

Me vi obligado a parar. Demasiadas sensaciones acumuladas en un nudo que cerraba mi garganta.

Maica era ahora la que besaba con dulzura mi mano.

—Por eso no querías saber nada de la mansión ni del título.

—Nunca quise el dichoso título, y menos cuando encontré el documento y comenzaron mis sospechas. Ni siquiera les importó destrozar una familia con tal de perpetuar la suya propia, aunque quedase ensombrecida con el engaño.

—¿Y tus verdaderos padres…?

—Se mueren por conocerlo —aseguró Rubén—. Todos estamos deseando que llegue el gran encuentro.

—¿Aún no ido a verlos? —volvió Maica a dirigirse a mí.

—Se niega a hacerlo si no es contigo —respondió mi hermano por mí.

—¿Es eso cierto? —me demandó olvidándose de él.

Por más vidas que viviese, en ninguna de ellas lograría olvidar la ternura y el modo en que me miró en aquel preciso instante.

—Todo esto está siendo demasiado duro para mí, y te necesito a mi lado —le confesé, entregándole mi alma, desnudándome ante ella y sucumbiendo al dolor que me había supuesto estar alejado de ella.

Me rompí en pedazos y comencé a llorar como un chiquillo, como cuando, de pequeño, mi abuela me consolaba.

—Sin ti nada tiene sentido, y yo…

—Te quiero más que a mi vida —me interrumpió abrazándome el rostro con las manos.

Sentí cómo Rubén y Laura se marchaban del piso, mientras ella me limpiaba las lágrimas con la yema de sus suaves dedos.

—¿Eso significa que me perdonas? —pregunté entre sollozos.

No podía dejar de temblar. Me sentía roto, pero el tío más feliz que pisaba la jodida faz de la Tierra.

—Eres tú quien debe perdonarme a mí —me rebatió.

—No te disculpes —defendí acariciándole el pelo. ¡Dios, cuánto la había echado de menos! —. Has sido valiente —continué queriendo transmitirle lo mucho que la amaba—, luchadora y cabezota, como solo tú puedes llegar a ser. Pero por todo ello, precisamente, es por lo que tanto te admiro. Maica, tú eres lo mejor de toda esta historia, y no tendría sentido si no estás en ella.

—Bésame —me exigió.

Lo hice. Con todas mis fuerzas. Sabiendo que aquella simple palabra significaba mi propio salvavidas, el agua que calmaba mi sed y la calma después de la tormenta. Mis labios buscaron los suyos intrépidos, como un río buscaba con desesperación su desembocadura, sabiendo que aquel tan solo era el principio de lo que el futuro nos deparaba.

Capítulo 41

Todo cuanto descubrí aquella noche me encogió el corazón, y aún más cuando supe lo que Mattew había hecho por mí.

—Ya no hay nada ni nadie que me ate a París, mi mundo está aquí, contigo, Maica —me confesó mientras me abrazaba entre las sábanas de su nueva cama, en el dormitorio principal del que ya era su nueva residencia.

Según me contó, había conseguido el traslado en el trabajo y se había mudado a Zaragoza hacía ya varios días. Durante ese tiempo, lo preparó todo para recuperarme, empezando por contarle todo antes a mi familia para, según él, poder llegar hasta mí.

Por fortuna todo salió bien. Volvimos a encontrarnos dejando el pasado atrás, sabiendo que aquel tan solo era el comienzo de una nueva etapa en nuestras vidas. Una en la que siempre estaría de su lado y en la que volvía a confiar, liberándome de mis temores y permitiéndome amarlo como nunca antes.

Entre las muchas cosas que me reveló, Mattew me contó que su encuentro con Rubén había sido extraño a la vez que tierno, pero que lo que más le inquietaba era conocer al resto de la familia, a su verdadera y única familia. Algo que hicimos a la noche siguiente.

Recuerdo lo nervioso que estaba y el modo en que le temblaba la mano mientras conducía. Había traído su coche desde París, pero dejado su moto en París para cuando quisiéramos visitarla.

Apreté su mano como muestra de apoyo cuando llegamos a la dirección que le había dado su hermano. Mattew supo por Laura que su familia era muy humilde, como el barrio en el que vivían.

—Puedes hacerlo —susurré, abrazada a él cuando nos detuvimos frente a la casa.

Era una sencilla vivienda en bajo, con unas pocas macetas que adornaban las modestas ventanas, cubiertas por una desconchada reja de hierro.

—Prométeme que no me soltarás —me pidió. Le temblaba hasta el habla.

—Nunca, amor mío —le prometí, ocultando que yo también estaba hecha un flan.

Vi agradecimiento en su mirada, y juntos cruzamos la calle. La mano aún le temblaba, y me

aferré a ella con todas mis fuerzas.

Rubén fue quien nos abrió. Ambos hermanos se abrazaron y yo me conmoví al verlos.

—¡Hola, preciosa! —me saludó con dos besos.

—¡Hola, clon! —respondí para destensar un poco.

Pero solo conseguí la sonrisa de Rubén. Mattew seguía serio e intranquilo.

—Los papás están igual que tú —le confirmó aquel, cogiéndolo del hombro—. Tranquilo, Laura, Maica y yo estamos para ayudaros.

El hecho de que me incluyera me llegó al corazón.

Cuando nos adentramos en la casa, Rubén fue el encargado de hacer las presentaciones.

—Mattew, estos son nuestros padres, Iván y Raquel —indicó señalándolos.

Su padre, un hombre alto, casi tanto como ellos, con poco pelo en la cabeza y una blanca perilla, se adelantó para abrazar a Mattew. Él apenas pudo reaccionar y respondió a su abrazo en silencio, sin atreverse a soltar mi mano.

Detrás de ellos, una mujer rubia, también alta, no dejaba de llorar mientras Laura la consolaba. No cabía la menor duda de que era su madre. Ambos hermanos habían heredado de ella sus labios.

Cuando padre e hijo se separaron, Mattew desvió sus ojos hacia ella. Todos pudimos ver el dolor y el más absoluto amor de aquella madre hacia un hijo, al que ni siquiera conocía, al que siempre creyó muerto y que ahora tenía ante ella. La imagen fue desgarradora, sobre todo cuando la mujer, con la mayor de las ternuras y de forma instintiva, se llevó la mano a su vientre. Fue entonces cuando Mattew me soltó por primera vez y se abalanzó hacia ella.

—¡Mi hijo! —sollozó ella cuando lo tuvo entre sus brazos.

—Mamá —balbuceó Mattew, llorando como un chiquillo, roto de dolor.

Yo también lloraba. Todos, en realidad, al ver cómo madre e hijo se reencontraban después de tanto tiempo, fundidos en un tierno abrazo, calmándose mutuamente el dolor que ambos sufrían. Conocía su historia, el pasado de Mattew, y sabía que con aquel gesto él recibía más cariño del que supo darle la mujer que lo crio.

No sé cuánto tiempo estuvieron así, pero fue Rubén quien, emocionado al igual que el resto, decidió intervenir para continuar con las presentaciones.

Ya más repuestos, y tras acogerme como a una más de la familia, Mattew y yo supimos que sus padres estaban al tanto de mi confusión con Rubén. Nunca creí que lo que había considerado lo más doloroso de mi existencia, esa noche se convirtiera en el detonante de que todos acabásemos riéndonos y mofándonos sobre ello. Incluso mi Napoleón, que ya no temblaba y volvía a ser el de siempre.

De pronto, una voz masculina se oyó desde el fondo de la casa. Miré a Mattew con sorpresa, y vi por su gesto que él sí sabía quién era.

—Siento llegar tarde —dijo un hombre mayor al llegar hasta nosotros. Era alto, aunque un poco encorvado por la edad—. ¿Ha llegado ya tu hermano? —preguntó dirigiéndose a Mattew, mientras terminaba de abrocharse los pantalones.

—¡Papá! —lo riñó Raquel.

—«Papá», ¿qué? Estaba cagando, coño; he *llegao* lo antes que he podido.

—¡Pero, papá…!

—Que sí, pesada, que he pasado la escobilla y me he *lavao* las manos antes de salir.

—No es eso, es que…

—Y ¿a este qué le ha *pasao*? ¿Se te ha comido la lengua el gato o qué? —le demandó a Mattew, dándole una cariñosa guantada.

Mi pobre Napoleón no sabía dónde meterse.

—Papá, es él.

—¿Y quién iba a ser si no? ¡Que estoy mayor, pero no ciego, cojones! ¡Uy! ¿Y esta preciosidad? —demandó al verme, colocándose frente a mí—. Niña, ¿tú de dónde has salido?

«Vale, ¿y qué se supone que debo hacer yo ahora?».

—Disculpad a *mi padre* —apostilló Raquel con retintín—; es un viejo verde.

—Moza, tú no le hagas caso a mi hija. Ella quiere llevarme a una residencia, pero como no tiene un duro, no tiene más remedio que joderse y aguantarme en casa.

Por poco no acabé descojonándome allí mismo.

—¡Pero si está usted hecho un chaval! ¿Cómo va a meterse allí, rodeado de viejos? —le planteé, siguiéndole el juego.

—¡Eso mismo le digo yo! ¡Me cae bien esta chica! —afirmó agarrándose a mi brazo—. Y dime, ¿de quién eres hija, y qué te trae por aquí?

—Pues soy hija de…

—Abuelo —intervino Rubén, colocándose junto a mi Napoleón, y ambos frente a él—. Ella es Maica, la novia de Mattew, mi hermano.

—¡Desde luego! ¡Eso se avisa antes, coño! Ven aquí, hijo —celebró abrazándose a él.

—Hola, abuelo.

—Bienvenido a casa, hijo. Siento la confusión, pero…, ¡joder, sois iguales!

—Es cierto —intervino Iván, que, adelantándose para agarrar del brazo a su incontrolable suegro, nos invitó a todos a sentarnos a la mesa para comenzar a cenar.

La velada, llena de tiernas miradas, alguna que otra afectuosa caricia y muchas risas, gracias al abuelo de Mattew, que también se llamaba Rubén, fue encantadora. Todos lo pasamos de maravilla, sobre todo mi Napoleón, que poco a poco se fue soltando y animándose a contar anécdotas sobre nosotros. Ninguno previno para no hablar del pasado, aquella era la primera toma de contacto, y no fue necesario hacerlo para que todos tuviésemos un buen recuerdo.

***

Cuando nos despedimos de todos ellos, agradecidos por el cariño con el que nos habían tratado, Mattew y yo nos dirigimos a su piso. Me inquietó que guardase silencio durante el trayecto, y aún más que, nada más llegar, se sirviera una copa, del pequeño bar que había un mueble del salón, y se la bebiese de golpe.

Estaba frente al ventanal, con la mandíbula tensa y la mirada perdida a través del cristal. Me descalcé y me acerqué hasta él para abrazarlo en silencio. Lo había visto hablando a solas con su hermano en un momento dado de la velada, y supe, por su gesto, que algo no iba bien desde entonces. Ambos permanecimos así un buen rato, hasta que al fin él decidió contarme lo que ocurría.

—Rubén me ha dicho que les van a quitar la casa.

—¿Qué? —pregunté asustada.

—Cuando me enteré de que no podía costearse el billete a París, pensé que se trataba de un bache, pero nunca imaginé que… —Mattew no pudo acabar la frase. Demasiadas emociones para un mismo día.

—¿Por qué te lo ha contado?

—Yo mismo le he preguntado al ver el estado en el que estaba la casa. Tú misma la has visto.

Admití que estaba en lo cierto. Si por fuera no tenía muy buen aspecto, por dentro era mucho peor. Pese a estar impecablemente limpia, todo era muy viejo y precisaba de una reforma, una gran y costosa reforma.

—Mi hermano se compró una casa cuando aún no conocía a Laura —comenzó a explicarme —. Quiso independizarse, tenía un buen puesto de trabajo y ganaba un buen sueldo. Pero mis padres le avalaron y…, cuando llegó la crisis, su empresa cerró y el banco se quedó con la casa y parte de la de mis padres. Desde entonces no han parado de luchar, han intentado hablar con el banco para impedir el desahucio, pero no han llegado a ningún acuerdo y les han dado un plazo de dos meses para desalojarla.

—¡Dios mío!

—Lo más jodido de todo es que… —Mattew se detuvo para dar un nuevo trago a su segunda copa—. Adivina quién va a ser el director de la oficina central del banco que quiere quitarles la casa y dejarlos en la calle.

Me quedé sin aliento y no supe qué decir. No podía ni imaginar lo doloroso que debía de ser para él encontrarse en una situación así, y no hallé una palabra de consuelo que pudiera animarlo. Sabía que estaba enfadado consigo mismo, pese a que no era culpa suya; él solo había estudiado una carrera y se había colocado en uno de los mayores bancos de Europa.

Lleno de ira y rabia, volvió junto al bar para llenar de nuevo su vaso. Corrí para impedírselo y cogerlo de la mano.

—Estoy segura de que habrá algo que podamos hacer —lo alenté.

—¡No puedo llegar el primer día y paralizar algo que ya está en los juzgados! —masculló enfrentándose a mí.

Sabía que su dolor no era conmigo.

—No me refiero a eso, sino a…

—A estas alturas ya no se pueden pagar las letras mensuales de hipoteca; hay que pagarlo todo de golpe —me interrumpió, alejándose de mí para comenzar caminar de un lado a otro.

«Para que luego digan que todo se pega, menos la hermosura».

—Eso ya lo sé —reconocí en un tono conciliador, esperando a que entrara en razón y me dejase explicarle—. Pero me refiero a…

—¡No lo digas! —volvió a cortarme.

—¡Si no me dejas, coño! —grité.

—¡Porque no quiero oírlo!

—¡Pues haberte enamorado de una tonta, joder! ¡Tengo que decírtelo porque soy la única que lo sabe!

—No quiero hacerlo, Maica —aseguró—. ¡Es dinero manchado!

Estaba de acuerdo con él en esa última parte, aunque no iba a detenerme por mucho que lo intentara.

—Mattew —dije cuando lo alcancé, cogiéndolo por los antebrazos—, sé que no quieres, pero míralo de este modo. Ahora tú tienes la oportunidad de darles lo que a ellos les arrebataron.

—¡No quiero nada de ellos! —farfulló.

—¿Ni siquiera si con eso salvas a tu verdadera familia?

—¿Me estás pidiendo que renuncie a mis valores?

—¡No, te estoy pidiendo que hagas lo que tienes que hacer! ¡Joder, Mattew! ¡Sé que es dinero manchado, sin embargo, ahora tienes la oportunidad de remediarlo! ¿Acaso se te ocurre una forma mejor de emplear ese dinero?

—Lo cierto es que no —confesó al fin, inclinando la cabeza.

Lo abracé hasta que sus latidos se calmaron.

—Cariño, solo es dinero —susurré con medio rostro encajado en su pecho—. Pero hablamos de su felicidad, que también es la tuya.

—Vente a vivir conmigo hoy mismo —me soltó de pronto.

Desconcertada, me separé para mirarlo a los ojos.

—¿Eso significa que lo harás?

—Mañana mismo llamaré a mi abogado. Sé que el muy condenado se va a alegrar en cuanto le diga que accedo a la dichosa herencia y al maldito título.

—No imaginas lo orgullosa que estoy de ti —confesé fundiéndome en sus ojos.

«Si amo más a este hombre, reviento».

—Yo más de ti. Aunque solo lo haré si te vienes a vivir conmigo.

—Eso se llama «chantaje» en mi tierra.

—Y en la de todos. Pero dime que sí.

—¡Eh, vayamos por partes! —formulé separándose de él. Ahora era yo la que empezaba a dar vueltas por el salón—. Lo primero es saber si ellos estarían dispuestos a aceptar tu dinero, para evitar que nadie se sienta ofendido.

—Eso ya lo he hecho —afirmó.

—¿Se puede saber dónde estaba yo para no enterarme de nada de lo que me estás contando?

—Aguantando al pesado de mi abuelo Rubén —se mofó.

—Ah, es verdad.

Mattew intentó abrazarme, pero yo me escabullí; aún quedaban cabos sueltos.

—Vale, lo segundo es saber si ellos quieren reformar esa casa o trasladarse a una nueva.

—A una nueva —me aclaró—. Todas esas cuestiones ya se las he preguntado a mi hermano.

—De acuerdo —proseguí andando—, lo tercero es llamar al abogado.

—Mañana a primera hora.

—Y lo cuarto, y más complicado —puntualicé deteniéndome ante él—, es decírselo a mi familia. Por supuesto, de mi padre te encargas tú.

—¡Joder, Maica! Creía que estábamos juntos en esto.

—¡Perdona, guapo, pero aquí el que ha hecho chantaje eres tú, así que apechuga con las consecuencias! —defendí poniendo los brazos en jarras.

—Aquí la que va a apechugar vas a ser tú como sigas provocándome como lo estás haciendo.

—¿Te pone la postura del botijo? —cuestioné mirándome—. ¡Mira que eres raro, puñeta!

Con una sonrisa de oreja a oreja, Mattew dio un paso hacia mí y me besó.

—¡Cuánto te quiero, *ma petite*!

—Y yo a ti, mi Napoleón —susurré aferrándose a su cuello, sabiendo que, sin necesidad de chantajearme, le hubiese dado un «sí» rotundo.

Pero me gustaba chincharlo y ponerlo a prueba. Al fin y al cabo, yo era la condesa de Zape, y me debía un respeto.

Epílogo

Seis meses después

Todo estaba preparado aquella tarde de mayo. La primavera había entrado con fuerza, y el verde jardín de la mansión del nuevo vizconde Gagnier relucía bajo el cielo de París. Los novios habían optado por un acto íntimo, y todos estuvieron de acuerdo cuando Mattew propuso aquel lugar para celebrar la ceremonia. Todos, excepto Paco, que aún seguía reticente por tener que abandonar su amada Zaragoza para pisar suelo francés, además de tener que conformarse con una ceremonia civil.

Entre los invitados estaban las familias de Mattew y Maica, que congeniaron desde el primer momento en que se conocieron, a excepción de los más veteranos integrantes que, cada vez que se juntaban, acababan a gritos, lo que provocaba las risas del resto. El abuelo Rubén, cuatro años mayor que Isabel, la hacía rabiar a la menor ocasión. El hombre disfrutaba de lo lindo con ello, aunque jamás le confesó a nadie el verdadero motivo por el que lo hacía: se había enamorado de ella como un jovenzuelo. Chincharla era lo que más le divertía en el mundo, era la excusa perfecta para estar con ella sin que nadie notase ni dijese nada. Isabel, en cambio, estaba hasta las narices del hombre que, maño y cabezota hasta hartarse, no la dejaba ni a sol ni a sombra, sacándola de sus casillas y provocando una y otra vez una discusión entre ambos.

Ainhoa y Eloy también fueron invitados. Este último se había mudado a vivir a Zaragoza y, desde entonces, junto con Maica y Mattew, y Laura y Rubén, las tres parejas se hicieron inseparables. A Zipi aún le costaba distinguir a ambos hermanos, pero Zape sabía en todo momento quién era su Napoleón.

Los padres de Mattew, Iván y Raquel, junto con el incansable abuelo, se mudaron a su nueva casa. Ironías del destino, gracias a la fortuna que habían amasado las personas que en su día les arrebataron lo que más querían, ahora podían vivir sobradamente. Aunque nada comparado con la felicidad que sentían al haber recuperado a su hijo; cada día que pasaban juntos, era para ellos como un milagroso regalo.

Curro era el niño mimado de todos, sobre todo de Mattew. Y Paco y Françoise seguían

viviendo su idílica historia de amor.

Esa tarde de mayo todos aguardaban a ver llegar a los novios al altar que la empresa organizadora había preparado en un extremo del jardín. Unas sillas blancas engalanadas con diferentes flores de colores formaban el elegante y romántico pasillo.

Maica caminaba nerviosa hacia el altar cogida de su padre. Al llegar junto al funcionario encargado de oficiar la ceremonia, Paco se negó a soltarse de su hija, bajo la atenta mirada de Mattew.

—Papá, ¿qué haces? —murmuró ella por lo bajini mientras sonreía para simular que todo estaba bien.

—¿Tú estás segura de que esto es lo correcto?

—Claro que sí.

—Es que…

—¿Crees que es momento de tener dudas? ¿No podrías habérmelo dicho antes?

—No estaba tan acojonado como ahora.

—Papá, es lo mejor para todos.

—Hija, ya sé que no soy partidario de lo de vivir en pecado, pero… llegar a esto…

—¡La madre que te parió! —rugió Maica entre dientes—. ¿Me sales ahora con esas? Fuiste tú quien quiso que se celebrara esta boda, ¡maldita sea!

—¡Joder, no me lo recuerdes! —cuchicheó Paco.

—Cariño, ¿pasa algo? —preguntó Isabel acercándose a ellos.

—Nada, abuela, tranquila. Nada que no pueda solucionar.

—Isa, deja a tu nieta, que ella sabe lo que se hace —intervino Rubén, el abuelo de Mattew, que no tardó en ponerse a su lado.

—¡Pues aplícate tú también el cuento y déjame tranquila de una puñetera vez, que pareces una mosca cojonera, coño! —masculló la anciana alejándose de ellos, seguida de un sonriente Rubén.

—Papá, tú puedes hacerlo. Confío en ti —insistió Maica.

—Esta corbata me está matando —farfulló él mientras intentaba aflojar el nudo.

—¡Estate quieto! Vas a conseguir que me ponga más nerviosa de lo que ya estoy.

—¿Va todo bien? —cuestionó Mattew, al ver cómo padre e hija se daban manotazos con disimulo.

—Aquí, el señorito, que le ha *dao* por tener dudas.

—Pero, Paco, ya es tarde para echarse atrás. Está todo preparado. Anda —dijo poniéndole la mano sobre el hombro para que se tranquilizara—, suéltala, que ha llegado el momento.

—Está bien, está bien. Ya voy —repuso zafándose de él para apartarse un par de pasos con su hija aún cogida del brazo.

—Maica, ¿estás segura de que es lo correcto? —insistió el hombre.

—Papá, lo estoy como lo estás tú también, aunque el miedo te impida verlo. Solo el amor es el culpable de esta maravillosa situación. Así que, deja de ser tan capullo y compórtate como es debido. ¿He hablado claro?

—Como el agua, hija, como el agua —claudicó al fin, volviéndose hacia los invitados.

Agarrado a su hija, incapaz de soltarla por temor a salir corriendo, Paco aguardó impaciente. Él mismo había insistido en que Maica y Mattew fuesen los padrinos de la boda. Pensaba en ello cuando, de pronto, su futura esposa apareció por el engalanado pasillo.

—Está preciosa —susurró Maica al ver a Françoise caminar hacia ellos con un precioso vestido corto en color rosa palo.

—Lo está porque lo es —respondió Paco mirándola embobado.

Maica lo miró orgullosa.

Por primera vez desde que salieran al jardín, su padre había dejado de estrujarle el brazo, y aquello la animó a hacer una de las suyas, justo antes de que la novia llegase al altar.

—Por cierto, papá. ¿Te has dado cuenta de una cosa? Al final, vas a ser el único de la familia que va a emparentarse con alguien de Francia.

Sin darle tiempo a responder, y pese a la fulminante mirada que aquel le echó, Maica lo soltó y se colocó junto a Mattew para ejercer de madrina.

Pocos minutos después, todos fueron testigos de la unión entre Paco y Françoise, en una entrañable ceremonia en la que todo el mundo se divirtió.

***

—¡Venga, *dagos pgisa*! —gritó Françoise desde el recibidor.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó el abuelo Rubén a Isabel que, para no variar, estaba pegado a ella.

—Ha dicho que me dejes en paz —gruñó la abuela de Maica.

—No es cierto, y lo sabes.

—¡Pues no haber *preguntao*, leñe!

—Solo quería asegurarme —se justificó, mientras sujetaba la chaqueta de la mujer para colocársela.

—¿De qué?, ¿de que estás viejo y chocho?

—Eso es lo que tú te crees, porque aquí donde me ves, estoy hecho un chaval.

—¿Esto va a ser siempre así? —le susurró Mattew a Maica, mientras ambos observaban a la pareja de ancianos.

—Hasta que mi abuela no se baje del burro, me temo que sí —se divirtió ella.

El minibús que Mattew había alquilado para visitar los lugares más emblemáticos de París esperaba en la puerta. Aún tenían dos días por delante antes de regresar a Zaragoza, y esa tarde

llegaban con el tiempo justo para hacer el crucero por el Sena.

Al terminar el recorrido, todos fueron a Trocadero, la plaza con las mejores vistas hacia la Torre Eiffel. Estaba a rebosar de gente; a un extremo, había diferentes puestos que vendían todo tipo de cosas, y al otro, un grupo de músicos con su vocalista masculino interpretaban canciones francesas. En mitad de aquel mágico lugar, Maica se aferraba a Mattew recordando la romántica noche que había vivido allí con él, mientras el resto disfrutaba haciéndose fotos.

—Maica, Maica, ¿me compras algo? —interrumpió Curro, tirando del brazo de su hermana.

—¿Ahora? —preguntó ella de mala gana.

—¡Sí, *porfa*, *porfa*, *porfa*!

—Anda, ve con él —la animó Mattew, que sentía debilidad por el pequeñajo.

—¿No puedes esperar? —cuestionó Maica.

—No. ¡Venga! —insistió tirando más fuerte de ella.

—¡Está bien! —claudicó con exasperación—. Enseguida vuelvo —se despidió de Mattew dándole un corto beso.

Durante un rato, Curro no dejó de observar puestos sin decidirse por nada en concreto. Había todo tipo de artilugios, juguetes y un sinfín de souvenirs que mirar, pero ninguno parecía convencerlo.

—¡Quiero eso! —dijo al fin, señalando una pistola de burbujas.

—¡No pienso comprarte una pistola!

—¡Pero si es para hacer pompas! —se defendió—. La abuela me dijo que a ti te gustaban cuando eras pequeña.

Maica arrugó el morro al saberse pillada entre la espada y la pared.

—Está bien. ¡Pero no dispares a desconocidos!

—Vale —respondió con desgana.

Feliz con su nueva pistola en la mano, Curro regresó a la plaza con Maica. Pero ella se inquietó al ver que, entre toda aquella gente, los suyos no estaban. Nerviosa, apretó la mano de su hermano y comenzó a girar sobre sí misma, buscándolos con la mirada.

—¡Deja de dar vueltas, *porfa*! —le pidió el pequeñajo.

—¿Es que no ves que intento encontrarlos? Si los ves, avisa.

—¿Cómo quieres que los vea si me estás mareando?

—¡Joder! —masculló ella parándose en seco.

De pronto, el grupo de músicos comenzó a tocar los primeros acordes de *Je vais t'aimer*. Maica tardó apenas un instante en reconocer la canción, el mismo que tardó en ver aparecer a toda su familia y a sus amigos. Cuando iba a acercarse a ellos, Curro tiró de su mano para impedírselo. Conforme iban apareciendo, se colocaron uno al lado del otro, formando una fila frente a ella y su hermano. Los primeros en hacerlo fueron Paco y Françoise, seguidos de Isabel

junto a Rubén, los padres de Mattew, su hermano y Laura, y tras ellos Ainhoa y Eloy. Maica los miraba sin salir de su asombro, incapaz de entender a santo de qué venía colocarse de aquella forma. Cuando creía que todo aquello no era más que una broma, vio que todos comenzaron a desnudarse. La pobre no sabía dónde meterse, todo el mundo los miraba, aunque eso a ella no le importaba tanto como el hecho de que su gente necesitaba un loquero.

Una vez que se deshicieron de la parte de arriba, Maica comprobó que todos llevaban debajo la misma camiseta. Cada una mostraba un signo o unas letras determinadas, que formaban una frase incompleta. Curro se soltó entonces de ella, y corrió para unirse al grupo, colocándose entre Paco y su recién estrenada esposa. Bajo su sudadera, apareció la letra «U», que faltaba y que completaba la frase «¿Quieres casarte conmigo?».

Con lágrimas en los ojos y el corazón atronándole bajo el pecho, Maica comenzó a temblar con una risa nerviosa. Mattew apareció a su lado y la abrazó delante de todos.

—¿Me concederías ese honor? —le preguntó devorándola con la mirada, sin ocultar lo mucho que la amaba.

—Te odio —murmuró Maica, enjugándose las lágrimas con la mano.

—¿Eso es un sí? —cuestionó él divertido, pese a estar igual o incluso más nervioso que ella.

—Claro que es un «sí» —gimoteó ella sin dejar de sonreír.

—¿Estás segura? —se mofó él.

Prefería mil veces cabrearla que verla derramando una sola lágrima, aunque esta fuese de felicidad.

—¿Quieres que te mande a la *merdé*? —se defendió ella, fingiendo estar molesta con él.

—Te quiero, *ma petite* —susurró Mattew, sonriendo como un chiquillo.

—Yo también te quiero, mi Napoleón —se rindió ella, justo antes de que él la besara bajo el cielo y las luces de París.

Fin

Nota de la Autora

Quiero darte las gracias por adquirir este libro, y pedirte que, si te ha gustado, dejes de tu valoración en Amazon, pues ya sabes lo importante que es para los autores conocer vuestra opinión.

Te invito también a que conozcas el resto de mis obras. Tú pones la pasión por leer, y yo la pluma.

¡Y bienvenida/o al mundo literario!

García de Saura

Agradecimientos

Quiero aprovechar este apartado para dar las gracias a personas muy importantes en mi vida. Empezando por mi familia, a la que quiero y adoro. Gracias por vuestra paciencia, vuestros consejos y todo el amor que me dais. Os amo con locura.

Gracias a mis cero. Vivir con vosotros esta historia ha sido lo mejor de todo. Comentar cada capítulo y hacerme partícipe de vuestras emociones ha sido increíble. Gracias por compartir conmigo nuestra pasión.

Gracias también a mis niñas, mis Gamberras brujillas, por seguir a mi lado después de más de nueve años, y acompañarme en esta maravillosa locura, cogiéndome de la mano. Soy profundamente afortunada de teneros.

Y a ti, mi querido lector. Gracias por estar en mi mundo literario.

Gracias a todos por concederle a *Mi Napoleón y sus buenas partes* entrar en vuestras vidas.

García de Saura

Biografía

García de Saura es mi seudónimo, y mi nombre es Carmen María. Soy natural de Molina de Segura, Murcia. Cursé mis estudios de Bachillerato y COU en la rama de letras puras, tras los cuales, me gradué en Técnico Especialista en Administración, de lo que ejercí durante años. Mi alma inquieta y artística me llevó, además, no solo a asistir a cursos de informática, bisutería o tatuajes, sino también hacia la rama de la pintura, donde descubrí una parte de mí que hasta entonces desconocía, y que dio lugar a más de 400 obras; algunas de ellas se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires.

Aunque no fue hasta la primavera de 2015 cuando encontré mi verdadera pasión y vocación, la que a día de hoy se ha convertido en mi única y más preciada profesión. Ese año publiqué mi primera novela. Fue toda una sorpresa para mí que la editorial Planeta se interesara por mi trabajo, con la que acabé publicando ocho títulos en total. Después, en el 2018, decidí auto-publicarme. Hice cursos de edición y maquetación y, desde entonces, edito mis propias novelas.

Ser autora de novela romántica ha superado mis expectativas, y gracias a ello sigo cumpliendo sueños.

Web: garciadesaura.com

Puedes localizarme en:

Facebook

Perfil: García de Saura
Página: García de Saura Autora
Grupo: Las Gamberras de García de Saura

Instagram: @garciadesaura
Twitter: @GarciadeSaura
YouTube: GarciadeSaura
Tik Tok: @garciadesaura

Bibliografía

Títulos publicados hasta la fecha:

- LA CULPA ES DE D.I.S.N.E.I. 2015.
- LO QUE EL ALCOHOL HA UNIDO QUE NO LO SEPARE LA RESACA. 2016.
- SOÑANDO A LO GRANDE, PENSANDO A "LO CHICO". 2016.
- AQUÍ LE ECHAMOS MUCHOS HUEVOS... A LA TORTILLA. 2017.
- HOUSTON, TENEMOS MÁS DE UN PROBLEMA. 2017.
- HOUSTON, TENEMOS UNA MISIÓN INN-POSIBLE. 2018.
- HOUSTON, TENEMOS NUEVE SEMANAS Y MEDIA. 2018.
- SAGA HOUSTON (Recopilatorio). 2020.
- MIS PODERES Y TUS POLVOS MÁGICOS. 2018.
- ¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS! Volumen 1. 2019.
- ¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS! Volumen 2. 2019.
- ¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS! (Bilogía completa). 2019
- EL ESPÍRITU DE LA NAVIDAD. 2020.
- LA CUADRILLA 1. 2021.
- LA CUADRILLA 2. 2021.
- BILOGÍA LA CUADRILLA. 2021.
- EL BARÓN BOURDIEU. 2021. (Serie nobles belgas nº 1).
- NO SOY EL JUGUETE DE NADIE. 2022.
- URIARTE. 2022.
- REINA DE LOBOS. 2023. (Serie Reinas nº 1).
- REINA DE HALCONES. 2023. (Serie Reinas nº 2).
- EL DUQUE DUMONT. 2023. (Serie nobles belgas nº 2).
- MI NAPOLEÓN Y SUS BUENAS PARTES. 2024.

- 9 AUDIOLIBROS. 2023.
- LIBROS PARA COLOREAR (10): Mandalas de la Suerte, Principiantes, Adultos 1, Adultos 2, Animales, Navidad 1, Navidad 2, Fantasía. Halloween y Unicornios (infantil). 2022.
- CUENTOS (Serie Recuperando los valores):
    - EL CUMPLEAÑOS DE NURIA. LA GENEROSIDAD (Cuento infantil). 2018.
    - NO QUIERO IR AL COLE. LA RESPONSABILIDAD (Cuento infantil). 2019.

Novelas traducidas al inglés:

- I AM NOBODY'S TOY. 2023. (Traducción al inglés de *No soy el juguete de nadie*).
- THE SPIRIT OF CHRISTMAS. 2023. (Traducción al inglés de *El espíritu de la Navidad*).
- BARON BOURDIEU. 2023. (Traducción al inglés de *El Barón Bourdieu*).

Citas

- *"García de Saura logra un equilibrio perfecto entre romance, erotismo y humor"* (Web de Planeta).

- *"Prolífica escritora del género romántico... mejor prueba de la vitalidad de un sector que sabe cómo renovarse"* (Diario ABC. Suplemento).

Premios, logros y reconocimientos

- PREMIO Mejor 1ª novela auto-publicada 2012-2015 (La culpa es de D.I.S.N.E.I.).

- TERCER PREMIO Mejor novela erótica (Lo que el alcohol ha unido que no lo separe la resaca). Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Junio 2020.

- PREMIO Mejor Autora 2020. Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Diciembre 2020.

- PREMIO Mejor novela erótica 2020 (Huyamos, ahora que podemos). Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Diciembre2020.

- Autora del mes web de Planeta en Romántica. Junio 2017.

- Autora del mes blog Locas del Romance. Enero 2019.

- 8 Bestsellers.

- 8 Segundas Ediciones.

- 1 Tercera Edición.

- Fragmento de la novela MIS PODERES Y TUS POLVOS MÁGICOS en el libro didáctico LÁNZATE 2d (B1), de la editorial francesa Nathan, como ejemplo de "cómo una mujer debe ser valorada por su intelecto". 2019.

- Placa reconocimiento a la labor literaria. Paseo de Las Letras, Molina de Segura. Mayo 2019.

- Número 1 en Amazon España, Amazon México, El Corte Inglés y Kobo (Fnac).

- Más de 55.000 copias vendidas.

- Wikipedia. Marzo 2022.

---

[1] *AVE:* Alta Velocidad Española.

[2] Hacer la cobra: acción de retirar la cabeza para evitar un beso.

[3] Lannister: apellido de una de las Casas de la serie Juego de Tronos, basada en los libros de George R. R. Martin.

[4] *Khaleesi:* Daenerys Targaryen (conocida como Khaleesi) es un personaje ficticio de la serie de novelas de fantasía épica Canción de hielo y fuego, del escritor estadounidense George R. R. Martin

[5] *Strip póker:* variación del juego de cartas póker en el que los jugadores se quitan prendas de ropa cuando pierden sus apuestas.

[6] *Full:* combinación de tres cartas del mismo valor más una pareja distinta. El valor del full es mayor que el trío y menor que el póker.

[7] *I will always love you:* (Siempre te amaré). Canción interpretada por Whitney Houston. (P) 2021 RCA Records, una división de Sony Music Entertainment

[8] *Bajo el cielo de París:* (C) MEDIOS IMEX 2014

[9] *Gremlins:* película de comedia y terror, donde unas encantadoras mascotas y se transforman en monstruos cuando se mojan.

[10] *Bistrot:* pequeño restaurante popular de estilo francés. (Bistró).

[11] *Je vais t'aimer*, (C) 2014 Jerico / Mars Films, interpretada por Louane.